

TEOLOGÍA DE LA REFORMA

Sola Scriptura,

Sola Gratia

Sola Fide

Solo Christo

Soli Deo Gloria

Título Original: *Teología de la Reforma*

Autor: *Varios autores*

Agradecemos la colaboración prestada por la Guttemberg Press para la adaptación de varios sermones de Carlos Spurgeon.

Agradecemos la colaboración de la Iglesia Bautista de la Gracia de México por la autorización para utilizar el resumen del libro de Juan Gil titulado "*La justificación por la fe*".

Edición: *Javier Muñoz y Julio Benítez*

Impreso en los talleres del *Centro de Publicaciones Biblos*

Bogotá D.C. Abril de 2007

Prohibido duplicar este libro por cualquier medio sin el permiso escrito de la FUNDACIÓN IBRC

FUNDACIÓN IBRC

Carrera 40 # 22 A-70

Tels. (57 1) 2441438 – 2444212 – 3002181144

www.fundacionibrc.org

email: director@fundacionibrc.org

Bogotá D.C.

Fundación IBRC

las comodidades de este mundo y nos unimos a su propósito global, el omnipotente compromiso de Dios con su nombre está sobre nosotros y no podemos perder, a pesar de las muchas tribulaciones (Hechos 9:16; Romanos 8: 35:39).

Las Últimas Palabras Escritas por David Brainerd

David Brainerd tenía razón. Es bueno esforzarse por penetrar en lo más profundo de las verdades divinas. En la raíz de toda nuestra esperanza. Cuando todo lo demás ha sido quitado, podemos afirmamos en esta sólida realidad: El Dios eterno y plenamente auto - suficiente está infinita, firme, y eternamente comprometido con su grande y santo nombre. Por causa de su reputación entre las naciones, él actuará. Su nombre no será profanado para siempre. La misión de la iglesia será victoriosa. Él vindicará a su pueblo y su causa en toda la tierra. David Brainerd fue sustentado por esta confianza hasta su muerte. Siete días antes de morir, expresó la clase de devoción que este capítulo de Los Deleites de Dios desea encender. Estas son las últimas palabras que pudo escribir con su propia mano:

Viernes, Octubre 2. Mi alma estuvo hoy, en ocasiones, dulcemente concentrada en Dios: añoraba estar "con Él", para poder "contemplar su gloria"; me sentía tranquilamente dispuesto a entregarle todo a él, incluso mis amigos más amados, mi rebaño más amado, mi hermano ausente y todas mis inquietudes respecto al tiempo y la eternidad. ¡Oh, que su reino llegara a este mundo!; que todos pudieran amarlo y glorificarlo por lo que él es en sí mismo; y que el bendito Redentor pudiera: "contemplar el fruto de su obra, y estar satisfecho". ¡Oh!, "ven Señor Jesús, ven pronto. Amén".¹⁶

Glorificad por esto a Jehová en los valles; en las orillas del mar sea nombrado Jehová Dios de Israel. De lo postrero de la tierra oímos cánticos: Gloria al justo (Isaías 24:15-16).

La Inolvidable Lección de Pedro

Es imposible que sobreenfaticemos la centralidad de la reputación de Dios para motivar la misión de la iglesia. Cuando a Pedro le fue cambiado su sistema de valores por de la visión de los animales inmundos en Hechos 10, y por la lección que Dios le dio de que él debía evangelizar a los gentiles al igual que a los Judíos, volvió a Jerusalén y le dijo a los apóstoles que todo era debido al celo de Dios por su nombre. Sabemos esto porque Santiago resumió el discurso de Pedro de la siguiente forma: "Varones hermanos, oídme. Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre" (Hechos 15:13-14). No es una sorpresa que Pedro dijera que el propósito de Dios era reunir un pueblo para su nombre; porque el Señor Jesús había impactado a Pedro algunos años atrás con una lección inolvidable.

Usted recuerda que, después que un joven rico se alejó de Jesús y rehusó seguirlo, Pedro le dijo a Jesús, "He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido (a diferencia de este hombre); ¿qué, pues, tendremos?" Jesús respondió con un suave reproche que, en efecto, concluye que no hay un sacrificio demasiado grande cuando se vive para el nombre del Hijo del Hombre. "Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna" (Mateo 19:29).

La verdad es clara: Dios está cumpliendo, con deleite omnipotente, un propósito: el de reunir un pueblo para su nombre de cada tribu, lengua y nación (Apocalipsis 5:9; 7:9). Él tiene un entusiasmo inacabable por la reputación de su nombre entre las naciones. Por lo tanto, cuando sintonizamos nuestros deseos con el de él y, por amor de su nombre, renunciamos a la búsqueda de

TABLA DE CONTENIDO

Guía del tutor

Introducción: La Teología de la Reforma, Cinco Principios de Avivamiento, 3

Lección 1. Sola Gratia (Sola Gracia),

Lección 2. Sola Scriptura (Sola Escritura),

Lección 3. Sola FIDE. (Sola fe)

Lección 4. Solo Christo (Solo Cristo)

Lección 5. Soli Deo Gloria

Apéndice A.

Apéndice B.

Apéndice C.

Apéndice D.

Apéndice E.

Introducción

LA TEOLOGÍA DE LA REFORMA

Cinco Principios Bíblicos de Avivamiento

Richard Bennett

(ex-sacerdote católico)

En todos los asuntos de fe y moral la autoridad final es solamente la Biblia (*Sola Scriptura* N° 1). Delante del Santísimo Dios, de acuerdo a la Biblia, la persona es salva sólo por gracia (*Sola Gratia* N° 2), solamente por medio de la fe (*Sola Fide* N° 3), en Cristo Jesús solamente (*Solo Christo* N° 4). A partir de esto, toda la gloria y la alabanza son sólo para Dios (*Soli Dei Gloria* N° 5).

El Señor Dios ha usado estos cinco principios bíblicos para producir un gran avivamiento en el cuerpo de Cristo conocido como la Reforma. Históricamente, estos cinco principios han estado en la base de todos los avivamientos genuinos en el cuerpo de Cristo porque el mensaje del Evangelio es el nudo de todo verdadero avivamiento en el cuerpo de Cristo, como lo fue en la Reforma.

Los reformadores vieron que el problema radical de la humanidad es una culpa legal frente a un Dios Santo que es, antes que nada, una situación legal o forense más que una sencilla contaminación moral, consecuencia de la culpa legal. Bíblicamente, los reformadores vieron que la expiación encara antes que nada la culpa legal de la humanidad frente a un Dios Santo más bien que la simple mejora de la condición moral del hombre. Aunque una mejor condición moral sigue a la declaración legal de rectitud delante del Santo Dios, la mejora de la condición moral del hombre le sigue como un fruto, y también es parte del mensaje Divino. El verdadero avivamiento viene cuando el individuo salvado confía plena y solamente en el cumplimiento de la Ley por Cristo Jesús; luego, unido a él, se arrepiente de su pecado. De esa manera la gracia de Dios puede fluir abundantemente y sólo él recibe la gloria.

Los reformadores de los siglos 16, 17 y 18 comprendieron unánimemente estos cinco principios como básicos a la verdadera

completar es grande, ésta es, como muchos dicen, "¡una tarea terminable!"

Deleite Inquebrantable

La mayor razón para expresar esta confianza, sin embargo, no es ninguna estadística, sino el inquebrantable deleite que Dios experimenta en cuanto a su reputación entre las naciones. Sus promesas hacen evidente el hecho de que él verá su fama extenderse a todos los pueblos y su nombre será alabado por cada nación.

Enviaré de los escapados de ellos a las naciones...a las costas lejanas que no oyeron de mí ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las naciones (Isaías 66:19).

Toda la tierra te adorará, y cantará a ti; Cantarán a tu nombre (Salmo 66:4).

Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti. Señor, y glorificarán tu nombre (Salmo 86:9).

Entonces las naciones temerán el nombre de Jehová, y todos los reyes de la tierra tu gloria (Salmo 102:15).

Todas estas promesas guían inevitablemente a una devota oración para que tal triunfo tenga lugar:

¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes...para que hicieses notorio tu nombre a tus enemigos y las naciones temblasen a tu presencia. (Isaías 64:1-2).

Y las oraciones del pueblo de Dios inevitablemente guían al llamado para que la iglesia salga con valentía y confianza:

Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido (Isaías 12:4).

Formatted: Indent Left: 18 pt, First line: 18 pt

Para asegurarnos de que esta tabla no comunica un pesimismo injustificable, deberíamos tomar nota de la siguiente tabla que es verdaderamente asombrosa.

Demuestra que el número de pueblos no alcanzados está decreciendo dramáticamente en proporción al número de congregaciones evangélicas disponibles para evangelizarlos. La Proporción de Pueblos No Alcanzados en Comparación con las Congregaciones de Cristianos¹⁰

Año D.C.	No - Cristianos ¹¹ Por Creyentes ¹²	Grupos de Personas No Alcanzadas ¹³	Congregaciones Por Grupos de Personas No Alcanzadas ¹⁴
100	360 a 1	60.000	1 a 12
1000	220 a 1	50.000	1a5
1500	69 a 1	44.000	1 a 5
1900	27 a 1	40.000	1 a 1
1950	21 a 1	24.000	33 a 1
1980	11 a 1	17.000	162 a 1
1989	7 a 1	12.000	416 a 1
2000	6	6	6

Ralph Winter observa que la caída de 11 a 7 (62 por ciento) entre 1980 y 1989 (en la segunda columna) es equivalente a la caída de 360 a 220 (62 por ciento) en los primeros 900 años de la historia de la iglesia. Luego, él expresa su propia opinión sobre de la importancia de esta tabla: "tengo que confesar que las dos medidas [en la segunda y cuartas columnas], y las tendencias que ellas revelan, son dos de las perspectivas más esperanzadoras que conozco; su importancia es virtualmente irrefutable, en mi opinión".¹⁵ En otras palabras, aunque el llamado para más misioneros tipo -Pablo es urgente, y la tarea que falta por

reforma, o avivamiento, en el cuerpo de Cristo. Aplicaron estos principios a la sede de Roma. En consecuencia la gente pudo ver claramente el sistema falso por el que estaban esclavizados. Como resultado, la abandonaron en tropel. Estos principios son la medida de la verdadera doctrina y por ende, la medida del verdadero avivamiento, que es un avivamiento de los engaños de Satanás y de las insensateces de Gálatas capítulo tres.

Salvación por la gracia sola (Sola Gratia)

En la Biblia, la justificación es el regalo de Dios al creyente, a quien le es acreditada en base a la obra acabada de Cristo en la cruz.¹⁷ Sencillamente, la justificación es el fallo justo de Dios del creyente, por el que lo declara sin culpa en relación al pecado, y recto en cuanto a su posición moral en Cristo frente al Dios Santo. Este juicio de Dios es legalmente posible gracias a la muerte sustitutiva y a la resurrección de Cristo Jesús en lugar del creyente. La justificación es primero y principalmente el juicio legal de Dios del creyente.

Como lo declaró Cristo: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo".¹⁸ La justificación es el fallo justo de Dios para demostrar en palabras de Romanos 3:26 que El es: "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". Este juicio justo de Dios es el centro de la predicación apostólica de las buenas nuevas de la Biblia. Es un juicio justo otorgado por Dios gratuitamente.

"Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley, y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso por propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús".

Claramente, de acuerdo con este pasaje, toda persona que está bajo la ley ha sido destituida de la gloria de Dios y por lo tanto tiene un

expediente malo a causa de sus pecados personales. La buena nueva afirmada en el versículo 24 es que la justificación de una persona delante de Dios se basa en la redención de Cristo y es gratuita, ya que no consiste en nada que la persona pueda hacer por sí misma. Dios mismo provee por gracia la justificación del creyente. “*Por gracia*” significa su don gratuito. La gracia de Dios a expensas de Cristo. Este es el nudo mismo de las buenas nuevas del Evangelio. El Evangelio tiene que ver primero y principalmente con Quien es Dios en su Santa y Justa naturaleza. El Evangelio muestra que a causa de Quien es Dios, solamente El justifica al creyente. Romanos 3:26 afirma: “*Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús*”.

Bajo la ley, que Dios el Padre declare justo a un pecador, implica que este haya vivido una vida perfecta bajo la ley perfecta. *Solamente el Dios-Hombre Cristo lo podía hacer, y lo hizo. Lo ha cumplido.*

En eso se ha mostrado el amor de Dios por medio de su Hijo, Jesucristo, en que este don de justicia, que le costó a Cristo Jesús la vida es una obra completa y la obtenemos gratuitamente. Porque ¿a quién le debe Dios algo? Y ¿quién puede alcanzar Su patrón bajo la ley? ¿Quién puede negociar con Dios o con Jesucristo, con la idea de ofrecer algo a cambio de la declaración de justicia de parte de Dios? Hacer una oferta tan natural y ridícula como esa sería intentar un soborno del más alto grado. Una y otra vez la Biblia afirma, por eso, que Dios acredita gratuitamente, o por la gracia de Dios solamente (*Sola gratia*), la justicia de Cristo al creyente.

Efesios 2:7-9 “*Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*”.

Romanos 11:6 “*Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra*”.

Efesios 2:5 “. . . por gracia sois salvos”.

Tito 2:11 “*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres*”.

USA, Canadá	500 grupos 270 millones de personas 5.000 misioneros	50 grupos 7 millones de personas 600 misioneros
Budistas	20 grupos 50 millones de personas 1.000 misioneros	1.000 grupos 274 millones de personas 400 misioneros

Chinos	2.200 grupos 900 millones de personas 3.000 misioneros	1.000 grupos 150 millones de personas 300 misioneros
Hindúes	1.300 grupos 150 millones de personas 300 misioneros	2000 grupos 550 millones de personas 200 misioneros
Musulmanes	30 grupos 70 millones de personas 600 misioneros	4000 grupos 860 millones de personas 400 misioneros
Tribus	3.000 grupos 80 millones de personas 13.000 misioneros	3000 grupos 140 millones de personas 4.500 misioneros
Otros Africanos	2.950 grupos 250 millones de personas 15.000 misioneros	500 grupos 25 millones de personas 200 misioneros
Otros Asiáticos	2.950 grupos 250 millones de personas 15.000 misioneros	500 grupos 25 millones de personas 200 misioneros
TOTALES:	12.000 grupos 50 3.05 billones de personas 58 77.200 misioneros 90	12.000 grupos 50 2.2 billones de personas 42 7.800 misioneros 10

Una Tarea Terminable

acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad. (3 Juan 5-8).

Muy Pocos Misioneros Tipo - Pablo.

En la actualidad parece haber un desequilibrio muy grande en cuanto a muy pocos misioneros tipo - Pablo. Observe cuánto mayor es el número de misioneros listados bajo la columna titulada "Alcanzados", comparado con el número en la columna titulada "No Alcanzados". Cerca del 90 por ciento de la fuerza misionera actual es de misioneros tipo - Timoteo»6 Estas personas están haciendo un trabajo absolutamente importante, y debemos tener en mente que ellos también están llevando adelante la causa de alcanzar a los pueblos no evangelizados, movilizandando las iglesias en donde están y siendo pioneros en la obra misionera. 7 Sin embargo, debería surgir un llamado poderoso a todas las iglesias de todo el mundo, sobre el hecho que hay una gran tradición, proveniente del apóstol Pablo, que busca expandir la fama del nombre de Cristo en los pueblos no alcanzados; y el trabajo aún no se ha hecho. La siguiente tabla (de 1989) lo hace evidente:

Distribución de la Fuerza Misionera norte Americana entre los Pueblos

Alcanzados y NO Alcanzados del Mundo⁸

	ALCANZADOS	NO ALCANZADOS ⁹
Europa, Latino América, N. Zelanda, Australia.	700 grupos 1.1 billones de personas 26.600 misioneros	150 grupos 143 millones de personas 400 misioneros

Tito 3:7 “Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

1 Timoteo 1:14 “Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús”.

Efesios 1:7 “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”.

La herejía pelagiana

Pelagio fue un monje británico nacido a mediados del siglo 4 (354-418). Tenía un gran celo por la moralidad, la autodisciplina ascética y la auto-superación "cristiana". Pero carecía de la comprensión bíblica del principio de la sola gracia. Sostenía que la naturaleza humana tiene la capacidad de vivir una vida santa delante de Dios, es decir, que un hombre puede ser justificado guardando la ley de Dios. Esto es imposible en realidad. Sin embargo, la herejía pelagiana, contra la que luchó Agustín, entró como un cáncer en la iglesia Cristiana.

El conflicto entre el Evangelio y esa herejía giraba alrededor del asunto de la muerte espiritual del hombre y del don absolutamente gratuito de Dios de la justificación como la verdadera solución a ese problema mortal. El conflicto se reduce a la pregunta de si la redención es obra de Dios o del hombre. Para Pelagio, el hombre necesitaba simplemente mejorar, mientras que bíblicamente, el hombre es declarado “muerto en [sus] delitos y pecados” (Efesios 2:1).

Esta herejía está extendida hoy en los cultos, el catolicismo romano y en algunas partes del mundo evangélico. Los reformadores del siglo 16 insistieron en que sobre la base de los claros textos bíblicos (once veces en Romanos capítulo cuatro, por ejemplo), el don de Dios de la justificación es por gracia sola y está acreditado legalmente al individuo por Dios el Juez. Esto fue lo que hizo pedazos la posición pelagiana de Roma. El principio bíblico de que la justificación es por la sola gracia de Dios es lo que destruirá el semipelagianismo de Roma en la actualidad.^[10]

El poder de Dios para salvación del que habla Pablo es el Evangelio en Romanos 1:16. Está aclarado en el versículo 17 como la “justicia de Dios” que “se revela”.

La justicia de Dios acreditada al creyente a expensas de Cristo está verdaderamente en la raíz del significado de la expresión “temor reverencial”. El creyente se siente inundado una y otra vez por el temor reverencial, adoración y alabanza al Santo Dios que ha provisto la obra acabada y permanente de justificación del pecado. Esta justificación reside solamente en la justicia de Cristo (*Solo Christo*) y está acreditada irrevocablemente al creyente que ha sido puesto en El por Dios mismo. Esta justicia no puede ser menguada; tampoco aumentada. El creyente es justificado por acreditación de la “justicia perdurable”^[11] de Cristo, y por lo tanto es para siempre. Con el apóstol Pablo, entonces, el creyente puede proclamar valientemente “*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*”.^[12] El propósito primero y último de Dios se ve claramente en este libro.

Siguiendo a la “no condenación” está la liberación del pecado y el andar en el camino del Espíritu Santo, no en el de la carne. Cuando la persona convertida peca, su acción causa un conflicto que debe ser resuelto por la relación entre Dios el Padre y ella.^[13] No significa que haya perdido su posición de hijo de Dios en Cristo, porque esa posición le ha sido conferida irrevocablemente por el Dios Juez. Más bien Dios el Padre trata con sus hijos precisamente porque son legalmente sus hijos. Esta es la razón por la que como personas verdaderamente salvadas, Dios castiga a los suyos, porque están realmente en Cristo. “*Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos*”.^[14]

La enseñanza Católica Romana

Contrariamente a todo esto, la enseñanza Católica Romana sobre la gracia está en franca contradicción con la naturaleza legal de la gracia de Dios. Esto se ve claramente por la flagrante mentira en su sumario sobre la gracia en el Catecismo:

Nº 2021 “La gracia es el auxilio que Dios nos da para responder a nuestra vocación de llegar a ser sus hijos adoptivos. . .”^[15]

En las Escrituras, la adopción no es algo que uno tiene como meta o vocación. Más bien es totalmente asunto de Dios: “*Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de*

Timoteo del misionero tipo - Pablo, porque Timoteo se quedó y ministró en el "campo misionero" mucho tiempo después que hubo una iglesia plantada allí con sus propios ancianos (Hechos 20:17) y su plan de evangelismo (Hechos 19:10).

Pablo, por el contrario, era dirigido por una pasión para dar a conocer el nombre de Dios en todos los pueblos no alcanzados del mundo. Él nunca se quedó en un lugar por mucho tiempo una vez que la iglesia era establecida. Él decía que su ambición era predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido "nombrado" (Romanos 15:20). El verdadero significado de la palabra "nombrado" surge cuando volvemos al inicio de su carta a los Romanos y le escuchamos declarar que Cristo le había dado el "apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre" (Romanos 1:5). El objetivo de las misiones es producir la obediencia a la fe entre todos los pueblos no alcanzados del mundo. Pero ésa no es la meta última. La meta última - incluso de la fe y la obediencia - es "por su nombre". La fama de Cristo, la reputación de Cristo es lo que ardía en el corazón del apóstol Pablo. La fe de las naciones no era el fin en sí mismo. Era la forma en que el nombre de Cristo sería honrado. Esto era lo que le llenaba con tal pasión por la Gran Comisión. Jesús le había dicho a Ananías, "cuanto le es necesario padecer [a Pablo] por mi nombre" (Hechos 9:16). Pablo nunca desfalleció en su deseo de sufrir, si esto resultaba en fama para Cristo. Hacia el final de su vida, todavía podía expresar, "yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aún a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús" (Hechos 21:13).

Claro que Pablo no era el único que se entregaba por causa de la gloria del nombre de Cristo. La Tercera de Juan es una hermosa y pequeña carta que describe cómo ministrar a los misioneros. Por ejemplo, ésta dice,

Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos

esperanza en él y no en mí mismo". Esto es lo que Juan quiso decir cuando escribió en 1 Juan 2:12, "Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre". Por eso, sea que estemos leyendo en el Antiguo Testamento o en el Nuevo, el gran fundamento de nuestro perdón es el amor de Dios hacia su santo nombre y el inquebrantable deleite que experimente en dar a conocer la dignidad y justicia de ese nombre, especialmente en el mensaje del evangelio: "de que Cristo murió tanto para justificar a los impíos como para vindicar la justicia del Padre". Si alguna vez Dios perdiera su deleite en la reputación de su glorioso nombre, el fundamento de nuestro perdón estaría en peligro.

El deleite de Dios en su reputación no es sólo la base de nuestro perdón, sino también de nuestra obediencia, servicio y misión. David nos enseña a creer que Dios "[nos] guiará por sendas de justicia por amor de su nombre" (Salmo 23:3). Y Jesús alaba a los perseverantes Santos de Éfeso, "yo sé que has tenido paciencia por amor de mi nombre" (Apocalipsis 2:3). Pablo le dice a los cristianos esclavos de Éfeso que "tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios" (1 Timoteo 6:1). Es probablemente esto lo que Pablo quiere decir en Colosenses 3:17, cuando resume toda la vida cristiana en las palabras, "Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús". Es decir, vivan toda su vida para honrar el nombre de Jesús - para darle una buena reputación y dar a conocer su fama.

La Reputación de Dios como la Meta de las Misiones

El celo de Dios porque su fama se difunda, se hace evidente en las Escrituras una y otra vez. Él quiere que su reputación se extienda a todos los pueblos del mundo que aún no han conocido su nombre. Por eso parece que hay dos clases de misioneros que se necesitan en el mundo. Hay el misionero tipo - Timoteo y el misionero tipo - Pablo. Llamo a Timoteo un misionero porque dejó su hogar (Listra, Hechos 6:1), se unió a un equipo viajero de misioneros, atravesó culturas, y terminó cuidando de la iglesia en Éfeso (1 Timoteo 1:3). Pero distingo a este misionero tipo -

su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia".^[16]

A la luz de Efesios capítulo uno, la definición de la gracia que aparece en el N° 2021 es una lamentable y consumada herejía. En lugar de que el hombre tenga la vocación, la adopción como hijos es algo que Dios mismo ha predestinado. En lugar de merecer la adopción por buenas obras del hombre, la adopción como hijos de Dios es por medio de Jesucristo, según la buena voluntad de Dios. El propósito de Dios en la adopción es "por su voluntad", "para alabanza de la gloria de su gracia". Intentar definir la gracia de Dios como simple "ayuda" a la respuesta del hombre a su "vocación de ser sus hijos adoptivos" es presentar una visión totalmente distorsionada y herética de la gracia de Dios. Es la permanente mentira de Roma enseñar que la justicia inherente o interior es la base de la justificación en lugar del verdadero evangelio de la obra acabada de Cristo Jesús. La bondad interior nunca ha sido y nunca será la base de la justicia de nadie delante del Santísimo Dios. Más bien, la base sobre la que cualquier persona es justificada delante de él es y siempre será sólo la obra consumada de Cristo Jesús.

Si la definición de gracia de N° 2021 fuera cierta, y con la ayuda de Dios un hombre pudiera "responder a nuestra vocación de llegar a ser sus hijos adoptivos", entonces el hombre se justificaría a sí mismo. Pero Romanos 11:5-6 parte directamente por el medio esa visión engañosa: "Así también en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es por gracia; de otra manera la obra ya no es obra".

Si Dios estuviera meramente ayudando a alguien a "responder" a su vocación de ser hijo de Dios, nadie estaría en condiciones, porque la ley de Dios requiere absoluta perfección y sólo una Persona la ha podido cumplir.

El mérito

Bajo el mismo encabezamiento general de "Gracia y Justificación", Roma enseña de los méritos de la persona: N° 2025 "Podemos tener méritos delante de Dios solamente por el libre plan de Dios de asociar al hombre con la obra de su gracia. El mérito se debe adjudicar, en primer

lugar, a la gracia de Dios, y en segundo lugar, a la colaboración del hombre. El mérito del hombre se debe a Dios”.

Pero como lo muestran constantemente los capítulos tres y cuatro de Romanos y muchas otras partes de la Biblia, Dios afirma específica y claramente que la gracia es obra suya sola y es dada a la persona como un don gratuito. La gracia de la salvación del hombre por parte de Dios delante de su Ley Santa es la justicia de Cristo acreditada por Dios el Juez al creyente. En lugar de "asociar al hombre a la obra de su gracia" la enseñanza bíblica correcta es que la justicia de Cristo se acredita al creyente. Esta acreditación es obra de Dios solamente: “. . . *cambiaron la verdad de Dios por la mentira*”.

La misma herejía pelagiana se enseña en Roma en el nuevo Catecismo bajo el título de "Nuestra Participación en el Sacrificio de Cristo",

Nº 618 “La cruz es el único sacrificio de Cristo, ‘único mediador entre Dios y los hombres’. “Pero, porque en su Persona divina encarnada, ‘se ha unido en cierto modo con todo hombre’, El ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual”. ‘El llama a sus discípulos a “tomar su cruz, y a seguirle”, porque El sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. El quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. Esto lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor”.

Este párrafo es totalmente perverso en tanto que sobre una base falsa sutilmente ofrece falsas esperanzas al hombre. No hay ninguna base escritural para la idea de “ser hechos socios de Cristo en el misterio pascual”. Tal concepto es una mentira total y niega las repetidas afirmaciones de la verdad de Dios en las Escrituras de que la obra de redención es “*por sí mismo*”¹¹⁷¹, “*sin las obras de la ley*”¹¹⁸¹, “*no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*”¹¹⁹¹, “*nos salvó. . . no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia*”.¹²⁰¹

El tal llamado “evangelio de obras”, que en realidad es otro evangelio, es justamente lo que monjas y monjes católicos romanos realizan en sus monasterios (Romanos 11:6, Gálatas 2:21). Antes de la Reforma, la justificación del hombre se veía en las penitencias, la

apelación a la misericordia de Dios, sino también en una apelación a su justicia, al acreditar el valor de la obediencia de su Hijo!. “Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”(1 Juan 1:9).

En el Nuevo Testamento se revela con mayor claridad que en el Antiguo Testamento la base para el perdón de todos los pecados. Pero la base del compromiso de Dios con su nombre no cambia. Pablo enseña que la muerte de Cristo demostró la justicia de Dios al pasar por alto los pecados y vindicó la Justicia de Dios al justificar a los impíos que se amparan en Jesús y no en ellos mismos. (Romanos 3:25-26).⁵ En otras palabras Cristo murió una vez por todos para absolver el nombre de Dios en un acto que parece un craso extravío de la justicia - la absolución de pecadores simplemente por causa de Jesús. Pero Jesús murió de tal forma que el perdón "por causa de Jesús", es lo mismo que el perdón "por amor del nombre de Dios".

Podemos ver esto no sólo en Romanos 3:25-26, sino también en el Evangelio de Juan. Según este evangelio. Jesús vino en nombre de su Padre (5:43) y hace sus obras en nombre de su Padre (10:25). Al final de su vida, él declaró que había manifestado el nombre del Padre a aquellos que el Padre le había dado (17:26). Así que parece que toda la vida y obra de Jesús tiene el objetivo de revelar y honrar el nombre del Padre. Esto es especialmente cierto de la muerte de Jesús, tal como nos lo muestra en Juan 12:27-28. Aquí Jesús se halla orando justo antes de su muerte: "Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez". La hora de la muerte de Jesús estaba cerca y el propósito para venir a esa hora era glorificar el nombre del Padre. Por lo tanto, deberíamos pensar en la muerte de Jesús como la forma en que el Padre vindicó su nombre - su reputación - de todas las acusaciones de injusticia por perdonar pecadores.

De este lado de la cruz deberíamos orar como lo hizo David en el Salmo 25:11, "Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande". Pero cuando nosotros los cristianos oramos así, lo que deberíamos querer decir es, "perdóname, oh Jehová, porque tu grande y santo nombre ha sido vindicado por la muerte de tu Hijo y yo estoy poniendo toda mi

Daniel, quien estuvo atrapado en la cautividad, oró con la misma perspectiva de Dios en mente, "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo. Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y tu pueblo" (Daniel 9:19).

El Perdón Fluye del Placer de Su Reputación

La gran base de la esperanza, el gran motivo para orar, la gran fuente de la misericordia es el asombroso compromiso de Dios con su nombre. El deleite que él experimenta en su reputación es lo que genera el empeño y la pasión de su disposición a perdonar y salvar a aquellos que levantan su estandarte y se amparan bajo su promesa y misericordia. Los santos del Antiguo Testamento no ponían su esperanza de perdón en sus propios méritos o en sus rituales externos. Ellos clamaban misericordia con base en el amor de Dios por su gran nombre: "Por amor de tu nombre, oh Jehová, Perdonarás también mi pecado, que es grande" (Salmo 25:11). "Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre", (Salmo 79:9). "Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa por amor de tu nombre; porque nuestras rebeliones se han multiplicado, contra ti hemos pecado... tú estás entre nosotros, oh Jehová, y sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares" (Jeremías 14:7,9).

Recuerdo escuchar a uno de mis profesores en el seminario afirmar que una de las mejores pruebas de la teología de una persona era el efecto que ésta ejerce en las oraciones de uno. Esto me impactó como algo verdadero por lo que estaba pasando en mi propia vida. Noel y yo nos habíamos casado hacía poco y estábamos haciendo un hábito nuestro el orar juntos cada noche. Noté que durante los cursos bíblicos que estaban formando mi teología más profundamente, mis oraciones fueron cambiando dramáticamente. Probablemente el cambio más significativo en aquellos días, fue aprender a sustentar mis oraciones ante Dios sobre la base de su gloria. Empezar con "Santificado sea tu nombre" y terminar con "En el nombre de Jesús", significaba que la gloria del nombre de Dios era la meta y el fundamento de todo lo que oraba. ¡Cuánta fortaleza vino a mi vida cuando aprendí que orar por el perdón de mis pecados debería basarse no sólo en una

flagelación, la confesión pública de pecados, las peregrinaciones y otras obras basadas en el concepto no bíblico de nuestra "participación en el sacrificio de Cristo" de la Iglesia Católica Romana. De acuerdo a la enseñanza bíblica, la persona verdaderamente salva efectivamente se purifica, pero esto basado solamente en la fidelidad de Cristo Jesús, y en ser llamados legalmente hijos de Dios. "*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. . . Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros*" ¹²¹¹.

Salvación por la fe sola (Sola fide)

La Biblia enseña claramente que el creyente es justificado mediante la fe, Romanos 5:1 "*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*".

Gálatas 3:6, "*Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia*".

Filipenses 3:9, "*y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe*".

Los reformadores se aferraron a este principio bíblico por encima y en contra del misticismo de Roma y sus llamadas "escaleras de ascenso" de los así llamados santos que practicaban la "contemplación", la confesión de pecados pública y privada, la auto punición, los ayunos, y otras obras que se supone conducen, finalmente, a la unión con Dios. Esto significa que la obtención de la propia salvación está íntimamente ligada con lo que la Iglesia Católica Romana llama el "tesoro de los santos", tanto en la época de los reformadores como ahora. El nuevo Catecismo de la Iglesia Católica enseña este concepto no bíblico como sigue:

Nº 1477 "*Pertenecen igualmente a este tesoro el precio verdaderamente inmenso, inconmensurable y siempre nuevo que tienen ante Dios las oraciones y buenas obras de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos que se santificaron por la gracia de Cristo, siguiendo sus pasos, y realizaron una obra agradable al Padre, de manera que, trabajando en su propia salvación, cooperaron igualmente a la salvación de sus hermanos en la unidad del Cuerpo místico*".

Un ejemplo del pelagianismo se ve aquí en la afirmación del Catecismo: “todos aquellos que. . . por Su gracia han santificado sus vidas. . .” La fórmula pelagiana es que gracia + obras = salvación. Esto es completamente herejía, lisa y llanamente. Más bien la fe se define sistemáticamente en la Biblia como fe en Cristo, como lo resume Pablo en Hechos 20:21, “. . . *testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo*”.

Fe en la iglesia romana

Sin embargo en la iglesia Católica a “los fieles” (los que en general llamaríamos laicos) se les enseña sistemáticamente que deben poner su fe en la Iglesia Católica Romana. En la práctica Roma enseña a “los fieles” a poner su fe en su clero. El nuevo Catecismo afirma:

Nº 983 “La catequesis se esforzará por avivar y nutrir en los fieles la fe en la grandeza incomparable del don que Cristo resucitado ha hecho a su Iglesia: la misión y el poder de perdonar verdaderamente los pecados, por medio del ministerio de los apóstoles y sus sucesores”.

Roma cita a San Juan Crisóstomo como autoridad en esta sección cuando dice: “Los sacerdotes han recibido de Dios un poder que no ha sido dado ni a los ángeles ni a los arcángeles. . . Dios arriba confirma lo que los sacerdotes hacen aquí abajo”.

Aquí se enseña claramente que “los fieles” deben mirar a sus sacerdotes y al poder del sacerdote. No es solamente que “los fieles” deben tener fe en la Iglesia Católica Romana y sus sacerdotes, sino más todavía que están sujetos en obediencia a seguir a sus “sagrados pastores”. El Código del Derecho Canónico lo afirma así: Canon 212 “Los fieles cristianos, conscientes de su propia responsabilidad están sujetos por obediencia cristiana a obedecer lo que sus sagrados pastores, como representantes de Cristo, declaran como maestros de la fe o determinan como guías de la iglesia [Católica Romana]”.^[22]

Pretender fe y obediencia a los “sagrados pastores” en asuntos tan importantes como el perdón de pecados y la justificación delante del Dios Santo es volver a la gente hacia la idolatría, porque degrada totalmente al Hijo de Dios y su obra completamente suficiente en la cruz. Un ejemplo de la arrogancia que degrada a Cristo, tomado del nuevo Catecismo Nº 982:

Escuche la palabra del Señor que vino a él en Ezequiel 36:20-23. Ésta es la respuesta de Dios a la cautividad de su pueblo, que él mismo había traído sobre ellos.

Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo nombre, diciéndose de ellos: Estos son pueblo de Jehová, y de la tierra de él han salido. Pero he tenido dolor al ver mi santo nombre profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde fueron. Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos.

De la misma forma, en Ezequiel 39:25 Dios dice:

Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: Ahora volveré la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de toda la casa de Israel, y me mostraré celoso por mi santo nombre.

Cuando toda otra esperanza había desaparecido y el pueblo se hallaba bajo el mismo juicio de Dios por su pecado, había una esperanza que permanecía - y ésta siempre permanecerá -, la cual consistía en que Dios tiene un deleite inquebrantable en la dignidad de su propia reputación y no soportará por mucho tiempo el que ésta sea pisoteada.

Isaías, quien escribió mucho antes, pero trató con el mismo problema - la deshonra de Dios en la cautividad de su pueblo -, expuso con mucha claridad el motivo de Dios al salvar a su pueblo de la cautividad de Babilonia:

Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte. He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro. (Isaías 48:9-11).

Por tanto, el primer amor de Dios está arraigado en el valor de su santo nombre, no en el valor de un pueblo pecador. Y puesto que es así, hay esperanza para los pecadores - porque ellos no son el fundamento de su salvación, el fundamento es el nombre de Dios. ¿Ahora puede ver porque razón el enfoque de Dios en Dios es el fundamento del evangelio?

Tomemos a Josué como otro ejemplo de alguien que entendió esta lógica del evangelio centrado en Dios y la usó, como lo hizo Moisés, para interceder por el pecaminoso pueblo de Dios.⁴ En Josué 1, Israel ha cruzado el Jordán y ha entrado en la tierra prometida y derrotado a Jericó. Pero ahora, para dolor de todos, ha sido derrotado en la ciudad de Hai. Josué se encuentra asombrado. Él va al Señor en una de las oraciones más desesperadas de toda la Biblia.

¡Ay, Señor! ¿Qué diré, ya que Israel ha vuelto la espada delante de sus enemigos? Porque los cañoneos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra; y entonces, ¿qué harás tú a tu grande nombre? (Josué 7:8-9)

La base sólida de esperanza en todos los siervos del Señor, aquellos que se han enfocado en él, siempre ha sido la imposibilidad de que Dios permita que su gran nombre sea deshonrado por largo tiempo entre las naciones. Dicha deshonra es inconcebible. Esto provee una sólida confianza. Otras cosas cambian, pero ésta no - el compromiso de Dios con su "grande nombre" no cambia.

Profanados y Vindicados en Babilonia

Pero, ¿entonces qué hacemos con el hecho de que Israel eventualmente demostró ser tan rebelde que fue, de hecho, entregado en las manos de sus enemigos durante la cautividad en Babilonia en la época de Ezequiel? ¿Cómo maneja un profeta enfocado en Dios, como Ezequiel, este terrible revés para la reputación de Dios?

“No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia [Católica Romana] no pueda perdonar”. Más adelante la lectura del Catecismo aclara que, de acuerdo a Roma, el perdón delante del Santo Dios se dará a aquellos a quienes ella determine, cuyo derecho, afirma, le ha sido dado por Cristo.¹²³¹

Roma ha tratado de usurpar la posición de Dios el Juez, declarando quién será justificado delante de él, y por qué medio será justificado. Su falso evangelio niega la doctrina bíblica de la acreditación de la justicia de Cristo al creyente por medio de la fe sola; en consecuencia, sustituye la verdad bíblica por todo su sistema sacramental, incluyendo las penitencias y las indulgencias. Al hacerlo produce “otro evangelio”.

La absoluta autoridad de la Biblia (Sola Scriptura)

La Biblia está llena de afirmaciones que sostienen el hecho singular de que la Palabra escrita de Dios es la base final de verdad para la humanidad. Se evidencia en cientos de referencias en el Antiguo Testamento como por ejemplo, Isaías 8:20, “*¡A la ley y el testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido*”.

De la misma manera en el Nuevo Testamento es a la Palabra escrita de Dios y sólo a ella a la que se refieren el Señor Jesucristo y sus apóstoles como autoridad final. Por ejemplo, en Mateo 4:4 Jesús repelió tres veces a Satanás diciendo “*Escrito está*”, “*El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”. Al refutar los errores de los saduceos el Señor dijo: “*Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios*”.¹²⁴¹ La aceptación total del Señor, de la autoridad del Antiguo Testamento, se ve en sus palabras de Mateo 5:17 y 18: “*No penséis que he venido para abrogar la ley y los profetas, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*”. La noche antes que fuera crucificado Jesús oró a su Padre con palabras muy claras, “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*”.¹²⁵¹

Cristo Jesús también dijo que “la Escritura no puede ser quebrantada”.¹²⁶¹ La Biblia testifica de su propia verdad esencial, a saber, “*La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia*”¹²⁷¹, “*Jehová Dios, tú eres Dios, y tus palabras son verdad*”.¹²⁸¹ La Palabra escrita de Dios es la “*palabra de verdad*”.¹²⁹¹ Dios dice respecto de su Palabra escrita, “*Estas palabras son fieles y verdaderas*”.¹³⁰¹ La

Palabra escrita de Dios es infalible e inequívoca en todas las esferas, tanto terrenales como espirituales.^[31] Negar la verdad y exactitud inherente de la Biblia es llamar a Dios mentiroso.^[32] “*Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*”.^[33]

Los reformadores en los siglos 16 y 17 vieron que Cristo mismo, los apóstoles y las Escrituras declaraban que la Palabra escrita de Dios es la autoridad, no en lugar de Dios, sino como la Palabra misma lo declara, como expresión de la mente misma de Dios.

Fariseísmo consumado

La Iglesia Católica Romana declara oficialmente su autoridad absoluta como sigue:

Canon 750: “Todo lo que está contenido en la palabra escrita de Dios o en la tradición, es decir en el depósito único de la fe confiado a la Iglesia [Católica Romana] y también propuesto como divinamente revelado ya sea por el solemne magisterio de la iglesia [Católica Romana] o por su magisterio ordinario y universal, debe ser creído con fe divina y católica. . .”. Roma sostiene sistemáticamente el fatal sincretismo de equiparar la tradición a las Escrituras, una práctica condenada por el Señor Jesucristo. Ella enseña en su nuevo *Catecismo*:

Nº 80 “La Tradición y la Sagrada Escritura ‘están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin’. Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia [Católica Romana] el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos ‘para siempre hasta el fin del mundo’.”

Nº 81 “La *Sagrada Escritura* es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo”.

Nº 82 “De ahí resulta que la Iglesia [Católica Romana], a la cual está confiada la transmisión y la interpretación de la Revelación, ‘no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción’.”

El fariseísmo consumado de la Iglesia Católica Romana queda demostrado aquí. En total contraste con Roma, en cuestiones de

llegó a ser el medio para la conversión de Rahab. Veremos esta maravillosa conexión una y otra vez.

La Lógica del Evangelio: el Enfoque en Dios es el Fundamento de la Misericordia.

Isaías también declara que el propósito de Dios en el Éxodo era hacer para sí un nombre perpetuo. Él describió a Dios como aquel ...

que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria; el que dividió las aguas delante de ellos, haciéndose así nombre perpetuo, el que los condujo por los abismos, como un caballo por el desierto, sin que tropezaran. El Espíritu de Jehová los pastoreó, como a una bestia que desciende al valle; así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte nombre glorioso (Isaías 63:12-14).

Así que, cuando Dios demostró su poder para sacar a su pueblo de Egipto a través del Mar Rojo, él tenía su visión en la eternidad y en la reputación eterna que ganaría para sí en aquellos días.

El Salmo 106:7-8 enseña lo mismo:

Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas; no se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias, sino que se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo. Pero él los salvó por amor de su nombre, para hacer notorio su poder. (Ver también Nehemías 9:10; Ezequiel 20:9; Daniel 9:15).

¿Puede ver la misma lógica del evangelio funcionando aquí? Es la misma lógica preciosa que vimos en 1 Samuel 12:22. Allí el pueblo pecaminoso había escogido un rey y había ofendido a Dios. Pero Dios no los desampararía. ¿Por qué? Porque su gran nombre estaba en juego. En este Salmo denuncia que el pueblo pecaminoso se había rebelado contra Dios en el Mar Rojo y no había considerado su amor. Sin embargo, él los salvó con su tremendo poder. ¿Por qué? La misma respuesta: por amor de su nombre, para dar a conocer su gran poder.

nuestra obediencia. Por eso vamos a examinar el deleite de Dios en su reputación.³

¿Por Qué Dios NO Acabó Rápidamente con faraón?

Quédese conmigo por un momento en el Éxodo. Es aquí donde Dios empezó a moldear la vida corporativa de su pueblo escogido. Por el resto de su existencia Israel miró hacia atrás al Éxodo como un elemento clave en su historia. En el Éxodo vemos a qué esta dispuesto Dios al escoger un pueblo para sí. En Éxodo 9:16 Dios le expresa a Faraón una frase que le permite entender a él (y a nosotros) por qué razón Dios está multiplicando sus actos poderosos en diez plagas, en vez de acabar rápidamente con la terquedad de Egipto con una repentina catástrofe. Este texto es tan crucial que el apóstol Pablo lo citó en Romanos 9:17 para resumir el propósito de Dios en el Éxodo. Dios le dice a Faraón, "Y a la verdad yo te he puesto (o "instituido"), para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra". Romanos 9:17 dice, "para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra".

Así que la razón del éxodo era crear una reputación mundial para Dios. El objetivo de las diez plagas y el paso milagroso del Mar Rojo era demostrar el increíble poder de Dios a favor de su pueblo, el cual había escogido libremente, con el objetivo de que esta reputación, este nombre, fuera declarado a través de todo el mundo. ¿No es claro, entonces, que Dios se deleita grandemente en su reputación?

Una de las grandes implicaciones del deleite de Dios en su reputación se encuentra en la historia de Rahab, la prostituta, en Jericó. Ella se convirtió al verdadero Dios y se salvó de la muerte por causa de la reputación de Dios. que provenía del Éxodo, la cual había corrido detrás de los Israelitas y había alcanzado la ciudad. "Hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto... Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra" (Josué 2:10-11). De esta forma el amor de Dios por su nombre

autoridad, el Señor siempre se refirió a la palabra escrita de Dios (por ejemplo, "Escrito está", o bien, "¿Nunca leísteis en las Escrituras. . .?"). De la misma manera el apóstol Pablo afirmó claramente que Cristo "murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras".¹³⁴¹ Sin embargo, a pesar del ejemplo de Cristo, la Iglesia Católica Romana intenta, como lo hicieron los fariseos en el tiempo de Jesús, igualar sus tradiciones a la palabra de Dios, "invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición. . .".¹³⁵¹ La palabra escrita de Dios como está en la Biblia es la autoridad absoluta del cuerpo de Cristo. "Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad" (Juan 17:17).

Salvación solamente en Cristo Jesús (Solo Christo)

Bíblicamente, la salvación del creyente está en Cristo, como hemos afirmado antes. Todas las bendiciones del creyente se basan en Cristo, ninguna se basa en el creyente mismo.¹³⁶¹ Los Reformadores proclamaron la largamente perdida enseñanza paulina de la justificación por medio de la justicia de Cristo Jesús solamente, acreditada al individuo por el Santo Dios Juez. Es un acto judicial legal, objetivo, del soberano Santo Dios a cuya derecha se sienta Cristo Jesús. Como resultado de la enseñanza bíblica por los hombres de la Reforma, surgió un abandono extendido del subjetivismo religioso por medio del cual la Iglesia Católica Romana había mantenido a Europa Occidental, Inglaterra y Escocia esclavizadas durante siglos.

Roma transige con la necromancia (comuni3n con los difuntos)

En los t3rminos b3blicos no hay m3s que un mediador: "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre".¹³⁷¹ Sin embargo, Roma se vale de otros mediadores como Mar3a y sus santos. La iglesia de Roma vuelve a la gente hacia los difuntos, como a quienes pueden ayudarlos e interceder por los vivos. La frase comuni3n con los muertos es usada oficialmente por Roma, con se ve en su nuevo Catecismo:

Nº 958 "La comuni3n con los difuntos. La iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comuni3n de todo el Cuerpo m3stico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honr3 con gran piedad el recuerdo de los difuntos y tambi3n ofreci3 por ellos oraciones; 'pues es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados'... Nuestra oraci3n por ellos puede no

solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor".

La convocatoria de los muertos, es decir, la necromancia, está estrictamente prohibida en la Biblia. En Deuteronomio 18:9-11 se la llama abominación delante del Señor.

El Cristo Divino, quien es el Mediador de todos creyentes, *tiene "todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento"*.^[38] Cualquier cosa afable, tierna o amable que haya habido en los santos, estaba allí a causa de él que tiene todo. . . El creyente está completo en Aquel que como Cabeza 'tiene todos los principados y poderes'.^[39] Así como la justicia de Cristo satisface las exigencias de la ley de tal manera que no hay lugar para ningún otro intercesor, como lo afirma Hebreos 12:1, ". . . habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas".

El intento por justificar la necromancia

Para justificar la convocatoria a los santos muertos e invocar su intercesión en el cielo a favor del fiel Roma cita versículos como Hebreos 12:1 y Mateo 25:21 como lo hace el nuevo *Catecismo*:

Nº 2683 "Los testigos que nos han precedido en el reino [Hebreos 12:1], especialmente los que la iglesia [Católica Romana] reconoce como 'santos', participan en la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración hoy. Contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra. Al entrar 'en la alegría' de su Señor, ha sido constituidos 'sobre lo mucho' (Mateo 25:21). Su intercesión es su más alto servicio al plan de Dios. Podemos y debemos rogarles que intercedan por nosotros y por el mundo entero".

Así el nuevo *Catecismo*, como las otras fuentes católicas romanas oficiales, contradice abiertamente la Palabra escrita de Dios. La Biblia enseña no a trabajar, sino a descansar en relación a aquellos que murieron en el Señor. Por ejemplo Apocalipsis 14:13, "*Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen*". El tiempo entre ir al Señor en espíritu en la muerte y la resurrección general nunca está puesto como un tiempo de actividad para aquellos que murieron en el Señor, según lo confirman diversas

¿Por qué fue Israel escogido y convertido en prenda de vestir de Dios? "Para que me fuesen por fama, por alabanza y por honra". Las palabras "alabanza" y "honra" en este contexto nos indican la "fama", o "renombre", o "reputación" que Dios está creando para sí. Dios escogió a Israel para que este pueblo creara una reputación para él. Dios dice en Isaías 43:21 que Israel es el "pueblo [que] he creado para mí; mis alabanzas publicará". Cuando la Iglesia se vio a sí misma en el Nuevo Testamento como la verdadera Israel, Pedro describió el propósito de Dios para nosotros de la siguiente forma: "Vosotros sois linaje escogido...para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9). En otras palabras, Israel y la iglesia son escogidas por Dios para crear un nombre para él en el mundo.

David enseña lo mismo en una de sus oraciones en 2 Samuel 7:23. El afirma que lo que diferencia a Israel de otros pueblos es que Dios ha tratado con ellos de una manera tal que ha hecho un nombre para sí mismo.

¿Y qué nación se puede comparar con tu pueblo Israel? Es la única nación en la tierra que tú has redimido, para hacerla tu propio pueblo y para dar a conocer tu nombre. Hiciste prodigios y maravillas cuando al paso de tu pueblo, al cual redimiste de Egipto, expulsaste a las naciones y a sus dioses.

En otras palabras, cuando Dios redimió a su pueblo en Egipto y luego lo llevó a través del desierto y a la tierra prometida, él no estaba solamente ayudando a su pueblo; él estaba actuando, como dice Samuel, por causa de su gran nombre (1 Samuel 12:22); o, como lo expresa David, estaba dando a conocer su nombre - creando una reputación. El estaba revelando el deleite que tiene en su fama.

Al final de este capítulo veremos que conocer esta verdad sobre Dios es inmensamente práctico y afecta la forma en que vivimos y servimos a Cristo cada día. Es, por lo tanto, muy conveniente que no nos apresuremos al estudiar este deleite de Dios; es una parte crucial del fundamento de nuestra esperanza, nuestro gozo y

incondicional, y que el deleite de Dios consistió en ejercitar su libertad de esta forma.

Pero 1 Samuel 12:22 muestra que la elección que Dios hizo de Israel no es el propósito máximo de Dios, sino que es un medio para lograr su máximo propósito de que su nombre sea honrado y su reputación se difunda. El texto dice que Dios escogió a Israel para ser suyo: "Jehová ha querido haceros pueblo suyo". Él los escogió como un medio para hacer conocer el nombre suyo. Por eso Samuel dice que Dios no los desampará "por su grande nombre". Por lo tanto, debajo y detrás del deleite de Dios al escoger un pueblo (lo cual trataremos en el capítulo 5), se haya un deleite mucho más básico, a saber, el deleite que tiene Dios en su propio nombre (lo cual estamos tratando ahora).

La Gloria de Dios Hecha Pública

¿Qué significa eso de que Dios se deleita en su nombre? Hemos visto que, aunque podría significar simplemente que Dios se deleita en su gloria intrínseca, usualmente significa algo un tanto diferente, a saber, que Dios se deleita en que su gloria se haga pública. En otras palabras, el nombre de Dios usualmente se refiere a su reputación, su fama, su renombre. Es ésta la forma en que usamos la palabra "nombre", cuando afirmamos que alguien está haciendo un nombre para sí, o que se está dando a conocer. En ocasiones decimos, "ése es un nombre de marca". Con eso queremos significar una marca de gran reputación.

Creo que eso es lo que Samuel quiere decir en 1 Samuel 12:22, cuando dice que Dios hizo a Israel pueblo "suyo", y que no desampará a Israel "por su grande nombre". Ésta forma de pensar sobre el celo de Dios por su nombre es confirmada en muchos otros pasajes. Por ejemplo, en Jeremías 13:11 Dios describe a Israel como un cinturón que Dios escogió para resaltar su gloria, pero que resultó ser temporalmente inutilizable. Porque como el cinto se junta a los lomos del hombre, así hice juntar a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá, dice Jehová, para que me fuesen por pueblo y por fama, por alabanza y por honra; pero no escucharon.

Escrituras.^[40] En oposición a esto, en cuerpo y alma todo el pueblo de Dios reinará con El en la nueva Jerusalén (Apocalipsis 22:5).

Una María que no pertenece a la Biblia

María es la fuente de la santidad según el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*. En este sentido, la importancia del principio de *Solo Christo* para la verdadera reforma y el avivamiento no puede ser sobrestimada, especialmente en relación con el nuevo *Catecismo* que afirma:

Nº 2030 "De la Iglesia [el católico bautizado] recibe la gracia de los sacramentos que le sostienen en el camino. De la Iglesia [Católica Romana] aprende el *ejemplo de santidad*; reconoce en la Bienaventurada Virgen María la figura y la fuente de esa santidad...".

Como lo afirma mejor la Biblia, la justificación del creyente es sólo en Cristo^[41] que está a la derecha de Dios.

Más aun, sólo Dios es el modelo y la fuente de la santidad. Invocar a María y a los santos es del principio al fin idolatría, y las bendiciones que se les solicitan sólo Dios las puede otorgar. Los atributos divinos de omnisciencia y omnipresencia, que pertenecen sólo a Dios, se suponen pertenecientes a los así llamados intercesores. Sin el principio de *Solo Christo* una persona puede quedar atrapada en el politeísmo del sistema romano de María y los santos. En consecuencia, uno debe sostener, en base al firme terreno escritural "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

A Dios solamente sea la gloria (Soli Deo gloria)

El quinto principio del avivamiento bíblico sigue en forma lógica a los primeros cuatro. Siendo la justificación por la sola gracia por medio

del don de fe de Dios y solamente en Cristo bajo la autoridad escrita de Su Palabra, ¡a Dios solamente sea la gloria! Este principio, a Dios solamente sea la gloria, es la maravillosa respuesta propia del creyente. El creyente ha sido predestinado por Dios para la *“alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”*.¹⁴²¹

Soli Deo gloria, resume el segundo mandamiento

El segundo mandamiento dado por Dios se resume en las palabras “a Dios solamente sea la gloria”. Sin embargo, la fabricación y el uso de imágenes en la Iglesia Católica Romana y en otras iglesias se tolera a causa de la falta de comprensión de estos cinco principios de avivamiento bíblico.

En la historia de la iglesia cristiana este principio se tomó seriamente. Había muy pocas imágenes en la iglesia antes del siglo VI. El debate central, por llamarlo así, es la “controversia iconoclasta” del siglo 8 que resultó en el Segundo Concilio de Nicea, con la aprobación de figuras que se besan y honran en las iglesias (787 d.C.). El Concilio Católico Romano de Trento (1564) confirmó esto y avanzó en la aprobación de imágenes. Todo esto se reafirma nuevamente en el Catecismo de la Iglesia Católica (1994). La mayoría de los líderes de la Reforma se aferraron firmemente al principio de prohibir el uso de imágenes. Sin embargo, Lutero fluctuaba y permitió en ciertas circunstancias el uso de imágenes.

Lo que está prohibido en el segundo mandamiento es hacer imágenes a semejanza de Dios. Moisés recuerda a los hijos de Israel en Deuteronomio 4:12, *“Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, más a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis”*. Es el intento de hacer cualquier semejanza o similitud de lo divino lo que está prohibido en el segundo mandamiento.

El Catecismo enseña idolatría

Racionalizar como lo hacen los católicos romanos en su nuevo Catecismo, que la encarnación de Cristo trajo una “nueva economía de imágenes”¹⁴³¹ o que ahora está permitido tener figuras, íconos o imágenes de Cristo, es elevar la racionalización humana a un plano superior a la Palabra escrita de Dios. La razón que se da es que “el honor rendido a las imágenes pasa al representado”.¹⁴⁴¹ Tal aceptada terminología es burdamente humanística en su entendimiento oscurecido, porque lo que

¿Cuál es la base para que ellos no teman de acuerdo con este versículo? Primero que todo es la promesa de que él no los desampará. A pesar de su pecado al querer un rey, el versículo dice: “Jehová no desampará a su pueblo”. Pero ése no es el fundamento más profundo para no temer y para tener esperanza. ¿Por qué no desampará Jehová a su pueblo? La respuesta que Samuel da es que Dios no desampará a su pueblo “por su grande nombre”. La razón más profunda que se ofrecía como explicación del compromiso de Dios con su pueblo es su previo compromiso con su propio nombre. La profunda base sólida para nuestro perdón, nuestro no - temor y nuestro gozo, es el compromiso de Dios con su propio y grande nombre. Primero que todo, él está comprometido a actuar por causa de su propio nombre; luego por esa razón, él se compromete a actuar en favor de su pueblo.

¿Cómo expresa Samuel esa conexión para nosotros en 1 Samuel 12:22? ¿Por qué es que el compromiso de Dios con su propio nombre resulta en no desamparar a su pueblo? ¿Cómo es que su compromiso con su nombre produce un compromiso con su pueblo?

La última parte del versículo 22 nos da la respuesta “Porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo”. O para expresarlo de otra forma, el beneplácito o deleite de Dios fue unirlo a usted a él mismo, unirlo de tal forma que el nombre de él está en juego en el destino suyo. También lo podemos expresar así: el buen deseo de Dios fue poseerlo a usted de una manera tal, que lo que le suceda a usted se afecta el nombre de él. Por lo tanto, por causa de su nombre, él no lo desampará a usted.

Lo que empieza a ser muy evidente es que 1 Samuel 12:22 no es sólo la base para hablar sobre el deleite de Dios en su reputación (que es este capítulo), sino también para hablar del deleite de Dios en la elección (capítulo 5). Estos dos deleites están íntimamente relacionados. Por eso, permítame adelantarme un poco al siguiente capítulo sobre el deleite de Dios en la elección y luego concentrarme en el deleite que Dios tiene en su reputación. Samuel dijo, “Jehová ha querido haceros pueblo suyo”. En otras palabras, el deleite de Dios fue escogerlos a ustedes, elegirlos de entre todos los pueblos de la tierra, y hacerlos su posesión especial. Veremos que esta elección de Israel fue libre e

rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras". Entonces Samuel unge a Saúl como rey sobre Israel (capítulo 10). Luego en el capítulo 11 Saúl derrota a Náhas y a los amonitas, y reúne a todo el pueblo en Gilgal para renovar el reino - para investir oficialmente a Saúl.

Samuel pronuncia un discurso de inauguración en el capítulo 12, pero resultó ser un discurso de inauguración muy inusual. ¡No fue lo que el pueblo quería oír! Samuel tiene unas noticias asombrosamente buenas para todos. Pero antes de darles esas buenas noticias, él quiere asegurarse de que ellos sepan y sientan la magnitud de la maldad que han cometido al querer ser como las otras naciones y al no estar satisfechos de tener a Dios por rey de ellos (1 Samuel 8:5). Por eso en el capítulo 12:17 él dice, "¿No es ahora la siega del trigo? Yo clamaré a Jehová, y el dará truenos y lluvias, para que conozcáis y veáis que es grande vuestra maldad que habéis hecho ante los ojos de Jehová, pidiendo para vosotros rey". Cuando Dios envía truenos y lluvia, el pueblo teme y confiesa su pecado: "Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros" (12:19).

Cuando ya el pueblo ha sido llevado al arrepentimiento de sus pecados, viene la buena noticia: "No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal; pero con todo eso no os apartéis de en pos de Jehová, sino servidle con todo vuestro corazón. No os apartéis en pos de vanidades que no aprovechan ni libran, porque son vanidades" (12:20-21). Éste es el evangelio; a pesar de que ustedes han pecado en gran manera, y han deshonrado al Señor muchísimo, a pesar de que ahora tienen un rey, que fue pecado obtener, a pesar de que no se puede deshacer ese pecado o sus consecuencias que aún están por venir; sin embargo, hay un futuro y una esperanza. ¡No temáis! ¡No temáis! Luego viene el gran fundamento del evangelio en el versículo 22: "Pues Jehová no desampará a su pueblo por su grande nombre, porque Jehová ha querido hacerlos pueblo suyo".

¿Por Qué fío Los Desampará?

se supone aquí es que todo lo existente es lo mismo como en la filosofía de Platón. El punto mismo de la Biblia es que el ser del Santo Dios es totalmente diferente del de sus criaturas; en consecuencia, no debe fabricarse ni usarse ninguna semejanza. Éxodo 20:23 afirma "*No hagáis conmigo dioses de plata, ni dioses de oro usaréis*". En Éxodo 20:5 Dios llama a aquellos que quebrantan este mandamiento "los que me aborrecen", y a quienes lo guardan, "*los que me aman*" (versículo 6). El castigo por iniquidad se promete a aquellos que quebrantan los mandamientos, mientras que se promete bendiciones a quienes los guardan (ver mapas del mundo en las diferentes etapas de la historia para ver cómo esto se ha cumplido).

Pablo fue movido a una ira justa contra el uso de imágenes.¹⁴⁵ Muchos de los grandes hombres de avivamiento en la Biblia—Moisés, Elías, Josías, Ezequías—fueron destructores de imágenes. Isaías¹⁴⁶ y Elías¹⁴⁷ se burlaron sarcásticamente de las imágenes y de quienes hicieron uso de ellas. En la Palabra escrita Dios mandaba constantemente a los judíos a destruir las imágenes de barro. Es el mandamiento final del Señor en 1 Juan 5:21: "*Hijitos, guardaos de los idolos*".

La apelación de los testimonios

Los testimonios de este libro (1) han sido sinceras apelaciones a ustedes los católicos a ver y estar de acuerdo con los principios bíblicos de Dios. Expresado de muy diferentes maneras, estos hombres han hecho el mismo toque de clarín de la verdad bíblica en el mensaje que proclama la vida eterna.

El mensaje central de la Biblia es reconocer que por naturaleza toda persona tiene un mal prontuario y un mal corazón, como lo muestran los siguientes pasajes: "*Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*" (Romanos 3:23); "*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*" (Jeremías 17:9).

Sólo Jesucristo pagó el rescate por el pecado de su pueblo ". . . habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Hebreos 1:3).

No solamente el Señor Jesucristo ha pagado plenamente el precio requerido por su Padre por la totalidad del pecado de una persona, sino que cuando uno ha sido unido a El por el Dios Juez, la justicia de Cristo

es acreditada a la persona, como lo explica tan claramente 1 Corintios 5:21, *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*.

La salvación viene por fe en Cristo solamente *“El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”* (Juan 3:35,36).

Las Escrituras muestran que por naturaleza toda persona tiene un mal prontuario y un mal corazón. Delante de Dios cada uno está muerto en su pecado. Por sí mismo nadie puede hacer nada para ganar la salvación. Está claro, de acuerdo con las Escrituras, que Cristo ha reemplazado a cada una de sus ovejas en la cruz de una vez y para siempre: *“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. . .”* (1 Pedro 2:24). Su gracia es suficiente para cambiar su corazón para que pueda confiar en él. Él pondrá luego en usted la voluntad de arrepentimiento. Nacerá de nuevo en él. *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3:6).

Fue con total sinceridad y devoción que estos hombres (norteamericanos, canadienses, irlandeses, franceses, ingleses, españoles e italianos) vivieron el catolicismo. Por la gracia de Dios buscaron conocerlo en espíritu y en verdad. El profundo deseo de nuestro corazón es que a través de todo lo dicho usted escuche su voz, la voz del Buen Pastor que ha dado su vida por sus ovejas.

Aquellos de ustedes en el sacerdocio católico, o como hermanas religiosas con votos, que afirman ser salvos por la gracia sola y que afirman depender solamente de la justicia de Cristo Jesús, deben comprender ahora por qué miles dejaron los monasterios y los conventos en el tiempo de la Reforma. Conocerán el Canon 702 tan bien como yo, *“Aquellos que han dejado legítimamente una institución religiosa o han sido rechazados legítimamente no pueden solicitar nada de ella por cualquier trabajo que hayan realizado en la misma. . .”*

Desde dentro del sistema parece imposible enfrentar el futuro. Este es el punto en que estos testimonios de la fidelidad del Señor son preciosos. Nuestro Padre cuida de cada uno. Nos llama por nombre y provee para nosotros. El, el poderoso Dios, nuestro Padre, nos dice *“Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no*

Una Historia de Esperanza Para los Pecadores, Enfocada en Dios

Empecemos con una historia sobre el pecado humano y la misericordia divina. Amo esta historia porque está llena de esperanza, enfocada en Dios. Esta historia pone sobre la mesa el maravilloso hecho de que el amor de Dios por su reputación es la base de su misericordia para los desesperados pecadores. La aseveración clave en esta historia está en 1 Samuel 12:22, *“Pues Jehová no desampará a su pueblo, por su grande nombre”*. Aquí se puede ver inmediatamente que la misericordia de Dios (*“Pues Jehová no desampará a su pueblo”*) se basa en su amor a su nombre (*“por su grande nombre”*). Pero para poder sentir toda la fuerza de esta verdad evangélica, enfocada en Dios, necesitamos conocer la historia bíblica.

El periodo de los jueces del Antiguo Testamento (Gedeón, Débora, Sansón y el resto) ha pasado. Samuel está ahora en escena como una especie de puente entre los jueces, los reyes y los profetas. Hasta ahora Israel no tenía rey, pero el caos de la tierra, con cada uno haciendo lo que bien le parecía (Jueces 21:25), llevó a Israel a exigir que Samuel les diera un rey.

Usted puede leer lo anterior en 1 Samuel 8. Samuel es viejo. Sus hijos Joel y Abías se han convertido en jueces y son corruptos. Así que los ancianos de Israel le dicen a Samuel (en el versículo 5): *“He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constituyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”*. Samuel se siente molesto y acude a Dios en busca de un consejo, pero para sorpresa suya Dios le dice a Samuel, *“Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan: porque no te han desechado a tí, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos”*. Sin embargo, esto no es tan sencillo. Dios también le dice a Samuel, *“ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales como les tratará el rey que reinará sobre ellos”* (8:9).

Entonces Samuel le anuncia al pueblo cómo su rey tomará sus hijos e hijas para su servicio y demandará de ellos, para sus propósitos, el diezmo de todo lo que posean. Aún así no pudo hacer desistir al pueblo de su deseo de nombrar un rey. Ellos dan su respuesta final en los versículos 19 y 20: *“No, sino que habrá*

la causa de su pueblo está arraigado, no en su pueblo, sino en sí mismo. Su pasión por salvar y purificar se alimenta a sí misma, no del superficial suelo de nuestro valor, sino de su infinita y propia profundidad.

Lo que veremos a medida que se desarrolla este capítulo es que el tiempo que se requiere para adentrarnos en lo profundo del corazón de Dios es a menudo recompensado al encontrar una veta de oro o un pozo de petróleo. El esfuerzo es pagado con gozo y poder más allá de cualquier expectativa.

¿Quiso Usted Decir "nombre" o "Reputación"?

En el primer borrador de este capítulo escribí el título, "El Deleite de Dios en su Nombre". Todavía pienso que éste es un título perfectamente bíblico. Muchas veces la Escritura declara que Dios hace cosas "por amor de su nombre"; pero si uno se pregunta cuál es la verdadera motivación del corazón de Dios en esa aseveración (y en muchas otras parecidas a esta), la respuesta es que Dios se deleita en hacer conocer su nombre. La primera y más importante oración que podamos proferir es, "Santificado sea tu nombre". Ésta es una petición a Dios para que él obre de forma tal que haga que su pueblo santifique su nombre. Dios logrará que más y más personas santifiquen su nombre, y por eso su Hijo le enseña a los cristianos a poner sus oraciones en línea con esta gran pasión del Padre. "Señor, haz que más y más personas santifiquen tu nombre", es decir, estimen, admiren, respeten, valoren, honren y adoren tu nombre. En esencia es una oración misionera. Así que entre más pensaba sobre este asunto, más me parecía apropiado poner el énfasis en la reputación y no en el nombre. La reputación significa un nombre bien conocido. Su nombre muestra quién es él realmente; especialmente, quién es él para nosotros.² El argumento del presente capítulo es que Dios se deleita en ser conocido como realmente es. Él ama una reputación mundial. Es por eso que hablaré mucho sobre el nombre de Dios en este capítulo, pero he escogido el título, "El Deleite de Dios en su Reputación".

toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso" (2 Corintios 6:17,18). "El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio" (Marcos 1:15).

[7] Romanos 4:5-8; 2 Corintios 5:19-21; Romanos 3:21-28; Tito 3:5-7; Efesios 1:7; Jeremías 23:6; 1 Corintios 1.30-31; Romanos 5:17.19

[8] Juan 12:31-32

[9] Romanos 3:20-26

[10] El semipelagianismo da cierto crédito a Dios en cuanto a iniciar y apoyar los esfuerzos del hombre por lograr su propia salvación. Al negar la gracia soberana de Dios, sin embargo, es un pelagianismo corrupto y floreciente. Somos bien conscientes del hecho histórico de que ciertos concilios condenaron el pelagianismo y el semipelagianismo. Como Roma nunca se ha retractado de su aprobación de estos concilios, hoy puede afirmar oficialmente que también ella condena incluso el semipelagianismo. Pero estas afirmaciones oficiales no significan nada, porque en oposición a la condenación del semipelagianismo, otras de las doctrinas y prácticas oficiales de Roma muestran concluyentemente que ella vive un semipelagianismo, como lo demuestra la siguiente sección.

[11] Daniel 9:24

[12] Romanos 8:1

[13] 1 Juan 1:8-10

[14] Hebreos 12:8

[15] Catecismo de la Iglesia Católica (Publicaciones Ligorio, 1994). (La negrita en las citas indica énfasis agregado por este autor). Las citas en las páginas siguientes sobre las enseñanzas católicas romanas oficiales son del mismo catecismo, con la excepción de las citas del Código del Derecho Canónico.

[16] Efesios 1:4-7

[17] Hebreos 1:3

[18] Romanos 3:28

[19] Efesios 2:9

[20] Tito 3:5

- [21] Colosenses 3:3,5
- [22] El Código del Derecho Canónico, Edición Latín-Inglés (Canon Law Society of América, Washington, DC 20064) 1983. Todos los cánones están tomados de este volumen.
- [23] Ver N° 976-987, N° 1434-1498 que incluye penitencias e indulgencias.
- [24] Mateo 22:29
- [25] Juan 17:17
- [26] Juan 10:35
- [27] Salmo 119:160
- [28] 2 Samuel 7:28
- [29] Salmo 119:43; 2 Corintios 6:7
- [30] Apocalipsis 21:5
- [31] Juan 3:12
- [32] 1 Juan 5:12
- [33] 2 Corintios 10:5; Proverbios 3:5
- [34] 1 Corintios 15:3
- [35] Marcos 7:13
- [36] Efesios capítulo 1
- [37] 1 Timoteo 2:5
- [38] Colosenses 2:3-10
- [39] Colosenses 2:10
- [40] Mateo 7:22-23, 10:32-33, 25:34-46; 2 Corintios 5:9-10; Gálatas 6:7-8; 2 Tesalonicenses 1:8-10. Hebreos 9:27

completo, y la fe es el recibo que podemos usar para recuperarla del empeño. No necesitamos emplear ni un solo penique nuestro, sino solamente decir: "Heme aquí, Señor, yo creo en Jesucristo; no he traído ningún dinero para pagar por mi alma, porque tengo este resguardo, el precio fue pagado hace mucho tiempo. Está escrito en tu Palabra: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado". Y si vosotros tenéis ese recibo, podéis también rescatar vuestras almas del empeño, y decir: "He sido perdonado, he sido perdonado; soy un milagro de la gracia". Quiera Dios bendeciros, amigos míos, por Cristo Jesús.

APÉNDICE D

El Deleite de Dios en Su Reputación

Unos meses antes de su muerte, a la edad de 29 años en 1747, David Brainerd, el misionero a los indígenas en Nueva Inglaterra, le escribió a un joven candidato al ministerio, "Entrégate a la oración a la lectura y la meditación de las verdades divinas: lucha por penetrar en lo más profundo de ellas y nunca te contentes con un conocimiento superficial".¹ Fue un buen consejo. Y no sólo para los pastores, pues en el fondo de todas las cosas se encuentra un fundamento firme de esperanza para la victoria de la misión global de la iglesia. Se encuentra un Dios cuyo compromiso con

Antes de terminar, permitidme una palabra para el impío que no conoces a Cristo: Has oído todo cuanto hemos hablado de que la salvación es sólo de Él. ¿No es para ti esta buena doctrina? Porque tú no tienes nada, ¿no es cierto que eres un pobre, perdido y arruinado pecador. Oye esto, pues: tú no tienes nada, y nada necesitas, porque Cristo lo tiene todo. ¡Pobre de mí! Soy un esclavo encadenado", dirás. ¡Pero El tiene la redención! "¡No!, soy un sucio pecador." Pero podrá lavarte hasta dejarte blanco. Sí, eres un leproso, pero el Médico Divino puede sanar tu lepra. Sí, también estás condenado, pero Él tiene tu libertad firmada y sellada, si tú crees en El. Cierto que estás muerto, pero Cristo tiene la vida y puede resucitarte. No necesitas nada de lo tuyo, sólo confiar Y si hubiera aquí ahora hombre, mujer o niño, que estuviera dispuesto a decir solemnemente conmigo, con todo su corazón: "Entiendo que Cristo es mi Salvador sin que yo posea ninguna virtud o mérito en qué poder confiar. Conozco mis pecados, pero sé que Él es más fuerte que ellos; reconozco mi culpa pero creo que Él es más poderoso que ella"; repito, si alguno de vosotros puede decir esto, puede irse de este lugar gozoso y contento, porque es heredero del reino de los cielos.

Tengo que contaros una singular historia, que fue referida en nuestra reunión de iglesia; porque quizás, por medio de ella, alguna pobre persona que me oiga pueda entender el camino de la salvación. "¿Podrías decirme -preguntaba uno a su amigo creyente- qué le dirías a un pobre pecador que acudiera a ti deseando saber el camino de la salvación?" "Mira dijo él, creo que me resultaría muy difícil; pero eso mismo me ocurrió ayer. Una pobre mujer vino a mi tienda y se lo explicó de una forma tan vulgar, que no me gustaría repetírtelo." "¡Oh!, sí, no te importa; me agradaría oírlo." "Bien; pues esa pobre mujer siempre está empeñando cosas, y de vez en cuando las recupera. No encontré modo mejor que el siguiente: Mire, le dije, su alma está empeñada con el demonio, Cristo ha pagado el precio, y usted, usando la fe como resguardo, puede ir y retirarla." Como veis, fue una forma muy simple, pero a la vez excelente, para presentarle el camino de salvación a aquella mujer. Es cierto que nuestras almas estaban empeñadas a la venganza del Todopoderoso, y que no teníamos dinero para pagar; pero vino Cristo y satisfizo el precio por

[41] Colosenses 2:6-3:3; Efesios 13-9 y otras partes

[42] Efesios 1:6

[43] N° 2131

[44] N° 2132

[45] Hechos 17:16

[46] Isaías capítulos 40,42,46,48

[47] 1 Reyes 18:27

LECCIÓN I.

SOLA GRACIA (*Sola Gratia*)

Salvos Por Gracia

Por Prof. Robert D. Decker

Profesor de Teología en las Iglesias Protestantes Reformadas
Traducción del inglés por Paula Meagher
para la Primera Iglesia Protestante Reformada
en Holland, Michigan, USA

¿Es Usted salvo? Esa es la pregunta crucial en la vida. ¿Cuál es su respuesta? Qué vivimos en tiempos terribles es bien sabido. Estamos viviendo en días que el mundo nunca ha visto. Esta es una época cuando los mismos fundamentos están siendo sacudidos. Un tiempo en que abunda la falta de ley, lo cual se revela a misma en una rebelión terrible y en derramamiento de sangre. Nuestras ciudades son inseguras. No hay estima por la ley ni el orden. La estructura entera de nuestra civilización moderna e ilustrada está al borde del colapso total.

Y en todas partes los hombres están desesperadamente buscando

respuestas. El problema es que los hombres buscan en los caminos incorrectos y en la fuente incorrecta. El hombre se niega a contar con el hecho de que la raíz del terrible problema del mundo es el pecado. Pecado es contra el Dios viviente del cielo y de la tierra, y Él no excusará ni ignorará el pecado, pero Él es quien ejecuta su venganza y su Santa ira contra de los que hacen iniquidad. Rechazando contar con Dios, el hombre busca en sí mismo el consuelo, paz y esperanza en un mundo problemático. El nunca encontrará estas cosas. Su fin será una desesperación completa en el infierno.

¡La Biblia tiene la respuesta y esa respuesta es la Salvación del pecado y de la muerte en Jesucristo por la gracia de Dios! Aquellos que están salvos por gracia a través de su fe como un don de Dios, no están turbados por los terribles eventos del día. Ellos ven estas cosas y se alegran. Se alegran porque saben que a través de estos eventos, Jesús está viniendo rápidamente otra vez para efectuar la salvación que El ha comprado para ellos en la gloria de los nuevos cielo y tierra. Y estos son los que tienen consuelo, paz y esperanza.

Básicamente, este es el mensaje de este pequeño panfleto que queremos exponer para usted. Está tomado de Efesios 2:8 y dice así: "Por gracia son salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros pues es don de Dios".

Debemos enfatizar que la pequeña palabra "Por" al comienzo del texto significa "Porque" é indica que este texto es la razón para algo, es una explicación de lo que el apóstol Pablo ha declarado en el contexto que le precede.

Esto implica que la declaración de este texto no esta solitario. No es una verdad aislada que uno puede aceptar o rechazar sin ningún efecto sobre el resto del contenido de su fe. Porque gracias sois salvos... la salvación es por gracia y por gracia solamente. Y es el fundamento indispensable, o elemento sin el cual ninguna otra cosa puede mantenerse. Negar la verdad de la salvación por gracia, significa la destrucción del verdadero fundamento de la Palabra de Dios.

¡cuidado con el dinero!, ¡cuidado con el oro y la plata!; porque serán una maldición si se interponen entre vosotros y Dios. Fijad vuestros ojos en la nube y no en la lluvia, en el río y no en el barco que flota en su seno. Contemplad el sol y no sus rayos; atribuid vuestros dones a Dios y decid perpetuamente "Él solamente es mi roca y mi salvación".

Finalmente, os ruego otra vez que no apartéis vuestra mirada de Dios para fijarla en vosotros; *porque, ¡qué seríais ahora que seríais siempre, sino unos pobres condenados pecadores, si estuvierais fuera de Cristo!* El otro día, cuando predicaba, durante la primera parte de mi sermón era el ministro quien hablaba; pero, de repente, recordé que no era más que un pobre pecador, y ¡cuán distintas fueron entonces mis palabras! Los mejores sermones que jamás haya predicado, han sido aquellos que pronuncié, no en mi capacidad de ministro, sino como pobre pecador hablando a los pecadores. Y creo que no hay nada como el que un ministro recuerde que no es más que un pobre pecador, después de todo. Se dice del pavo real que, aunque está vestido de finas plumas, se avergüenza de tener los pies negros. Estoy seguro que nosotros también debemos avergonzarnos de los nuestros. Aunque a veces nuestras plumas aparezcan vistosas y brillantes, deberíamos pensar en lo que seríamos si la gracia no nos hubiera auxiliado. ¡Cristiano!, fija tus ojos en Cristo porque fuera de Él no eres mejor que cualquiera de los que están infierno; no hay demonio en el averno que no pudiera hacerte ruborizar si tu estuvieses fuera de Cristo. ¡Oh, si fueras humilde! Recuerda cuán perverso es tu corazón, aunque la gracia haya entrado en él; Dios te amó y te dio su gracia, no olvides que aún tienes en ti un tumor canceroso. El sacó mucho de tu recado, pero la corrupción todavía permanece. Sabemos que, aunque el viejo hombre esté algo reprimido, y el fuego un poco sofocado por el influjo de las aguas del Espíritu Santo, podría arder con más fuerza que antes si Dios no lo evitara. No nos gloriemos en nosotros mismos, pues. El esclavo no tiene por qué enorgullecerse de su alcurnia: las marcas del hierro están en sus manos. ¡Fuera con el orgullo! Reposemos total y plenamente en Jesucristo.

primer lugar en vuestro corazón, Él lo convertirá en castigo. Si vuestra casa es máspreciada que su persona, en prisión la convertirá; si vuestros hijos son más queridos que su amor, como víboras serán, que morderán vuestro seno; si vuestra comida es preferida a sus manjares, beberéis aguas amargas y el pan será como cascajo en vuestras bocas, hasta que todo vuestro alimento sea El. No hay nada que tengáis y que El no pueda convertir en una vara, si está ocupando Su lugar; y no dudéis que así lo hará, si permitís que haya algo que robe a Cristo.

Notad, una vez más que si posáis vuestra mirada en algo que no sea Dios, *pronto caeréis en el pecado*. No ha habido hombre en el mundo que, apartando sus ojos de Cristo, haya andado el camino sin extraviarse. Así, el marino que navega guiado por la Estrella Polar, siempre irá hacia el norte; pero su rumbo será incierto y perdido, si se rige ora por la Estrella Polar, ora por otras constelaciones. E igualmente con vosotros; si no fijáis continuamente vuestros ojos en Cristo, pronto perderéis la ruta. Si alguna vez habéis abandonado el secreto de vuestro poder, es decir, vuestra confianza en el Señor; si alguna vez habéis perdido el tiempo en devaneos con la Dalila de este mundo, amándola más que a El, los filisteos caerán sobre vosotros, raparán vuestras guedejas y os atarán con cadenas al molino hasta que vuestro Dios os libere, dejando una vez más crecer vuestros cabellos, y os lleve a depositar toda vuestra confianza en el Salvador. Fijad vuestros ojos en Jesús, porque tan pronto como los apartéis de El, ¡duras serán las consecuencias! A vosotros os digo, hermanos; cuidado con vuestros dones, cuidado con vuestras virtudes, con vuestra experiencia, con vuestras oraciones, con vuestra esperanza, con vuestra humildad. No hay ninguna de estas gracias que no pudiera condenaros si no las cuidarais. El viejo Brooks decía: "Si una mujer tiene un marido y éste le regala una preciosa sortija, y ella ama la joya y le importa más que su esposa, ¡cuánto no se ofenderá él, y cuán necia no será ella!" ¡Cuidad vuestros dones, hermanos!, ya que podrían resultar más peligrosos que vuestros pecados. Estad advertidos contra todo lo de este mundo; porque todo tiene la misma tendencia, especialmente lo más elevado. Si gozamos de una posición acomodada, es probable que no miremos mucho a Dios; y si vosotros, cristianos, poseéis cierta fortuna,

Es por eso que esta declaración es la razón expresada en el verso que dice: "Que en los tiempos venideros, Él (este es, Dios) mostrará las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús". Aprendemos de los versos precedentes, que estamos muertos en nuestros pecados y transgresiones, que en estos pecados en los que caminábamos siguiendo al diablo, que nuestra conversación de la vida en el pasado consistía en la llenura de nuestros deseos y codicias pecaminosas. Entonces, éramos hijos de ira. Pero Dios que es rico en misericordia y está lleno de amor por nosotros y aún cuando estábamos muertos en el pecado, Él hizo que su amor nos alcanzara, aguzando nuestras mentes, dándonos la vida en Cristo Jesús, por gracia. Y Él nos hizo sentar en lugares celestiales en Cristo. El propósito de todo esto es que Él demostrará las abundantes riquezas de su gracia. En otras palabras, Dios nos salvó exactamente de manera que, a través de esa nuestra salvación, las riquezas de Su gracia sean expuestas. Y esto es posible simplemente ¡porque la salvación es por gracia! Aquí hemos puesto nuestro dedo sobre el corazón del mensaje del Evangelio. Un mensaje bellamente recapitulado por el mismo apóstol Pablo en Romanos 11:36, "Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén"...

Volcando nuestra atención al próximo texto nos damos cuenta de que dice 3 cosas acerca de la salvación: La salvación es por gracia, es a través de la fe y es un regalo de Dios. Consideremos brevemente cada uno de estos pensamientos.

¿La salvación es por gracia. Qué es la salvación? Una idea recientemente popular de la salvación es que es un mejoramiento social y moral. Jesús no es un Salvador en el sentido de que Él sufrió y murió en la cruz y por lo tanto hizo expiación y trajo la reconciliación por los pecados a los hijos de Dios. Se dice que Jesús, es nuestro ejemplo. Él nos demostró en Su vida cómo vivir en paz con todos los hombres, cómo efectuar la hermandad de la humanidad bajo la paternidad de Dios. Si los hombres solamente siguieran el ejemplo de Jesús, habría paz en la tierra, todos nuestros problemas serían removidos, el Reino de Dios estaría acomodado y todos los hombres en todas partes podrían disfrutar de la buena vida. Usted pensaría de esto como nada, pero el antiguo Evangelio

social es tan prevalente hoy en día como siempre lo fue. La iglesia está urgida a ir al mundo y hacer algo acerca de las relaciones raciales, la contaminación, la superpoblación, el control de la población y muchas otras cosas más. La iglesia no debe predicar una salvación que basada en la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo. Esta NO es la salvación y predicando esta tipo de salvación no es predicar el evangelio de Jesucristo, de acuerdo a las Escrituras que son infalibles. Esta tipo de predicación tampoco rendirá los preciosos frutos de consuelo, paz y esperanza para la gente que cree en Dios.

La salvación en el sentido Bíblico es un concepto muy rico. El término usado en nuestro texto literalmente significa: sanar, hacer bien. Está usado algunas veces en referencia a las sanidades que Jesús efectuó en varias personas. En el sentido espiritual, la idea es que estamos sanados de la mortal enfermedad del pecado y restaurados a una sanidad espiritual. También tiene el significado de: rescate del peligro o destrucción. Y en este sentido el énfasis está en el hecho de que Dios nos rescata de la destrucción del infierno, donde Su ira santa y feroz arde eternamente.

La salvación por lo tanto contiene dos elementos esenciales: 1) Es la liberación de la miseria más profunda y, 2) es una elevación a una gloria superior.

Esto es obvio por el mismo contexto en el que encontramos esta Palabra de Dios. Pablo comienza el capítulo diciéndonos que fuera de la Gracia de Dios estamos muertos en transgresiones y pecados. Lo primero que Dios habló a nuestros padres en el paraíso ha sido ejecutado: "El día que comiereis de él, con toda seguridad moriréis". Ellos comieron del fruto prohibido y por lo tanto se revelaron en contra de Dios e inmediatamente murieron y nosotros fuimos muertos en ellos. Nosotros nacemos muertos en pecado. Lo único que hacemos siempre es pecar. Nosotros odiamos a Dios y a nuestro vecino. Vivimos y caminamos de acuerdo al curso que sigue el mundo, de acuerdo al príncipe del poder del aire, el espíritu que ahora trabaja en los hijos de la desobediencia. Muertos en nuestras transgresiones y pecados tenemos nuestras conversaciones con los deseos de nuestra carne, nosotros llevamos a cabo los

apesadumbrar a quien derramó su sangre por vosotros. Esto cierto -que ningún hijo de Dios quiere vejar a su bendito hermano mayor. No hay ni una sola alma redimida por sangre que agrade en contemplar, anegados en llanto, los dulces y ternos ojos de su Amado. Sé que no queréis entristecer a vuestro Señor, ¿verdad? Pero os digo que acongojaréis su generoso Espíritu, si hay algo que compartas con El vuestro amor. Porque os quiere tanto, que está celoso de vuestro amor. Se dice en las Escrituras que el Padre es "un Dios celoso"; y así ocurre, también, con Cristo; por tanto, no confiéis en carros en caballos, sino decid siempre solamente es mi roca y mi salvación".

Tened presente, también, que hay una razón por la que no debéis mirar a nadie más. Si vuestros ojos están distraídos en otras cosas, *jamás podréis tener una plena visión de Cristo*. "Podemos verle manifestado en sus misericordias", dices. Sí es cierto; pero vuestra contemplación sería mucho más perfecta si mirarais directamente a su persona. Nadie puede mirar dos objetos a la vez, y verlos claramente. Puedes mirar un poco a Cristo y otro poco al mundo, pero no puedes poner tus ojos de modo total en Cristo y mirar aún al mundo. ¡Oh!, hermanos, os suplico que no tratéis de hacerlo. Si miráis al mundo, será una mota en vuestro ojo; si confiáis en algo más, como el que se sienta entre dos banquillos, caeréis a tierra de forma estrepitosa. Por lo tanto mirad solamente a Él. "Él solamente es mi roca y mi salvación."

No olvidéis tampoco, hermanos, mi ruego de que no pongáis ninguna otra cosa con Cristo; porque tantas veces como lo hagáis, *seréis azotados por ello*. Jamás ha habido un hijo de Dios que albergara en su corazón a ninguno de los traidores al Señor; porque habría sido acusado del mismo delito. El Supremo Juez ha extendido auto de registro contra cada uno de nosotros. Y, ¿sabéis qué es lo que buscan sus agentes? Les ha mandado que vengán por nuestros amantes, por todos nuestros tesoros y por nuestros ayudadores. A Dios le importan menos nuestros pecados como tales, que nuestros pecados -y aún nuestras virtudes- que usurpan su trono. En verdad os digo, que no hay nada en este mundo sobre lo que podáis poner vuestro corazón, que no haya de ser colgado en una horca más alta que la de Amán. Si Cristo no ocupa el

toda nuestra vida y a consagrarle todo nuestro ser? Esta es nuestra gran obligación. Si Dios es todo lo que tengo, seguro que todo lo que tengo es de Dios. Si Dios es mi única esperanza, seguro que toda mi esperanza la pondré en Dios. Si el amor de Dios es lo único que salva, seguro que Él tendrá mi amor. Hermano, permíteme un consejo: no tengas dos dioses, ni dos cristos, ni dos amigos, ni dos esposos, ni dos padres celestiales; no tengas dos fuentes, ni dos ríos, ni dos soles, ni dos cielos; ten solamente uno. Por lo tanto, si la salvación se halla solamente en Dios, allegaos a Él con todo vuestro ser.

Nunca tratéis de *añadir nada a Cristo*. ¿Remendaríais el vestido que Él os ha dado con vuestros viejos y andrajosos harapos? ¿Pondríais vino nuevo en odres viejos? ¿Os colocaríais a Su misma altura? Sería como uncir un elefante con una hormiga: jamás ararían juntos. ¿Aparejaríais un ángel y un gusano al mismo carro, esperando cruzar con él el firmamento? *¡Cuánta inconsecuencia!* ¿Cuánta necesidad! ¿Vosotros con Cristo? ¿Cristo se reiría!; digo mal, ¡lloraría al pensar tal cosa! ¿Cristo y el hombre uniendo esfuerzos? ¿CRISTO & CIA? Jamás ocurrirá esto; Él nunca lo permitirá; Él ha de ser el todo. Cuán absurdo y *equivocado* es tratar de añadirle algo; no lo podría soportar. A los que aman algo que es Él, les llama adúlteros y fornicarios. Quiere que confiéis en El con todo tu corazón, que lo ames con toda tu alma que lo honres con toda tu vida. Cristo no entrará en tu casa mientras no pongas todas las llaves bajo su custodia, y no permitirá que te quedes con una sola. Y así, te hará cantar:

"Mas si algo retuviese

Sin que la conciencia me acusara,

Amo a mi Dios con celo tan extremo,

Que todo cuanto hubiese le entregara".

Cristianos, es un pecado dejar de entregar algo a Dios, y Cristo será afligido si así lo hacéis. Y seguro que no deseáis

deseos de nuestra carne y de nuestra mente y somos por naturaleza hijos de ira lo mismo que otros.

¡Esta es nuestra miseria! ¡La muerte Espiritual! ¡Y en lo que nos concierne no tenemos esperanza! No podemos salvarnos a nosotros mismos, ni siquiera podemos desear salvarnos y menos hacer nada para conseguir nuestra salvación. Así como un cuerpo muerto no puede levantarse del ataúd, tampoco nosotros podemos salvarnos. ¡Es desde esa profunda miseria que somos liberados cuando Dios nos salva!

¡Y somos elevados a una gloria superior! En términos de este contexto, somos vivificados junto con Jesucristo. Nosotros que por naturaleza estamos espiritualmente muertos, somos hechos vivos en Cristo; esta es la salvación. No solamente eso, pero somos elevados a una gloria superior al ser hechos vivos en Cristo, también somos elevados de nuestra muerte y podemos sentarnos juntos en lugares celestiales en Cristo Jesús... Esa es la salvación.

¿Cómo se efectúa esta salvación? ¿Poniéndolo de manera personal, cómo soy salvo? La Biblia contesta, "¡Por gracia!"

La gracia tiene varios significados en la Biblia. El principal de ellos significa "belleza". Algunas veces es traducido como "gracias". Pero más a menudo se lo utiliza en el sentido de un favor inmerecido de Dios demostrado a Su gente en Cristo por cuyo poder El los salva. Este es el significado obvio en nuestro texto.

La gracia es, no debemos dejar de hacer notar primeramente un atributo de Dios, una característica de Su Persona. Dios es el Dios de toda gracia; El es el Dios afable. Dios es en Sí mismo hermoso; hermoso en todas Sus adorables virtudes. Eso quiere decir que cuando la Biblia lo dice como en este texto, que la salvación es por gracia; es lo mismo que decir que la salvación es del Señor. ¡Cuan absolutamente necesario! ¿De qué otra manera los pecadores muertos y perdidos podrían ser salvos, sino lo es por el Dios Todopoderoso mismo? A menos que Dios mismo ponga vida nueva en nosotros, permaneceremos muertos y por siempre esclavizados en la prisión de nuestro pecado.

¡Esta es la belleza y el consuelo del Evangelio! Dios quiso darnos vida por el poder de Su maravillosa gracia. Dios quien es rico en misericordia, por medio de Su gran amor con que El nos amó determinó hacernos hermosos con Su propia belleza.

Por lo tanto, por gracia Él nos escogió en Cristo, antes de la fundación del mundo para que seamos santos y sin mancha delante de Él. Por gracia Él nos predestinó a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo. Todo esto, de acuerdo al buen placer de Su voluntad. Y el propósito de esta afable elección de Su gente en Cristo es "la alabanza de la gloria de Su gracia", por cuyo poder Él nos ha hecho aceptos en Su amado hijo. Eso es lo que las Escrituras testifican en Efesios 1:3-6: Por gracia son ustedes salvos, escogidos, aun antes de la creación del mundo.

Por gracia Dios envió a su único Hijo al mundo para buscar y salvar aquello que estaba perdido. No había otro camino. Éramos pecadores caídos y la justicia de Dios tenía que ser satisfecha. Y ésta satisfacción solo podía ser hecha por Su Hijo, Dios verdadero y hombre, como el sustituto de la expiación. Por gracia, Dios dio a Su Hijo a una muerte de cruz. Por gracia Él derramó toda Su santa ira sobre Él, de manera que El descendió a las mismas profundidades del infierno y clamó diciendo: "¿Mi Dios, mi Dios, porque me has abandonado?". El sacrificio fue hecho por nosotros a través del derramamiento de Su sangre nosotros tenemos redención, el perdón de los pecados. ¡Y nuevamente todo esto es de acuerdo a las riquezas de Su gracia! (Ef. 1:7).

Por lo tanto, por gracia los hijos de Dios fueron reconciliados a través de la muerte del hijo de Dios. Ellos ahora están delante de Dios, justos, libres para siempre de la culpa del pecado y dignos de una vida eterna. Esto es precisamente porque el texto dice: "Ustedes SON salvos". La salvación para los santos de Dios está completada. En este momento, ellos están y por siempre serán salvos. La justicia de Dios está satisfecha para siempre. ¡Todo por gracia!

Ahora, usted pregunta: ¿pero cómo una salvación ameritada en la

cuanto más larga es nuestra vida, más ocasiones tenemos de comprobar que es verdad. "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo"; pero, "bendito el varón que se fía en Jehová, y cuya confianza es Jehová". En verdad, el cenit de la experiencia cristiana se alcanza cuando dejamos de confiar en nosotros mismos, o en otros, y ponemos toda nuestra esperanza pura y simplemente en Jesucristo. La más elevada y noble experiencia no es el quejarse continuamente de la propia corrupción, ni el lamentarse de los extravíos, sino el decir:

"Con todo mi infortunio, aflicción y pecado,

No me dejará irme su Espíritu adorado".

Creo, ayuda mi incredulidad." Me gusta lo que decía Lutero: "Yo correría a los brazos de Cristo, aunque blandiera una espada en sus manos". A esto se le llama una osada confianza; pero, como dice un viejo teólogo, no hay tal osada confianza: no arriesgamos nada con Cristo, no hay el menor riesgo. Bendita y celestial esperanza, cuando en medio de la borrasca podemos acudir a Él y decirle: "¡Oh, Jesús!, creo que me cubriste con tu sangre"; cuando, al ver nuestra inutilidad, podemos clamar: "Señor, creo que, por Cristo Jesús, aunque soy un miserable pecador, Tú me has perdonado". La fe del santo es pequeña, cuando cree como santo; pero la del pecador es verdadera fe cuando cree como pecador. Dios se goza, no con la fe del puro y sin mancha, sino con la de la criatura llena de pecados. Así pues, hermanos, pedid que ésta pueda ser vuestra experiencia, para aprender cada día más que "Él solamente es mi roca y mi salvación".

III. Y ahora, en tercer lugar, hablaremos de LA GRAN OBLIGACION. Hemos tenido una gran experiencia; por lo tanto, tenemos también una gran obligación.

Si solamente Dios es nuestra roca, y lo sabemos, ¿no estamos obligados a poner en Él toda nuestra confianza, a darle todo nuestro amor, a afirmar en Él toda nuestra esperanza, dedicarle

Desde el punto de vista de la eficacia, todo viene de Dios; y así es, también, en cuanto a los *méritos*. Hemos experimentado que la salvación es completamente de El. ¿Qué méritos puedo tener yo? Si recogiera todo cuanto he podido tener y luego os pidiera lo que vosotros habéis reunido, no sacaría entre todo el valor de un cuarto de penique. Hemos oído contar el caso del católico que decía que había una balanza que se inclinaba a su favor por el peso de las obras buenas en contra de las malas, y que, por lo tanto, tenía que ir al cielo. Pero no hay tal cosa. He visto mucha gente, muchas clases de cristianos, incluso extravagantes, pero jamás he encontrado a uno que diga tener méritos propios, si se le ha obligado a ser sincero. Sabemos de hombres perfectos y de hombres perfectamente necios, y hemos visto que ambos son perfectamente iguales. ¿Poseemos méritos propios? Estoy seguro que no, si hemos sido enseñados de Dios. Hubo un tiempo en que creíamos tenerlos; pero, una noche vino a nuestra casa un ente Llamado convicción, y se llevó todas nuestras glorias. ¡Ah!, pero no obstante esto, todavía somos malos. No se si Cowper dijo bien cuando escribió:

"Desde la hora bendita que a tus pies me trajiste,

Cortando mis locuras por sus raíces mismas

No he confiado en brazo que no haya sido el tuyo,

Ni he esperado en justicia que no sea la divina".

Creo que se equivocó, porque muchos cristianos continúan confiando en sí mismos; pero debemos reconocer que "la salvación es del Señor", si la consideramos desde el punto de vista de los méritos.

Queridos amigos, ¿habéis experimentado esto en vuestros corazones? ¿Podéis decir "amén", al oírlo? ¿Podéis decir: "yo sé que el Señor es mi ayuda"? Me parece que muchos podéis; pero mejor lo diréis cuando Dios os lo enseñe. Lo *creemos* cuando comenzamos nuestra vida cristiana, y lo *sabemos* después. Y

Cruz por Cristo viene a ser mía? Muchos predicadores le dirán que usted tiene que creer en el Señor Jesucristo. Eso por supuesto es una verdad. Ciertamente, la Biblia pone en claro que no puede haber salvación fuera de la fe en Jesucristo. Pero lo que muchos quieren decir con eso de que usted debe creer, es que usted debe aceptar la oferta sincera del evangelio. Dios ama a todos los hombres, dicen ellos. Por gracia Él ha provisto salvación para todos los hombres a través de Su Hijo en la Cruz. Ahora, esa salvación está toda envuelta en un bonito paquete y Dios dice que todo lo que usted tiene que hacer es aceptar ese regalo y usted será salvo. La salvación entonces, no es enteramente por gracia, sino es en partes por la gracia y en partes por las obras de los hombres quienes deberán aceptarla. Y muchos predicadores rogarán y halagarán (¡estoy usando este término a propósito! es una trampa), a sus oyentes en sus altamente emocionales "llamados del altar" a aceptar a Cristo y la oferta de la salvación. ¡Si esta fuera la respuesta a la pregunta "cómo recibo la salvación", entonces le tengo lástima! Le tengo lástima porque usted ha perdido todo el consuelo del Evangelio. Si tuviera que aceptar la oferta, si tuviera que hacer cualquier cosa para mi salvación, estoy perdido para siempre. Eso lo sé por mi propia experiencia. Mi experiencia me dice cada día que soy un pecador muerto en transgresiones y pecados digno de ser condenado.

Gracias a Dios por el mensaje del evangelio consolador, dador de paz, esperanza y alentador que nos responde: "a través de la fe y esto no de vosotros; ¡es el regalo de Dios"!

La salvación es recibida por el pecador, no como deberíamos decir: dada al pecador a través de la fe. ¡A TRAVES DE LA FE entiéndalo! La fe es el medio por el cual Dios nos da la salvación. No es una condición para la salvación que nosotros debemos llenar. No es un acto que nosotros debemos desempeñar y sobre las bases por las cuales Dios nos salvará. La fe es un lazo vivo entre la gente de Dios y Cristo. Es la conexión entre nosotros y Cristo a través del cual Dios nos dá todas las bendiciones de la salvación, las cuales están en Cristo para que fluyan en nosotros. Por fe estamos unidos a Cristo y vivimos en Él, exactamente como las ramas viven en la viña (Cf.

Juan 15).

A través de la fe nosotros recibimos el conocimiento de Dios. No es solamente un conocimiento intelectual de la mente, pero el conocimiento espiritual del corazón que de acuerdo a Juan 17:3 es vida eterna. Por tal conocimiento es que conocemos a Dios como nuestro Dios, el Dios que nos ama en esta vida, Quién nos salvará un día en la gloria del cielo. Junto y enraizado con ese conocimiento de la fe está la confianza de la fe por la cual tengo la seguridad de que todo esto es verdadero. A través de la fe tengo la convicción de que Jesús murió por mí y que soy salvo por gracia! A través de la fe puedo decir que no me pertenezco pero que pertenezco en la vida y en la muerte a mi fiel salvador, Jesucristo. Le pertenezco a El en vida. ESTA vida del siglo veinte con todas sus frustraciones, temores y ansiedades. Y también pertenezco a Jesús en la muerte. Cuando la mano fría de la muerte me tome, no estaré solo. ¡Jesús estará conmigo en la sombra del valle de la muerte para consolarme y recibirme en la casa de muchas mansiones del Padre, donde Él ha preparado un lugar para mí!

¡Sí, amigo Cristiano, usted es salvo por gracia a través de la fe! ¡Y eso no de usted - es el regalo de Dios! Usted no se ganó su salvación ni siquiera la quería. No es debido a sus obras, ni siquiera al trabajo de la fe. Es el regalo de Dios. La salvación por gracia es el regalo de Dios! Es un regalo gratuito, no merecido, de Dios Todopoderoso.

¿Está USTED salvado por gracia a través de la fe? La palabra no está simplemente presentando alguna doctrina objetiva. No dice que la salvación es por gracia, a través de la fe; y es el regalo de Dios. Escuche, por gracia USTED es salvo... ¿Le dice esto Dios a usted? ¿Ha sido escogido en Cristo, reconciliado a Dios por Su muerte, unido a El por fe? Déjeme preguntarle esto: "¿Es usted un pecador?" ¿Se reconoce usted a sí mismo como una vasija vacía, muerto en pecados y transgresiones? Ese es el fruto del Espíritu de Cristo en usted.

No se desespere, no tema; más bien alégrese y esté muy contento! Vaya a la cruz de Jesús y vea ahí la sangre, de Aquél que murió por usted. Vaya a la tumba vacía de Jesús y vea que Él se levantó victorioso sobre la muerte. Mire hacia el cielo y espere a su

cuando "consultaban de arrojaros de vuestra grandeza". Quizá fuisteis tentados como yo lo soy a veces. Hay momentos en que parece que el diablo, usando de sus encantamientos, me lleva al mismo borde del precipicio del pecado, haciéndome olvidar el peligro por la dulzura con que lo rodea. Y exactamente cuando va a arrojarme al vacío, veo el abismo abierto a mis pies y una poderosa mano que me sujeta, mientras una voz dice: "Lo guardaré de que caiga en lo profundo; porque Yo he pagado su rescate". ¿No creéis que antes de que el sol se ponga podríais ser condenados, si la gracia no os guardara? ¿Tenéis algo bueno en vuestros corazones que ella no os lo haya dado? Si supiera que la gracia que tengo no procede de Dios, la pisotearía bajo mis pies, por no ser de ningún valor. No sería más que una falsificación completamente legítima, por no traer sello del cielo. Podría parecer muy buena; pero, de cierto, siempre sería mala, a menos que viniera de Dios. ¿Cristiano, puedes tú decir en todas las cosas pasadas y presentes El es mi roca y mi salvación"?

Y ahora, miremos hacia el futuro. Hombre, considera cuántos enemigos tienes, cuántos ríos que cruzar, cuántas montañas que subir, cuántos monstruos que vencer, cuántas bocas de león de las que escapar, cuántos fuegos que atravesar, cuántas corrientes que vadear. ¿Qué piensas, hombre? ¿Puede alguien salvarte, que no sea Dios? ¡Ah!, si yo no tuviera ese brazo eterno en que apoyarme, tendría que gritar: "¡Muerte!, arrójame a cualquier sitio fuera de este mundo". Si yo no tuviera esa esperanza, esa confianza exclamaría: ¡Enterradme bajo la creación, en las escondidas profundidades, donde para siempre pueda ser olvidado! ¡Oh!, echadme lejos, porque soy un miserable si no tengo a Dios que me ayude en mi peregrinar. ¿Sois lo suficientemente fuertes como para luchar con uno solo de estos enemigos sin vuestro Dios? No lo creo. Una simple criada pudo abatir a Pedro, y puede también hacer lo mismo con vosotros si Dios no os preserva. Os suplico que recordéis esto siempre. Espero que lo hayáis experimentado en el pasado, pero tratad de tenerlo presente en el futuro dondequiera que vayáis: "La salvación es del Señor". "El solo es mi roca y mi salvación".

Llegando aquí, podemos agregar:

"Me ha guardado hasta hoy bajo su manto,

Y ya nunca me dejará marchar".

Recuerdo que, cuando me entregué al Señor, creía estar haciéndolo yo todo; y aunque lo buscaba de veras, no tenía la menor idea de que ya El andaba buscándome a mí. No creo e el recién convertido se dé cuenta de este detalle al principio de su conversión. Un día estaba yo en la casa de Dios oyendo un sermón sin preocuparme ni poco ni mucho de lo que decía el predicador, porque no lo creía. De pronto, me asaltó un pensamiento: "¿Cómo has llegado a ser cristiano?" He buscado al Señor. *"Pero, ¿por qué empezaste a buscarle?"* Esta idea cruzó mi mente como un rayo; yo no he podido buscarle menos que una influencia previa *me haya impulsado a hacerlo*. Estoy seguro de que no pasará mucho tiempo sin que digáis: "El cambio obrado en mi es completamente de Dios". Desearía que éste fuera el lema de toda mi vida. Sé que hay algunos que predicán un evangelio por la mañana y otro diferente por la tarde: un evangelio puro y sano cuando predicán para los santos, y adulterado y falso cuando lo hacen a los pecadores. Pero no hay motivo que justifique el anunciar la verdad ahora y la mentira luego. "La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma." No es necesario añadirle nada para traer los pecadores al Salvador. Así pues, hermanos, debéis confesar que "la salvación es del Señor". Cuando recordéis el pasado, debéis decir: "Señor mío, todo cuanto tengo Tú me lo has dado. ¿Las alas de mi fe? Hubo tiempo en que yo no las tenía. ¿Los ojos de mi fe? Hubo tiempo en que yo era ciego. Estaba muerto, y Tú me diste vida; sin ver, y Tú abriste mis ojos. Mi corazón era un repugnante muladar; pero Tú pusiste perlas en él, y si en él las hay, las perlas no se crían en los muladares. Tú me has do todo lo que tengo". Y así, si miráis al presente, si vuestra experiencia es la de un hijo de Dios, lo atribuiréis todo a El, no solamente lo que ha sido vuestro en el pasado, sino todo cuanto ahora tenéis. Estáis aquí esta mañana, sentados en vuestros bancos, y os pido que recapacitéis sobre este hecho. ¿Creéis que estaríais donde estáis, si no fuera por la divina gracia? Recordad la tentación que os asaltó ayer,

Salvador, porque Él viene pronto y su recompensa está con Él. Usted tiene consuelo, paz y esperanza. El consuelo de la salvación por gracia, la paz del perdón por gracia y la esperanza de vida eterna por gracia.

¿Sabe usted esto? Entonces puede usted decir con el mismo apóstol Pablo: "Pero lejos esté de mi gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. 6:14). No hay cabida para jactarse. La salvación es sólo por gracia. Pero esto también significa que cualquier terreno para la desesperación ha sido removido. ¡El Dios eterno y fiel nunca fallará! ¡Gloria sea a Él, de quien, por quien y para quien son todas las cosas!

Esta no es mi palabra, es el bendito Evangelio de Jesucristo.

“La Elección Divina”

Por Alexander León J.

Apartado 11579-1000 San José, Costa Rica

alexandr@sol.racsa.co.cr

*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!
¿Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!
Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿ó quién fue su consejero?
¿O quién le dio á él primero, para que le sea pagado? Porque de él, y por él, y en él, son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén.*
(Epístola de San Pablo a los Romanos 11: 33-36)

Para empezar asumimos la aceptación de la Biblia como la Palabra infalible de Dios y afirmamos por lo tanto su superioridad con respecto a los razonamientos humanos.

Antes de empezar este estudio bíblico, es necesario hacer algunas observaciones:

- No rechazemos ninguna doctrina bíblica simplemente porque no la hayamos comprendido bien. Somos seres finitos que estamos limitados por el tiempo y el espacio, pero aun así, estamos *llamados a conocer al Dios infinito* y Todopoderoso que revela su amor en Jesucristo conforme a las Escrituras.

- Estudiemos el tema *con calma* y pidiendo la sabiduría necesaria para que Dios nos ilumine con su Santo Espíritu. **(Sería bueno en este momento orar)**
- La importancia de la comprensión de esta doctrina radica en las consecuencias de una correcta actitud del hombre hacia Dios. El hombre debe ser humilde y agradecido por el don de la Salvación en vez de pensar que él mismo es el autor de su fe y por lo tanto de su salvación.
- Veremos que la comprensión adecuada de esta doctrina debe producir cristianos más agradecidos y dispuestos a servir al Señor de corazón llevando su evangelio a toda criatura.

La Biblia nos revela que por el delito de Adán, él y su descendencia entraron en un estado de enemistad con Dios que les acarreó la condenación a todos los hombres. (“... *por un delito vino la culpa á todos los hombres para condenación*” Romanos 5:18), y según lo afirma San Pablo, la humanidad entera cayó en un estado de enemistad contra Dios que solo se supera por medio de Jesucristo: **“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” Romanos 5:10.**

La historia bíblica nos muestra que desde la caída de Adán, todos los hombres con muy pocas excepciones, siguieron su propio camino, apartados de Dios. Porque como consecuencia del pecado esto es lo que el ser humano hace por naturaleza, vivir apartado de Dios y Dios mismo lo confirma: **“Jehová vio que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que toda tendencia de los pensamientos de su corazón era de continuo sólo al mal.” Génesis 6:5**

Sin embargo, Dios quiso llamar a un hombre llamado Abraham con el cual ratifica un pacto perpetuo. Dios prometió que de la descendencia de este hombre formaría un pueblo al cual Dios tomaría como suyo. Este pueblo apartado inicialmente fue Israel, las demás naciones fueron dejadas en sus propios caminos para recibir la justa retribución de sus actos. Luego Dios mostró su misericordia cuando por medio de Jesucristo se propuso cumplir la promesa hecha a Abraham de bendecir a todas las naciones. De manera que los escogidos de Dios no son los descendientes de

las doctrinas de Dios se aprenden solamente con la práctica: exponiéndolas a que soporten el roce continuo de la vida. Si yo preguntara a cualquiera de vosotros, a cualquiera que fuese cristiano, si esta doctrina de que hablamos es cierta, seguro que me contestaría: "¡Naturalmente que sí! No hay en toda la Biblia una sola palabra que sea más verdad que ésta; porque, efectivamente, la salvación es solamente de Dios". "Él solamente es mi roca y mi salvación." Pero, amigos míos, es muy difícil tener tal conocimiento experimental de una doctrina que no nos apartemos jamás de ella. Es muy difícil el creer que "la salvación es del Señor". Muchas veces descansamos nuestra confianza en algo más que en Dios, y pecamos cuando lo ponemos codo a codo con cualquier otra cosa, por muy digna que ésta sea. Permitidme entretenerme un poco en considerar la experiencia que nos llevara a saber que la salvación es sólo de Dios.

El cristiano verdadero confesará, *como un hecho*, que la salvación es solamente de Dios, es decir, que "Dios obra en el tanto el querer como el hacer por su buena voluntad". Recordando mi vida pasada puedo ver cómo desde sus mismos albores todo procedía de Dios y solamente de Dios. No trate de alumbrar al sol con una antorcha, sino que fue Él precisamente quien me alumbró a mí. No fui yo quien comenzó mi vida espiritual; en modo alguno, ya que, antes bien, daba coces contra el aguijón, y luchaba contra todo lo que viniera del Espíritu; había en mi alma tal aversión y odio por todo lo santo y bueno que, aún siendo arrastrado durante algún tiempo por el impulso celestial, no pude seguir tras él. Los impulsos del Espíritu no hicieron mella en mí; sus advertencias fueron esparcidas al viento, y sus amenazas despreciadas; y aún sus susurros de amor fueron rechazados, y tenidos como cosa inútil y vana. Pero seguro estoy, y puedo decirlo ahora hablando por mí mismo, y por todos aquellos que conocen al Señor, que "Él solamente es mi salvación" y también la vuestra. Él fue quien cambió vuestros corazones y os hizo doblar la rodilla. Podéis decir, pues, con toda verdad:

"La gracia enseñó a mi alma a orar

E hizo a mis ojos anegarse en llanto".

hierro, y estos nervios de acero? "Dios solamente es mi roca y mi salvación. "Él solo es la salvación de mi cuerpo y mi alma. ¿Me alimento de la Palabra? No me nutrirá, a menos que Dios haga que me sea de provecho. ¿Vivo del maná que desciende del cielo? ¿Qué es ese mana, sino el mismo Cristo encarnado, cuyo cuerpo y sangre como y bebo? ¿Recibo continuamente nuevo aumento de poder? ¿De dónde saco mi fuerza? Mi salvación es sólo El: sin Él nada puedo hacer. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco yo, si no permanezco en El.

4. Ahora trataremos de juntar los tres pensamientos anteriores en uno. *La perfección* que pronto tendremos, cuando estemos allá lejos, cerca del trono de Dios, será toda del Señor. Aquella brillante corona que ceñirá nuestras frentes como constelación de lucientes estrellas, habrá sido labrada solamente por nuestro Dios. Vamos a un país donde, a pesar de que el arado nunca removió el suelo, sus dehesas son más verdes que todas las de la tierra, y sus cosechas las más ricas que nuestros ojos vieran. Moraremos en un edificio de más suntuosa arquitectura que el que jamás el hombre pueda construir; no es una casa terrestre, "no es hecha de manos eterna en los cielos". Todo cuanto conoceremos en el Edén celestial nos será mostrado por nuestro Señor. Y al final, cuando aparezcamos ante Él diremos:

"La gracia premiará todas las obras

Con coronas de bienaventuranza;

Ella es la luz, la piedra más preciosa,

Digna de toda gloria y alabanza".

II. En segundo lugar, examinaremos LA GRAN EXPERIENCIA. La más grande de todas mis experiencias es saber que "Él solamente es mi roca y mi salvación". Hasta ahora hemos insistido sobre una doctrina; pero de nada nos sirve la doctrina si no es probada por nuestra experiencia. La mayoría de

Abraham según la carne, sino todos los que por la fe en Cristo han alcanzado la promesa.: "... *sino más bien, es judío el que lo es en lo íntimo, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no en la letra. La alabanza del tal no proviene de los hombres, sino de Dios. Romanos 2:29*

Como vemos esto no proviene de los hombres, no es algo heredado, sino que viene directamente de Dios.

Esto nos muestra que la Elección de los Santos es la manifestación de la misericordia de Dios, por medio de la cual, El determinó rescatar a una multitud de personas *de todas las tribus, naciones y lenguas* para que fueran su pueblo y El su Dios. Esta promesa se escucha en toda la Biblia desde el primer libro Génesis 17:7 cuando Dios dijo a Abraham, nuestro padre: "*Yo establezco mi pacto como pacto perpetuo entre yo y tú,...para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti.*" hasta el último libro Apocalipsis 21:3 : "*Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos.*"

Uno de los grandes problemas que las personas encuentran en la doctrina de la Elección es que la analizan desde el punto de vista de los que no creen en el evangelio, es decir de los que van a la perdición. Aquí hay un gran peligro de engaño, pues el hombre en vez de agradecer humildemente la invitación que se le hace al arrepentimiento y a recibir la Gracia de Dios, se rebela contra el Soberano Dios y pretende cuestionarle con respecto a sus designios y hasta reclamarle dudando si los que no reciben el evangelio merecen la condenación por su pecado o si Dios los envía hacia ella.

En este punto hay que volver al principio de la doctrina del pecado. **No hay injusticia alguna en Dios.** Lo que todos los hombres merecemos es la justa condenación del infierno. Primero, porque Adán (representante del primer pacto de Dios con el hombre) falló y por lo tanto acarreo condenación a todos; y también porque está claramente expuesto en la Biblia que "*todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*". Romanos 3:23. Adán no fue echado del paraíso después de desobedecer muchas veces, sino que una sola fue su desobediencia! Esto nos debe

ayudar a entender, la forma en que Dios aborrece el pecado, a tal punto que ¡un solo pecado acarrea condenación! Comprendamos entonces de una vez, que **todos merecemos la condenación**, pero que Dios mostró su misericordia justificando a los que creen en Jesús.

Cuando un juez perdona a un reo, que es digno de la condena, NO es injusto con los demás reos, sino que esto debe verse como una grandísima misericordia mostrada para con el reo que ha sido absuelto. Los creyentes somos reos absueltos.

Esta es la forma como los creyentes debemos analizar la elección de Dios para Salvación. La Biblia dice que Dios ha elegido, sin hacer acepción de personas, los salvados claman en el Apocalipsis: **“porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” Apocalipsis 5:9**

Los que creemos que la salvación es por pura Gracia de Dios y no por obras debemos entender que Dios eligió a los santos, **no** porque en su omnisciencia o su presciencia haya visto *algo bueno* en los que habían de ser creyentes, sino por su inmensa misericordia y su soberana voluntad. No hay una razón comprensible para que los que hemos creído al evangelio hayamos sido beneficiados con este don... y al reconocer esto con humildad, **¿NO PRODUCE ESTO EN NOSOTROS EL MÁS GRANDE AGRADECIMIENTO A NUESTRO PADRE Y LA MÁS PROFUNDA DEVOCIÓN PARA SEGUIR A CRISTO Y PROCLAMAR SU EVANGELIO?**

El ejemplo que da San Pablo en la elección de Jacob y la reprobación de Esaú es muy claro aunque más duro de lo que algunos pueden aceptar:

“Porque no siendo aún nacidos, ni habiendo hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme á la elección, no por las obras sino por el que llama, permaneciese;” Romanos 9:11

Ni siquiera podemos decir que Dios ha previsto la fe que tendrían los escogidos porque esto sería como decir que Dios nos escogió porque sabía que nosotros lo íbamos a escoger a El. Pero lo que el apóstol Juan dice es que **“nosotros le amamos porque El nos amó**

la primera obra su salvación. No puede romper sus cadenas porque no son hierro, sino de su propia carne y sangre; antes podría destrozarse su corazón, que los grilletes que le atan. Y, ¿cómo quebrará su propio corazón? ¿Con qué martillo quebrantaré alma, o con que fuego la fundiré? No, la liberación es sólo Dios. Esta doctrina es afirmada continuamente en las Escrituras; y el que no la crea, no recibe la verdad de Dios. Solamente Él da libertad. "La salvación es del Señor."

2. Y si hemos sido liberados y vivificados en Cristo, entonces, nuestra *preservación* es del Señor solamente. Si soy piadoso, es de Dios; si virtuoso, Él me da la virtud; si llevo fruto, Dios me lo da; y si vivo una vida recta, El es quien sostiene. Yo no hago nada en absoluto para mi propia preservación, a no ser lo que antes el mismo Dios hace en mí. Toda mi bondad es suya, y todo mi pecado es mío. ¿He rechazado a un enemigo? Su fuerza dio vigor a mi brazo. ¿He derribado un adversario? Su potencia afiló mi espada y me dio el valor para asestar el golpe. ¿Predico su Palabra? No yo, sino su gracia que esta en mí. ¿Vivo para Dios una vida santa? Es Cristo que vive en mí. ¿Soy santificado? No santifico yo, sino el Espíritu Santo de Dios. ¿Pierdo el gusto por las cosas del mundo? Es *Su* corrección la que me aparta. ¿Cresco en conocimiento? El gran Instructor me enseña. ¿Encuentro en Dios todo lo que necesito; porque en mí no hay nada? "Él Solamente es mi roca y mi salvación."

3. Así mismo, *la sustentación* es absolutamente indispensable. Necesitamos el sustento de la providencia para nuestros cuerpos, tanto como para nuestras almas. "Desciende de cielos la lluvia y la nieve, y harta la tierra, y la hace germinar y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come"; pero, ¿de qué manos nace la lluvia, y de que dedos destila el rocío? Es cierto que el sol brilla y hace que las plantas crezcan, que les salgan sus brotes, que los árboles se vistan de flores, y que, por su calor, las frutas maduren; pero, ¿quién le da su luz y esparce su mágico calor? Es verdad que trabajo y me afito, el sudor cubre mi frente, mis manos se cansan, y al final, puedo reposar en mi cama; pero mi vigor y mi fuerza no son míos, ni el guardarme ha dependido de mí. ¿Quién hace estos músculos fornidos, estos pulmones de

seguro que es una herejía. De la misma manera, dadme una herejía y veréis cómo su verdadera raíz está aquí. Veréis cómo es algo que se ha apartado de esta grande, fundamental e inmovible verdad: "Dios es mi roca y mi salvación". ¿Cuál es la herejía de Roma, sino el añadir a los méritos de Cristo -el aportar las obras de la carne- para cooperar en nuestra justificación? Y, ¿cuál es la del arminianismo, sino el agregar secretamente algo a la obra perfecta del Redentor? Pero todas ellas se descubren por sí solas cuando las acercamos a la piedra de toque; se alejan de esta verdad: "Él solamente es mi roca y mi salvación".

Trataremos de dejar esta doctrina suficientemente clara. Para mí la palabra "salvación significa algo más que regeneración y conversión. No creo que sea algo que, después de regenerarme, me deja en tal posición que aún puedo caer del pacto y perderme; no puedo llamar puente a aquello que sólo cruce hasta la mitad del río; como tampoco puedo llamar salvación a aquello que no me lleve hasta el mismo cielo completamente limpio, y me deje entre los glorificados que cantan sin cesar hosannas alrededor del trono. Así pues, si pudiera dividirla en partes, lo entendería de la siguiente manera: liberación, continua preservación durante esta vida, sustentación, y al final la unión de estas tres en la perfección de los santos en la persona de Jesucristo.

1. Por salvación yo entiendo *la liberación* de la casa de esclavitud donde por naturaleza he nacido, y el ser manumitido con la libertad con que Cristo nos hace libres, además de "poner mis pies sobre la peña y enderezar mis pasos". Y esto, yo creo que es completamente de Dios; y no creo equivocarme al pensar así, porque la Escritura nos dice que el hombre está muerto, y, ¿cómo podrá ayudar un cadáver en su propia resurrección? El hombre está completamente depravado, y aborrece toda transformación divina; ¿cómo podrá, pues, por sí mismo, efectuar ese cambio que odia? Es tal el desconocimiento que tiene de lo que es el nuevo nacimiento que, como Nicodemo, hace absurda pregunta: "¿Puede entrar otra vez en el vientre su madre, y nacer?" No concibo el que nadie pueda hacer lo que no entiende. Y si el hombre no comprende lo que es nacer de nuevo, es lógico que no pueda llevarlo a cabo por sí mismo; es totalmente incapaz de cooperar en

primero" I Juan 4:9 y en otra parte dijo Jesús: "*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros" Juan 15:16* .

Así podemos entonces decir con toda libertad y sin temor a contradicción alguna que: somos salvos por gracia, por medio de la fe y esto no de nosotros, sino que fue un don que Dios nos concedió, y que este don no nos fue concedido por causa de alguna cosa que hayamos hecho ni antes ni después, sino por misericordia y para la gloria de Dios.

Habiendo entendido que el hombre por sí mismo nunca buscaría a Dios, ya que su inclinación natural es hacia el mal y que es enemigo de Dios por herencia y por decisión, entonces vemos que el milagro ocurrido en nuestro corazón para que pudiéramos venir a Dios en arrepentimiento y Fe en Jesucristo, es el cumplimiento del beneplácito y misericordia de Dios.

Debemos reconocer que esto es un misterio, como lo llama San Pablo, ya que es un hecho que el hombre debe tener fe y arrepentirse para ser salvo; y nadie podrá ser salvo si no viene a Jesucristo. El hombre debe venir a Cristo y ningún creyente puede decir que Dios lo ha *obligado* a nada, más bien somos llamados amorosamente. Pero aun así, debemos reconocer que lo que ha ocurrido es que Dios ha hecho un milagro en nuestro corazón para que pudiéramos venir a El en arrepentimiento puesto que el mismo hecho del arrepentimiento es algo que Dios nos *ha concedido*.

Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron á Dios, diciendo: De manera que también á los Gentiles ha dado (concedido) Dios arrepentimiento para vida Hechos 11:18

A este misterio le llamamos la "regeneración". Aunque algunas veces esta palabra se interpreta erróneamente, creyendo que regeneración es cuando alguien "se reforma", Regeneración es el milagro en el cual Dios da vida a los muertos. Éramos muertos espirituales y por lo tanto, ciegos y sordos, pero El nos dio vida primeramente y entonces nuestros sentidos espirituales son habilitados para "oír" la Palabra de Dios y venir a Cristo y ser salvos.

Si analizamos detenidamente esta situación, veremos que hay otros muchos a los que se ha predicado el evangelio, pero que su

corazón no ha sido abierto a Cristo. ¿Será porque nosotros fuimos *más buenos* que ellos? ¿Será porque nosotros somos *más sensibles*? ¿O será porque Dios en su Soberanía incomprensible quiso mostrar su misericordia a nosotros? San Pablo dice:

¿Qué pues? ¿Somos mejores que ellos? En ninguna manera: porque ya hemos acusado á judíos y á gentiles, que todos están debajo de pecado. Romanos 3:9

Y Jesucristo dijo:

Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga; y yo lo resucitaré en el día final. (Juan 6:44)

Y luego Jesús les dice a los incrédulos: ***“Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.” (Juan 10:26).***

No nos avergoncemos de llamarnos los elegidos de Dios, pero tampoco nos sintamos soberbios ya que fuimos elegidos por gracia y no por obras.

Algunos desechan esta forma de entender la Elección Divina porque piensan que: O creemos en la **Soberanía de Dios** O creemos en la **Responsabilidad del hombre**. El hombre natural piensa que si la Salvación es por elección, entonces los hombres no son responsables, pero esto es una mentira. Ambas cosas son igualmente verdaderas y ambas están enseñadas en las Escrituras, Dios es Soberano y a la vez el hombre es responsable. Si no lo podemos comprender plenamente, el problema está en nuestra mente finita e incapaz de asimilar los misterios de Dios, pero no es porque sea una contradicción.

Esto mismo ocurre cuando pensamos en el pasaje cuando Pedro hablando de Cristo dice:

A éste, entregado por determinado consejo y providencia de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole; Hechos 2:23

Según esto, Cristo fue entregado en manos de los hombres para ser muerto porque Dios Padre así lo había determinado, pero entonces alguno dirá: ¿qué culpa tienen los que mataron a Jesús, si esto estaba determinado? Hablar así es no tener sabiduría. Dios en su omnipotencia y soberanía tiene control de todas las cosas y aun

atalaya desde la cual vemos lo invisible, y tenemos la prueba de las cosas que aún no hemos gozado. No creo que sea necesario decirnos que, si fuéramos a considerar todas las enseñanzas que de este símil se deducen, podríamos estar predicando durante varios días; pero lo que hemos dicho hasta aquí, es para que lo meditéis esta semana. ***“Él es mi roca.*** ¡Cuán glorioso pensamiento! Sé, y en ello me regocijo, que cuando tenga que vadear la corriente del Jordán, ¡El será mi roca! No pisaré sobre piedras resbaladizas, sino que asentaré mi pie en Aquel que no puede traicionar mis pasos. Y así, cuando muera, con gozo cantaré: ***“Él, mi fortaleza, es recto, y en El no hay injusticia”.***

Dejaremos este aspecto de la cuestión, para pasar a considerar el tema del sermón, que es éste: Solamente Dios es la salvación de su pueblo.

“ÉL SOLAMENTE es mi roca y mi salvación.”

Encontramos, en primer lugar, *la gran doctrina de que solamente Dios es nuestra salvación*; en segundo lugar, *la gran experiencia de saber y aprender que Él solamente es mi roca mi salvación*; y en tercer lugar, *la gran obligación que tenemos de dar toda la gloria el honor, de descansar toda nuestra fe en quien “solamente es nuestra roca y nuestra salvación”.*

I. Lo primero que vamos a considerar es LA GRAN DOCTRINA: que Dios "solamente es nuestra roca y nuestra salvación". Si alguien nos preguntara qué lema escogeríamos por divisa como predicadores del Evangelio, creo que le responderíamos: "Dios solamente es nuestra salvación". El llorado Mr. Denham puso al pie de su retrato este admirable texto: "La salvación es del Señor"; ahora bien, esto es exactamente un extracto del calvinismo, su esencia y sustancia; por lo tanto, si alguien os lo pregunta, podéis contestarle que un calvinista es "aquel que dice *que la salvación es del Señor*". En toda la Biblia no encuentro otra doctrina que no sea ésta, y en ella está compendiada toda la Escritura. "Él *solamente* es mi roca y mi salvación." Decid cuanto queráis, que si se sale de estos límites,

sacudidos; pero la roca continúa sólida y segura, como si fuese los mismísimos cimientos del mundo, que no se moverán hasta que la creación sea destruida, o las ligaduras de la naturaleza se aflojen. Así también es Dios: ¡Qué fiel en sus promesas!, ¡qué inmutable en sus decretos!, ¡qué constante!, ¡qué inalterable!

La roca ha sido, y será siempre, insensible a la erosión. Nada, pues, en ella ha cambiado. Aquella vieja cima de granito, unas veces ha reverberado al sol, y otras ha lucido el blanco de la nieve; unas veces ha adorado a Dios con su desnuda cabeza descubierta, y otras, las nubes le han hecho y un blanco velo con sus alas, para que, como un querubín, preste adoración a su Hacedor. Pero, tanto unas veces como las otras, si la roca ha permanecido inalterable; ni el hielo del invierno ni el calor del verano han podido hacerle mella. Así también es Dios. He aquí, El es mi roca; Él es el mismo, y su reino no tendrá fin. "Los hijos de Jacob no serán consumidos"; porque Él es inalterable en su ser, seguro en su propia suficiencia e inmutable en su misma esencia. De la roca podemos sacar miles de enseñanzas de lo que Dios es. Ved aquella fortaleza, allá encima de la montaña; tan alta, que las nubes apenas pueden llegar a ella; desde allí los sitiados pueden reírse de los asaltantes; porque profundos precipicios la defienden. Esa fortaleza es nuestro Dios, segura protección. Y no seremos conmovidos, si Él ha "puesto nuestros pies sobre la peña, y enderezado nuestros pasos". Muchas veces una colosal montaña nos es motivo de admiración, porque desde su cumbre podemos contemplar el mundo extendido a nuestras plantas como si fuera un mapa pequeño. Vemos el río o el arroyo que corre libremente cual cinta de plata incrustada en esmeralda. Descubrimos las naciones bajo nosotros como "gotas de agua en un balde", y las islas como algo pequeñísimo allá en la distancia; y el mismo mar no parece sino un estanque sostenido por la mano de un poderoso gigante. El omnipotente Dios es lo mismo que esta montaña, y desde ella contemplamos el mundo como algo insignificante. Hemos subido a la parte más alta del Pisga, desde cuya cima, y a través de esta tierra tempestuosa y agitada, hemos podido mirar las sublimes regiones del espíritu, ese mundo desconocido para el ojo y el oído, pero que Dios nos ha revelado a nosotros por el Espíritu Santo. Esta poderosa roca es nuestro refugio y nuestra

así **jamás es culpable del pecado** en ninguna manera. Si nos cuesta entender esto, es precisamente para que reconozcamos nuestra incapacidad como seres humanos de comprender los infinitos designios divinos. Esta debería ser una causa más para postrarnos a los pies del Dios Eterno, al reconocer lo pequeños que somos.

En cuanto a la predicación del Evangelio, los que hemos recibido la gracia de Dios tenemos el mandamiento de *anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable*. Y esto lo haremos entonces, sabiendo que la obra no es nuestra sino de Dios, y que El ha concedido este privilegio a Su iglesia, de que seamos **colaboradores de Dios** en el llamamiento de los pecadores. Por esta razón predicamos **a toda criatura**, porque tenemos la seguridad de que cuando la semilla caiga en buena tierra, es porque Dios ha abierto el corazón del pecador a la Verdad.

Los evangelistas que hayan comprendido esta hermosa verdad, sabrán que sus esfuerzos en la predicación del evangelio no son en vano, puesto que el Espíritu Santo es el que abre los corazones y entonces ya no se depende de la pericia del hombre. Veamos lo que dice la Escritura:

Entonces una mujer llamada Lidia, que vendía púrpura en la ciudad de Tiatira, temerosa de Dios, estaba oyendo; el corazón de la cual abrió el Señor para que estuviese atenta á lo que Pablo decía. Hechos 16:14

Y los Gentiles oyendo esto, fueron gozosos, y glorificaban la palabra del Señor: y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. Hechos 13:48

Precisamente uno de los problemas en los que ha caído el Evangelismo, es que los hombres han dejado de creer que la obra es de Dios y por eso no predicán el Evangelio en su sencillez original, sino que han inventado métodos y nuevas formas para hacer que el Evangelio parezca *atractivo* para el mundo. También es por esto que las iglesias van cambiando la forma del culto y van introduciendo numerosas prácticas de invención humana con el fin de llamar la atención y de hacer del Cristianismo algo *más agradable*. Cuando entendamos de una vez que fuimos

encomendados a predicar solamente la gracia de Dios por medio del evangelio, a anunciar el amor de Dios que salva al más vil pecador que venga a Cristo arrepentido, entonces entenderemos también que solamente somos anunciadores, y que los que son de Cristo, definitivamente vendrán a El, entonces gozaremos de gran bendición y no sentiremos frustración ni angustia cuando realizamos la gran comisión.

Es un hecho que no todos los hijos de Dios tienen la misma comprensión con respecto a este tema, pero algo que es inaceptable es no tener una posición al respecto, si se menciona tan frecuentemente en las Escrituras, de lo cual, doy una pequeña muestra:

Efesios 1: 4 "Según **NOS ESCOGIÓ** en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor;"

Mateo 24:22 " Y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas por causa de **LOS ESCOGIDOS**, aquellos días serán acortados"

Mateo 24:24 "... De tal manera que engañarán, si fuera posible, aun á los **ESCOGIDOS**. "

Mateo 24:31 ". . . y juntarán **SUS ESCOGIDOS** de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro"

Marcos 22, 27 Y entonces enviará sus ángeles, y juntará **SUS ESCOGIDOS** de los cuatro vientos, desde el cabo de la tierra hasta el cabo del cielo.

Lucas 18:7 ¿Y Dios no hará justicia **Á SUS ESCOGIDOS**, que claman á él día y noche, aunque sea longánimo acerca de ellos?

Romanos 8.28-33 " ¿Quién acusará á **LOS ESCOGIDOS DE DIOS**? Dios es el que justifica. "

Romanos 9:11 " Porque no siendo aún nacidos, ni habiendo hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme á **LA ELECCIÓN**, no por las obras sino por el que llama, permaneciese"

Romanos 11:5, 7 "Así también, aun en este tiempo ha quedado un remanente **ELEGIDO POR GRACIA**. ¿Qué pues? Lo que

"MI ROCA." Cuán majestuoso es este nombre; cuán sublime, sugestivo y subyugador. Es una figura tan divina, que solamente a Dios debiera aplicársele.

Mirad las lejanas montañas y maravillaos de su antigüedad; porque desde sus cimas miles de siglos nos contemplan. Ellas peinaban ya cabellos grises antes de que esta enorme ciudad fuese fundada; se dice que, cuando la humanidad aún no respiraba, ellas estaban ya llenas de días; son las hijas de las edades pasadas. Con respeto miramos estas vetustas rocas, porque ellas se cuentan entre los primogénitos de la naturaleza. Descúbrense, incrustados en sus entrañas, vestigios de mundos desconocidos, de los que los sabios sacan sus conjeturas, pero que, sin embargo, son insuficientes para conocer todo el misterio que en ellos se encierra, a menos que el mismo Dios quiera descubrirse. La roca es reverenciada, porque sabemos cuantas historias podría contarnos si pudiese hablar, o decirnos de cómo el agua y el fuego la torturaron hasta darle su forma actual. Así es nuestro Dios: antiguo más que todas las cosas. Sus cabellos son como la lana, tan blancos como la nieve; porque Él es el "Anciano de grande edad", y las Escrituras nos dicen que "no tiene principio de días" "Él era Dios mucho tiempo antes de que la creación fuese formada, "desde el siglo y hasta el siglo".

"¡Mi roca!" Cómo podría ella contaros de las tormentas que ha soportado, de las tempestades que a sus pies han alborotado el océano, y de los rayos que han rasgado los cielos sobre su cabeza; y bajo estas condiciones, siempre ha permanecido inmutable: impasible ante las tempestades e indemne ante el azote del temporal. Así es también nuestro Dios. ¡Cuán firme e inmutable se ha mantenido ante el ultraje de las naciones, y cuando los "reyes y príncipes de la tierra han consultado unidos"! Sólo con estarse quieto ha diezmado las filas del enemigo, sin tan siquiera mover su mano. Con su imponente quietud ha desafiado las olas y dispersado los ejércitos adversarios, haciéndoles batirse en confusa retirada. Contemplad la roca una vez más: ¡Cuán fija e inmóvil está! No vaga de un sitio para otro, sino que permanece firme para siempre jamás. Muchas cosas han cambiado: las islas han sido sumergidas bajo los mares, y los continentes han sido

*buscaba Israel aquello no ha alcanzado; mas **LOS ELEGIDOS** lo han alcanzado: y los demás fueron endurecidos”*

Romanos 11:28 ". . . mas cuanto á **LA ELECCIÓN**, son muy amados por causa de los padres. "

Col. 3.12 " Vestíos pues, como **ESCOGIDOS DE DIOS**, santos y amados.. "

I Tes. 1:4 " Conociendo, hermanos amados de Dios, vuestra **ELECCIÓN**: "

II Tes. 2:13 "Mas nosotros debemos dar siempre gracias á Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios **os haya escogido desde el principio** para salvación."

II Tim. 2:10 " Por tanto, todo lo sufro por amor de **LOS ESCOGIDOS**, para que ellos también consigan la salud que es en Cristo Jesús con gloria eterna. "

Tito 1 ". . . según la fe de los **ESCOGIDOS DE DIOS**. . . "

II Pedro 1:10 ". . . procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y **ELECCIÓN**"

Apocalipsis 17:14 "porque es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes: y **los que están con él son llamados, y elegidos, y fieles.**"

¡Qué maravilla comprender esta hermosa doctrina!

- Los santos somos elegidos por Dios
- Por causa de esta elección pudimos creer en el Evangelio y ser salvos.
- La gran misericordia de Dios que nos alcanzó sin que lo mereciéramos, por lo tanto procuramos vivir sirviendo a Dios
- La predicación del Evangelio siempre tendrá resultados efectivos, al entender que la obra no es del hombre sino de Dios

El apóstol Pablo asegura:

Porque á los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; Y á los que predestinó, á

APÉNDICE C

Un sermón predicado el 18 de Mayo de 1856, Por C.H. Spurgeon, En la Capilla de la Calle New Park, Southwark, Inglaterra

SOLAMENTE DIOS ES LA SALVACIÓN

DE SU PUEBLO

"El solamente es mi roca y mi salvación" (Salmo 62:2).

éstos también llamó; y á los que llamó, á éstos también justificó; y á los que justificó, á éstos también glorificó. Romanos 8:29

¿Duda usted de ser un escogido de Dios?

Hay una garantía maravillosa en el evangelio: *Todo lo que el Padre me da, vendrá á mí; y al que á mí viene, no le hecho fuera.* Juan 6:37

¿Ha venido usted a Cristo para ser salvo? Si no es así, **venga a El**, y se dará cuenta de que aunque al principio le parecía que usted fue el que buscó a Dios pronto sabrá en su corazón que realmente es Cristo quien lo ha llamado, porque usted es una de sus ovejas.

¿Sigue teniendo dudas con respecto al por qué nos escogió Dios?

¿Se ha preguntado alguna vez cuál ha sido la fuerza oculta detrás del pueblo hebreo que ha pasado por tantas tragedias en la historia? Pues la respuesta es que ellos se sienten especiales. Como usted y yo si somos creyentes nos debemos sentir privilegiados y especiales. ¿Sabía usted que todo lo que Dios dijo a Israel tiene un profundo significado espiritual? San Pablo dice que no son judíos los que lo son en la carne sino en el corazón. Nosotros somos el Israel de Dios.

Porque tú eres pueblo santo á Jehová tu Dios: Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la haz de la tierra.

No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová, y os ha escogido; porque vosotros erais los más pocos de todos los pueblos:

Sino porque Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró á vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano fuerte, y os ha rescatado de casa de siervos, de la mano de Faraón, rey de Egipto. Deuteronomio 7: 6-8

Y por cuanto él amó á tus padres, escogió su simiente después de ellos, y sacóles delante de sí de Egipto con su gran poder; Deuteronomio 4:37

tampoco entrará en condenación, sino que será eternamente glorificado.

6. Sexto, aunque la justificación libra a las personas de la culpa del pecado y les descarga del castigo que se merecen; sin embargo, no quita el pecado que mora en ellos. Por ella, los creyentes son efectivamente librados del pecado en el sentido de que Dios no ve iniquidad en ellos para condenarles, aunque El ve y observa todos los pecados de su pueblo y les disciplina por ellos. No obstante, respecto a la justificación, El no ve ninguno de los pecados de ellos porque han sido absueltos, descargados y justificados de todos ellos. Y sin embargo, el pecado todavía mora en ellos porque *“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga bien y nunca peque”* (Eclesiastés 7:20).

7. Séptimo, la justificación no anula, ni invalida la ley y tampoco desanima un cumplimiento cuidadoso de las buenas obras. La justificación no deshace o rebaja la ley sino que la establece. La justicia por la cual somos justificados cumple con cada demanda y detalle de la ley. Cristo la guardó en nuestro lugar y así la magnificó y la hizo honorable, y su obediencia en favor nuestro no nos conduce a quebrantarla, sino a esforzarnos a obedecerla motivados por el amor.

Esta doctrina tampoco nos desanima en cuanto al cumplimiento de las buenas obras, porque esta doctrina de gracia nos enseña que *“Renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo templada, y justa, y piamente”* (Tito 2:12).

Para concluir, si su alma está bajo la poderosa influencia y el consuelo de esta doctrina, entonces usted hará las siguientes cosas:

1. Bendecir a Dios por Jesucristo, por cuya obediencia usted ha sido justificado.
2. Valorar su justicia justificadora y hará mención de ella en todos los momentos apropiados.
3. Gloriarse solamente en Cristo y darle a El toda la gloria de la justificación.
4. Esforzarse para que su comportamiento sea digno del evangelio de Cristo y de esta verdad en particular.

ellos una sola vez. Dios aceptó la justicia de Cristo y la imputó a su pueblo de una vez para siempre, y por lo tanto, ellos tienen sus pecados y transgresiones perdonados legalmente de una sola vez y para siempre.

Nuestra conciencia de haber sido justificados admite grados porque la justicia de Dios se manifiesta “*por fe y para fe*” (Rom.1:17). Hay varias declaraciones frescas y renovadas o manifestaciones nuevas y repeticiones del acto de la justificación. Como por ejemplo en la resurrección de Cristo los creyentes fueron “*justificados en El*” (Rom.4:25). También por el testimonio del Espíritu Santo a la conciencia del creyente, esta justificación es renovada nuevamente y en el juicio final, esta declaración será repetida ante todos los ángeles y los hombres. Pero, la justificación, como un acto de Dios, es única, hecha de una sola vez para siempre, no admite grados y no es realizada gradual y progresivamente como lo es la santificación.

4. Cuarto, esta bendición es igual para todos los creyentes; todos son igualmente justificados. El mismo precio fue pagado por la redención de uno y otro; la misma justicia es imputada al uno y al otro.

También la misma fe preciosa es dada al uno y al otro, aunque no todos la reciben en la misma medida (es decir, algunos tienen una fe fuerte y otros una fe débil). Sin embargo, el creyente más débil es tan justificado como el más fuerte; y el pecador más grande es tan justificado como el más pequeño. Aunque un creyente puede tener más gracia santificadora que otro, sin embargo, ninguno tiene más justicia justificadora que otro.

5. Quinto, la justificación es irreversible e inalterable. Es según el decreto inmutable de Dios, el cual jamás puede ser frustrado. Es uno de los dones de Dios, los cuales son sin arrepentimiento, y es una de las bendiciones del pacto de la gracia, el cual nunca puede ser quebrantado. La justicia por la cual los creyentes son justificados es una justicia eterna. La fe por la cual ellos la reciben es una fe que jamás fallará. Y aunque un hombre justificado puede caer en pecado, sin embargo, jamás caerá de su justificación y

Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su simiente después de ellos, á vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día. Deuteronomio 10:15

¡Es una gran Verdad y es maravillosa! ¡Dios nos ha escogido para Salvación!

¡Esta es la mayor prueba de que los que son de Cristo no se pueden perder jamás!

Dios escogió a Abraham y su pacto es perpetuo, los creyentes somos simiente de Abraham por la fe en Jesús. El Israel carnal invalidó el pacto, pero la promesa miraba hacia nosotros:

“Y haré con ellos pacto eterno, que no tornaré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí”. Jeremías 32:40

Este versículo es muy claro pero podemos repetirlo parafraseado: Dios promete hacer con Su Pueblo un Pacto Eterno, y como en el hombre no se puede confiar, Dios será el que se encarga de cumplirlo, porque no permitirá que este pacto sea invalidado. El mismo, por medio de Su Espíritu Santo hace la obra en el corazón de sus hijos para que entiendan Su Ley y vivan de acuerdo a ella y por este amor derramado en los corazones de los fieles, ellos, aunque débiles e incapaces en sí mismos, no se apartarán de forma definitiva de El, sino que son preservados por Su poder para Salvación.

Además dice Jesucristo afirma:

Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de todo lo que me ha dado, sino que lo resucite en el día final.

Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que mira al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y que yo lo resucite en el día final. (Juan 6:39-40)

Y afirmamos con toda confianza que Jesucristo nunca quebrantaría la voluntad del Padre. Ni uno solo de los elegidos se perderá jamás.

No falta quien en su soberbia afirme que si esto fuera cierto, entonces habría quienes, aunque desearan amar a Dios, no se salvarían por no ser elegidos, pero este razonamiento es

completamente falso, porque si algún ser humano desea sinceramente amar a Dios, esto lo puede sentir únicamente por obra del Espíritu Santo, ya que de lo contrario nunca tendría deseo verdadero de agradar a Dios.

Todo aquel que tenga sed espiritual está llamado a beber de la fuente de vida. En el último capítulo de la Biblia dice: **“El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!” El que oye diga: “¡Ven!” El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente.” Apocalipsis 22:17**

Y cuando alguien ha venido a Cristo y sus pecados han sido lavados por su sangre, entonces puede sentirse uno de aquellos a los cuales el apóstol Pablo dice:

Pero nosotros debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios OS HAYA ESCOGIDO DESDE EL PRINCIPIO PARA SALVACIÓN, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad. 2 Tesalonicenses 2:13

POR LO CUAL AFIRMEMOS CON EL APOSTOL PABLO

...Porque de él, y por él, y en él, son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amén. (Romanos 11: 36)

Un Solo Evangelio

Por Ward Fenley

Han llegado a suponerse muchas cosas en cuanto a lo que llaman "el pequeño cielo de Ward". Espero que pueda aclarar algunas cosas no solo para los que han confiado en el Cristo verdadero, sino también para aquellos que son Sus enemigos.

El cristianismo de muchos se pone a prueba cuando se les confronta con alguna de las doctrinas esenciales como, por ejemplo, la salvación por gracia. La mayoría de nosotros creemos que la Deidad de Jesús, el Nacimiento Virginal, la Resurrección

pueden separarse, y que el que participa de una por necesidad ha de participar de la otra. Pero nunca debe confundirse, ni olvidarse de la distinción que existe entre las dos.

H. Otro fruto de la justificación es la seguridad de la salvación, puesto que aquellos *“que justificó, a estos también glorificó”* (Rom.8:30). Esta seguridad de salvación está basada en el hecho de que Cristo la ha comprado y no depende de nada en los creyentes. En otras palabras, los creyentes no pueden perder su salvación. *“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?”* (Romanos 8:33-34).

VIII. Finalmente, daré algunas propiedades (características) generales acerca de esta justificación.

1. Primero, es un acto de la libre gracia de Dios. *“Siendo justificados gratuitamente por su gracia”* (Rom.3:24). Fue la gracia la que diseñó el plan y el método de la justificación. Fue la misma gracia la que motivó a Cristo a comprometerse como el fiador de su pueblo, y la que le envió en el cumplimiento del tiempo para efectuar dicha justicia a favor de ellos. Entonces, es la gracia de Dios, la que acepta esa justicia y la imputa en favor de ellos, y es ella la que les concede la fe para recibirla. Y esta gracia se magnifica aún más cuando consideramos que estas personas son por naturaleza pecadores impíos, y aún muchos de ellos son *“el primero de ellos”* (1 Tim.1:15).

2. Segundo, esta justificación es universal y no parcial. Todos los elegidos de Dios son justificados de todas las cosas, es decir, librados de todos sus pecados y del castigo que éstos merecen; como lo dice nuestro texto *“Y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en éste es justificado todo aquel que creyere”* (Hechos 13:39). Toda la justicia de Cristo les es imputada y ellos son considerados como perfectos y completos en El.

3. Tercero, la justificación es un acto realizado en una sola vez, el cual no admite grados. Los pecados de los elegidos de Dios fueron imputados a Cristo en una sola vez, y El hizo satisfacción por

2. La justicia de la justificación no es propia, sino que es la justicia perfecta de nuestro mediador Cristo Jesús, la cual nos es imputada y hacemos nuestra por la fe. La justicia de la santificación es la nuestra propia, impartida, inherente e influida en nosotros por el Espíritu Santo, pero mezclada con debilidad e imperfección.

3. En la justificación no hay lugar para nuestras obras. Pero en la santificación la importancia de nuestras propias obras es inmensa. De ahí que Dios nos ordene a luchar, a orar, a velar, a que nos esforcemos, afanemos y trabajemos.

4. La justificación es una obra acabada y completa; en el momento en que una persona cree es justificada, perfectamente justificada. La santificación es una obra relativamente imperfecta; será perfecta cuando entremos en el cielo.

5. La justificación no admite crecimiento ni es susceptible de aumento. El creyente goza de la misma justificación en el momento de acudir a Cristo por la fe, que de la que gozará para toda la eternidad. Por otra parte, la santificación es, eminentemente una obra progresiva y admite un crecimiento continuo mientras el creyente viva.

6. La justificación hace referencia a la persona del creyente, a su posición delante de Dios y a la absolución de su culpa. La santificación hace referencia a la naturaleza del creyente, y a la renovación moral del corazón.

7. La justificación nos da derecho de acceso al cielo y confianza para entrar. La santificación nos prepara para el cielo y nos prepara para sus goces.

8. La justificación es un acto de Dios con referencia al creyente, y no es discernible para los otros. La santificación es una obra de Dios dentro del creyente que no puede dejar de manifestarse a los ojos de los otros. Estas distinciones las pongo a la atenta consideración de los lectores. Nunca se podrá enfatizar demasiado el que se trata de dos cosas distintas, aunque en realidad no

de Cristo, etc., son doctrinas cardinales. Sin embargo, cuando se trata de la Salvación por Gracia Sola (*sola gratia*), muchos pierden sus convicciones sobre lo que es fundamental.

Primero, debo aclarar qué significa la palabra "esencial". Por esencial no considero que la creencia en el Nacimiento Virginal pueda llevar a una persona al cielo. Sin embargo, cuando se le confronta con la Escritura sobre una doctrinal crucial, ¿cuál es su reacción? ¿Se opone vehementemente a la doctrina? Jesús habló claramente sobre esto:

Jn.8:31: Por tanto, Jesús decía a los judíos que habían creído en él: --Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;

Observen que Cristo hablaba a aquellos judíos que "habían creído en él".

No obstante, éstos, en el mismo contexto, respondieron así:

Jn.8:41: Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: --Nosotros no hemos nacido de fornicación. Tenemos un solo padre, Dios.

Los judíos negaron que hubieran nacido pecadores. Negaron su depravación. Este es un ejemplo de una doctrina esencial. Y, ¿cuál fue la respuesta de Jesús?:

Jn.8:43: ¿Por qué no comprendéis lo que digo? Porque no podéis oír mi palabra.

¡Y se suponía que estos judíos eran creyentes! La audiencia de Jesús sigue siendo la misma en el contexto. Su fe era como la de Simón el hechicero:

Hch.8:13: Aun Simón mismo creyó, y una vez bautizado él acompañaba a Felipe; y viendo las señales y grandes maravillas que se hacían, estaba atónito.

Pero, ¿qué dijo Pedro cuando Simón quiso comprar el poder del Espíritu Santo?

Hch.8:20-23: Entonces Pedro le dijo: --¡Tu dinero perezca contigo, porque has pensado obtener por dinero el don de Dios! (21) Tú no tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. (22) Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; (23) porque veo que estás destinado a hiel de amargura y a cadenas de maldad.

No puedo creer que esta descripción corresponda a la de un verdadero creyente en Jesucristo. Hasta el escritor de Hebreos parece haber hecho una distinción entre la fe y la fe que salva:

Heb.10:38-39: Pero mi justo vivirá por fe; y si se vuelve atrás, no agrada a mi alma. (39) Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás para perdición, sino de los que tienen fe para la preservación del alma.

¿Estaba diciendo que ellos podían perder su salvación? Ciertamente, no:

1ª Jn.2:19: Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Pero salieron, para que fuera evidente que no todos eran de nosotros.

Si hubieran sido verdaderamente cristianos, entonces habrían seguido creyendo porque la fe no la genera el hombre sino Dios:

Heb.12:2: puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe; quien por el gozo que tenía por delante sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios.

Muchos discípulos seguían a Jesús además de los doce. Pero Jesús añadió una palabra que hizo que se apartaran:

gana el perdón de sus pecados en la medida en que se santifica. Sin embargo, la Palabra de Dios enseña que somos justificados gratuitamente por medio de la fe (vea Rom.3:24-25).

La siguiente explicación del escritor J.C. Ryle puede ser de ayuda para aclarar más las diferencias entre la justificación y la santificación:

Diferencias entre la santificación y la justificación.

¿En qué concuerdan y en qué difieren? Esta distinción es importantísima. Aunque la justificación y la santificación son dos cosas distintas, sin embargo en ciertos puntos concuerden y en otros difieren. Veámoslo con detalle:

A. Puntos concordantes:

1. Ambas proceden y tienen su origen en la gracia de Dios.
2. Ambas son parte del gran plan de salvación que Cristo, en el plan eterno, tomó sobre sí a favor de su pueblo. Cristo es la fuente de vida de donde fluyen el perdón y la santidad. La raíz de ambas está en Cristo.
3. Ambas se encuentran en la misma persona. Los que son justificados son también santificados, y aquellos que han sido santificados, han sido también justificados. Dios las ha unido y no pueden separarse.
4. Ambas empiezan al mismo tiempo. En el momento en que una persona es justificada, empieza también a ser santificada, aunque al principio quizá no se percate de ello.
5. Ambas son necesarias para la salvación. Jamás nadie entrará en el cielo sin un corazón regenerado y sin el perdón de sus pecados; sin la sangre de Cristo y sin la gracia del Espíritu.

B. Puntos en que difieren:

1. Por la justificación, la justicia de otro, es decir de Jesucristo, es imputada, puesta en la cuenta del pecador. Por la santificación el pecador convertido experimenta en su interior una obra que le hace progresivamente santo. En otras palabras, por la justificación se nos considera justos, mientras que por la santificación se nos hace justos.

muy complacido con la justicia de Cristo y en base a ella, también está complacido con su pueblo. Sus personas son aceptadas en el amado, y también todos sus sacrificios y servicios, son aceptables a Dios a través del Señor Jesucristo (vea 1Pe.2:5 y Heb.13:15).

F. La adopción es otra consecuencia o fruto de la justificación; aunque esta bendición fue originalmente provista y asegurada por la predestinación (vea Ef.1:5). Sin embargo, el camino específico para la recepción de ella es a través de nuestra redención y justificación las cuales son en Cristo Jesús. Cristo fue enviado *“Para que redimiese á los que estaban debajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gálatas 4:5).

G. La santificación es también un efecto de la justificación. La justificación es diferente de la santificación. La justificación es un asunto de imputación, mientras que la santificación es un asunto de transformación. En la justificación, Dios el Padre toma la iniciativa y en la santificación, la iniciativa es del Espíritu Santo. La justificación es un veredicto dictado de una vez para siempre; mientras que la santificación es un proceso continuo de por vida. Cuando la justificación ocurre, entonces la santificación comienza. La justificación enfatiza el aspecto legal de la salvación y manifiesta cómo la posición criminal del pecador (al quitar su culpa), es alterada ante la vista de Dios. La santificación (que comienza con la regeneración) muestra cómo la contaminación del pecado es progresivamente quitada, y la santidad de vida aumentada.

Podemos ver que la justificación y la santificación están íntimamente relacionadas, pero al mismo tiempo separadas. Si no fueran separadas, entonces no estaría claro que la salvación es solamente por gracia. Es decir, si la justificación (nuestra posición legal ante Dios) fuera mezclada con la santificación (el proceso que nos hace santos); entonces, terminaríamos con una justificación por obras, en vez de una justificación por gracia, a través de la fe. Esto es exactamente lo que ha ocurrido en la Iglesia Católica, que enseña la salvación por obras. Esta enseñanza falsa, es el resultado de haber mezclado la justificación con la santificación. La Iglesia Romana enseña que el pecador

Jn.6:65-55: y decía: --Por esta razón os he dicho que nadie puede venir a mí, a menos que le haya sido concedido por el Padre. (66) Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él.

¿Por qué se volvieron atrás? Había dos razones: La primera, porque Cristo les dijo que debían comer Su carne y beber Su sangre para que tuvieran la vida eterna. La segunda, porque Jesús les dijo que no podían venir a él a menos que el Padre les diera la fe. Juan el Bautista y Jesús hicieron de esta enseñanza una doctrina esencial:

Jn.3:27: Respondió Juan y dijo: --Ningún hombre puede recibir nada a menos que le haya sido dado del cielo.

Jn.6:37: Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene, jamás lo echaré fuera.

Jn.6:44: Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga; y yo lo resucitaré en el día final.

Esta doctrina molesta a aquellos que tienen su fe centrada en el hombre. Así cuando alguien insiste que su fe es el producto de su libre albedrío, ¿está a la vez reconociendo la gracia y el don de Dios?

Jn.1:12-13: Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios, (13) los cuales nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios.

Ro.9:16: Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

Me parece que Dios se esfuerza en enseñarnos algo que es "muy esencial".

La pregunta es: ¿es esto esencial, como un requisito previo a la salvación, o es un fruto de la salvación? Por "salvación" me refiero a los que están bajo el Nuevo Pacto. Bueno, hay una cosa de la cual no se puede dudar: Si alguien corre al altar de una iglesia evangélica pensando que la decisión que ha tomado proviene de su propio poder y que Dios tiene que aceptarle a causa del ejercicio de su propio libre albedrío, entonces esa persona nunca fue convencida de pecado: La Biblia habla claro:

Ro.3:10-11: como está escrito: No hay justo ni aun uno; (11) no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.

Una persona que ha sido convencida de pecado admite que no tiene esperanza en nada que hayan hecho:

Jn.9:39-41: Y dijo Jesús: --Para juicio yo he venido a este mundo; para que vean los que no ven, y los que ven sean cegados. (40) Al oír esto, algunos de los fariseos que estaban con él le dijeron: --¿Acaso somos nosotros también ciegos? (41) Les dijo Jesús: --Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora porque decís: "Vemos", vuestro pecado permanece.

Hay quienes creen que cuando se predica el Evangelio y alguno lo acepta y otro lo rechaza, la diferencia entre haberlo recibido o rechazado radica en el libre albedrío. Libremente se recibe y libremente se rechaza. Los que sostienen tal idea no han entrado por las puertas de la ciudad. ¿Por qué?

Ap.21:27: Jamás entrará en ella cosa impura o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Pablo enfatiza esta verdad en:

1ª Cor.1:28-31: Dios ha elegido lo vil del mundo y lo menospreciado; lo que no es, para deshacer lo que es, (29) a fin de que nadie se jacte delante de Dios. (30) Por él estáis vosotros en Cristo Jesús, a quien Dios hizo para nosotros sabiduría,

1. Trata con nuestra posición como pecadores delante de Dios el Juez de todo el mundo.
 2. La falta de esto resulta en castigo en el infierno.
 3. Se recibe una vez para siempre y no se puede repetir.
 4. Cubre todos los pecados pasados, presentes y futuros.
 5. Una vez recibido, nunca necesitamos pedirlo otra vez; es inmutable y eterno.
- (Nota también la distinción que Cristo hace en Juan 13:5-10 entre "el que ya está lavado" es decir, ya justificado; y como es que "solo necesita que le laven los pies" es decir, el perdón de sus pecados cotidianos.)

B. Los creyentes son declarados justos ante las exigencias de la ley, son librados de la obligación "legal" de guardarla como un medio de justificación. Y son considerados como merecedores de todas las recompensas que la ley promete a aquellos que la han obedecido perfectamente. La justificación es lo opuesto de la condenación y consiste de dos partes: Primero, nuestra culpa es borrada y segundo, la justicia nos es acreditada con todas sus recompensas. Las personas justificadas son consideradas por Dios no simplemente como "medio inocentes", sino más bien como positivamente justas.

C. La paz para con Dios es otra consecuencia o efecto de la justificación: "*Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios*" (Rom.5:1). Es decir, tenemos paz en nuestra conciencia la cual sobrepasa todo entendimiento, y es una de las bendiciones más valiosas de la vida. Esta paz y seguridad está basada en el hecho de que es Cristo quien nos la compró, y no depende de ninguna cosa que haya en nosotros.

D. El derecho de acceso a Dios a través de Cristo, con confianza. La persona justificada puede acudir a Dios en el nombre y la fortaleza de Cristo, con mucha confianza, en base a su justicia. Por eso, el creyente puede usar mucha libertad ante el trono de la gracia, pidiendo las cosas que le son necesarias.

E. La aceptación de nuestras personas y de nuestro servicio para Dios, sigue como consecuencia de nuestra justificación. Dios está

Efesios 1:11: *“Habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad.”*

2 Tesalonicenses 2:13: *“Dios os haya escogido desde el principio para salvación.”*

VII. Mencionaré varios efectos que provienen de la justificación y que están íntimamente relacionados con ella.

A. La libertad completa de la condenación de pecado y el perdón de todos los pecados pasados, presentes y futuros. Los creyentes jamás serán condenados. Las aflicciones que les sobrevienen en esta vida no son, estrictamente hablando, castigos por el pecado, sino más bien la disciplina paternal. Estas aflicciones no son manifestaciones de la ira de Dios, ni tampoco sirven para propiciar nuestros pecados porque esto sería contrario al evangelio, minimizaría el sacrificio de Cristo y aún sería contrario a la justicia de Dios (puesto que Cristo ya pagó nuestra deuda y Dios no exigiría doble pago).

Muchos preguntan, ¿qué sucede cuando los creyentes pecan? La respuesta es que no pierden su justificación sino más bien su comunión con Dios. Si hemos sido justificados en Cristo, nuestros pecados cotidianos no nos pueden condenar. Pero si no los confesamos, y si no nos arrepentimos de ellos, entonces traerán la disciplina de Dios. (Vea Hebreos 12:5-8 y 10-11) Esta es la distinción entre el perdón “legal” y el perdón “paternal”. El perdón legal o judicial es recibido en el momento de nuestra justificación (es decir, al arrepentimos y creer en Cristo).

Entonces, Dios nos perdona como “Juez” y recibimos este perdón una vez para siempre. El perdón paternal trata con nuestra posición como hijos y nuestra relación con Dios como el “Padre Celestial”.

La diferencia entre estos dos tipos de perdón puede ser vista en el siguiente cuadro:

El Perdón Judicial o Legal

justificación, santificación y redención;(31) para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.

Observen que Pablo dijo: "por él están ustedes en Cristo Jesús". No estamos en Cristo Jesús a causa de nuestro libre albedrío, porque tal cosa no existe.

Jn.8:34: Jesús les respondió: --De cierto, de cierto os digo que todo aquel que practica el pecado es esclavo del pecado.

Es imprescindible que Cristo nos dé ojos para ver, oídos para oír y un corazón para percibir:

Deut.29:4: Pero hasta el día de hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír.

Dios solamente hace esto con sus escogidos basándose en nada que ellos hayan hecho:

Mat.11:25-27: En aquel tiempo Jesús respondió y dijo: "Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. (26) Sí, Padre, porque así te agradó. (27) "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

Jn.5:21: Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere.

Si se basa estrictamente en el beneplácito de su voluntad. Entonces, ¿por qué creemos?

Hch.13:48: Al oír esto, los gentiles se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron cuantos estaban designados para la vida eterna.

Creemos porque Dios así lo ha ordenado desde la fundación del mundo. Si atribuimos nuestro creer al ejercicio de nuestro libre albedrío, entonces nunca hemos confiado en Cristo porque "nadie se jactará en su presencia". Pablo enfatiza este hecho:

1ª Cor.4:7: Pues, ¿quién te concede alguna distinción? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?

Entonces, ¿por qué creen unos y otros no? ¿Por razón de la decisión de su libre albedrío? No, porque la Biblia dice "¿quién te CONCEDE alguna distinción?". Si nos gloriamos en nuestra propia decisión por el ejercicio de nuestro libre albedrío entonces nos estamos gloriando en ello, pero no en su presencia:

1ª Cor.1:29: a fin de que nadie se jacte delante de Dios.

Sé que hay muchos preteristas que son miembros de la Iglesia de Cristo o que mantienen la doctrina de la regeneración bautismal. La carta a los Gálatas tiene que ver básicamente con un enorme problema que confrontó a la iglesia primitiva y que confronta a la iglesia de hoy. Este problema consiste en la convicción de que tenemos que añadir algo de nosotros a Cristo para poder salvarnos o para mantenernos salvos. Lo que vemos es que Pablo generalmente se dirigió a toda la iglesia como a hermanos:

Gál.1:4: quien se dio a sí mismo por nuestros pecados. De este modo nos libró de la presente época malvada, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,

Atendamos a lo que Pablo dice: "quien se dio a sí mismo por NUESTROS pecados". Con todo, Pablo sobrentiende que en la iglesia hay individuos que creen en Cristo y en sus obras. Y, ¿cómo se dirige Pablo a este tipo de personas?

Gál.3:1-3: ¡Oh gálatas insensatos, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado como crucificado! ¿Quién os hechizó? (2) Sólo esto quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de

texto: "En este es justificado, todo aquel que creyere" (Hech.13:39). Estos se refieren no a los creyentes nominales o aquellos que simplemente dicen creer en Cristo, sino a los creyentes reales, quienes "con el corazón creen para justicia" y cuya fe obra por el amor hacia Cristo y hacia su pueblo.

Los siguientes textos afirman la doctrina de la elección:

Juan 13:18: "Yo sé a quienes he elegido".

Juan 15:16: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto"

Romanos 8:29-30: "Porque á los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; Y á los que predestinó, á éstos también llamó; y á los que llamó, á éstos también justificó; y á los que justificó, á éstos también glorificó."

Romanos 8:33: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?"

Romanos 9:15-16: "Tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré del que me compadeceré. Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia."

Romanos 11:5-7: "Así también, aun en este tiempo han quedado reliquias por la elección de gracia. Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra. ¿Qué pues? Lo que buscaba Israel aquello no ha alcanzado; mas la elección lo ha alcanzado; y los demás fueron endurecidos;"

1 Corintios 1:27-29: "Antes lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar á los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios, para avergonzar lo fuerte; Y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: Para que ninguna carne se jacte en su presencia."

Efesios 1:4-5: "Según nos escogió en él...Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor; Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo á sí mismo, según el puro afecto de su voluntad,"

Muchos son traídos a creer en El para vida y salvación. Todos aquellos que son ordenados para vida eterna (Vea Hech.13:48). Y como consecuencia de todo esto, “muchos” hijos serán llevados a la gloria (vea Heb.2:10). “*Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, é Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos*” (Mateo 8:11). Y así es que en la casa del Padre hay muchas moradas preparadas para ellos (vea Jn.14:2). Esto nos conduce a señalar:

a. Que no son pocos los que son justificados por Cristo. Aunque el rebaño de Cristo es un rebaño pequeño en comparación con los cabritos del mundo; y aunque el pueblo de Cristo son pocos, en comparación con el gran número de hipócritas y creyentes nominales, porque muchos son llamados y pocos escogidos (Mat.20:16). Muchos procurarán entrar y no podrán, ya que angosto es el camino que lleva a la vida y pocos son los que lo hallan (Luc.13:24 y Mat.7:14). Sin embargo, considerados en sí mismos, son un gran número que ningún hombre puede contar (Apo.7:9).

Esto sirve para magnificar la gracia de Dios, para exaltar el sacrificio y la justicia del Señor Jesucristo, y para animar a las almas angustiadas a buscar y mirar a Cristo para justificación. Puesto que esta justicia es realizada a favor de muchos, entonces muchos son justificados por ella. “*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos*” (Mat.5:6).

b. Esto manifiesta que no toda la humanidad es justificada. Aunque, son muchos los que son justificados, sin embargo, no son todos. Porque no todos los hombres tienen la fe para recibir la justicia de Cristo, tampoco todos los hombres son salvos, porque solamente aquellos que son justificados por su sangre, por El serán salvos de la ira (Rom.5:9). Sin embargo, todos los elegidos son justificados: “*En Jehová será justificada y se gloriará toda la generación de Israel*” (Isaías 45:25).

2. Los objetos de la justificación son descritos según su estado y condición. Antes de su conversión son descritos como impíos y después de su conversión son creyentes en Cristo. Así dice nuestro

la ley o por haber oído con fe? (3) ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado en el Espíritu, ¿ahora terminaréis en la carne?

Así estas personas proclamaban a Cristo más sus obras, es decir, a Cristo más la circuncisión en carne. Y, ¿cómo describe Pablo el estado de estas personas?

Gál.3:10: Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.

Y en cuanto a la regeneración bautismal, es lo mismo. Esa doctrina pregona que Cristo más un ritual libran a una persona de sus pecados. Por eso, los de la Iglesia de Cristo que mantienen esta doctrina están bajo la maldición de la ley. Admito, sin embargo, que puede haber algunos en la Iglesia de Cristo que no crean en esta doctrina y que confíen solo en Cristo para salvarse. Y una vez que sean confrontados con la verdad, verán el peligro y la apostasía de la Iglesia de Cristo y la dejarán:

Jn.10:1-5: "De cierto, de cierto os digo que el que no entra al redil de las ovejas por la puerta, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y asaltante. (2) Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. (3) A él le abre el portero, y las ovejas oyen su voz. A sus ovejas las llama por nombre y las conduce afuera.(4) Y cuando saca fuera a todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. (5) Pero al extraño jamás seguirán; más bien, huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños."

Tratar de llegar al cielo por medio de Cristo y el bautismo o la circuncisión es lo mismo que unirse a los judaizantes y demuestra que se está bajo la maldición:

Gál.1:6-12: El que recibe instrucción en la palabra comparta toda cosa buena con quien le instruye. (7) No os engaños; Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso mismo

cosechará. (8) Porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. (9) No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos. (10) Por lo tanto, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe. (11) Mirad con cuán grandes letras os escribo con mi propia mano. (12) Aquellos que quieren tener el visto bueno en la carne os obligan a ser circuncidados, solamente para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo.

Venir a Cristo y creer en el nacimiento virginal son doctrinas esenciales muy diferentes. Lo primero es un don que se da para que uno pueda ver su pecaminosidad total, arrepentirse de su auto-justicia y confiar solo en Cristo. Lo otro es el resultado de haber confiado en Cristo.

Por esto Cristo dijo:

Jn.8:51: Por tanto, Jesús decía a los judíos que habían creído en él: --Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;

Los que dicen que han confiado en Cristo pero niegan lo que Su Palabra enseña tocante a la verdad del don de la fe, la inhabilidad del hombre para creer sin Cristo, y la salvación por la Gracia sola, manifiestan características de una persona no regenerada. Los que hacen necesario un ritual para la salvación están bajo maldición. Estas son las personas que debemos animar a que se examinen para ver si en realidad están en la fe:

2ª Cor.13:5: Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis firmes en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no conocéis en cuanto a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que ya estéis reprobados?

como los ojos del criminal que leen la sentencia que les anuncia el perdón del Rey.

Como consecuencia, el criminal no solo es librado de la prisión sino de todas las miserias, los terrores, y los temores que diariamente le atormentaban en su expectación de ser justamente castigado.

La justificación es por la fe, como la forma para recibirla en nuestra experiencia. El hecho de que esta justificación es recibida por la fe en el tiempo, no contradice el hecho de que el propósito de justificarnos es eterno. Aquella fe por la cual el hombre es justificado, no es una mera persuasión de que exista tal cosa como la justificación en Cristo. La fe por la cual somos justificados es una convicción de que la justicia de Cristo es para nosotros, y por lo tanto, nos conduce a mirar a El, a descansar en El, y a depender de su justicia y aferrarnos a ella para nuestra justificación. Cualquier cosa que sea menos que esto queda corta de la plena certidumbre y seguridad de fe en Cristo como nuestra justicia.

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada” (Gálatas 2:16)

VI. Señalaré quienes son aquellos que son justificados.

Los objetos de la justificación son los elegidos de Dios. *“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica”* (Rom.8:33). Es decir, Dios justifica a sus elegidos.

1. Los elegidos son descritos en cuanto a su número, es decir, son muchos. *“con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y él llevará las iniquidades de ellos”* (Isaías 53:11). *“Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mateo 20:28). *“Así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos”* (Hebreos 9:28).

fueron considerados *en el propósito de Dios*, como apartados para ser justificados en Cristo y eternamente salvados de la ira y la condenación.

Entonces, no hay ninguna contradicción al decir que los elegidos de Dios considerados en Adán y bajo el pacto de las obras, están bajo la sentencia de condenación. Al mismo tiempo, como están en Cristo y bajo el pacto de la gracia, fueron apartados para ser justificados y librados de toda condenación en el propósito de Dios. (El pacto de gracia está basado no en nuestra obediencia sino en la de Cristo, acreditada en favor de sus escogidos.) Esto no es más contradictorio que decir que son amados con un amor eterno y que, sin embargo, al mismo tiempo son hijos de ira. Y esta es ciertamente la verdad respecto a los elegidos antes de que lleguen a arrepentirse y creer. Entonces, podemos ver que no debemos confundir el propósito eterno, con la condición de los elegidos de Dios en el tiempo. Aquellos que son escogidos en la eternidad para ser justificados, en el tiempo llegarán a creer y recibirán la seguridad de su justificación cuando se arrepientan. La Confesión Bautista de 1689 aclara este punto en la siguiente forma: *“Desde la eternidad, Dios decretó justificar a todos los elegidos; y en el cumplimiento del tiempo, Cristo murió por sus pecados, y resucitó para su justificación. Sin embargo, ellos no son justificados personalmente sino hasta que Cristo les es realmente aplicado por el Espíritu Santo en el debido tiempo.”* (Capítulo 10, párrafo 4)

5. Quinto, se objeta que si el propósito de la justificación es antes que la fe, entonces no hay necesidad de tener fe y por lo tanto, la fe resulta inútil. A esto yo respondo que aunque la fe no es la causa de nuestra justificación, sin embargo, es el camino señalado por Dios para recibirla en nuestra experiencia. La fe comprende y recibe la justicia de Cristo para nuestra justificación y esto trae mucha paz, el gozo y la consolación a nuestros corazones. Cuando el Espíritu Santo nos ilumina para ver la justicia de Cristo y nos conduce a confiar en ella por la fe, recibimos la declaración de la sentencia divina que nos declara justos en base a la justicia de Cristo. Esto libra nuestras almas del temor de la condenación y nos llena de gozo inefable y lleno de gloria. La fe funciona igual

2ª Ped.1:10: Por eso, hermanos, procurad aun con mayor empeño hacer firme vuestro llamamiento y elección, porque haciendo estas cosas no tropezaréis jamás.

Los que son de Cristo se entregarán a la doctrina gloriosa de la salvación por la gracia sola. Cuando la verdad les llega la reconocerán. Si la niegan y le añaden un ritual, el libre albedrío o cualquier otra cosa, entonces no debemos aceptarles como personas sabias. Y no estamos añadiendo nada a la Escritura cuando los cuestionamos. Siempre será un proceder correcto instarles a que se examinen advirtiéndoles con la Escritura y no con un despliegue de palabras condenatorias basadas en las emociones. La palabra convencerá hasta donde Dios quiere que convenza:

Isa.55:11: así será mi palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié.

Si Dios quiere que la palabra prospere, entonces prosperará. Si Dios quiere que condene, condenará:

2ª Cor.2:14-17: Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo y que manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento por medio de nosotros. (15) Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden. (16) A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? (17) Porque no somos, como muchos, traficantes de la palabra de Dios; más bien, con sinceridad y como de parte de Dios, hablamos delante de Dios en Cristo.

Ahora, para clarificar: ¿Qué de una persona que no cree de inmediato, pero demuestra estar abierta y dispuesta a escuchar? Continuamos hablándole la verdad. Si empieza a negar y deja ver un espíritu de oposición a la verdad, entonces es tiempo de advertirle. Si muestra signos de gentileza y sumisión a la palabra de Dios, entonces continuamos presentándole la Gracia hasta que

Dios haga que se entregue a la salvación por Gracia. Solo entonces tenemos la libertad de afirmarles como hermanos o hermanas. Aún Judas y Pablo hablaron de diferentes maneras de hacer esto. Pero esto no quiere decir que debemos suavizar el mensaje. Es solo una adaptación a su cultura o manera de hablar, con el propósito de darles el mensaje:

1ª Cor.9:19-22: A pesar de ser libre de todos, me hice siervo de todos para ganar a más. (20) Para los judíos me hice judío, a fin de ganar a los judíos. Aunque yo mismo no estoy bajo la ley, para los que están bajo la ley me hice como bajo la ley, a fin de ganar a los que están bajo la ley. (21) A los que están sin la ley, me hice como si yo estuviera sin la ley (no estando yo sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo), a fin de ganar a los que no están bajo la ley. (22) Me hice débil para los débiles, a fin de ganar a los débiles. A todos he llegado a ser todo, para que de todos modos salve a algunos.

Jud.22-23: De algunos que vacilan tened misericordia; (23) a otros haced salvos, arrebatándolos del fuego; y a otros tenedles misericordia, pero con cautela, odiando hasta la ropa contaminada por su carne.

Obviamente debemos ejercer gran discernimiento, no haciéndonos jueces, sino estableciendo lo que es verdad e identificando el error:

1ª Jn.4:5-8: Ellos son del mundo; por eso, lo que hablan es del mundo, y el mundo los oye. (6) Nosotros somos de Dios, y el que conoce a Dios nos oye; y el que no es de Dios no nos oye. En esto conocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error. (7) Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Y todo aquel que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. (8) El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

Hay quienes me acusan de no mostrar amor. Pero, ¿qué es una verdadera prueba de amor? ¿No es avisar a otros de la ira del Dios todopoderoso? ¿Acaso es amor y bondad ver a una persona morir

Pero yo respondo que esto no es más absurdo que decir que sus pecados fueron imputados a Cristo y que El fue obligado a pagar la justicia muriendo por ellos antes de que fuesen cometidos. Y ¿Quién se atreverá a decir que Cristo no murió como un sustituto por los pecados de muchos creyentes antes de que ellos existieran?

3. Tercero, algunos se oponen diciendo que el decreto de la justificación es una cosa y la justificación misma es otra. Yo respondo que no hay duda alguna de que estas son dos cosas diferentes, y sin embargo, afirmo que en su esencia son una misma cosa. De la misma manera que el decreto de escoger a ciertas personas para vida eterna y salvación resulta inevitablemente en la salvación de estas personas en el tiempo. De igual modo, el propósito eterno de Dios de justificar a estas mismas personas resulta inevitablemente en su justificación en el tiempo. Al argumentar a favor del propósito eterno de la justificación, estamos simplemente afirmando que este propósito fue completo y perfecto en la mente de Dios desde el momento cuando El tomó la decisión de no imputarle el pecado a su pueblo y de imputarles la justicia de Cristo. Esta decisión fue tomada no en el tiempo, sino en la eternidad.

4. Cuarto, algunos argumentan que el propósito de la justificación no puede ser relacionada en ningún sentido con la eternidad, sino solo con el tiempo cuando la persona llega a arrepentirse y creer. Para resolver esta dificultad, es necesario entender que los elegidos de Dios deben ser considerados bajo dos distintas cabezas representativas, y relacionados con dos pactos distintos al mismo tiempo. Como ellos son descendientes de Adán, están relacionados con él como su representante en el pacto de obras. (En el pacto de obras, Adán fue obligado a obedecer la palabra de Dios para obtener la vida eterna.) Como tales, pecaron en él, cayeron en él, y a través de su pecado están sujetos a la condenación y son por naturaleza hijos de ira como los demás. Pero, cuando los consideramos en Cristo, tenemos que admitir que siempre fueron amados, con un amor eterno. Puesto que Dios los escogió desde antes de la fundación del mundo entonces, siempre

“Que con mansedumbre corrija á los que se oponen: si quizá Dios les dé (les conceda) que se arrepientan para conocer la verdad,” (2 Timoteo 2:25, RV).

“A éste, lo ha enaltecido Dios con su diestra como Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.” (Hechos 5:31, RVA).

“Al oír estas cosas, se calmaron y glorificaron a Dios diciendo: — ¡Así que también a los gentiles Dios ha dado arrepentimiento para vida!” (Hechos 11:18, RVA).

“Ahora me gozo, no porque hayáis sentido tristeza, sino porque fuisteis entristecidos hasta (para) el arrepentimiento; pues habéis sido entristecidos según Dios, ... Porque la tristeza que es según Dios genera arrepentimiento para salvación...” (2 Corintios 7:9-10, RVA).

“Ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió no le trajere; ...” (Juan 6:44, RV).

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios... De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios... El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que ha nacido del Espíritu.” (Juan 3:3,5,9 RVA)

Tercero, contestaré las objeciones levantadas contra esta doctrina.

1. Primero, se objeta que las personas no pueden ser apartadas para ser justificadas antes de existir, que ellas deben primero existir antes de ser justificadas. Esta objeción puede ser respondida diciendo que estamos hablando del propósito eterno de justificar y no simplemente de la justificación que ocurre en el tiempo. Estamos hablando de la justificación de aquellos que tenían una existencia representativa en Cristo en el plan y propósito eterno de Dios.

2. Segundo, se objeta que si los elegidos de Dios fueron apartados para ser justificados en el propósito eterno de Dios, entonces esto ocurrió antes de que hubiesen cometido pecado alguno.

A algunos les parece absurdo decir que fueron justificados de sus pecados antes de cometerlos.

en sus pecados y no advertirle de los horrores del lago de fuego? ¿Hizo mal Pablo en advertir a una iglesia por más de 3 años?

Hch.20:31-32: Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno. (32) "Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, a aquel que tiene poder para edificar y para dar herencia entre todos los santificados.

Y, ¿no he demostrado bondad?

Sal.141:5: Que el justo me castigue y me reprenda será un favor. Pero que el aceite del impío no embellezca mi cabeza, pues mi oración será continuamente contra sus maldades.

Lev.19:17: "No aborrecerás en tu corazón a tu hermano. Ciertamente amonestarás a tu prójimo, para que no cargues con pecado a causa de él.

Eze.33:7-9: "A ti, oh hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel. Oirás, pues, la palabra de mi boca y les advertirás de mi parte. (8) Si yo digo al impío: 'Impío, morirás irremisiblemente', y tú no hablas para advertir al impío de su camino, el impío morirá por su pecado; pero yo demandaré su sangre de tu mano. (9) Pero si tú adviertes al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se aparta de su camino, él morirá por su pecado; pero tú habrás librado tu vida.

Eze.33:13: Si digo al justo: 'Ciertamente vivirás', y confiando en su justicia él hace iniquidad, no será recordada ninguna de sus obras de justicia, sino que morirá por la iniquidad que hizo.

Hay solamente un Evangelio: el de la Gracia por medio de la fe, el don de Dios. Hay una sola cruz, la que salva. Cualquiera otra que deja a la gente en el infierno no es la cruz de Cristo. Por eso, la propiciación universal es una cruz falsa y un Cristo falso. Son otro evangelio. Cualquier evangelio que enseña que el Padre eligió a su pueblo porque sabía de antemano la decisión que tomarían, es otro

evangelio. Si Dios basó sus decisiones electivas en lo que sabía de antemano que los elegidos harían, entonces la salvación es por obras. No hay diferencia entre obras y albedrío si se cree que ambos no son causados por Dios.

A la luz de las Escrituras aquí presentadas, debemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Es el libre albedrío otro evangelio? Si la respuesta es negativa, entonces ¿por qué no lo creemos? Pero si nuestra respuesta es positiva, entonces ¿cómo justificamos el no avisar con urgencia a los hombres que afirman el libre albedrío aún después de haberles presentado la verdad de las Escrituras? ¿Es la regeneración bautismal otro evangelio? Si no, entonces ¿por qué no lo creemos? Pero si es cierto que es otro evangelio, entonces ¿por qué no advertimos del peligro a los miembros de la Iglesia de Cristo, a los Católicos Romanos, los de la Iglesia Pentecostal Unida (Jesús Solo), etc.? Y, ¿qué de la redención universal? ¿Deja la verdadera Cruz de Cristo a la gente en el infierno, aquellos cuya pena por el pecado ya fue pagada? Si es así, entonces ¿por qué no lo creemos también? Pero si ésta no es la verdadera cruz de Cristo, entonces tampoco éste es el verdadero Evangelio.

2ª Cor.11:4: Porque si alguien viene predicando a otro Jesús al cual no hemos predicado, o si recibís otro espíritu que no habéis recibido, u otro evangelio que no habéis aceptado, ¡qué bien lo toleráis!

Solamente hay una cruz y un Evangelio. Y este Evangelio es eficaz:

1ª Cor.1:18: Porque para los que se pierden, el mensaje de la cruz es locura; pero para nosotros que somos salvos, es poder de Dios.

¿Por qué son tan atractivos el evangelio, la cruz y el Jesús de la propiciación universal? Porque deja todo en las manos del hombre. Los hombres aman esta doctrina porque les permite tener parte en su redención.

en la diferencia entre el agua y el vaso. El vaso simplemente es el medio por el cual recibimos el agua de vida. La fe corresponde al vaso, es decir es el medio para beber del agua de vida. Pero es el agua lo que acaba con nuestra sed; el vaso en si mismo no sirve para nada. Muchas personas confían en su fe y no entienden que es el objeto de la fe lo que nos salva, y no la fe misma. La fe en sí misma no salva, sino más bien Cristo salva a través de la fe.

Es también importante señalar que la fe salvadora en Cristo es el don de Dios. Los siguientes textos enseñan que tanto la fe salvadora como el arrepentimiento son dones de Dios:

“Y los Gentiles oyendo esto, fueron gozosos, y glorificaban la palabra del Señor: y creyeron todos los que estaban ordenados (designados) para vida eterna.” (Hechos 13:48, RV).

“¿Qué pues es Pablo? ¿y qué es Apolos? Ministros por los cuales habéis creído; y eso según que á cada uno ha concedido el Señor.” (1 Corintios 3:5, RV).

“Porque á vosotros es concedido por Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él,” (Filipenses 1:29, RV).

“y decía: —Por esta razón os he dicho que nadie puede venir a mí, a menos que le haya sido concedido por el Padre (si no le fuere dado del Padre).” (Juan 6:65, RVA).

“Digo pues por la gracia que me es dada, á cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, conforme á la medida de la fe que Dios repartió á cada uno.” (Romanos 12:3, RV).

“Porque ¿quién te distingue? ¿ó qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no hubieras recibido?” (1 Corintios 4:7, RV).

“Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” (Filipenses 2:11-13, RV).

“Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: *No por obras, para que nadie se gloríe.*” (Efesios 2:8-9, RV).

“... fue de gran provecho a los que mediante (por) la gracia habían creído;” (Hch. 18:27, RVA).

“... y nadie puede llamar á Jesús Señor, sino por Espíritu Santo.” (1 Corintios 12:3, RV).

necesarias para que él tenga conocimiento y reciba el beneficio de este perdón y lo use en la corte, y también para que tenga paz y quietud en su mente.

Otro ejemplo es cuando un hombre es justificado en la corte y se le entrega una copia del expediente que le declara justo. ¿Quién diría que la copia de su expediente es su justificación? Más bien ¿No diríamos que fue la declaración del juez en la Corte, lo que le justificó? Así también, es la declaración de Dios lo que nos justifica en base a la justicia de Cristo, y es a través de la fe que recibimos el expediente y la noticia en nuestra experiencia personal. El decreto eterno de Dios de justificarnos es una cosa, y la recepción de la justificación en nuestra experiencia a través de la fe es otra cosa distinta, aunque las dos son necesarias para nuestra justificación.

Para que no haya duda en cuanto al significado de la fe justificadora, es importante señalar que esta fe en Cristo consiste de tres elementos básicos:

1) Creer en Cristo y toda la verdad revelada acerca de su persona y su obra, es decir creer toda la verdad revelada en el evangelio.

2) Confiar completamente en la obra de Cristo, es decir confiar en su vida perfecta (su justicia) y su muerte para ser justificado.

3) Entregarnos o someternos a la persona de Cristo como nuestro Señor. La fe salvadora es descrita en las siguientes formas: *Creer en Cristo, venir a Cristo, descansar en Cristo, aferrarse o adherirse a Cristo, confiar en Cristo, depender de Cristo, comer de Cristo, recibir a Cristo, echar mano de Cristo, someterse a Cristo, invocar a Cristo*. La fe es la mano vacía del mendigo extendida hacia Cristo. La fe acude a Cristo consciente de su pobreza, su necesidad e incapacidad, y recibe todo de El. La fe no añade nada a la obra de Cristo sino que confía en la suficiencia, la perfección y la plenitud de su obra salvadora.

Es importante señalar la diferencia entre confiar en Cristo y confiar en nuestra fe. Podemos entender esta diferencia fijándonos

¿Por qué son tan repulsivos el Evangelio, la Cruz y el Jesús de la propiciación particular y eficaz? Porque no deja lugar al poder y la gloria del hombre. Arrasa con el ídolo del libre albedrío. Asegura que hay ciertas personas que nunca entrarán al cielo porque esta propiciación no fue hecha por ellas. Aplasta la gloria y la habilidad del hombre.

Jer.17:5: Así ha dicho Jehová: "Maldito el hombre que confía en el hombre, que se apoya en lo humano y cuyo corazón se aparta de Jehová.

Gál.6:14: Pero lejos esté de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien el mundo me ha sido crucificado a mí y yo al mundo.

Gracias por su tiempo. Si aquí no he seguido con lo que he escrito en otros artículos previos a éste, por favor permíteme Pero si lo he hecho, entonces le apremio a que considere su posición. ¿Se encuentra en una situación comprometida como creyente en la Gracia? O, ¿está todavía confiando en la decisión de su libre albedrío o en el ritual del bautismo?

Sinceramente y para la gloria del Salvador Soberano,

Ward Fenley

Tarea lección 1 Sola Gracia

1. ¿Sobre qué base Dios justo puede declarar legalmente justo a un pecador?
2. ¿Qué sostenía Pelagio frente a la capacidad humana de vivir una vida santa?
3. ¿Cuál es el testimonio bíblico frente a esa afirmación?

4. ¿Por qué razón nos escoge Dios para darnos la adopción de hijos?
5. ¿Que significa ser salvos por gracia?
6. ¿Qué implicaciones tiene que Cristo viene a los perdidos?
7. ¿Por qué solo Dios puede justificar al impío?
8. ¿Cómo puede un Dios Justo, justificar a los culpables?
9. ¿Para qué nos salvó Dios?
10. ¿Cómo nacemos nosotros espiritualmente?
11. Si nacemos así, ¿cómo podemos reaccionar a un llamado de salvación?
12. ¿Qué coloca usted para salvarse?
13. ¿Por medio de qué viene la gracia?
14. ¿De dónde proviene la fe?
15. ¿Amamos primero a Dios y él previó nuestro amor y por eso nos salvó?
16. ¿Pensar que somos salvos porque Dios nos escogió, nos hace soberbios?
17. ¿En que radica que unos reciban el evangelio y otros lo rechacen?
18. ¿Por qué la salvación es por gracia solamente y en nada que tenga el hombre?
19. ¿Quién justifica al impío, su fe, sus obras?
20. ¿Alguien que dice que es bueno, necesita ser justificado?
21. ¿Sigue pecando el creyente una vez que tiene la salvación, por qué?
22. ¿Un creyente, por saber que ya es salvo y no puede perder la salvación puede entonces comportarse en desobediencia a la Biblia?
23. ¿Es el hombre el que va quitando de sí su pecado y su inclinación al mal?

Estimado estudiante, tenga en cuenta que su respuesta debe ser dada de acuerdo a los principios estudiados en el texto.

entonces ¿por qué no pudiera también apartar a todos sus elegidos para ser justificados en base a la misma obra futura de Cristo? Segundo, la fe a través de la cual somos justificados en el momento de creer, no es la causa de nuestra justificación sino solo el medio por el cual recibimos dicha justificación.

La frase que frecuentemente encontramos en las Escrituras es “*justificados por la fe*”. La fe es el medio para recibir la justificación. Es la gracia por la cual el alma echa mano y abraza o toma la justicia de Cristo para ser justificado ante Dios. Pero esta fe no añade nada a la esencia misma de la justificación. Dios no justifica a nadie a causa de su fe o en base a alguna fe vista de antemano en ellos. La fe no es la causa de nuestra justificación, sino solo el medio para recibirla en nuestra experiencia. Dios es el que justifica y lo hace en base a la obediencia y la sangre de Cristo.

Entonces la fe es la percepción, la comprensión, la evidencia y la recepción de nuestra justificación. La obediencia perfecta (es decir, la justicia) de Cristo que nos justifica es revelada “*por fe y para fe*” (Rom.1:17). Sin la fe no podemos conocer, ni recibir, ni tampoco disfrutar en nuestra conciencia o en nuestra experiencia la realidad de nuestra justificación. La fe es aquella gracia por la cual el alma iluminada por el Espíritu Santo mira a la justicia perfecta de Cristo (después de haber visto su propia culpa, contaminación y miseria) y es habilitada para renunciar a su propia justicia y descansar en la justicia de Cristo (Rom.10:3-4 y Fil.3:8-9). Por medio de la fe nos vestimos de la justicia de Cristo como con un manto de justificación, y nos regocijamos en su justicia y le glorificamos. Así pues en el tiempo, (es decir en nuestra experiencia) somos declarados justos “*en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios*” (1Cor.6:11).

Podemos entender la relación entre la fe y la justificación por medio de la siguiente ilustración: El perdón de un criminal es completo desde el momento en que esta declaración es firmada y sellada por el Rey. No es el hecho de entregarle al criminal una copia de la declaración, ni tampoco el hecho de recibir este documento, lo que es la base del perdón. Aunque ambas cosas son

Rom.4:8, “Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado”.

d. Cuarto, que Dios desde la eternidad determinó castigar el pecado, no en la persona de los elegidos sino en la persona de Cristo, el fiador de ellos. Este propósito de Dios de castigar el pecado no en su pueblo sino en su Hijo es claramente manifestado por el hecho de que Dios predestinó que Cristo fuese una propiciación por sus pecados. (Vea 1 Ped.1:20.) Este propósito fue dado a conocer al hombre inmediatamente después de la caída, aunque no inició en ese momento puesto que ningún propósito nuevo puede surgir en Dios. Dios no se propone hacer nada en el tiempo que no se haya propuesto desde la eternidad. Hechos 15:18 dice “*Conocidas son á Dios desde el siglo (eternidad) todas sus obras*”. Puesto que fue el eterno propósito de Dios el no castigar el pecado en su pueblo sino en su Hijo, entonces ellos fueron eternamente protegidos de la ira y la destrucción.

Si ellos fueron eternamente librados del castigo eterno, entonces ellos fueron eternamente apartados en el propósito y decreto de Dios para que fuesen justificados en el tiempo por la obra de Cristo. En otras palabras, la determinación de perdonar el pecado de su pueblo es simplemente la determinación (o decisión) de no castigarlo. Y esta determinación de no castigar el pecado de ellos es un acto inmanente de Dios desde la eternidad.

e. Quinto, que los creyentes bajo el Antiguo Testamento, fueron justificados por la misma justicia de Cristo que justifica a los creyentes del Nuevo Testamento. Y en el caso de los creyentes bajo el Antiguo Testamento, evidentemente fueron justificados antes de que el sacrificio de Cristo fuese ofrecido y su justicia obtenida. En otras palabras, antes de que Cristo hiciera el pago de su deuda, ellos fueron perdonados de sus pecados. La sangre de Cristo fue derramada para la remisión de pecados que fueron pasados (vea Rom.3:25-26). En Hebreos 9:15 dice que la muerte de Cristo fue “*para la remisión de las rebeliones que había bajo del primer testamento*”. Entonces, si Dios realmente justificó a algunos, habiendo aceptado la justicia y el sacrificio de Cristo tres o cuatro mil años antes de que Cristo consumara dicha obra;

Eso no significa que todas las respuestas están dadas directamente en el libro, pero sí que la mayoría se pueden inferir de él. De no estar la respuesta en el libro, de la suya, justificándola bíblicamente.

LECCIÓN II

SOLA FE (*Sola FIDE*)

POR GRACIA MEDIANTE LA FE

(Del libro *Solamente por Gracia*. Spurgeon)

Creo conveniente insistir en un punto especial, con el objeto de suplicar al lector observe en espíritu de adoración *el origen de la fuente* de nuestra salvación que es la gracia de Dios. «*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe*» (Efe.2:8). Los pecadores son convertidos, perdonados, purificados, salvos, todo porque Dios es lleno de gracia. No es porque pueda haber algo en ellos que les recomiende para ser salvos, sino que se salvan por el amor infinito, por la bondad, por la compasión, misericordia y gracia de Dios. Detente, pues, por un momento en el origen de la fuente. Contempla el río cristalino del agua de vida que brota del trono de Dios y del Cordero.

¡Qué profundidad de la gracia de Dios! ¿Quién sondeará su profundidad? Semejante a los demás atributos de Dios es infinita. Dios es lleno de amor, porque «*Dios es Amor*.» (1Juan 4:8). Bondad infinita y amor infinito forman parte de la esencia de la Divinidad. Por la razón de que «*para siempre es su misericordia*» (Salmo 107:1), no ha echado a la humanidad a la perdición. Y ya que no cesan sus compasiones, los pecadores son conducidos a sus pies y hallan perdón.

Acuérdate bien de esto, para que no caigas en el error fijándote demasiado en la fe que es el conducto de la salvación, podrías

olvidarte de la gracia que es la fuente y origen aun de la fe misma. La fe es obra de la gracia de Dios en nosotros. Nadie puede decir que Jesús es Cristo, el Ungido, sino por el Espíritu Santo. «*Ninguno puede venir a mí,*» dice Jesús, «*si el Padre que me envió, no le trajere*» (Juan 6:44). Así es que esa fe que acude a Cristo es resultado de la obra Divina. La gracia es la causa activa, primera y última de la salvación; y esencialmente necesaria, como es la fe, no es mas que parte indispensable del método que la gracia emplea. Somos salvos «*mediante la fe,*» pero la salvación es «*por gracia.*» Proclámense estas palabras, como con trompeta de arcángel: «*por gracia sois salvos.*» ¡Cuán buena nueva es esta para los indigios!

Se puede comparar la fe a un conducto. La gracia es la fuente y la corriente; la fe es el canal por el cual fluye el río de misericordia para refrescar a los hombres sedientos. Será una gran lástima cuando se haya roto el canal. Una vista muy triste ofrecen muchos canales costosos en los alrededores de Roma, que ya no conducen más el agua a la ciudad, porque los arcos están rotos y esas obras admirables están en ruinas. El canal debe mantenerse completo para conducir la corriente, y así la fe debe ser verdadera y sana dirigida en rectitud a Dios y bajando directamente a nosotros para que resulte un conducto útil de misericordia para nuestras almas.

Otra vez te recuerdo que la fe solo es el conducto o canal y no la fuente, y que no debemos fijarnos tanto en ella que la elevemos por encima de la fuente de toda bendición que es la gracia de Dios. No te construyas nunca un Cristo de tu fe, ni pienses en ella como si fuese la fuente indispensable de salvación. Hallamos la vida espiritual por una mirada de fe al Crucificado, no por una mirada a nuestra fe. Mediante la fe todas las cosas nos son posibles; sin embargo, el poder no está en la fe, sino en Dios, en quien la fe se derrama. La gracia es la locomotora y la fe es la cadena, mediante la cual el vehículo del alma se ata a la gran fuerza motriz. La justicia de la fe no es la excelencia moral de la fe, sino la justicia de Cristo Jesús que la fe acepta y se apropia. La paz del alma no se deriva de la contemplación de nuestra fe, sino nos viene de Aquel que «*es nuestra paz,*» del borde de cuyo vestido la fe toca, saliendo de él la virtud que inunda el alma.

c. Tercero, la decisión de justificarnos fue tomada entonces en el propósito divino cuando fuimos elegidos, no en nosotros mismos sino en nuestra Cabeza, es decir en Cristo, el representante legal de su pueblo. Este es el propósito que Pablo quiere destacar cuando él afirma en Romanos 8:30 que aquellos que fueron predestinados, fueron llamados, justificados y glorificados.

El apóstol se refiere a estas cosas como ya realizadas en el pasado cuando fuimos predestinados. Se dice que estas bendiciones decretadas en la eternidad ya fueron otorgadas, no porque tuvieran una existencia en sí mismas, sino porque Cristo (nuestro representante) se comprometió a realizar y otorgar todas estas bendiciones a los escogidos en el tiempo. Entonces, ocurrió una donación real de estas cosas a favor de nosotros. «*Para la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes de los tiempos de los siglos*» (Tito 1:2). En este texto vemos que la promesa de la vida eterna fue dada en el pacto de la redención, hecho antes de la eternidad. Si la promesa de vida fue dada en aquel entonces, también tuvo que incluirse la obra de justificación, sin la cual nadie podría tener vida. Dios prometió que dejaría ir libres a los pecadores elegidos, y que buscaría el pago de sus pecados y la satisfacción de su justicia en Cristo, y no de ellos.

Al buscar el pago de Cristo y no de ellos, en ese momento ellos fueron librados y descargados de la deuda. Esto lo podemos ver en el siguiente ejemplo: Tan pronto como alguien acepta la responsabilidad a pagar la deuda de otro, tan pronto como acepta ser el fiador, y el fiador es aceptado, entonces la persona es librada inmediatamente de su deuda. Los ojos del acreedor son puestos en el fiador y no sobre el deudor original. Cristo fue establecido como el mediador y fiador desde la eternidad, y su compromiso de pagar fue aceptado desde entonces por el Padre.

Esto significa que la decisión de no imputarles sus pecados a los hombres elegidos fue hecha en la eternidad. Y esta no imputación es una parte principal de la justificación, como Pablo lo dice en

descargados y justificados por Dios, y si ellos eran sus elegidos desde la eternidad o si fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, entonces en el propósito de Dios tuvieron que ser absueltos y justificados por Dios, a fin de que no pudieran ser acusados de nada.

Además de esto, la gracia electiva los puso en Cristo antes del comienzo del mundo: “*Nos escogió en El antes de la fundación del mundo*” (Ef.1:4). Y si la elección de gracia los puso en El, entonces deberían ser considerados en Cristo, o como personas justificadas o como no justificadas en El.

Yo pienso que se nos puede permitir argumentar a favor de un propósito eterno de justificar basado en una elección eterna, puesto que la obra de justificación es una parte de la eterna elección. Es el propósito eterno del Padre en el pacto que hizo con su Hijo que los elegidos fueran justos ante sus ojos en la justicia de su amado Hijo. Y este acto o propósito eterno incluye el apartamiento de los elegidos para hacerlos participantes únicos de la justicia de Cristo, y también el apartamiento de la justicia de Cristo solo para ellos. Entonces, yo pienso que podemos concluir que si hay una elección eterna de personas en Cristo, debe haber también una aceptación eterna y justificación decretada de ellos en El.

b. Segundo, que existía desde la eternidad un pacto de gracia y paz hecho entre el Padre y el Hijo con respecto a estas personas elegidas. (Este pacto a veces es llamado “pacto de redención”.) En este pacto, todas las bendiciones de gracia y promesas de vida procuradas y aseguradas por el mismo pacto fueron puestas en las manos de Cristo. Y aunque su pueblo no tenía una existencia real y personal, sin embargo, la tenían en forma representativa al estar en Cristo, y en El fueron benditos con toda bendición espiritual (Vea Ef.1:3).

Y si fueron benditos con todas las bendiciones espirituales, entonces esto tiene que incluir la obra de justificación, la cual es una parte no pequeña de aquella gracia que nos fue dada en Cristo Jesús “*antes de los tiempos de los siglos*” (2 Tim.1:9).

Aprende de esto, pues, querido amigo, que la flaqueza de tu fe no te echará a la perdición. Aun una mano temblorosa podrá recibir una dádiva de oro precioso. La salvación nos puede venir por una fe tan pequeña como un grano de mostaza. La potencia se encuentra en la gracia de Dios, no en nuestra fe. Importantísimos mensajes se mandan por alambres débiles, y el testimonio del Espíritu Santo que comunica paz, puede llegar al corazón mediante una fe tan pequeña que apenas merezca tal nombre. Piensa más en AQUEL que miras, que en la mirada. Es preciso quitar la vista de tu propia persona y de los alrededores para no ver a otro que «solo Jesús» y la gracia de Dios en él revelada.

¿QUE ES LA FE?

¿Qué es esa fe, de la cual se dice: «Por gracia sois salvos *mediante la fe*»? Existen muchas explicaciones de la fe; pero casi todas las que he visto, me han dejado más ignorante que antes de leerlas. Podemos explicar la fe hasta que nadie la entienda. Cierto predicador dijo al leer un capítulo de la Biblia que iba a *embrollarlo*, lo que probablemente hizo, si bien intentaba decir que iba a *explicarlo*. Espero que no me haga culpable del mismo error. La fe es la cosa más sencilla del mundo, y tal vez por esta misma sencillez sea más difícil la explicación.

¿Qué es *fe*? Podemos decir que la fe se compone de tres cosas: **conocimiento**, **creencia** y **confianza**. Primero, viene el *conocimiento*. ¿Cómo creerán a Aquel de quien no han oído? (Ro. 10:14). Necesito saber de un hecho antes de que me sea posible creerlo. *La fe es por el oír* (Ro. 10:17). Es preciso oír para saber lo que se ha de creer. «*En ti confiarán los que conocen tu nombre*» (Salmo 9:10). Algún conocimiento es esencial para la fe; de aquí la importancia de conseguir conocimiento. «*Inclinad vuestro oído, y venid a mi; oíd, y vivirá vuestra alma*» (Isa. 55:3), tal era la palabra del profeta antiguo, y tal es la palabra del evangelio todavía. Escudriña las Escrituras y aprende lo que el Espíritu santo enseña respecto a Cristo Jesús y su salvación. «*Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que el existe, y que es galardoador de los que le buscan*» (Heb. 11:6). ¡Que el Espíritu Santo te conceda espíritu de conocimiento y de temor del Señor!

Entérate del evangelio: de su buena nueva, de como habla del perdón gratuito, del cambio de corazón, de la adopción en la familia de Dios, y de bendiciones innumerables de otras clases. Entérate especialmente de Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador de los pecadores, unido con nosotros por la naturaleza humana, no obstante de ser Uno con Dios, siendo así idóneo para actuar como Mediador entre Dios y los hombres, capacitado para colocar su mano sobre ambos y ser el eslabón entre el pecador y el juez de toda la tierra. Procura conocer a Cristo Jesús más y más. Procura conocer de un modo especial la doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo, ya que el punto principal en la fe salvadora se fija principalmente en este: «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados*» (2 Cor. 5:19).

Procura saber que Jesús fue hecho por nosotros maldición, como está escrito: «*Maldito todo el que es colgado de un madero*» (Gál. 3:13). Aprópiate bien de la doctrina de la substitución de Cristo; porque en ella está el más bendito consuelo para los hijos de los hombres culpables, puesto que Dios «*le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*» (2Cor. 5:21). La fe comienza por el conocimiento.

De aquí pasa el alma a la *creencia* de que estas cosas son verdaderas. El alma cree que Dios existe y que oye el clamor de los corazones sinceros, que el evangelio procede de Dios, que la justificación por la fe es la gran verdad que Dios ha revelado en estos últimos tiempos con más claridad que antes. Luego, el corazón cree que Jesús en realidad de verdad es nuestro Dios y Salvador, el Redentor de los hombres, el Profeta, Sacerdote y Rey de su pueblo. Todo esto lo acepta el alma como verdad cierta y fuera de toda duda. Pido a Dios que llegues a esta fe en seguida. Afírmate bien en la creencia de que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado; que su sacrificio expiatorio fue perfecto y plenamente aceptado por Dios en lugar del hombre, ya que el que cree en Jesús, no es condenado. Cree en estas verdades, como crees en otras afirmaciones, porque la diferencia entre la fe común y la fe salvadora consiste principalmente en los objetos de la creencia. Cree en el testimonio de Dios, como crees

Tampoco quiero hacer inútil la fe para nuestra justificación en nuestras conciencias (es decir, en nuestra propia experiencia). Pero, al hablar de la decisión de justificar desde la eternidad, me refiero a más que el preconocimiento y presciencia de Dios, a quien “*conocidas son desde el siglo todas sus obras*” (Hechos 15:18). Me refiero a más que esto porque afirmo que la justificación es una sentencia concebida en la mente de Dios en su propósito eterno por el decreto de justificación, y que este acto de Dios, (cuyos actos son todos eternos) es la gran declaración original del propósito de justificación. Entonces, aquella sentencia pronunciada sobre Cristo como nuestro representante cuando El resucitó de los muertos, y aquella declaración pronunciada por el Espíritu de Dios en la conciencia de los creyentes al momento de creer, y también aquella sentencia que será pronunciada ante los hombres y los ángeles en el día del juicio son todas simplemente repeticiones o declaraciones *renovadas* de la misma declaración original hecha por Dios en la decisión eternal de justificar según su propósito eterno.

Yo entiendo que como el decreto eterno de la elección de personas para vida eterna es una elección eterna de ellas, así también el decreto o propósito de justificar a sus escogidos es la decisión eterna de justificarlos a ellos. La justificación es un acto de la gracia divina hacia nosotros, y es algo completamente externo a nosotros. Es algo que sucede en la mente divina cuando Dios nos constituye o nos considera como justos a través de la justicia de su Hijo y nuestra unión con El. Así pues, esta justificación decretada en la eternidad no requería la existencia real de la justicia de Cristo, ni de nosotros, sino solamente requería que ambas cosas existieran en el tiempo.

Para confirmar e ilustrar más esta verdad, consideraremos los siguientes puntos:

a. Primero, que hay una elección de personas para vida eterna y que los objetos de la justificación son los elegidos de Dios. “*¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica*” (Romanos 8:33). Ahora, si los elegidos de Dios no pueden ser inculcados de pecado sino que son absueltos,

3. Todos los elegidos de Dios fueron justificados en y con Cristo, su Cabeza representativa cuando El resucitó de los muertos, y por lo tanto, antes de que ellos creyeran. El Señor Jesucristo, habiéndose comprometido como el Fiador de su pueblo desde la eternidad, en el cumplimiento del tiempo dio satisfacción por sus pecados a través de sus sufrimientos y muerte. Todos los pecados de su pueblo fueron puestos sobre El, imputados a su cuenta y El se hizo responsable ante la justicia divina por ellos. Puesto que Cristo sufrió y murió, no como una persona privada sino pública, así también El resucitó como una persona pública y fue justificado como tal. Por lo tanto, cuando El fue justificado, todos aquellos por quienes hizo satisfacción fueron justificados en El. Este es el significado del texto que dice: *“El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación”* (Romanos 4:25). Cuando El fue justificado, los elegidos fueron justificados también con El puesto que El fue su representante. Y como podemos decir que Adán nos condenó a todos cuando él cayó, así también Cristo nos perfeccionó a todos y Dios nos justificó cuando El murió y resucitó. Y cuando la Escritura dice que cuando El ascendió al cielo, nosotros ascendimos con El (vea Ef.2:6), lo hace basándose en el mismo punto, es decir, en nuestra unión espiritual con El. Es obvio que esta unión con Cristo y todas sus consecuencias salvadoras tienen que existir previamente en la obra y el propósito divino, y aun antes de que recibamos en el tiempo todos sus beneficios.

4. Ahora iré un paso más adelante: trataré de probar que la decisión de justificar a todos los elegidos de Dios fue hecha desde la eternidad. Cuando digo que la decisión de justificar a los elegidos de Dios fue desde la eternidad, no creo que tenían una existencia personal y real desde la eternidad, aunque la tenían en Cristo como su representante. Tampoco creo que un pago real por sus pecados haya sido hecho entonces (en la eternidad) por Cristo, aunque El se comprometió a hacerlo. Tampoco afirmo que esta decisión eterna fue hecha de tal manera que pusiera de lado el pecado de Adán y la imputación de su culpa a sus escogidos, lo cual haría innecesario la justificación por Cristo en el tiempo.

en el testimonio de tu propio padre o de algún amigo. *«Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios»* (1Juan 5:9).

Hasta aquí has ido adelantando en el camino de la fe; solo falta una parte más para completarla, a saber la *confianza*. Entrégate confiado al Dios de misericordia; pon tu confianza en el evangelio de gracia; abandona tu alma confiadamente al Salvador muerto y resucitado por ti; contempla confiando la limpieza de tus pecados en la sangre expiatoria de Jesús; acepta cual tuya su Justicia Perfecta, y todo estará bien. La confianza es la esencia vital de la fe, sin ella no hay fe salvadora. Los puritanos solían explicar la fe usando la palabra «reclinación,» en el sentido de apoyarse reclinado sobre algo. Apóyate con todo tu peso sobre Cristo. Me expresaría más claramente, si dijera: Extiéndete, recuéstate sobre la Roca de los siglos. Abandónale en los brazos de Jesús, entrégate, descansa en él. Habiéndole hecho así, has puesto la fe en práctica. La fe no es cosa ciega, puesto que principia por el conocimiento. No es cosa de conjeturas, por cuanto la fe se funda en hechos ciertos. No es cosa de sueños, porque la fe encomienda su destino reposadamente a la verdad de la revelación Divina. Esto es un modo de explicar la fe. No se si solo he logrado embrollar el asunto.

Permítaseme otra prueba. *La fe es creer que Cristo es lo que se dice ser, que hará lo que ha prometido hacer y esperar que cumplirá lo prometido.* Las Escrituras hablan de Jesucristo como Dios, Dios manifestado en carne humana; como perfecto en su carácter, como sacrificio expiatorio por nuestros pecados, como quien lleva nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Las escrituras hablan de él como de quien ha acabado con la transgresión, concluido el pecado e introducido la justicia eterna. La Biblia nos dice, además, que resucitó de los muertos, que vive para siempre intercediendo por nosotros, que ha ascendido a la gloria, tomando posesión de ella en favor de su pueblo y que pronto volverá para *«juzgar al mundo con justicia y a los pueblos con rectitud»* (Salmo 98:9). Debemos creer firmemente que así es, ya que así lo hizo saber Dios el Padre, diciendo: *«Este es mi Hijo amado; a él oíd»* (Luc. 9:35). A este rinde testimonio también el

Espíritu Santo, porque él ha testificado de Cristo tanto por la palabra inspirada como por diversos milagros y su obra en los corazones de los hombres. Nos es preciso creer que es verdadero este testimonio.

La fe cree también que Cristo hará lo que ha prometido, él prometió no echar a nadie fuera, de los que acuden a él, es cierto que no nos echará a *nosotros* si acudimos a él. La fe cree que, habiendo dicho: «*El agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna*» (Juan 4:14), esto debe ser verdad, de modo que si nosotros recibimos de Cristo esta agua de vida, permanecerá en nosotros y saltará en nosotros como corrientes de una vida santa. Cualquier cosa que Cristo haya prometido hacer, la hará, y debemos creerlo, ya que de su mano esperamos el perdón, la justificación, la protección, y la gloria eterna, todo según lo prometido a los que creen en él.

Luego, viene el siguiente paso necesario. Jesús es lo que se dice ser, Jesús hará lo que ha prometido hacer, y por lo tanto debemos cada cual *confiar* en él, diciendo: «Será para mi, lo que ha dicho ser y lo que ha prometido hacer, y yo me entrego en las manos del que se ha encargado de la salvación para que me salve a mi. Descanso en su promesa confiando en que hará lo que ha dicho.» Tal es la fe salvadora, y quien la posee, tiene vida eterna. Cualquiera que fuesen los peligros y pruebas, tinieblas y temores, debilidades o pecados, el que así cree en Cristo Jesús no es condenado, ni vendrá jamás a condenación.

Deseo que te sirva para algo esta explicación. Confío en que el Espíritu de Dios lo usará para llevarte lector, a la paz inmediatamente. «*No temas; cree solamente*» Mar. 5:36). Confía y reposa en paz.

Pero temo que el lector quede contento con el simple conocimiento de lo que sea preciso hacer sin nunca hacerlo. Mejor es la fe más pobre actuando que el mejor conocimiento en las regiones de la fantasía. Lo principal es creer de verdad en Jesús, en este mismo momento. No te preocupes de distinciones y

de la obra de Cristo en la cruz: *Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliado con Dios por la muerte de su Hijo...* (Romanos 5:10)

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él... Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; (Romanos 6:6,8)... *Que si uno murió por todos, luego todos murieron;* (2 Corintios 5:14) *Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo á sí, no imputándole sus pecados...* (2 Corintios 5:19) *Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado.* (Romanos 4:8) Así es que la obra de justificación es la causa y la fe el efecto. Y puesto que cada causa es antes que su efecto, entonces el propósito divino de justificar tiene que ser antes que la fe.

2. La obra de Cristo que justifica a los creyentes es el objeto, y la fe es el acto por el cual miramos el objeto. Ahora, el objeto no depende del acto de mirar, sino que el acto es quien depende del objeto que mira. El hecho de mirar a un objeto no es lo que da existencia a dicho objeto, sino que el objeto tiene que existir previamente. La fe no es la causa de la justificación sino la evidencia de ella y al mismo tiempo, el medio divino para recibir dicha justificación. Pero la obra divina de justificarnos a través de Cristo tiene que existir previamente. La fe es la convicción de las cosas que no se ven, pero no es la convicción acerca de las cosas que no existen. Lo que el ojo es para el cuerpo, lo es la fe para el alma. Por ejemplo, el ojo percibe la existencia de objetos reales, pero no los produce. Si previamente no existen, el ojo no los puede ver. Vemos que el sol brilla con todo su resplandor, pero ¿Acaso no existía antes de que nosotros lo viéramos? Esta observación es válida en cuanto a miles de ejemplos. La fe es la mano que recibe la bendición de la justificación del Señor y el don de la justicia por la cual el alma es justificada ante El. (Romanos 5:20) Pero ¿no es cierto que esta bendición de justicia debería existir antes de que la fe pudiera recibirla? La justicia de Cristo que nos justifica es el objeto de la fe, y la fe la mira y concluye seguramente que “*ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza*” (Isa. 45:24).

Primero, trataré de demostrar que la obra de justificación y el propósito divino de justificarnos a través de la obra de Cristo es anterior al acto de creer.

Segundo, que la fe a través de la cual somos justificados en el momento de creer no es la causa de nuestra justificación sino solo el medio por el cual recibimos dicha justificación.

Tercero, contestaré las objeciones levantadas contra esta doctrina. Primero, trataré de demostrar que la obra de justificación y el propósito divino de justificarnos a través de la obra de Cristo es anterior al acto de creer.

Yo creo que esto puede ser concluido en forma razonable de las siguientes consideraciones:

1. La fe no es la causa, sino el fruto y efecto de la obra de Cristo. La razón por la cual somos justificados no es porque tenemos fe sino más bien, tenemos fe porque somos justificados en la obra de Cristo. Si no existiera tal bendición como la gracia de la justificación de vida provista para los hijos de los hombres, entonces tampoco existiría tal cosa como la fe en Cristo obrada en ellos, ni tampoco existiría ningún propósito para dicha fe. La razón por la cual algunos no creen es porque no son las ovejas de Cristo y no fueron incluidos en el pacto de gracia (Jn.10:26). Ellos nunca fueron escogidos por El, ni justificados por El, sino que son justamente dejados en sus pecados para ser condenados. La razón por la cual otros creen es debido a que han sido ordenados para vida eterna (Hech.13:48). Ellos tienen una justicia justificadora provista para ellos y son justificados por ella, por lo tanto nunca entrarán en condenación.

Aún cuando los escogidos eran inconversos, ellos fueron realmente en el propósito y la obra de Dios justificados y librados de la culpa de sus pecados por la muerte de Cristo. Y como consecuencia en su debido tiempo, Dios les concede el don de la fe para que ellos vean que han sido aceptados por la justicia de Cristo. Vea los siguientes textos que hablan de los creyentes como unidos con Cristo en su muerte en el pasado, es decir en el tiempo

definiciones. El hambriento come sin comprender la composición química de los alimentos, la anatomía de la boca y el proceso digestivo; vive porque come. Otro mucho más sabio comprende perfectamente la ciencia de la nutrición, pero si no come, morirá a pesar de su conocimiento. Sin duda, hay muchos en el infierno que comprendieron bien la doctrina de la fe pero que dejaron de creerla. Por otra parte, ni uno de los que confiaron en el Señor Jesús perecieron, aun cuando nunca supieron explicar bien su fe. Querido lector, recibe al Señor Jesús, cual único Salvador de tu alma, y vivirás eternamente. «*El que en él cree tiene vida eterna*» (Juan 3:36).

¿CÓMO SE PUEDE ACLARAR LA FE?

Para aclarar aún más el asunto de la fe daré aquí unos cuantos ejemplos. Aunque solo el Espíritu Santo puede dar vista al ciego tanto mi deber como placer es proporcionar al lector toda la luz que me sea posible, pidiendo al Señor que habrá los ojos de los ciegos. Que Dios haga que el lector pida lo mismo.

La fe tiene sus semejanzas en el cuerpo humano. Es el ojo que mira las cosas. Por el ojo introducimos en la mente los objetos lejanos. Por una mirada podemos en un momento introducir en la mente al sol y las estrellas lejanas. Así, por la fe o confianza podemos hacer que Jesús se nos acerque, y que aunque esté en el lejano cielo, entre en nuestro corazón. Tan solo mira a Jesús, porque contiene la pura Verdad el cántico que dice:

Vida hay por mirar a Jesús...

La mirada de fe al momento la vida te da.

La fe es la mano que toma. Cuando la mano toma y se apropia de algo, hace precisamente lo mismo que la fe al apropiarse de Cristo y las bendiciones de la redención. La fe dice: «Jesús es mío.» La fe oye hablar de la sangre mediante la cual hay perdón y exclama:

La recibo para perdón de mis culpas. La fe dice que son tuyas los legados de Jesús, y dice bien porque la fe es la heredera de Cristo habiéndose dado a sí mismo y todo lo que tiene a la fe. Aprópiate, amigo, lo que la gracia te ha legado. No resultarás hurtador, porque tienes permiso Divino: «*El que quiere, tome del agua gratuitamente*» (Ap. 22:17). El que puede conseguir un tesoro sencillamente por tomarlo con la mano, será loco si permanece pobre.

La fe es la *boca* que se alimenta de Cristo. Antes de que la comida nos alimente, es preciso tomarlo. Cosa tan sencilla es comer y beber. De buena gana tomamos en la boca el alimento permitiendo que baje en el cuerpo, donde se absorbe constituyéndose parte del mismo. Pablo en Romanos 10:8; dice: «*Cerca de ti está la palabra, en tu boca.*» Así es que lo que resta por hacer es permitir que baje al alma. ¡Ojala que la gente tuviera hambre espiritual! Pues, el hambriento que ve la comida delante de sí, no necesita aprender a comer. Dame un cuchillo, un tenedor y la oportunidad, dijo alguien. Para los demás estaba plenamente preparado. En verdad, un corazón hambriento y sediento de Cristo, solo necesita saber que esta invitado para recibirle en seguida. Si te hallas en esta condición, no vaciles en recibirle, puedes estar seguro de que nunca serás reprendido por hacerlo, porque «*a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*» (Juan 1:12) El no rechaza a nadie de todos cuantos a él acuden, sino les recibe y les autoriza a permanecer como hijos eternamente.

Las ocupaciones ordinarias de la vida ilustran también la fe de varios modos. El agricultor deposita su semilla en la tierra confiando en que no solo viva sino que se multiplique. Tiene fe en el arreglo del pacto de que la siembra y la cosecha no cesarán, y queda recompensada así su fe.

El comerciante entrega su dinero al cuidado de un banquero, confiando del todo en su honradez y en la solidez de su banco. Entrega su capital en manos de otro, y se siente más tranquilo que si guardara el oro en su propia casa.

obediencia de uno los muchos serán constituidos justos.” (Romanos 5:19)

5. En la misma forma que nuestros pecados llegaron a pertenecer a Cristo, su justicia llega a ser nuestra. No hay duda alguna de que nuestros pecados llegaron a pertenecer a Cristo por imputación. El Padre los puso sobre El por medio de imputárselos, y El los tomó sobre sí mismo voluntariamente. Nuestros pecados fueron puestos en su cuenta y El se consideró a sí mismo, como responsable ante la justicia por ellos. Ahora, en la misma forma, su justicia llega a ser nuestra: “*Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él.*” (2 Corintios 5:21)

V. Consideraré la fecha de la justificación, es decir, ¿cuándo fue tomada la decisión de justificarnos y cuando fue realizada la obra que nos justifica?

Para investigar la fecha de la justificación, hemos de decir que existen varias opiniones al respecto. Algunos han pensado que ésta no será completada sino hasta el día del juicio; otros, que comienza al momento de creer y no antes; otros dicen que ella tiene lugar en el momento de la resurrección de Cristo de entre los muertos cuando El fue justificado y junto con El todos los elegidos; otros creen que la fecha se remonta hasta el tiempo cuando Cristo fue primeramente prometido como nuestro Mediador, inmediatamente después de la caída; otros llevan la fecha hasta las transacciones hechas entre el Padre y el Hijo desde la eternidad, en el pacto de la redención.

No hay duda alguna de que se puede relacionar la justificación con cada una de estas fechas. La postura que yo sostengo es que la decisión de justificarnos fue tomada desde la eternidad en el pacto de la redención (o el pacto de gracia).

El método que usaré para presentar esta postura es como sigue:

nuestra, y nos declara justos en base a ella, como si nosotros mismos la hubiéramos realizado. Ahora, para mostrar que somos justificados por la justicia de Cristo imputada a nosotros, es necesario observar los siguientes puntos:

1. Que nosotros mismos somos personas impías, que son justificadas por Dios, *“porque Dios justifica a los impíos”* (Rom.4:5). Entonces, si somos justificados siendo impíos, somos justificados sin ninguna justicia propia. Así pues, si somos justificados, tiene que ser a través de una justicia imputada a nosotros o puesta en nuestra cuenta, la cual no puede ser ninguna otra, salvo la justicia de Cristo.

2. Que nosotros somos justificados o por una justicia inherente, interna y propia o por una justicia imputada a nosotros. No puede ser una justicia inherente porque esa justicia es imperfecta y ninguna justicia imperfecta nos puede justificar. También, la justicia por la cual somos justificados es una justicia externa a nosotros, es una justicia *“para (sobre) todos los que creen”* (Rom.3:22). Entonces, esta justicia tiene que ser, no inherente sino imputada.

3. La justicia por la cual somos justificados no es nuestra propia justicia sino la de otro, es a saber, la justicia de Cristo. Pablo dijo que quería ser *“hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Filipenses 3:9). La única manera en que la justicia de otro puede llegar a ser nuestra, es a través de la imputación de ella a nosotros, no hay otra forma de hacerlo.

4. De la misma manera en que el pecado de Adán llega a ser nuestro y somos constituidos pecadores por su trasgresión, así también la justicia de Cristo llega a ser nuestra y somos constituidos justos por ella. Es obvio que el pecado de Adán llega a ser nuestro por imputación, y así también la justicia de Cristo.

El apóstol dice: *“Porque como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así por la*

El marinero se encomienda al mar ondulante. Al nadar quita los pies del fondo y descansa en las olas del océano. No podría nadar, si no se abandonara del todo al elemento líquido.

El platero pone su oro precioso en el fuego que parece ávido de consumirlo, pero lo saca de nuevo, purificado por el calor del horno.

En cualquier esfera de la vida puedes ver la fe en operación entre hombre y hombre, o entre hombre y ley natural. Ahora bien, precisamente como en la vida diaria practicamos la confianza, así debemos hacerlo respecto a Dios, según se nos revela en Cristo Jesús.

La fe existe en diferentes personas según su medida de conocimiento o crecimiento en la gracia. A veces la fe no es más que un sencillo *apego* a Cristo; un sentimiento de dependencia y de voluntad de vivir dependiente. En la orilla del mar verás a ciertos moluscos pegados a las rocas. Camina suavemente roca arriba, pega al molusco con el bastón, y verás como queda suelto en seguida. Repítelo con otro molusco cercano. Este ha oído el golpe, ha quedado avisado, y se pega con toda su fuerza a la roca. No le soltarás, no. Pégale tanto como quieras. Más bien romperás el bastón a que se suelte el molusco. El pobre no sabe mucho, pero sabe pegarse a la roca. Sabe pegarse y tiene algo firme a que hacerlo; esto es todo su conocimiento y lo usa para su seguridad y salvación. Apegarse a la roca es la vida del molusco, y la vida del pecador es apegarse a Cristo. Miles de almas del pueblo de Dios no tienen más fe que esta; acogerse de todo corazón a Jesús, y esto basta para su paz actual y para su seguridad eterna. Jesús es para ellas un Salvador fuerte y poderoso, una roca inmóvil e inmutable; a ella se aferran vivamente y este apego les salva. Amigo, ¿no podrás tu apegarte a Cristo también? Hazlo ahora mismo.

La fe se manifiesta cuando una persona confía en otra con motivo del conocimiento de su superioridad. Esta fe es de más alta categoría: *fe que conoce y reconoce la razón de su dependencia*

actuando conforme a tal conocimiento. Poco conocerá el molusco de la roca; pero conforme vaya creciendo la fe resulta más inteligente. Un ciego se entrega a su guía, porque sabe que este tiene vista y confiando en él, anda por donde él le conduzca. Si el pobre nació ciego no tiene idea de lo que es la vista, pero sabe que existe tal cosa, y por lo tanto coloca su mano en la mano del guía dejándose llevar. (2Cor. 5:7). «*Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*» (Juan 20:29). Aquí «*Andamos por fe, no por vista*» tenemos tan buen ejemplo de la fe como puede haber: sabemos que Jesús posee la virtud, el poder y la bendición que no poseemos nosotros, y, por lo tanto, nos entregamos a él, para que sea para nosotros lo que no podemos ser para nosotros mismos. Nos entregamos a él confiados como el ciego al guía, seguros de que nunca abusará de nuestra confianza, ya que «*nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*» (1Cor. 1:30).

Todo niño que frecuenta la escuela ejerce fe al aprender del maestro. Este le enseña geografía, instruyéndole respecto a la forma de la tierra y la existencia de ciertos países y grandes ciudades. El niño no sabe que estas cosas son verdaderas, a menos que tenga fe en el maestro y en los libros que usa. Esto es lo que te toca hacer en orden a Cristo, si quieres ser salvo. Es preciso que lo sepas porque él te lo dice; que crees que es así, porque él te lo asegura; que te entregues a él, porque te promete que el resultado será la salvación presente y eterna. Casi todo lo que tu y yo sabemos nos ha venido por la fe. Se ha hecho un descubrimiento científico y estamos seguros de ello. ¿Por qué razón lo creemos? Por la autoridad de ciertos científicos muy conocidos, cuya reputación ha quedado establecida. Nunca hemos visto sus experimentos, pero creemos su testimonio. Es preciso que hagas lo propio en orden al Señor Jesús. Ya que él te enseña ciertas verdades, debes actuar como discípulo creyendo su palabra. Ya que él ha realizado cierta obra magna, debes actuar como recipiente encomendándote a su gracia. Él es tu superior en grado infinito recomendándose a tu confianza cual Maestro supremo y Señor de señores. Si le recibes a él y su palabra, de cierto serás salvo.

6. Sexto, es llamada “*el principal y el mejor vestido*” (Luc.15:22). Es un mejor vestido que aquel que Adán tenía en el Edén, o que los ángeles tienen en el cielo. Porque en ambos casos, tanto en Adán como los ángeles, ellos tenían la justicia de una criatura, mientras que ésta es la justicia de Dios. Además, la justicia de Adán era una justicia que se podía perder y que de hecho fue perdida en la caída. Y ahora, ninguna de la posteridad de Adán es justa en y de sí misma, “*ni siquiera uno*” (Rom.3:10-19). Y con respecto a la justicia de los ángeles, es obvio que era una justicia que ellos podían perder, puesto que muchos de ellos cayeron de su primer estado y perdieron su justicia. La única razón por la que algunos la conservaron, fue la gracia preservadora de Cristo. La justicia de Cristo permanece para siempre, y no puede perderse, ni jamás será perdida.

La justicia de Cristo es una en la cual la ley no puede encontrar ninguna falta. Esta justicia nos justifica “*de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados...*” (Hech.13:39). Nos protege de la ira y la condenación, silenciando todas las acusaciones, porque “*¿quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica*” (Rom.8:33). Esta justicia responderá por nosotros en el día del juicio y nos dará entrada al reino de la gloria de Dios. En aquel día, todos aquellos que no tienen una justicia mayor que aquella que tuvieron los escribas y los fariseos, no entrarán, y todos aquellos que están sin este vestido de bodas, serán echados a las tinieblas de afuera, donde será el llanto y el crujir de dientes.

IV. Consideraré algo respecto a la forma de la justificación, la cual es a través de la imputación de la justicia. “*Como también David dice ser bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras.*” (Romanos 4:6) Tanto la palabra hebrea como la griega que son usadas para expresar el acto de la imputación significan: Atribuir, acreditar, considerar como, reputar, estimar, o poner a la cuenta de otro. Como por ejemplo el apóstol Pablo dijo a Filemón respecto a Onésimo “*Y si en algo te dañó, ó te debe, ponlo á mi cuenta*” (Filemón 1:18). Es decir, “yo asumo la responsabilidad”. Entonces, cuando se dice que Dios imputa la justicia de Cristo a nosotros, esto significa que la considera como

la justicia de uno quien es la cabeza de toda su simiente o pueblo, tal como Adán fue la cabeza de la humanidad perdida (Por este principio representativo, Cristo es llamado el segundo Adán). Esta justicia puede ser llamada también la justicia de “muchos”, es decir de todos los creyentes, puesto que a ellos les es imputada y todos ellos tienen igualmente derecho a ella. Pero en cuanto a su autor, esta justicia es solo una, es decir, la de Cristo. Por lo tanto, no somos justificados parcialmente por nuestra justicia y parcialmente por la de Cristo, porque en tal caso seríamos justificados por la justicia de dos y no solamente por la de uno.

3. Tercero, es llamada “*la justicia de la ley*” (Rom.8:4). Porque aunque esta justicia no proviene de nuestra obediencia a la ley, sin embargo, proviene de la obediencia de Cristo a esta ley. Y aunque por las obras de la ley como realizadas por el hombre, ninguna carne será justificada; sin embargo, por las obras de la ley realizadas por Cristo, todos los elegidos son justificados. La justicia de Cristo puede ser llamada verdaderamente una justicia legal, porque cumple con lo que la ley demanda y exige, e incluye una conformidad completa a todos sus preceptos. Por medio de esta justicia, la ley es magnificada y engrandecida. Aunque la ley y los profetas testifican de ella, esta justicia se manifiesta solo en el evangelio, y es ministrada solo por el evangelio.

4. Cuarto, es llamada también “*la justicia de la fe*” (Rom.4:13). No que la fe sea nuestra justicia, ni completa, ni parcialmente. Ya hemos visto que la fe no es la causa de nuestra justificación, ni tampoco la fe nos es imputada en lugar de la justicia. La justicia de Cristo, es llamada la justicia de la fe, porque la fe es el medio para recibirla, y la fe es el medio para vestirnos de ella. La fe se regocija en esta justicia y se jacta solamente de ella.

5. Quinto, es llamada “*el don de la justicia*”, “*el don*” y “*el don de Dios por la gracia*” (Ro. 5:15-17). Es llamada así porque fue realizada gratuitamente por Cristo, y es imputada libremente por Dios el Padre, y la fe es dada libremente para echar mano de esta justicia y abrazarla.

Otra forma de fe superior es la que *nace del amor*. ¿Por qué confía el niño en su padre? La razón es que el niño ama a su padre. Bienaventurados y dichosos son los que tienen una fe infantil en Cristo, mezclada con profunda afección, porque esta fe y confianza proporciona verdadera tranquilidad y reposo al alma. Estos que aman a Jesús viven encantados de la hermosura y de sus atributos, se gozan grandemente en su misión y son transportados de alegría por su bondad y gracia manifiestas. Así es, que no pueden por menos de confiar en él, ya que tanto le admiran, reverencian y aman.

Esta confianza en el salvador se evidencia por ejemplo de la esposa de uno de los primeros médicos de este siglo. Aunque afligida de cierta grave enfermedad y postrada por su rigor, disfrutaba ella de calma y quietud admirables, porque su esposo ha hecho estudio especial de esa enfermedad y curado a miles de afligidos como ella. No se inquieta en lo más mínimo, porque se siente perfectamente salva en las manos de uno tan apreciado como el esposo, en quien la habilidad y amor se juntan en sumo grado. Su fe es natural y razonable y el esposo lo merece de su parte en todos los sentidos.

Esta clase de fe es la que el creyente más dichoso ejerce respecto a Cristo. No hay médico como él; nadie puede salvar y sanar como él. Le amamos y él nos ama a nosotros, y por consiguiente nos entregamos en sus manos, aceptamos lo que nos prescribe y hacemos lo que nos manda. Estamos seguros de que nada erróneo se nos manda mientras que él sea el Director de nuestros asuntos; porque nos ama demasiado para permitir que perezcamos o suframos la más mínima pena innecesaria.

La fe es la raíz de la obediencia, y esto puede verse con toda claridad en los asuntos de la vida. Cuando el capitán confía el buque al piloto para que lo lleve al puerto, este lo maneja según su conocimiento y voluntad. Cuando el viajero se confía al guía para que lo conduzca a través de algún lugar difícil, este sigue paso a paso el sendero que el guía le señale. Cuando el enfermo cree en el médico, sigue cuidadosamente sus prescripciones y direcciones. La fe que rehusa obedecer los mandamientos del Salvador no es

más que un pretexto y no salvará jamás al alma. Confiamos en Jesús para que nos salve, dándonos él las indicaciones necesarias respecto al camino de la salvación; seguimos estas indicaciones y somos salvos. No se olvide de esto el lector. Confíate a Jesús y dale pruebas de tu confianza haciendo lo que te diga.

Cierta forma notable de *fe nace del conocimiento verdadero*. Esto resulta del crecimiento en gracia; y es esta la fe que cree en Cristo, porque le conoce y confía en él, porque tiene la experiencia de que es infaliblemente fiel. Cierta señora cristiana solía poner P.P., en el margen de su Biblia siempre que hubiese puesto a prueba alguna promesa. ¡Cuán fácil es confiar en un Salvador puesto a prueba y hallado verdadero! No puedes hacer esto todavía, pero lo harás. Todo requiere un principio. A su tiempo será fuerte tu fe. Esta fe madura no pide señales y milagros sino cree fuertemente. Contempla al marino maestro. Muchas veces le he admirado. Suelta los cables, se aleja de tierra. Pasan días, semanas, acaso meses sin que vea tierra. No obstante, prosigue adelante noche y día sin temor, hasta que se halle una mañana precisamente al frente del deseado puerto, hacia el cual se ha dirigido. ¿Cómo ha podido hallar el camino a través del profundo mar sin rastro de huella? Pues ha confiado en su brújula, en su carta marina, en sus binoculares, en los cuerpos celestes; y obedeciendo sus indicaciones, sin ver tierra, ha dirigido su buque tan exactamente que ni un punto tenga que variar el curso para entrar en el puerto. Es cosa maravillosa, es admirable ese modo de navegar sin vista terrestre. Espiritualmente es cosa bendita dejar del todo fuera de vista y sentimentalismo las playas de la tierra, diciendo «Adiós» a los sentimientos interiores, acontecimientos providenciales animadores, señales y maravillas, etc. Es glorioso hallarse lejos en el océano del amor Divino muy adentro, creyendo en Dios y dirigiendo el curso directamente hacia el cielo por las direcciones de la carta marina, la Palabra de Dios. «Bienaventurados los que no han visto, y *sin embargo han creído*,» a éstos «será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor» y buena protección en el viaje. ¿No querrá el lector poner su confianza en Dios manifestado en Cristo Jesús? En él confío yo contento. Amigo, ven conmigo, y cree en nuestro Padre y nuestro Salvador. ¡Ven sin tardar!

contestaría, que Cristo asumió una naturaleza humana y se sujetó a la ley, no para sí mismo, sino para nosotros, no para su beneficio sino para el nuestro. “*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado*” (Isa.9:6). Y si Cristo nos es dado solamente en sus sufrimientos, pero no en su obediencia, entonces, no tendríamos un Cristo completo, sino solamente un Cristo sufriente, pero no obediente.

Además, debemos señalar que la obediencia activa de Cristo a la ley en lugar de nosotros, no nos exenta de nuestra obediencia personal a ella; tal como sus sufrimientos y muerte, tampoco nos exentan de la muerte física y del sufrimiento. Es cierto, que nosotros no sufrimos ni morimos en el sentido en que El lo hizo, es decir, para satisfacer la justicia y hacer propiciación por el pecado. Tampoco, rendimos obediencia a la ley para obtener vida eterna a través de ella. Es por la obediencia de Cristo a favor de nosotros, que somos exentos o libres de la obediencia a la ley en este sentido (es decir, en el sentido de obediencia para salvación). Pero no somos librados de la obediencia a la ley, como una norma de comportamiento por la cual podemos glorificar a Dios y expresarle nuestra gratitud, por sus abundantes misericordias.

Pudiéramos decir muchas cosas para recomendar esta gloriosa justicia de nuestro Mediador. La naturaleza y excelencia de esta justicia puede ser vista por los varios nombres y descripciones que encontramos de ella en las Escrituras:

1. Primero, es llamada “*la justicia de Dios*” (Rom.1:17 y 3:22). Es llamada así porque está contrastada con la justicia humana, sino también porque fue realizada por uno que es tanto Dios como hombre. También esta justicia es grandemente aprobada y gratuitamente aceptada por Dios, y también libremente imputada por El a todo su pueblo, quienes son justificados por ella ante Dios.

2. Segundo, es llamada “*la justicia de uno*” (Rom.5:18). Es decir, de una de las personas de la Trinidad. No es la justicia del Padre, ni del Espíritu, sino del Hijo, quien aunque participa de dos naturalezas (divina y humana), no obstante es una sola persona. Es

b. Porque necesitamos ser justificados por una justicia y esta justicia es la de Cristo. Ahora, la justicia, estrictamente hablando, consiste de una obediencia real, como lo dice Deuteronomio 6:25 “*Y tendremos justicia cuando cuidáremos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado*”. Entonces, si somos justificados por la justicia de Cristo imputada a nosotros, tiene que ser por su obediencia activa y no simplemente por sus sufrimientos y muerte. Porque éstos, aunque nos libran de la muerte, sin embargo, no nos hacen realmente justos.

c. Porque se dice expresamente que “*por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos*” (Rom.5:19). La obediencia en este texto se refiere no solo a los sufrimientos y la muerte de Cristo, sino también a su vida perfecta.

d. Porque la recompensa de vida ha sido prometida no al sufrimiento, sino al cumplimiento. La ley dice: “*haz esto y vivirás*”, y así promete vida, no a aquel que sufre su penalidad, sino a aquel que obedece sus preceptos. Nunca ha existido una ley entre los hombres que prometa una recompensa al criminal por sufrir el castigo de sus crímenes. Los sufrimientos y la muerte de Cristo eran para cumplir el aspecto condenatorio y penal de la ley; y nos son imputados para justificación a fin de que seamos librados de la maldición, del infierno y de la ira. Pero estos sufrimientos como no nos hacen justos, estrictamente hablando, no pueden darnos el derecho a la vida eterna.

Para esto nos hace falta que la obediencia activa y la justicia positiva de Cristo nos sean imputadas, esta es nuestra justificación de vida (Rom.5:18). Esto es lo que nos da el derecho a la vida eterna.

e. Porque la obediencia activa de Cristo fue realizada a favor de nosotros y en nuestro lugar, entonces, tiene que ser imputada a nosotros para justificación. Si alguien dijera que Cristo, como un hombre fue hecho de la mujer, hecho súbdito a la ley y estuvo obligado a obedecer la ley, para salvarse a sí mismo; yo

¿POR QUÉ NOS SALVAMOS POR LA FE?

¿Por qué se ha escogido la fe cual medio de salvación? Sin duda se hace con frecuencia esta pregunta. «*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe*» (Efe. 2:8), es sin contradicción una de las doctrinas de las Escrituras, plan y arreglo de Dios; ¿pero por qué es así? ¿Por qué se ha escogido la fe y no más bien la esperanza, el amor o la paciencia?

Nos conviene la modestia al contestar esta pregunta, porque los caminos de Dios no son siempre comprensibles, ni se nos permite ser presuntuosos, poniéndolos en duda. Quisiéramos responder humildemente que, en cuanto comprendamos nosotros, se ha elegido la fe cual medio de la gracia, porque en la fe *hay una capacidad natural propia* para servir de receptor. Supongamos que voy a dar una limosna a un pobre; la pongo en sus manos, ¿por qué? No sería lo mismo ponérsela en sus oídos, o en los pies; la mano parece haber sido hecha a propósito para recibir. Así en nuestra constitución mental, la fe se ha creado a propósito para recibir: *es la mano del alma que tiene la capacidad de recibir la gracia*.

Permítaseme decir esto con mucha claridad. La fe que recibe a Cristo es un hecho tan sencillo como cuando un niño recibe de ti una manzana, porque tú la das con tu mano prometiéndosela, si viene a tomarla. En este caso la fe y el recibir se refieren a una manzana; pero constituyen precisamente el mismo hecho que tratándose de la salvación eterna. Lo que es la mano del niño en orden a la manzana, esto es tu fe en orden a la salvación perfecta de Cristo. La mano del niño no hace la manzana, ni la mejora, ni la merece; solo la acepta. Y la fe se ha elegido por Dios para ser la receptora de la salvación, porque no pretende crear la salvación, ni ayudar a mejorarla, sino está contenta de recibirla humildemente. «La fe es la lengua que pide perdón, la mano que la recibe, el ojo que la ve, pero no es el precio que la compra.» La fe nunca hace para sí su propia defensa, sino descansa todo su argumento en la sangre de Cristo. Ella viene a ser la sirvienta que trae las riquezas del Señor Jesús al alma, pues reconoce de quien las recibió y confiesa que únicamente la gracia se las encargó.

Por otra parte se escogió sin duda la fe, porque *ella da toda la gloria a Dios*. La salvación es mediante la fe para que sea por gracia, y es por gracia para que nadie se gloríe, porque Dios no tolera el orgullo. «*Al altivo mira de lejos*» (Salmo 138:6), y no desea tenerlo más de cerca. De ningún modo concederá la salvación a nadie sobre un plan que incluya o fomente el orgullo. Pablo dice: «*No por obras para que nadie se gloríe*» (Efe. 2:9). Ahora bien, la fe excluye toda gloria. La mano que recibe la limosna no dice: «Debes darme gracias, porque he aceptado la limosna;» esto sería un gran absurdo. Cuando la mano lleva el pan a la boca, no dice al cuerpo: «Dame gracias, porque yo te alimento.» Cosa muy sencilla es la que hace la mano, sin embargo muy necesaria, y nunca se atribuye gloria alguna por lo que hace. Así es que Dios ha escogido la fe para recibir el don inefable de su gracia, por cuanto no puede atribuirse crédito alguno sino en cambio adorar al Dios de toda gracia que es Dispensador de toda dádiva perfecta. La fe pone la corona en la cabeza del Digno y por lo mismo Cristo quiso poner la corona sobre la cabeza de la fe, diciendo: «*Tu fe te ha salvado; vete en paz*» (Luc. 7:50).

Además, Dios escoge la fe como medio de salvación, porque *esto es un modo seguro de unir al hombre con Dios*. Cuando el hombre confía en Dios, resulta esta confianza un punto de contacto entre ellos que garantiza la bendición de parte del Señor. La fe no salva, porque nos hace acogernos a Dios y así nos une a él. Con frecuencia he usado el ejemplo siguiente que debo repetir por no tener otro mejor. Se dice que, hace años, un bote volcó sobre las cataratas del Niágara siendo llevados corriente abajo dos hombres, cuando los espectadores en la orilla llegaron a echarles una cuerda, a la cual los dos se acogieron. Uno de ellos permanecía agarrado a la cuerda y fue rescatado sano y salvo a tierra. Pero el otro viendo una viga grande flotando en el agua, dejó imprudentemente la cuerda y se acogió a la viga que le parecía una cosa más grande y mejor para aferrarse a ella. Pero, la corriente formidable lanzó la viga con el hombre al abismo, porque no había contacto entre la viga y la orilla. El tamaño respetable de la viga no hizo bien alguno al pobre que se tomó de ella; lo que faltaba era contacto con la tierra. Así cuando una persona confía en sus obras, en sacramentos u otra cosa de

por Dios (es decir, por imputación) sabiduría, y justificación, y santificación, y redención” (1Cor.1:30).

La palabra sabiduría pudiera significar todo el plan de la justificación, porque en El se manifiesta la sabiduría de Dios. Y las otras cosas pueden ser consideradas como las partes principales de esta justificación. Por ejemplo: la santificación pudiera significar la santidad de su naturaleza humana, la justicia pudiera significar su obediencia activa por la cual muchos son hechos justos y la redención pudiera expresar sus sufrimientos y muerte, por los cuales el pecado fue condenado en la carne. Y es así que toda la justicia de la ley fue cumplida en favor de nosotros.

Ahora daré en breve algunas razones por las cuales creo que la obediencia activa de Cristo, y no solo sus sufrimientos y muerte, nos son imputados para justificación:

a. Porque para nuestra justificación es necesario que se nos impute todo lo que la ley requiere. Ahora, es importante observar que antes de que el hombre pecara, la ley solamente le obligaba a obedecer. Pero después de la caída, queda sujeto tanto a la obediencia como a la pena de castigo.

A menos que los preceptos de la ley sean obedecidos perfectamente y todo su castigo aplicado, la ley no puede ser satisfecha, y a menos que sea satisfecha, nadie puede ser justificado ante ella. Por lo tanto, si Jesucristo se compromete como un fiador, para dar satisfacción a la ley, en lugar de su pueblo (como un sustituto), entonces debe obedecer tanto los preceptos de la ley, como sufrir la penalidad de ella. Si el hiciera solamente una parte, esto no sería suficiente. Por ejemplo: Si solo pagara la deuda de nuestro castigo, no nos libraría de la obligación de obedecer.

Cristo dio satisfacción y cumplimiento a ambas partes de la ley, tanto sus preceptos y mandamientos, como en sus demandas de castigo, y así magnificó e hizo honorable la ley. Por lo tanto, su obediencia activa y su obediencia pasiva deben sernos imputadas para nuestra justificación.

que los hombres creyeran en su justicia, pero ellas no eran ingredientes en aquella justicia en la cual deberían creer.

La justicia de Cristo se refiere a lo que comúnmente es llamado su obediencia “activa” y “pasiva”. Su “obediencia activa” significa la conformidad de su vida a los preceptos de la ley, y esta obediencia es, estrictamente hablando, aquella por la cual nosotros somos declarados como justos. Su “obediencia pasiva” se refiere a sus sufrimientos y muerte, y esta obediencia es expresada frecuentemente en la Escritura en la frase “su sangre”.

No debemos pensar que la frase “obediencia pasiva” quiere decir que Cristo no fuera “activo” en sus sufrimientos. Cristo fue activo en sus sufrimientos. Así es que la Escritura dice que El: “*puso su vida*” de sí mismo (Jn10:18), “*derramó su vida hasta la muerte*” (Isa.53:12) y “*se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios*” (Ef.5:2). Y “*por el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios*” (Heb.9:14). Entonces, la muerte y los sufrimiento de Cristo que son comúnmente llamados su obediencia pasiva, son también requisitos para nuestra justificación y nos son imputadas con ese fin. Así pues, la Escritura dice que “por su llaga fuimos nosotros curados” (Isa.53:5) y que “*somos justificados por su sangre*” (Rom.5:9-10) y también que somos “*reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*”.

Por otra parte, creo firmemente, que no solamente sus sufrimientos y muerte, sino también su obediencia activa, de igual manera como la santidad de su naturaleza humana, nos son imputadas para justificación. La ley exige una naturaleza santa, una obediencia perfecta, y en el caso de una desobediencia exige el castigo. A causa del pecado nuestra naturaleza ya no es santa, nuestra obediencia es imperfecta y por lo tanto somos sujetos al castigo.

Cristo ha asumido una naturaleza humana santa, y en ella realizó una obediencia perfecta ante la ley. Y también en esta condición sufrió la pena de la misma ley. Todo esto lo hizo, no para sí mismo, sino para nosotros, y todo esto nos es imputado para nuestra justificación. La Escritura dice que El nos “*ha sido hecho*

semejante naturaleza, no se salvará, porque no hay unión entre él y Cristo; pero la fe, aun cuando parezca cuerda delgada, está en las manos de Dios en la orilla; su poder infinito jala de la cuerda y así se rescata al hombre de la perdición. Gloriosa bienaventuranza es la fe, porque mediante la misma quedamos unidos a Dios.

Por otra parte, se ha escogido la fe, porque *ella toca los resortes de la acción*. Aun en las cosas ordinarias de la vida, cierta clase de fe esta a la raíz de todo. Pienso que acaso no me equivoco, si afirmo que nada hacemos sino mediante alguna clase de fe. Si atraveso mi habitación, es porque creo que me llevarán mis piernas. El hombre come, porque cree en la necesidad de alimentarse; acude a su negocio, porque cree que hay valor en el dinero; acepta una letra, porque cree que el banco lo protegerá. Colón descubrió América, porque creía que otro continente había al otro lado del océano; y los puritanos lo colonizaron, porque creían que Dios estaría con ellos en esas orillas de rocas. Las obras más grandes han nacido de la fe; para bien o para mal la fe obra maravillas mediante la persona en que existe. La fe en su forma natural es una fuerza vencedora que entra en toda clase de obra humana. Es probable que quien más se burle de la fe en Dios, es el que de ella más tiene de mala calidad; en verdad este es quien cae en una credulidad que diríamos ridícula, si no fuera tan desgraciada. Dios concede la salvación a la fe, porque creando la fe en nosotros, toca el resorte principal de nuestros sentimientos y acciones. Para decirlo así, se apodera de las baterías pudiendo así enviar la corriente sagrada a todas partes de nuestro ser. Al creer en Cristo, habiéndose acogido el corazón a Dios, somos salvos del pecado, siendo llevados al arrepentimiento, a la santidad, al celo santo, a la oración, a la consagración y toda otra forma de la Divina gracia. «Lo que es el aceite para las ruedas; lo que son las pesas para el reloj, las alas para el pájaro, las velas para el buque, esto es la fe para los deberes y servicios santos.» Ten fe, y todas las demás gracias serán el resultado y continuarán viniendo.

Además, la fe tiene *la virtud de actuar por el amor*; empuja las afecciones hacia Dios y el corazón hacia las cosas mejores, que agradan a Dios. El que cree en Dios, amará a Dios sin falta. La fe es cosa del entendimiento, no obstante procede también del

corazón. «*Con el corazón se cree para justicia*» (Ro. 10:10), y por tanto Dios concede la salvación a la fe, porque esta vive junto de las afecciones y es pariente cercano del amor, siendo el amor la madre y nodriza de todo acto y sentimiento santo. El amor a Dios equivale a obediencia, el amor a Dios es santidad. El amar a Dios y amar al prójimo es llegar a ser conforme a la imagen de Cristo, lo que significa salvación.

Por otra parte, *la fe produce paz y gozo*. Quien la tiene, descansa tranquilo y disfruta de contento y gozo, lo que es cierta preparación para el cielo. Dios concede todos los dones celestes a la fe, entre otras razones porque la fe actúa en nosotros la vida y el espíritu que serán eternamente manifiestas en el mundo mejor de la gloria. La fe nos procura la armadura para la vida presente y proporciona la educación para la venidera. Ella pone al hombre en condiciones tanto para vivir como para morir sin temor, le prepara tanto para el trabajo como para el sufrimiento. De aquí que el Señor la ha escogido como el medio más a propósito para comunicarnos la gracia y mediante la misma asegurarse de nosotros para la gloria.

Por cierto, la fe nos sirve mejor que cualquier otra cosa proporcionándonos paz y gozo y descanso espiritual. ¿Por qué procuran los hombres conseguir la salvación por otros medios? Dice un teólogo de los antiguos: «Un criado necio, a quien se manda a abrir una puerta, pone su hombro contra la misma empujándola con todas sus fuerzas, pero la puerta no cede, no se mueve, y no puede entrar por mucho que se esfuerza. Otro viene con una llave, abre la puerta y entra con toda facilidad. Los que procuran salvarse por sus obras están empujando las puertas del cielo sin resultado alguno; pero la fe es la llave que abre la puerta inmediatamente.» Querido amigo. ¿No quieres tu valerte de tal llave? El Señor te manda creer en su Hijo amado, ¿por lo mismo debes hacerlo, y haciéndolo así vivirás. ¿No es esta la promesa del evangelio: «*El que creyere y fuere bautizado, será salvo*»? (Mar. 16:16). ¿Que podrás tú discutir contra un plan de salvación que se recomienda perfecto tanto a la misericordia como a la sabiduría del Dios de gracia?

es la justicia que nos justifica. La fe no es la sangre ni la obediencia de Cristo, y estas son las cosas por las cuales somos justificados o declarados justos delante de Dios (vea Rom.5:9-10 y 5:19). Y no hay duda alguna que la Escritura dice que somos “*justificados por la fe*”, pero no por causa de ella, sino a través de ella. En una palabra, es Dios quien justifica, no la fe.

En otras palabras, no es la fe en sí lo que nos justifica ante Dios, sino el objeto de la fe. Entonces, puesto que el objeto de la fe es Cristo, su muerte, su justicia, su vida perfecta, entonces no es la fe misma lo que justifica, sino la obra en la cual la fe cree. Muchas personas confían en su fe, en vez de confiar en Cristo y Su justicia, la cual es el único objeto verdadero de la fe. Es en este punto que tenemos que distinguir entre la salvación a través de la fe y la salvación a causa de la fe. Multitudes de personas creen en la salvación a causa de la fe y no por medio de la fe. Tales personas terminan pensando que es su fe, el acto de creer, lo que les justifica, sin creer realmente en la justicia de Cristo como la base de su justificación.

5. La base de nuestra justificación es la justicia de nuestro Señor Jesucristo.

Esta justicia no es su justicia esencial como Dios, ni tampoco las acciones de justicia realizadas por El en el cielo como Jesucristo el justo; sino solamente aquella justicia que El realizó durante su estado de humillación aquí en la tierra. La justicia de Dios puede significar tres cosas.

Primero, puede significar la justicia de Dios mismo, segundo, puede significar la justicia que la ley de Dios requiere o tercero, puede significar la justicia que Dios ha provisto para la justificación de los pecadores. Es esta última justicia la que es predicada en el evangelio. La frase “*la justicia de Cristo*” se refiere a la vida perfecta que el vivió como el segundo Adán, la cabeza y representante de su pueblo.

Esta justicia no incluye todas las obras extraordinarias y los milagros hechos por El durante su ministerio terrenal; tales obras y milagros eran pruebas de su divinidad y señales que le identificaban como el Mesías. El a través de estas manifestaciones, se autenticó como el único mediador, pero no actuaba como un mediador al hacerlas. El hizo dichas señales para

justicia que nos pueda justificar. Puede haber muchos musulmanes sinceros, papistas sinceros, y hasta paganos sinceros, de igual manera como sinceros creyentes en Cristo. Un hombre puede ser un sincero perseguidor de la religión verdadera, tan fuertemente como otro puede ser un sincero profesante de ella. Nuestro Señor dijo a sus discípulos que el tiempo vendría, cuando algunos hombres pensarían que estaban sirviendo a Dios al darles muerte (Jn.16:2). Y es cierto que el apóstol Pablo antes de su conversión, *“pensaba que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret”* (Hech.26:9). Pero aún si consideramos la sinceridad en el mejor sentido, pertenece a la santificación y no a la justificación, y estas dos cosas no deben de ser confundidas. La obra de la santificación, no tiene ninguna parte en nuestra justificación.

4. El hecho de creer tampoco nos es imputado para justificación. Jacobo Arminio y sus seguidores modernos han afirmado este error, y han tratado de establecer esta idea basándose en Rom.4:5 y 9. Cuando Pablo dice que *“creyó Abraham a Dios y le fue atribuido a justicia”*, se refiere no a la fe o al hecho de creer, sino más bien al objeto de la fe (que es la justicia de Cristo). En el versículo 6 claramente dice que Dios nos atribuye justicia sin obras. Más adelante, en los versículos 22 al 24, dice que esta misma justicia les será imputada a todos aquellos que crean en Aquel que levantó de los muertos a Jesús. Además, hay que tomar en cuenta que el apóstol no dice que la fe le haya sido contada en lugar de la justicia, sino por justicia (la palabra griega es “eis” que quiere decir, con referencia, con respecto). Esto significa exactamente lo que Pablo dice en otro texto al afirmar que *“con el corazón se cree para justicia”* (Rom.10:10); es decir, que con el corazón el hombre cree en Cristo para recibir justicia, la cual justicia (y no la fe), le es imputada para su justificación. Además de esto, la fe y la justicia son claramente distinguidas en varios textos, por ejemplo:

En Romanos 1:17 se declara que *“la justicia de Dios, se revela por fe y para fe”* (RVA) y también en Rom.3:22 se dice que se ha manifestado *“la justicia de Dios, por la fe de Jesucristo, para todos los que creen en El”*. No es la fe, sino algo diferente lo que

¡HAY DE MÍ! NADA PUEDO HACER

Después de haber aceptado la doctrina de la reconciliación y comprendido la gran verdad de la salvación mediante la fe en el Señor Jesús, el corazón atribulado se inquieta muy a menudo por un sentimiento de incapacidad respecto a la práctica del bien. Muchos suspiran, diciendo: ¡Hay de mí; nada puedo hacer! Y no lo dicen en sentido de excusa, sino lo sienten como carga pesada diariamente. Harían el bien si pudieran. Cada uno de estos podría decir francamente: *«Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo»* (Ro. 7:18).

Esta experiencia parece hacer todo el evangelio nulo y sin efecto; pues ¿para qué sirve el alimento, si está fuera del alcance del hambriento? ¿Para qué sirve el río de agua viva, si el sediento no puede beber? Nos acordamos aquí de la anécdota del médico y del hijo de la madre pobre. El médico le dijo a la madre que su hijito pronto mejoraría bajo un tratamiento propio del caso, siendo absolutamente necesario que con toda regla tomara del mejor vino de Oporto y que pasara una temporada en los baños termales de Alemania. ¡Receta para el hijo de una madre pobre que apenas tenía pan para llevar a la boca! Así el evangelio no parece al alma ansiosa cosa tan sencilla al decir. «Cree, y vivirás,» porque pide al pobre pecador que haga lo que no puede hacer. Para el verdaderamente despierto, pero poco instruido, parece faltar un eslabón a la cadena. A lo lejos está el remedio, pero ¿cómo obtenerlo? El alma se siente sin fuerzas y no sabe que hacer. Está cerca, a la vista de la ciudad de refugio, pero no puede entrar por la puerta.

¿No se ha tenido en cuenta esta falta de fuerza en el plan de la salvación? ¡Claro que sí! La obra del Señor es perfecta. Esta empieza por donde nos hallamos, y nada nos pide para perfeccionarla. Cuando el buen samaritano vio al viajero herido tendido en el camino medio muerto, no le pidió que se levantara, viniera, montara su asno y se dirigiera a la posada. No, no. Se le acercó, vendó sus heridas y le puso sobre su cabalgadura y le condujo al mesón. Así nos trata Jesús en nuestro estado lamentable.

Hemos visto que es Dios el que justifica, que justifica a los impíos y que los justifica mediante la fe en la preciosa sangre de Jesús. Ahora vamos a ver la condición en la cual se hallan estos impíos al empezar Jesús a salvarlos. Muchas personas listas por ver su condición, no solamente se hallan atribuladas con motivo de sus pecados sino con motivo de su flaqueza moral. Carecen de fuerzas para escapar del lodo en que han caído y de cuidarse del mismo en el porvenir. No solo se lamentan por lo que han hecho, sino por lo que no pueden hacer. Se sienten sin fuerzas, sin recursos, sin vida espiritual. Parece extraño decir que se sienten muertos, y no obstante así. En su propia estimación son incapaces de todo bien. No pueden andar por el camino del cielo por tener las piernas rotas. Tanto se sienten sin fuerzas. Felizmente está escrito como recomendación del amor de Dios para con nosotros: *«Cristo, cuanto aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos»* (Ro. 5:6).

Aquí vemos la incapacidad consciente socorrida: socorrida por la intervención del Señor Jesús. Nuestra nulidad es completa. No está escrito: «Cuando aún éramos comparativamente débiles, Cristo murió por nosotros,» o «cuando solo teníamos un poco de fuerza,» sino la afirmación es absoluta, sin limitación, *«Cuando aún éramos débiles.»* Nos faltaba toda fuerza para ayudarnos en la obra de la salvación. Las palabras de nuestro Señor eran verdaderas, *«Sin mí nada podéis hacer»* (Juan 15:5). Podría ir más allá del texto y recordarte del gran amor con que el Señor nos amó, *«aun estando nosotros muertos en pecados.»* El hallarse muerto es aun peor que hallarse sin fuerzas.

El gran hecho en que el pobre pecador sin fuerzas debe fijar su mente y retener firmemente como único fundamento de esperanza, es la afirmación Divina que *«a su tiempo murió por los impíos.»* Cree en esto y toda incapacidad desaparecerá. Como dice la fábula del Rey Midas, quien todo transformaba en oro por su tacto, así se puede afirmar de verdad respecto a la fe que todo lo que toca vuelve bueno. Nuestras mismas faltas y flaquezas se vuelven bendiciones, cuando la fe entra en contacto con ellas.

embargo, siendo sincera será aceptada por Dios en lugar de una justicia perfecta.

Pero este esquema es completamente falso. La ley no ha sido rebajada y ninguna de sus severidades quitada. Su poder no ha sido disminuido y todavía tiene la misma facultad para exigir obediencia y condenar a aquellos que se encuentran bajo de ella, como siempre lo ha tenido. El evangelio no es una ley, sino más bien, una declaración pura de gracia y salvación por Cristo.

El evangelio tiene mandamientos y promesas, pero no hay nada parecido en él a una nueva ley. El arrepentimiento y la fe que son los medios para recibir la justificación son también las condiciones del evangelio, y además, son al mismo tiempo dones de Dios obrados en el corazón de los hombres por Su gracia. La verdad es que, es tan difícil para el hombre en su condición caída arrepentirse y creer al evangelio, como lo fue para los hombres del Antiguo Testamento someterse a la ley. En otras palabras, si el evangelio fuera una ley rebajada, resultaría tan imposible obedecerla en nuestra propia fuerza como nos es imposible obedecer los mandamientos.

Nuestra obediencia al evangelio no es la obediencia a una nueva ley, sino es el fruto de la obra de Dios en nosotros, pero no es la causa de nuestra justificación. Somos capacitados por Dios para arrepentirnos y creer; entonces sería absurdo decir que nuestra obediencia al evangelio es meritoria y que sea la base de nuestra justicia.

3. Tampoco es una “sincera” profesión de religión aún en los mejores hombres la base de nuestra justificación. Muchas personas tienen una forma de piedad y niegan el poder de ella. Tienen apariencia de vivir y no obstante, están muertos. Por fuera parecen ser hombres justos y sin embargo, por dentro están llenos de toda impureza. Muchos se someten a todas las ordenanzas de Cristo, se bautizan en su nombre, se sientan en su mesa, y asisten continuamente a la predicación de su palabra, y no obstante están muy lejos de la justicia. Si suponemos que fueran sinceros en todo esto, aún así, no por ello serían justificados de esta manera. La sinceridad en cualquier religión, aún la mejor religión, no es una

Cristo, y no por las obras de la ley. Porque por las obras de la ley nadie será justificado.” (Gálatas 2:16, RVA).

“Desde luego, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque el justo vivirá por la fe.” (Gálatas 3:11, RVA).

“No desecho la gracia de Dios; porque si la justicia fuese por medio de la ley, entonces por demás murió Cristo.” (Gálatas 2:21, RVA).

“Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley.” (Romanos 3:28, RV).

“Como también David dice ser bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras...” (Romanos 4:6, RV).

“Porque la promesa a Abraham y a su descendencia, de que sería heredero del mundo, no fue dada por medio de la ley, sino por medio de la justicia de la fe.” (Romanos 4:13, RVA).

“...y ser hallado en él; sin pretender una justicia mía, derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que proviene de Dios por la fe.” (Filipenses 3:9, RVA).

“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia á todo aquel que cree.” (Romanos 10:3-4, RV).

“De manera que la ley nuestro ayo (maestro) fué para llevarnos á Cristo, para que fuésemos justificados por la fe.” (Gálatas 3:24, RV).

“Séaos pues notorio, varones hermanos, que por éste os es anunciada remisión de pecados, Y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en éste es justificado todo aquel que creyere.” (Hechos 13:38-39, RV)

2. La obediencia del hombre al evangelio, como si este fuera una nueva ley menos severa, no es la justicia que le justifica ante Dios. Este esquema de salvación es sostenido por muchos y enseña lo siguiente: Que Jesucristo ha procurado un relajamiento de la antigua ley, y ha introducido una nueva, cuyos términos son mucho más suaves y moderados. Esta nueva ley es (supuestamente) el evangelio y sus términos son: arrepentimiento, fe y una nueva obediencia, la cual aunque es imperfecta, sin

Fijémonos en ciertas formas de esta falta de fuerza. Ahora, dirá alguien: «Me parece que no tengo fuerza para concentrar mis pensamientos en los asuntos solemnes en orden a mi salvación; casi no puedo hacer una breve oración. Acaso esto es así, en parte debido a mi flaqueza física, en parte por haberme dañado por algún vicio, en parte también por mis aflicciones de esta vida, de modo que me he incapacitado para los pensamientos elevados que se requieren para la salvación del alma.»

Tal es una forma de debilidad pecaminosa muy común. ¡Atención ahora! En este punto te hallas equivocado; y hay muchos como tú. Muchos que serían del todo incapaces de una serie de pensamientos consecutivos, por mucho que se esforzaran. Muchas personas pobres de ambos sexos carecen de educación, hallando un trabajo muy difícil y de presunción tener pensamientos profundos. Otras personas son por naturaleza tan superficiales que un argumento de raciocinio largo, les sería tan difícil como querer volar como un ave. No llegarían al conocimiento de ningún misterio profundo, aun cuando gastaran toda su vida en tal empresa. Por tanto, tú, no necesitas desesperarte, lo que se requiere para la salvación no es un proceso de pensamiento continuo, sino una sencilla confianza en Jesús. Únete a este hecho «Cristo, a su tiempo murió por los impíos» Esta verdad no requiere de tu parte examen profundo, raciocinio lógico, ni argumento convincente. Allí está, «Cristo, a su tiempo murió por los impíos.» Fija tu mente en ello y permanece allí.

Mira que este gran hecho glorioso de gracia permanezca en tu espíritu hasta que perfume todos tus pensamientos y te regocije el corazón, aunque te halles sin fuerzas, teniendo al mismo tiempo presente que el Señor Jesús ha venido a ser tu fortaleza y canción, sí, ha venido ha ser tu salvación. Según las Escrituras es un hecho divinamente revelado que a tiempo debido Cristo murió por los impíos siendo ellos aún débiles, sin fuerzas. Tal vez hayas oído estas palabras centenares de veces, pero sin haber comprendido nunca su significado. Son de sabor agradable ¿verdad? Jesús no murió por nuestra justicia sino por nuestros pecados. No vino a salvarnos porque merecíamos ser salvos, sino porque éramos enteramente indignos, arruinados, inútiles. No vino al mundo por

alguna buena razón que hubiera en nosotros, sino exclusivamente por las razones que hallaba en las profundidades de su amor divino. A su tiempo murió por los que él mismo afirma no eran piadosos sino impíos. Aun cuando tengas tan solo poca mentalidad, fíjalo en esta verdad tan apropiada a la menor capacidad mental, y que, no obstante, puede alegrar el corazón más apesadumbrado. Debe este texto ocupar tu mente cual grato recuerdo hasta encantar tu corazón y dar colorido a todos tus pensamientos, y entonces nada importara que estos estén tan diseminados como las hojas dispersas por el viento de otoño. Personas que nunca brillaron en las ciencias, ni dieron prueba alguna de originalidad mental, han sido muy capaces de aceptar la doctrina de la cruz y han sido salvadas por ella. ¿Por qué no tú?

Oigo a otro lamentarse «Mi falta de fuerza consiste principalmente en *no poderme arrepentir bastante.*» ¡Singular idea que algunos tienen de lo que es el arrepentimiento! Muchos imaginan que se debe derramar tanta lágrima, exhalar tanto suspiro, sufrir tanto desespero. ¿De donde nos viene idea tan errónea. La incredulidad y la desesperación son pecados, y por tanto no veo como pueden constituir parte de un arrepentimiento que pide Dios. Sin embargo, hay personas que les consideran parte de la verdadera experiencia cristiana. Pero en esto se equivocan grandemente. No obstante, comprendo lo que quieren decir, porque en los días en que estaba en tinieblas, yo sentía lo mismo. Deseaba arrepentirme pensando que no podía hacerlo, y lo cierto es que todo ese tiempo estaba arrepentido. Extraño como suena. Me dolía que no pudiera sentir. Solí meterme en algún rincón y llorar, porque no podía llorar, y sufría amargamente porque no podía sufrir a causa de mis pecados. ¡Cuánta confusión!, cuando en nuestro estado de incredulidad empezamos a jugar con nuestra condición espiritual, nos parecemos al ciego mirando a sus propios ojos. Se me derretía el corazón de temor, porque creía que mi corazón era duro como una piedra. Mi corazón estaba quebrantado al pensar que no se quebrantaba. Ahora comprendo que entonces estaba yo dando muestras de poseer precisamente las cosas que me creía no poseer; más no sabía donde me hallaba.

acabado la obra que me diste que hiciese. He manifestado tu nombre á los hombres que del mundo me diste: tuyos eran, y me los diste... Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son: ...que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también á mí me has amado. (Juan 17:2, 4, 6, 9, 23)

Todo lo que el Padre me da, vendrá á mí; y al que á mí viene, no le hecho fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió, del Padre: Que todo lo que me diere, no pierda de ello, sino que lo resucite en el día postrero. (Juan 6:37-39)

III. Mostraré cuál es la base de la justificación, y en base a qué son justificados algunos.

1. La obediencia del hombre a la ley de las obras no es la base de su justificación, puesto que su obediencia es imperfecta y por lo tanto no le puede justificar. Tal justificación sería por obras y no por gracia, lo cual es contrario a todo el sentido y la enseñanza de las Escrituras. Además, si por la ley es la justicia, entonces *“por demás murió Cristo”* (Gál.2:21). Entonces, su justicia sería innecesaria e inútil, lo cual deshonraría tanto la gracia como la sabiduría de Dios.

Los siguientes textos afirman que la justificación no es por las obras sino por la fe en Cristo:

“Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un solo punto, es hecho culpado de todos.” (Santiago 2:10, RV).

“Porque por las obras de la ley nadie será justificado delante de él; pues por medio de la ley viene el reconocimiento del pecado.” (Romanos 3:20, RVA).

“Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.” (Gálatas 3:10, RVA).

“Sabido que ningún hombre es justificado por las obras de la ley, sino por medio de la fe en Jesucristo, hemos creído nosotros también en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en

En seguida citaré algunos de los pasajes que hacen referencia a este pacto:

El secreto de Jehová es para los que le temen; Y á ellos hará conocer su pacto. (Salmo 25:14)

Esto pues digo: Que el pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que fué hecha cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. (Gálatas 3:17)

Y el Dios de paz que sacó de los muertos á nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, (Hebreos 13:20)

Conforme á la determinación eterna, que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor: (Efesios 3:11)

Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo: Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo. Descubriéndonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se había propuesto en sí mismo... En él digo, en quien asimismo tuvimos suerte, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad, (Efesios 1:3-4; 1:9-11)

Mas nosotros debemos dar siempre gracias á Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salud... (2 Tesalonicenses 2:13)

Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme á nuestras obras, mas según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, (2 Timoteo 1:9)

Para la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes de los tiempos de los siglos, (Tito 1:2)

Sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación: Ya ordenado [predestinado] desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postrimeros tiempos por amor de vosotros, (1 Pedro 1:19-20)

Y todos los que moran en la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, el cual fué muerto desde el principio del mundo. (Apocalipsis 13:8)

Como le has dado la potestad de toda carne, para que dé vida eterna á todos los que le diste. Yo te he glorificado en la tierra: he

¡Ojala que pudiera ayudar a otros a encontrar la luz que hoy disfruto! ¡Cuánto quisiera decir una palabra que abreviara el tiempo de trastorno en que te hallas! Desearía decir unas palabras sencillas, pidiendo al Consolador las aplicara a tu corazón.

Acuérdate de que el hombre verdaderamente arrepentido nunca queda satisfecho de su arrepentimiento. Tan poco como podemos vivir perfectamente, podemos arrepentirnos perfectamente. Por puras que sean nuestras lágrimas, siempre queda en ellas alguna suciedad; queda algo de que arrepentirnos de nuestro arrepentimiento mejor. Pero escucha. El arrepentirse significa cambiar de mente acerca del pecado, acerca de Cristo y acerca de todas las grandes cosas de Dios. En esto está incluido el dolor, pero el punto principal es volverse el corazón, del pecado a Cristo. Si existe en ti esta vuelta, posees la esencia del arrepentimiento, aun cuando el desespero y sobresalto no echan sombra alguna sobre tu mente.

Si no puedes arrepentirte como quisieras, hallarás auxilio en el caso, si crees firmemente que *«a su tiempo murió por los impíos.»* Piensa repetidas veces en esto. ¿Cómo podrás continuar con el corazón endurecido teniendo presente que el Cristo de amor supremo, murió por el impío? Permíteme convencerte a que pienses de ti como *«Impío como soy, aunque mi corazón de piedra no se ablande y en vano me pegue en el pecho, no obstante él murió por los que son como yo, ya que murió por los impíos. Quiera Dios que crea en esto y sienta yo su poder en mi corazón endurecido.»*

Borra todo otro pensamiento de tu mente y siéntate horas enteras meditando en esta sola manifestación excelsa de amor sin par, inmerecida e inesperada: *«Cristo murió por los impíos.»* Lee cuidadosamente la narración de la muerte del Señor, como consta en los cuatro evangelios. Si hay algo capaz de ablandar tu duro corazón, será la contemplación de los sufrimientos de Jesús, considerando que todo lo padeció para bien de sus enemigos.

*Crucificado en un madero,
Manso cordero, mueres por mí;
Por eso el alma triste llorosa
Suspira ansiosa, Señor, por ti.
Miro tu angustia ya terminada,
Hecha la ofrenda de la expiación,
Tu noble frente marchita, inclinada,
Y consumada mi redención.
¡Dulces momentos, ricos en dones
De paz y gracia, de vida y luz!
Sólo hay consuelos y bendiciones
Cerca de Cristo junto a la cruz.*

Ciertamente la cruz, es decir lo que simboliza, es el poder milagroso que hace brotar agua de la piedra. Si entiendes bien el significado del sacrificio divino de Jesús, te arrepentirás forzosamente de haberte opuesto alguna vez a un Salvador tan lleno de amor. Escrito está: «Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito» (Zac. 12:10). El arrepentimiento no te hará ver a Cristo, Pero el mirar a Cristo hará que te arrepientas. No debes hacerte un Cristo producto de tu arrepentimiento, pero debes mirar a Cristo para que de ello te resulte el arrepentimiento. El Espíritu Santo, volviéndose de cara a Cristo, nos hace volver la espalda al pecado. Por tanto, vuélvete del efecto a la causa, a saber de tu propio arrepentimiento al Señor Jesús quien fue «ensalzado para dar arrepentimiento.»

esto que se dice que los creyentes son “*justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios*” (1 Cor.6:11). Pero este testimonio del Espíritu no es en sí mismo la obra de justificación, sino más bien, una recepción de ella concedida por la fe. Entonces, estos son los papeles que el Padre, el Hijo y el Espíritu desempeñan en la justificación: El Padre la ha planeado, el Hijo la ha procurado y el Espíritu la aplica.

4. Es a través del pacto de la gracia que podemos entender mejor el papel específico de cada persona de la Trinidad en la justificación de pecadores. El pacto de la gracia (o de redención) es un “pacto” o “acuerdo” hecho entre las tres personas de la Trinidad antes de la fundación del mundo. En este pacto cada persona de la Trinidad desempeña un papel específico en el plan de la redención. Podemos resumir el papel de cada uno en la siguiente forma:

a) Dios el Padre escogió para salvación un número específico de personas, y les entregó al Hijo para que fuesen Su “pueblo”.

b) Dios el Hijo se comprometió a hacer todo lo necesario para salvar a ese pueblo que el Padre había escogido y entregado a El. Entonces, el Hijo se comprometió como el Mediador y Fiador del pacto. Este compromiso le obligaba a encarnarse y a venir a este mundo como el “siervo” del Padre, y como el segundo de Adán (es decir, como la cabeza y el representante del pueblo que el Padre le había dado). Bajo las condiciones de este pacto Cristo aceptó la obligación de vivir una vida perfecta (es decir, realizar una justicia perfecta), y expiar los pecados de los escogidos muriendo como un sustituto propiciatorio en lugar de ellos. Además, se comprometió a interceder por ellos y por fin llevarlos a la gloria.

c) Dios, el Espíritu Santo se comprometió a regenerar y a llamar eficazmente a los escogidos concediéndoles el don del arrepentimiento y de la fe. Además, el Espíritu Santo se comprometió a morar para siempre en los creyentes y asegurar su santificación y preservación en la fe.

personas Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen en la justificación de los elegidos.

1. Dios el Padre es el autor del plan y método de nuestra justificación; El “*estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados*” (2 Cor.5:19). La pregunta de ¿cómo puede el hombre ser justificado ante Dios? habría permanecido siempre en la mente de los hombres y los ángeles si Dios no hubiera encontrado en su sabiduría una redención mediante la cual libraría a su pueblo de descender al abismo. (Vea Job 9:2 y Job 33:24.) Esta redención consiste de la provisión de su propio Hijo a quien envió en el cumplimiento del tiempo para cumplir el plan que El había diseñado en su mente eterna. Esto lo hizo terminando con la trasgresión, poniendo fin al pecado, haciendo expiación por la iniquidad y trayendo de esta manera la justicia perdurable (Vea Daniel; 9:24). Esta justicia realizada por Cristo agradó mucho a Dios, porque a través de ella su ley fue magnificada y engrandecida (vea Isa.42:21). Puesto que Dios ha aceptado esta justicia realizada por Cristo, ahora la imputa (atribuye, acredita) a todo su pueblo, declarándoles justos en base a ella.

2. Dios el Hijo, como Dios, es el co-autor y causa eficiente con el Padre de la justificación. Puesto que El tiene poder igualmente con el Padre para perdonar el pecado, El también tiene que absolver, descargar y justificar al creyente. Como Mediador, El es la cabeza y representante en quien toda la simiente de Israel son justificados (vea Isa.45:25). Como tal, El ha realizado una justicia la cual corresponde a las demandas de la ley, justicia por la cual ellos son justificados. También es el autor y consumidor de aquella fe, la cual mira hacia esta justicia para justificación, confiando y aferrándose a ella.

3. Dios el Espíritu Santo convence a los hombres de su debilidad, imperfección y de la insuficiencia de su propia justicia para justificarles ante Dios. Después, pone delante de sus ojos la justicia de Cristo y obra fe en ellos para que echen mano de ella y la reciban. El persuade sus conciencias respecto a la sentencia justificatoria de Dios. En base a la justicia de Cristo, El da testimonio a sus espíritus de que son personas justificadas. Es por

He oído a otro decir. «Me atormentan pensamientos terribles. Donde quiera que me vaya, me asaltan blasfemias. Me acosan tentaciones malignas en medio del trabajo y aun sobre el lecho me despiertan inspiraciones del maligno. *No me puedo librar de esta tentación espantosa.*» Amigo, comprendo lo que quieres decir, porque el mismo lobo me ha perseguido a mí. Más fácil sería vencer a un ejército de moscas con un sable que dominar los pensamientos capitaneados por el demonio. El alma tentada, valerosa por las sugerencias satánicas, se parece al viajero, cuya cabeza, orejas y cuerpo entero fue atacado por un enjambre de abejas. No les pudo alejar de sí, ni pudo huir de ellas. Le picaron por todas partes, amenazando dejarle muerto. No me maravillo de oír que te hallas sin fuerzas para poner fin a esos pensamientos horribles y abominables, con los cuales el diablo inunda tu alma. No obstante quisiera recordarte del texto a la vista: «Cristo, *cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos*» (Ro. 5:6).

Jesús sabía en que estado nos hallábamos y en que estado debíamos estar; veía que no podíamos vencer al príncipe del poder del aire; sabía que nos molestaría terriblemente, pero precisamente entonces, viéndonos en esa condición, murió por los impíos. Echa el ancla de tu fe sobre este hecho. El mismo demonio no podrá decirte que tu no eres impío; cree, pues, que Cristo murió por ti. Acuérdate de como Martín Lutero, aplastó la cabeza de la serpiente con su propia espada. ¡Ah! Le dijo Satanás, «tú eres pecador.» «Cierto,» respondió Lutero, «Cristo murió para salvar a los pecadores.» Así le venció con su propia espada. Escóndete en este refugio y quédate en él; «Cristo, *a su tiempo, murió por los impíos.*» Si te refugias en esta verdad, los pensamientos blasfemos que tu no puedes ahuyentar a causa de tu flaqueza, se apartarán de tí por sí mismos; porque Satanás verá que no logra la suya atormentándote con ellas.

Si tú odias tales pensamientos, no son tuyos sino inspiraciones del diablo por los cuales él es responsable y no tú. Si tú luchas contra ellos, son tan poco tuyos como las blasfemias y mentiras de los alborotadores en la calle. Por medio de esos pensamientos el demonio intenta llevarte a la desesperación, o cuando menos

quiere impedir que confíes en Jesús. La pobre mujer enferma no pudo acercarse a Jesús por causa de la multitud, y tú estas en condición semejante a causa de la multitud de malos pensamientos que te oprimen. Sin embargo, ella extendió el dedo y tocó el vestido del Señor, y quedó sana. Haz tú lo mismo.

Jesús murió por los culpables «de toda clase de pecado y blasfemia;» y por lo mismo estoy seguro de que no rechazará a los que sin quererlo son acusados por los malos pensamientos. Arrójate confiado sobre él, pensamientos y todo, y verás como es poderoso para salvarte. Él pondrá fin a esas inspiraciones del maligno y te hará verlas en su verdadera luz, para que no te atormenten más. Te quiere y puede salvar a su manera, de modo que por fin disfrutes de perfecta paz. Solamente confía en él tanto respecto a esto como en orden a todo lo demás.

Desconcierto doloroso es la forma de incapacidad que consiste en la supuesta falta de poder para creer. No nos es extraña la queja que dice:

Con tal que creer pudiera,

Muy grato mi todo sería:

No puedo, si bien quisiera;

Es tal la miseria mía.

Muchos quedan a oscuras por años y por falta, como dicen, de poder hacer lo que en realidad no es hacer, sino el abandono de todo poder para entregarse al poder de otro, al Señor Jesús mismo. Es verdad que todo este asunto de creer es cosa muy singular, porque las personas que se esfuerzan en sentido de procurar creer, no hallan auxilio en la empresa. La fe no viene por tratar o procurar creer. Si alguien me relatara algo que ocurrió esta mañana, no le diría yo que procuraría creerlo. Si no le creyera persona confiable, no creería naturalmente; pero ningún caso habría lugar para tal cosa como procurar creer. Ahora bien,

justificación de nuestras personas y de nuestra fe delante de los hombres, y es debido a esto que esta segunda justificación está basada en nuestras obras.

Dios nos justifica por la fe sin obras. Pero los hombres no pueden ver la realidad de nuestra fe, a menos que puedan verla a través de nuestras obras. No hay ninguna contradicción entre Pablo y Santiago. Es importante notar que, Santiago se refiere a Abraham como justificado por sus obras, cuando éste ofreció a su hijo Isaac sobre el altar (Stg.2:21 y Gén.22:9 y 12). Muchos no se percatan de que esta segunda justificación tuvo lugar muchos años después de que Abraham había sido justificado por la fe.

Hay que guardar en mente, que la palabra justificar significa simplemente “declarar justo”. Entonces, es fácil ver cómo podemos ser justificados ante Dios por la fe en Cristo, y después justificados (declarados justos) delante de los hombres por nuestras obras. En este libro no estoy tratando con nuestra justificación ante los hombres, sino exclusivamente con la justificación delante de Dios, la cual es siempre por gracia sin obras. (Vea Rom.3:20, 24, 28; 4:1-16, 23-24; 5:1- 2, 15-21; 8:1, 33-34; Gál.2:16; 2:21; 3:11,etc.)

II. Investigaremos acerca del autor de esta justificación, es decir, ¿quién es el que justifica?

La respuesta de la Biblia a esta cuestión es “*Dios es el que justifica*” (Rom.8:34). Esto pudiera sorprendernos cuando consideramos que el gran Dios del cielo y la tierra es el Juez supremo de todo. También es importante considerar que Dios hará justicia, y que su ley es la norma por la cual el se rige en este asunto, y que esta ley ha sido quebrantada por el pecado del hombre. Además, es importante considerar que el pecado humano ha sido cometido esencialmente contra El, y es ofensivo a El y es aborrecido por El. El es un Dios Santo que no aceptará una justicia imperfecta en lugar de una perfecta. Este Dios tiene el poder para condenar a los hombres y más que suficientes razones para hacerlo. Al considerar estas cosas, resulta asombroso que este Dios pudiera justificar a los hombres. Para ilustrar más detalladamente este punto, intentaré mostrar el papel que las tres

3. La justificación no es una “infusión” de justicia en las personas. Justificar no significa hacer a los hombres santos y justos en su interior, produciendo algún cambio físico o real en ellos, porque esto confundiría la justificación con la santificación. La santificación es una obra de gracia dentro de nosotros, pero la justificación es un acto de gracia hacia nosotros. La santificación es una obra imperfecta y la justificación es una obra perfecta; la santificación es progresiva y realizada gradualmente, la justificación es completa y consumada de una vez para siempre. Además, la palabra justificación nunca es usada en la Escritura en un sentido físico, sino más bien en sentido forense (Es decir, en sentido “legal” o “judicial”). (Vea Deut.25:1; Prov.17:15; Isa.5:23; Ro. 5:16,18; 8:33-34). En la Escritura la justificación es contrastada no con un estado de impureza o falta de santidad, sino más bien con un estado de culpabilidad y condenación.

4. La justificación es un acto de la libre gracia de Dios, por el cual El descarga a su pueblo de su pecado y los libra de la condenación, declarándolos y considerándolos justos en base a la justicia de Cristo, la cual El ha aceptado y ha imputado a ellos. La justificación puede ser considerada en una de dos maneras: Como un acto eterno y soberano de parte de Dios o como un acto declarativo hecho en la conciencia del creyente en el momento de su salvación. También, esta justificación será dada a conocer tanto a los hombres como a los ángeles en el día del gran juicio.

Es importante señalar que las Escrituras hablan de la justificación del pueblo de Dios en dos sentidos: Su justificación delante de Dios y su justificación delante de los hombres. Cuando la Biblia trata de la justificación por la fe delante de Dios, siempre excluye las obras humanas y atribuye la justificación enteramente a la gracia de Dios. Pero cuando la Biblia se refiere a la justificación ante los ojos de los hombres, la atribuye a sus obras. Por ejemplo, cuando se trata de la justificación delante de Dios, el apóstol Pablo dice en Rom.4:1-8 que la justificación no está basada en los méritos humanos, sino en la gracia de Dios. En este pasaje se refiere a la justificación de Abraham en Génesis 15, cuando creyó al evangelio y le fue contado por justicia. Pero cuando Santiago se refiere a una justificación por obras (Stg.2:14-24), el tema es la

declarando Dios mismo que en Cristo Jesús hay salvación, forzosamente debo creerlo en seguida, o tratarle de mentiroso. Por cierto que no dudarás respecto a lo que sea el recto proceder en este caso. El testimonio de Dios debe ser verdadero, y siendo así nos hallamos bajo la obligación de creer sin demora.

Pero tal vez has procurado creer demasiado. No aspire a cosas exorbitantes. Conténtate con una fe que abarca esta sola verdad «Cristo, cuando aun éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.» El dio su vida por los hombres cuando aún no creían en él, ni eran capaces de creer en él. Murió por los hombres no como creyentes sino como pecadores. El vino para hacer a estos pecadores creyentes y santos; pero al morir por ellos les miraba como del todo sin fuerzas. Si te afirmas en la verdad de que Cristo murió por los impíos y lo crees, tú fe te salvará y podrás ir en paz. Si quieres confiar tu alma al Señor Jesús que murió por los impíos, eres salvo, aun cuando todavía no puedas creer en todas las cosas, ni mover las montañas, ni hacer otras cosas maravillosas. No es la gran fe que salva sino la verdadera fe; y la salvación no está en la fe, sino en el Cristo, en quien la fe confía. Una fe tan pequeña como un grano de mostaza basta para traernos la salvación. No es la medida de fe la que se toma en cuenta, sino la sinceridad de la fe. Ciertamente el hombre puede creer lo que sabe que es la verdad; y como sabes que Jesús es verdadero, tú amigo, puedes creer en él.

La cruz que es el objeto de la fe es también, por el poder del Espíritu Santo, la fuente de la misma. Siéntate y contempla en espíritu al Salvador moribundo hasta que brote la fe espontáneamente del corazón. No hay lugar mejor que el Calvario para producir la confianza. Quienes ponen su mirada en el significado de ese monte, les ha proporcionado vigor a su fe. Muchos que allí han contemplado al redentor, han dicho:

Mirándote herido, moribundo

En vil madero como delincuente,

La fe en ti, Señor, en lo profundo

Del corazón nacer se siente.

« ¡Ay de mí! » dice otro. «Mi falta de fuerza consiste en que no puedo abandonar el pecado y se bien que no puedo ir al cielo cargado de pecado.» Me alegro de que sepas esto, porque es la pura verdad. Es preciso divorciarse del pecado para casarse con Cristo. Recuerda la pregunta que penetró en la mente de Juan Bunyan ocupado en sus juegos en el día domingo: ¿Quieres guardar tus pecados e ir al infierno o abandonar tus pecados e ir al cielo? Esto le dejó confundido. Esta es una pregunta que todo hombre tendrá que contestar, porque continuar en el pecado e ir al cielo es imposible. Te es preciso abandonar el pecado o abandonar la esperanza.

Si contestas: «Si, la voluntad no me falta. Tengo el querer, más hacer lo que deseo, no lo alcanzo. El pecado me domina y no tengo fuerzas.» Ven, pues, si no tienes fuerzas, aún hay remedio en este texto. «Cristo, cuando aún éramos débiles, murió por los impíos.» ¿Puedes creer esto todavía? Por mucho que otras cosas, al parecer, lo contradigan, ¿quieres creerlo? Dios lo ha dicho; es un hecho, y por tanto, acógete al mismo por amor de tu alma, porque allí está tu única esperanza. Créelo y confía en Jesús, y pronto hallarás poder para aniquilar tu pecado; pero aparte de Cristo, el «hombre fuerte armado» te tratará para siempre como esclavo.» Personalmente nunca podría haber vencido sobre mi naturaleza pecaminosa. Procuraba, pero fracasé. Mis malas inclinaciones me eran demasiado numerosas, hasta que, creyendo que Cristo murió por mí, abandone mi alma culpable en sus brazos, y entonces recibí poder para vencer a mi propio yo pecaminoso. La doctrina de la cruz puede ser usada para combatir al pecado como los guerreros antiguos usaban las espadas formidables de dos mangos, diezmando al enemigo a cada golpe. Nada hay como la fe en el amigo de los pecadores, esta vence todo mal. Si Cristo ha muerto por mí, impío como soy, sin fuerza como me encuentro, subsecuentemente no puedo vivir más en el pecado, sino que debo crecer en amor y servicio del que me ha redimido. No puedo jugar con el mal que ha matado a mi mejor Amigo.

provee una justicia tal como la justificación lo hace. El perdón del pecado efectivamente quita nuestras vestiduras sucias, pero es la justificación la que nos provee nuevas vestiduras. (Vea Isa.38:17; Miq.7:19; Sal.103:12)

También, se requiere más para lograr nuestra justificación que para nuestro perdón. La sangre de Cristo fue suficiente para procurar el perdón, pero para obtener nuestra justificación, se requirió la santidad de su naturaleza, y la obediencia perfecta de su vida, imputadas en nuestro favor. Además, aunque el perdón nos libra del castigo, sin embargo, hablando estrictamente no nos da el derecho a la vida eterna; es la justificación lo que nos da ese derecho y esta es una de las razones por las cuales el apóstol la llama una “*justificación de vida*” (Vea Rom.5:18).

Si un Rey perdona a aun criminal, esto no significa que le esté concediendo el derecho a su corona y a su trono. Si él quisiera, después de haberlo perdonado llevarlo a su corte y hacerlo su hijo y su heredero, entonces tendría que hacerlo por otro acto distinto del favor real. Por lo tanto, el perdón y la justificación deben ser considerados como dos cosas distintas.

2. La justificación no es simplemente la enseñanza o el instruir a los hombres en el camino y el método de cómo son o cómo pudieran ser justificados. Cuando la Escritura dice que “*con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos*” (Isa.53:11), esto no significa que Cristo por su puro conocimiento justifique o salve a los hombres. Es decir, la justificación no consiste simplemente de enseñar a los hombres cómo ser justificados, explicando el camino o método divino para justificar a los pecadores. Porque esto es lo que los ministros del evangelio hacen cuando predicán el evangelio, en donde se revela la justicia de Dios “*por fe y para fe*” (Rom.1:17 RVA). Entonces, el significado de Isa.53:11 es el siguiente: Que Cristo daría a muchos el conocimiento espiritual de sí mismo, en otras palabras, les daría la fe salvadora en El. Es a través de este conocimiento salvador y la fe en él, que son conducidos a aprender personalmente su justificación, a través de Su justicia.

VIII. Finalmente, daré algunas propiedades generales acerca de esta justificación.

I. Explicaré el acto de la justificación mostrando lo que es y lo que no es.

1. Estrictamente hablando, la justificación no es simplemente el perdón del pecado. Estos dos actos de la gracia divina están estrechamente relacionados y no deben ser separados. Es decir, donde se encuentra el perdón, allí también estará la justificación. Sin embargo, creo que puede distinguirse entre ambas. Admito que hay un gran acuerdo y semejanza entre la justificación y el perdón. Concuerdan en su eficacia y en su causa, en sus objetos, en su comienzo y en su consumación.

El mismo Dios que perdona los pecados de su pueblo, los justifica y los declara justos. La misma gracia que le movió a justificarlos, también le movió a perdonarlos. Así como la sangre de Cristo fue derramada para la remisión de pecados, igualmente por ella somos justificados.

Todos aquellos que son justificados son perdonados y todos los que son perdonados, también son justificados. Y ambas cosas ocurren en el mismo momento. Ambos actos son consumados de una sola vez para siempre, no son actos realizados en forma gradual y progresiva como lo es la santificación.

Pero esto no significa que son una sola y la misma cosa; porque aunque están de acuerdo en algunas cosas, en otras difieren. La justificación pronuncia a la persona como justa ante la ley tal como si nunca hubiera pecado, pero no es así con el perdón. Por ejemplo, es una cosa para un hombre ser juzgado y condenado por la ley y luego recibir el perdón del Rey. Pero es otra cosa ser juzgados por la ley y ser encontrados y declarados justos ante ella, como si la persona nunca hubiera pecado. Aún más, aunque el perdón quita el pecado, y por lo tanto es expresado como Dios echando el pecado detrás de su espalda y arrojándolo al fondo del mar, quitándolo de su pueblo y poniéndolo tan lejos como está el oriente del occidente; sin embargo, este perdón en sí, no nos

Debo ser santo por amor a él mismo. ¿Cómo puedo yo vivir en el pecado siendo así que él ha muerto para salvarme del pecado?

Mira cuán glorioso remedio esto es para ti que carece de fuerzas, el saber y creer que a su tiempo Cristo murió por los impíos como tú. ¿Lo has comprendido ahora? Es tan difícil para muchas mentes oscuras, pervertidas e incrédulas ver la esencia del evangelio. A veces he pensado al acabar la predicación que tan claramente he declarado el evangelio que los más torpes lo debieran haber comprendido; sin embargo, he notado que aún los oyentes no han comprendido lo que es: «*Mirad a mí y sed salvos*» (Isa. 45:22). Los convertidos dicen generalmente que hasta tal o cual día no han comprendido el evangelio. Y esto a pesar de haberlo oído, no por falta de explicación, sino por falta de revelación personal. El Espíritu Santo está dispuesto a concederla a los que se lo pidan. Pero, aún después de concedida, la suma total de lo revelado está contenida en las palabras: «*Cristo murió por los impíos.*»

Oigo a otro quejarse como sigue: -¡Ay, ay! *Mi flaqueza consiste en no poder permanecer firme.* El domingo oigo la palabra y me impresiona; pero durante la semana doy con un mal compañero y desaparecen mis buenas intenciones. Mis compañeros de trabajo no creen en nada y dicen tantas barbaridades. Yo no se como contestarles, y así quedo derrotado. Te comprendo; pero al mismo tiempo, si eres sincero, te diré que hay remedio para tu flaqueza en la gracia Divina. El Espíritu Santo, tiene poder para echar fuera al espíritu de temor. Él puede hacer valiente al cobarde.

Acuérdate, amigo, que no debes quedar en ese estado. No conviene de ningún modo que seas falso para contigo mismo. Aquí no se trata simplemente de un asunto espiritual, sino de resolución común. Muchas cosas haría para agradar a mis amigos, pero ir al infierno para darles gusto, eso si que no lo haría. Bueno es hacer algunas cosas para guardar la amistad, pero muy mal se paga mantener la amistad con el mundo, a costa de la amistad con Dios. «Eso lo se,» dices, pero a pesar de saberlo me falta ánimo. Desplegar la bandera, a eso no me atrevo. Me falta fuerza para vivir firme. Ahora bien, te traigo el mismo texto: «*Cristo, aún cuando éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.*»

Si el apóstol Pedro estuviera aquí, nos diría, «El Señor Jesús murió por mí, aún cuando era yo tan débil que por las palabras de una criada empiece a mentir y jurar que no conocía al Señor.» Sí; Jesús murió por aquellos débiles que le abandonaron huyendo. Afírmate en esta verdad, «Cristo, cuando aún éramos débiles, murió por los impíos.» Graba esto bien en tu alma «Cristo murió por mí,» y pronto tú estarás listo a morir por Él. Creé que el sufrió en tu lugar, ofreciendo por ti un sacrificio expiatorio, pleno, verdadero y satisfactorio. Si crees este hecho, tendrás forzosamente que sentir. No me puedo avergonzar del que murió por mí, La convicción plena de esta verdad, te infundirá valor irresistible.

Acuérdate de los santos de la época de los mártires. En los tiempos primitivos del cristianismo, cuando este pensamiento del gran amor de Cristo, brillaba con fulgor infinito en la iglesia, no solo estaban listos a morir los cristianos, sino deseaban sufrir presentándose espontáneamente a centenares ante los tribunales de los gobernantes perseguidores confesando a Cristo. No digo que sea prudencia invitar así la muerte cruel, pero el caso prueba que un sentimiento del amor de Cristo eleva al hombre sobre todo temor del daño que el hombre sea capaz de hacer al creyente. ¿Por qué no hará tal sentimiento lo mismo en ti? ¡Ojala que te inspire ahora la determinación valiente de colocarte al lado del Señor y ser su fiel seguidor hasta el fin!

¡Que el Espíritu Santo nos ayude a llegar a este punto por la fe en el Señor Jesús, y todo será para bien nuestro y para su gloria!

AUMENTO DE FE

¿Cómo conseguir que se nos aumente la fe? Esta es una pregunta sería para muchos. Dicen que desean creer, pero que no pueden. Se proponen muchos absurdos en este asunto. Seamos prácticos en el caso.

hombre, muchos fueron constituidos pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos.” (Romanos 5:17-19) Así es que encontramos la respuesta a la gran interrogante: “¿Y cómo se ha de justificar un hombre ante Dios?” (Job 9:2) Es nuestro deseo y oración a Dios que este pequeño libro sea de ayuda para muchos a fin de que entiendan mejor la gran doctrina de la justificación por la fe.
Los Editores

La Justificación

Hechos 13:39 “Y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en éste es justificado todo aquel que creyere.” Este versículo y el anterior contienen aquellas dos grandes doctrinas del evangelio que son el perdón del pecado y la justificación. En este sermón consideraremos la justificación en la siguiente manera:

- I. Explicaré el acto de la justificación mostrando lo que es, y lo que no es.
- II. Investigaremos acerca del autor de esta justificación, es decir, quién es él que justifica.
- III. Mostraré cuál es la base de la justificación, y en base a qué son justificados algunos.
- IV. Consideraré algo respecto a la forma de la justificación, la cual es a través de la imputación de la justicia.
- V. Consideraré la fecha de la justificación, es decir, cuándo fue tomado la decisión de justificarnos, y cuando fue realizada la obra que nos justifica.
- VI. Señalaré quienes son aquellos que son justificados.
- VII. Mencionaré varios efectos que provienen de la justificación y que están íntimamente relacionados con ella.

aceptó nuestra calificación (es decir nuestra vida imperfecta y todos nuestros pecados) y sufrió las consecuencias recibiendo el castigo que nosotros merecíamos, como nuestro sustituto en la cruz. Esta es la gran transacción a través de la cual los creyentes son justificados ante Dios. El apóstol Pablo resumió esta doctrina en 2 Cor.5:21 diciendo: *“Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él.”*

La justificación es un acto “legal” (o “judicial”) de parte de Dios por el cual los pecadores que creen en Cristo son “declarados justos”, es decir, “libres de culpa” ante la ley divina. Ellos son tratados por Dios como si nunca hubieran pecado y considerados como si hubieran guardado todo los mandamientos de ley divina. Esta justificación consiste de dos partes: La parte “negativa” de la justificación consiste de la imputación de nuestros pecados a la cuenta de Cristo. Es en base a este punto que nuestros pecados son perdonados. Puesto que éstos fueron acreditados a Cristo, El pagó la deuda y sufrió en su cuerpo y alma el castigo que merecíamos. Cristo sufrió *“el justo por los injustos”*, fue *“entregado por nuestros delitos”*; *“herido por nuestras rebeliones”* y Jehová cargó en él, el pecado de todos los creyentes. (Vea 1 Pedro 3:18; Ro. 4:25 y Isaías 53.) Es en base a esta obra de Cristo que Dios no inculpará ni castigará a los creyentes por sus pecados. Puesto que Cristo ya pagó la deuda, Dios no puede exigir doble pago, puesto que tal cosa iría en contra de su propia justicia. Es por esto que la Escritura dice: *“Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor jamás le tomará en cuenta su pecado.”* (Romanos 4:7-8) El lado “positivo” de la justificación consiste de la imputación de la justicia de Cristo (su vida perfecta) a la cuenta de los creyentes. En base a su vida perfecta acreditada a nosotros, somos “declarados justos” ante Dios, y tratados como si hubiéramos cumplido perfectamente con las exigencias de Su santa ley. Es por esto que la Escritura dice: *“...bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras,”* (Romanos 4:6, RV) y *“cuánto más reinarán en vida los que reciben la abundancia de su gracia y la dádiva de la justicia mediante aquel uno, Jesucristo Porque como por la desobediencia de un solo*

Se necesita tanto sentido común aquí como en otros asuntos de la vida. ¿Qué debo hacer para creer? Alguien preguntó a una persona cual era la mejor manera de hacer cierta cosa, y se le contestó que la mejor manera de hacerla, era hacerla, sin demora. Discutir modos y métodos, cuando se trata de un acto sencillo, es malgastar el tiempo. Tratándose de creer, el modo más breve es creer en seguida.

Si el Espíritu Santo te ha hecho dócil y sincero, crearás tan pronto como la verdad se te presente. Y la crearás, porque es la verdad. El mandamiento evangélico dice: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hech. 16:31) Es inútil evadirse de esto preguntando y reflexionando. El mandato es claro, y debes obedecerlo.

Pero si en realidad te molesta alguna duda, llévala en oración a Dios. Di al gran Padre Dios precisamente lo que te perturba y pídele que por el Espíritu Santo se te resuelva el problema. Si no puedo creer las afirmaciones de un libro me es grato preguntar al autor como él entiende lo dicho, y si es hombre digno de crédito, me dejará satisfecha su explicación divina de los puntos difíciles de las Escrituras al corazón del verdadero buscador de la verdad. El Señor desea hacerse conocer a los que le buscan. Acude a él para conocer la verdad. Acude sin demora a la oración y ruega, «Oh Espíritu Santo, guíame a toda la verdad. Lo que no comprenda, enséñame lo tú.»

Por otra parte, si la fe parece difícil, es fácil que Dios el Espíritu Santo te haga capaz de creer, si oyes con mucha frecuencia lo que se te manda creer. Creemos muchas cosas, porque las hemos oído tantas veces; ¿No has notado en la vida diaria que si oyes una cosa cincuenta veces al día, por fin acabas de creerla? Por este proceso muchos han llegado a creer cosas fantásticas, y por tanto no me extraño, si el buen Espíritu bendice este método de oír la verdad con frecuencia, usándola para producir la fe respecto a lo que se debe creer. Esta escrito «La fe viene por el oír,» por tanto oye con frecuencia. Si con sinceridad y atentamente continuo oyendo el evangelio, uno de estos días me hallaré creyendo lo que oigo, mediante la bendita operación del Espíritu de Dios en mi mente. Solamente

ten cuidado de oír el evangelio y no lo que esté calculado a despertar dudas en tu mente, ya sea por discursos o lecturas.

Pero si esto te parece un consejo pobre, añadirá a continuación; toma en cuenta el testimonio de otros. Los samaritanos creyeron a causa del testimonio de lo que la mujer les había dicho acerca de Jesús. Muchas de nuestras creencias nacen del testimonio de otros. Yo creo que existe un país llamado Japón. Nunca lo he visto, y, sin embargo, creo que hay tal país, porque otros lo han visto. Creo que moriré, nunca he muerto, pero machismos de mis conocidos han muerto, y por lo tanto, estoy convencido de que yo moriré también. El testimonio de muchos me ha convencido del hecho. Escucha, por tanto, a los que te comentan cómo fueron salvos, cómo recibieron el perdón, cómo se transformó su carácter. Si prestas atención, notarás que alguien precisamente como tú ha sido salvo. Si has sido ladrón, hallarás que otro ladrón lavó sus culpas en la preciosa sangre de Cristo. Si por desgracia has sido desvergonzado, hallarás que personas caídas como tú han sido levantadas, limpiadas y transformadas. Si te hallas en condición desesperada y te mueves un poco en el círculo del pueblo de Dios, pronto descubrirás que algunos de los santos, se han visto tan desesperados como tú, y hallaron verdadero placer en contarte como el Señor les libró. Conforme vas escuchando uno tras otro de los que han puesto a prueba la Palabra de Dios, hallándola verdadera, el Espíritu Divino te conducirá a la fe.

¿No has oído hablar del africano, al cual dijo el misionero que en su país el agua se volvía a veces tan dura que el hombre podía andar encima de la misma? Muchas cosas podía creer el africano pero esa, nunca. Cuando el negro vino una vez a Inglaterra, pudo ver un río helado, pero no se atrevía a meter el pie en el hielo. Sabía que el río era profundo, y temía ahogarse, si procuraba andar sobre el hielo. No se le pudo convencer que lo intentara, hasta que viera a su amigo y a otros muchos atravesar el río andando sobre el hielo. Entonces quedó convencido y anduvo confiado, donde otros le habían adelantado. Así puede ser que tú, viendo a otros creer en el Cordero de Dios y notando como disfrutaban de paz y gozo, seas conducido agradablemente a creer. La experiencia de otros es el camino de Dios por donde nos

aquellos que sostienen que la salvación es por nuestras obras. Para creer en la justificación por obras, es necesario sostener que Dios tiene una norma de justicia inferior a la perfección y que Dios aceptará a las personas que no han cumplido con todas las demandas de su santa ley. Las personas que creen en la salvación por obras están convencidas de que solamente aquellos pecadores que obtienen una calificación muy pobre (por ejemplo un 2 o 3) serán castigados por Dios y que todos los demás serán aceptados por El, a pesar de sus imperfecciones. Estas personas están convencidas de que al fin y al cabo Dios no exigirá que ninguno obtenga un 10.

La verdad es que Dios no aceptará menos que la santidad y la perfección. Su santa ley exige que obtengamos un 10 y nos condena al infierno si no lo logramos. Gálatas 3:10 afirma las exigencias de la ley diciendo: *“Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.”* Y la epístola de Santiago dice: *“Porque cualquiera que guarda toda la ley pero ofende en un solo punto se ha hecho culpable de todo.”* (Santiago 2:10)

Es debido a Su justicia y santidad que Dios no puede aceptar a los hombres en base a sus propias obras. Este es el problema que dio lugar a la necesidad de ser justificados en base a la obra y justicia de otro, es decir, de Cristo. El Señor Jesucristo es el único que obtuvo una calificación perfecta. Su vida perfecta fue realizada en lugar de los creyentes y es imputada (acreditada) por la fe a la cuenta de ellos. La justicia de Cristo (es decir, su vida perfecta) cumplió total y completamente con todas los mandamientos y las exigencias de la santa ley de Dios. Cristo cumplió en sus palabras, en sus deseos y sus hechos con cada detalle de la santidad y la justicia divina, y así proporcionó para los creyentes una justicia (una calificación perfecta) que les justifica ante Dios.

Romanos 2 declara que *“no los oidores de la ley son justos para con Dios, mas los hacedores de la ley serán justificados.”* (Romanos 2:13) Todos los creyentes son considerados y tratados por Dios como si hubieran cumplido con toda la ley, puesto que Jesucristo la cumplió en su lugar y en El son justificados. Cristo

APÉNDICE B

La Justificación Por La Fe

Juan Gill

*Iglesia Bautista de la Gracia*AR

INDEPENDIENTE Y PARTICULAR

Calle Alamos No.351

Colonia Ampliación Vicente Villada

CD. Netzahualcóyotl, Estado de México

CP 57710

Teléfono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...

Introducción

Hoy en día la gran mayoría de las personas religiosas creen en la justificación por obras.

Estas personas creen que Dios no exige la perfección de sus criaturas y que aceptará menos que la perfección de los hombres. En otras palabras, no creen que Dios exige que seamos santos.

La base de este concepto de salvación por obras es la idea de que uno puede ser suficientemente bueno para “merecer” o “ganar” la vida eterna. Esta idea está basada en un concepto erróneo de Dios, es decir, un concepto de Dios como no tan santo ni justo como para exigir de nosotros la perfección. Este concepto erróneo enseña que a Dios no le importa “mucho” si los hombres no son perfectos.

Cada persona que confía en su propia justicia (es decir, en sus propias obras) para ser justificada ante Dios, sabe que no es perfecta ni libre de culpa ante la ley divina. Entonces para ser justificada por sus obras, tiene que afirmar que Dios aceptará menos que la perfección. Tiene que creer en un “dios” a quien no le importa si uno alcanza o no la perfección. En otras palabras, tiene que creer que Dios es semejante a un maestro en la escuela. El maestro en la escuela aceptará una calificación inferior al 10. Si un alumno obtiene un 7 el maestro dice que está bien. Si su calificación es un 8 o 9 el maestro le dice que está muy bien.

Este es precisamente el concepto de Dios que tienen todos

conduce a la fe. Pero sea como fuere, una de dos, has de creer en Cristo o morir; no hay esperanza fuera de Cristo.

Pero un plan mejor es este: Fíjate en la autoridad sobre la cual se te manda creer, y esto te ayudará grandemente. La autoridad no es mía; ésta bien la puedes rechazar. Ni es la de algún dirigente espiritual, que bien podrías sospechar. Es sobre la autoridad de Dios mismo que te manda creer. El mismo te manda creer en Jesucristo, y no debes ser desobediente a tu Creador. El capataz de ciertas obras había oído el evangelio muchas veces, pero se inquietaba dudando que acaso nunca acuda a Cristo. Un día su buen patrón le envió una tarjeta diciendo: -Venga usted a mi casa tan pronto termine hoy su trabajo.» Apareció el capataz a la puerta del patrón; salió este y le dijo en tono brusco: « ¿Qué quiere usted, Juan, porque me viene a molestar a estas horas? El trabajo del día se ha terminado, ¿con qué derecho se presenta usted aquí? -Señor, contestó el capataz, recibí una tarjeta de usted diciéndome que terminando mi trabajo viniera aquí. ¿Quiere usted decir que por la sola razón de recibir una tarjeta mía invitándole a mi casa, debía usted venir y hacerme salir después de terminadas las horas de trabajo del día? «Bien, Señor,» respondió el capataz. No le comprendo, pero me parece que ya que usted, envió por mí, tenía yo derecho de venir. Pues entre Juan, dijo el patrón, aquí tengo otro mensaje de invitación para usted. Y sentándose le leyó estas palabras: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar» (Mat.11:28). ¿Piensas qué, después de recibir este mensaje de Cristo mismo, que harás mal en acudir a él? Ahora comprendió el pobre capataz todo inmediatamente, y creyó en el Señor Jesús para vida eterna, ahora sabía que tenía buena autoridad y garantía para creer. Así tu pobre alma, tiene la mejor autoridad para creer y por fe acudir a Cristo, porque el Señor mismo te manda confiar en él.

Si esto no produce fe en ti, piensa en lo que debes creer, al saber que el Señor Jesucristo sufrió en lugar de los pecadores y es poderoso para salvar a todos los que creen en él. Por cierto, este es el hecho bendito que la humanidad ha oído y debiera creer. El hecho más a propósito, más consolador, y divino que jamás ha llegado a oído del hombre. Te aconsejo que pienses mucho en él,

que escudriñes la gracia y el amor que contiene. Estudia los cuatro evangelios y las epístolas de Pablo y comprobarás que es digno de aceptación, y quedarás convencido a creerlo.

Si esto no basta, medita en la persona de Cristo, piensa en quién es, qué hizo, dónde esta, y que es. ¿Cómo puedes dudar de él. Es cruel desconfiar del siempre verdadero Jesús. Nada ha hecho que merezca desconfianza; al contrario, debiera ser fácil confiar en él. ¿Por qué crucificarle de nuevo con nuestra incredulidad? ¿No es eso coronarle de espinas y escupir en su rostro de nuevo? ¿Qué? ¿No es digno de confianza? ¿Qué insulto mayor que este podían arrojarle los soldados? Le hicieron mártir, pero tú le haces mentiroso, lo que es peor. No preguntes: ¿Cómo podré creer? Pero responde a otra pregunta: ¿Cómo podré descreer?

Si ninguna de estas cosas te sirven, hay algo en ti fundamentalmente malo, y mi última palabra será Sométete a Dios. Prejuicio u orgullo esta en el fondo de tu incredulidad. El Espíritu de Dios te libre de tu enemistad, haciéndote sumiso. Pues eres rebelde, orgulloso, necio, y esta es la razón por qué no crees en tu Dios. Cesa tu rebeldía, entrega las armas, entrégate humillado, sométete a tu rey. Creo que nunca un alma levantó los brazos desesperada, exclamando «Señor, me entrego.» sin que la fe le viniera a ser cosa sencilla. La causa de tu incredulidad es que estas en pleito con Dios, resuelto a seguir tu propia voluntad y tu propio camino. ¿Cómo podéis vosotros creer que tomáis la gloria los unos de los otros? dijo Cristo. El yo orgulloso es el padre de la incredulidad. Sométete, entrégate a Dios, y así te será fácil creer en el Salvador. Que el Espíritu Santo intervenga secreta pero eficazmente en tu corazón, llevándote a la fe en el Señor Jesús en este mismo momento.

que este asunto puede determinarse en este mismo momento. Acude al Señor sin tardar. Acuérdate, de que en este momento puede determinarse tu salvación o perdición, siendo hoy mismo tu *ahora o nunca*. Realícese ahora, evitando el terrible nunca. ¡Adiós! Mas no para siempre; te encargo:

¡Encuétrame en el cielo!

FIN

razón. Años enteros de rezos, de acudir a las iglesias, a los santuarios; años enteros de ritos, de ceremonias, de penitencias, pueden ser otras tantas abominaciones a la vista de nuestro Dios que es Espíritu. Pero una mirada del ojo de la verdadera fe es espiritual y por lo mismo a su agrado. «*El Padre a tales adoradores busca*» (Juan 4:23). Ocupate primero del hombre interior y de la parte espiritual de la religión, y lo demás vendrá a tiempo debido.

Si eres salvo tu mismo, busca la salvación de otros. Tu propio corazón no prosperará. A no ser que esté lleno de solicitud intensa por la bendición de tus semejantes. La vida de tu alma está en la fe; su salvación está en el amor. El que no anhela llevar a otros a Jesús, nunca ha vivido encantado del amor él mismo. Entra en el trabajo, en la obra del Señor, la obra del amor. Empieza por tu propia familia. Visita después a los vecinos. Ilumina al pueblo o a la calle donde vives. Siembra la Palabra de Dios por doquier lleguen tus fuerzas.

Si los convertidos llegan a ganar a otros, ¿quién sabe qué brotará de mi pequeño libro? Ya empiezo a cantar gloria a Dios por las conversiones que producirá por su medio y mediante los que conduce a los pies de Cristo. Probablemente la parte principal de los resultados se verán, cuando la mano que escribe esta página se encuentre paralizada en el sepulcro.

¡Encuétrame en el cielo! No bajas al infierno. No hay modo de volver de ese antro de miseria. ¿Por qué quieres entrar en el camino de la muerte, estando abiertas delante de tí las puertas del cielo? No rechaces el perdón gratuito, la salvación plena que Jesús concede a los que confían en él. No dudes, ni te detengas. Bastante has pensado ya; ¡a la obra de una vez! Cree en el Señor Jesús decididamente en este mismo momento. Acude al Señor sin tardar. Acuérdate, de

Un sermón predicado el 17 de Julio de 1881, Por C.H. Spurgeon, En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres, Inglaterra

La Fe ¿Qué es? ¿Cómo se Consigue?

**"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe"
(Efesios 2:8).**

En este sermón deseo considerar especialmente las últimas palabras del texto: "por medio de la fe." Pero llamaré antes la atención sobre el origen de nuestra salvación, el cual es la gracia divina: "Por gracia sois salvos." Dios abunda en gracia, he aquí por qué los hombres pecadores son perdonados, son convertidos, son purificados, en suma, son salvos. Lo son debido, no a alguna cosa de ellos o que pudiera hallarse en ellos, sino al inmenso amor, bondad, compasión, misericordia y gracia de Dios.

Fijaos bien en lo que acabamos de decir; de otra suerte sufriríais una equivocación. Fijaos sólo en la fe, la cual es el conducto de la salvación, vendréis a olvidar la gracia que es el origen y fuente de la fe misma. La fe es la obra de la gracia de Dios en nosotros. "Nadie puede decir que Jesús es el Cristo sino por el Espíritu Santo" (1 Cor. 12:3). "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Juan 6:44). Así es que el venir a Cristo o en otras palabras la fe, es el resultado de la atracción divina.

La gracia es el manantial y la corriente: la fe es el acueducto por el cual el río de la misericordia fluye, refrescando a los mortales sedientos. ¡Qué lástima que el conducto llegue alguna vez a romperse! En los alrededores de México se presenta el cuadro triste de muchos acueductos notables que ya no conducen agua a la ciudad, pues los arcos están rotos y aquellas obras maravillosas se encuentran arruinadas. Preciso es que el conducto se conserve íntegro, a fin de conducir la corriente.

Así también la fe tiene que ser firme y sana, constituyendo un conducto útil y directo entre Dios que está arriba y nosotros que

estamos abajo, y de este modo comunique la gracia a nuestras almas.

1. Pregunta. ¿QUE ES ESTA FE con respecto a la cual se dice "por gracia sois salvos por medio de la fe"? Muchas descripciones de la fe han salido a luz, mas casi todas las que he encontrado me han hecho comprender menos que antes de haberlas conocido Espero no incurrir yo en la misma falta.

La fe es el más sencillo de los actos mentales. Quizá por esta misma sencillez se nos hace más difícil explicarla.

¿Qué, pues, es la fe? Contestación: La fe se compone de tres elementos, a saber: el conocimiento, la creencia y la confianza.

1. Primero el conocimiento. Ciertos teólogos romanos, afirman que el hombre puede creer aquello que todavía no conoce. Quizá un romanista es capaz de hacerlo, mas yo no. "¿Cómo creerán en aquél de quien no han oído?" (Ro. 10:14). Debo estar enterado de un hecho antes de poder creerlo. Varias son las cosas que creo, pero no puedo afirmar que creo en multitud de cosas que jamás he oído. "La fe viene por el oír." Tenemos que oír primero, a fin de sepamos lo que nos conviene creer. "Y confiar en ti los que saben tu nombre" (Salmo 9:10). Nuestra medida de ciencia es esencial a la fe; he aquí la importancia de adquirir conocimientos. "Inclínad vuestros oídos y venid a mí: oíd y vivirá vuestra alma" (Isaías 55:3). Tal fue la palabra del antiguo profeta, y tal es la palabra del Evangelio todavía. "Escudriñad las Escrituras" y aprended lo que enseña el Espíritu Santo acerca de Cristo y de la salvación. Procurad saber que Dios existe y que "Es galardoador de los que le buscan" (Hebreos 11:5). ¡Que él os conceda el espíritu de conocimiento y del temor de Jehová! Isaías 11:2. Conoced el Evangelio, sabed lo que son las buenas nuevas, y cómo hablan estas del perdón gratuito y del cambio de corazón, de la adopción en la familia de Dios y de otras bendiciones incontables.

doy un firme apretón. ¿Lo sientes? Con lágrimas en los ojos te miro, diciendo: *¿Por qué quieres morir?* ¿No quieres dedicar un momento a los asuntos de tu alma? ¿Querrás perecer por puro descuido? ¡Lejos sea esto de ti! Analiza solemnemente estas cosas, poniendo fundamento firme para la eternidad. No rehuses a Jesús, su amor, su sangre, su salvación. *¿Por qué lo harías? ¿Podrás hacerlo? ¡Te ruego que no vuelvas la espalda a tu Redentor!*

Si, en cambio, mi oración ha tenido contestación y tu hayas sido conducido a confiar en el Señor Jesús recibiendo del mismo la salvación por gracia, en tal caso, aferrate para siempre a esta doctrina y a este modo de vivir y proceder.

Sea Jesús tu todo en todo y permite que la gracia inmerecida sea la regla única por la cual vivas y te muevas. No hay vida mejor, como la del que vive disfrutando del favor de Dios. Recibir todo cual don gratuito, esto guarda la mente del orgullo del mérito propio y del remordimiento de las acusaciones de la conciencia desesperada. Esta vida por gracia calienta el corazón llenándolo de amor agradecido, y así produce un sentimiento en el alma infinitamente más aceptable para Dios que todo cuanto pudiera proceder de un temor de esclavo.

Los que procuran salvarse haciendo lo mejor que pueden, no saben nada del fervor ardiente, del santo celo, del gozo en Dios que nacen de la salvación gratuitamente recibida según la gracia de Dios. El espíritu de servidumbre de la salvación mediante el mérito propio o sea por el cumplimiento de los mandamientos, nada tiene de comparable con el espíritu gozoso de la adopción. Más virtud real hay en la menor emoción de la fe que en todos los esfuerzos del esclavo de la ley o en toda la maquinaria de los devotos que procuran subir al cielo por la escalera de las ceremonias. La fe es cosa espiritual, y «*Dios es Espíritu*» se deleita en ella por esa

fuelle rica que sobreabunda en deleites y nuestra participación con el Hijo de Dios es un río lleno de Gozo. Conociendo estas cosas gloriosas, como las conocemos, no podemos vivir desanimados; no, al contrario, exclamamos con el apóstol: «¿Quién nos separará del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro?» (Ro. 8:35-39).

CONCLUSIÓN

Si el lector no me ha seguido paso a paso conforme haya leído estas páginas, lo siento en verdad. De poco valor es la lectura de un libro, a no ser que las verdades que se presentan a la mente sean comprendidas, apropiadas y llevadas a la práctica. Este se parece al que contempla los alimentos en abundancia exhibidos en el escaparate de un restaurante y queda, sin embargo, hambriento por no comer personalmente de ellos. En vano, querido amigo, nos hemos encontrado tú y yo, a no ser que hayas recibido por fe viva a Cristo Jesús, mi Señor. De mi parte hubo un deseo marcado de hacerte bien, y he hecho lo mejor que he podido para este fin. Siento no haberte podido comunicar un bien positivo, porque anhelaba con sinceridad conseguir este privilegio. Pensaba en ti al escribir estas páginas, y dejando caer la pluma, me arrodillé y pedí solemnemente a Dios por todos los que lo leyeran. Estoy seguro que gran número de lectores serán bendecidos por su lectura, aún cuando tú no quieras ser de este número.

Pero, ¿por qué rehusarás tú mi testimonio? Si no deseas la bendición especial que yo te hubiera llevado, cuando menos hazme el favor de admitir que la culpa de tu condena final no me la cargarás a mí. Al encontrarnos los dos ante EL GRAN TRONO BLANCO, no podrás culparme de haber usado mal la atención que bondadosamente me concediste al leer este libro. Dios es mi testigo que escribí cada renglón para tu bien eterno. En espíritu pongo ahora mi mano en la tuya y te

Conoce a Dios, conoce su Evangelio, y especialmente a Jesucristo el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, unido a nosotros por su naturaleza humana y unido a Dios, puesto que es divino, y por lo tanto idóneo para obrar como mediador entre Dios y el hombre. Jesús sabe colocar las manos sobre los dos, sirviendo de eslabón que une al pecador con el Juez de toda la tierra.

Esforzaos en conocer más y más a Cristo. Pablo, después de veinte años de convertido, manifestó a los Filipenses que todavía deseaba conocer más a Cristo. Fijaos en esto: cuanto más conocemos acerca de Cristo, tanto más entrará el deseo de conocerle a fin de que aumente nuestra fe. La fe, pues, comienza con la ciencia. De aquí se deduce la utilidad de ser instruidos en la verdad divina, puesto que el conocimiento de Cristo es vida eterna. Juan 17:3.

2. En seguida, la inteligencia se dispone a creer las cosas que son ciertas. El alma cree que hay un Dios y que éste escucha el clamor de los corazones sinceros; que el Evangelio es de Dios, y que la justificación por la fe es la gran verdad que Dios ha revelado con suma claridad. Luego el corazón cree que Jesús es hecho y en verdad es nuestro Dios y Salvador, el Redentor de los hombres, el profeta, sacerdote y rey de su pueblo.

Queridos oyentes, ruego a Dios que desde luego vengáis a parar en esto y a creer firmemente que "la sangre de Jesucristo, el querido Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado" (1Juan 1:7); que el sacrificio consumado por él es aceptado por Dios como cabal y perfecto, por cuyo motivo, aquel que cree en Jesús no tiene condenación.

3. Por las anteriores consideraciones ya hemos hecho avances considerables hacia la fe. Con todo eso, antes de completar la idea de la fe salvadora, es absolutamente necesario agregar otro ingrediente, a saber: confianza. Entregaos al Dios misericordioso; haced que vuestra esperanza descansa en el Evangelio de gracia. Confíad vuestra alma al Salvador que una vez murió, pero ahora vive. Lavad vuestros pecados en aquella sangre expiatoria;

aceptad la justicia perfecta, y todo estará bien. La confianza es la sangre vivificadora de la fe. Sin esta confianza la fe deja de existir.

II. LA FE EXISTE EN VARIOS GRADOS, según los conocimientos del Individuo y otras circunstancias. En algunos casos la fe no pasa más allá del acto de asistir a Cristo.

1. Fijaos por un momento en la madre selva que crece en nuestros huertos. Quizá está caída y tendida desordenadamente sobre el suelo cubierto de cascajo. Haced que la planta descansa sobre un arbusto, o un enrejado, o una estaquilla. Desde luego se agarra a estos objetos merced a unos ganchillos provistos por la naturaleza, con los cuales se une a cualquier objeto que se le ofrece.

De semejante modo, todo hijo de Dios tiene en su alma ganchillos espirituales; es decir, pensamientos, deseos y esperanzas, por los cuales se une con Cristo y sus promesas.

Aunque dicha fe es de un carácter sencillo, constituye, sin embargo, un grado sumamente completo y eficaz.

Podríamos decir que en este caso, el corazón es la esencia de toda la fe. Nos acogemos a ella al encontrarnos en grandes apuros, o cuando nos hallamos trastornados por alguna enfermedad, o abatidos en nuestro espíritu.

Y como no nos queda otro recurso, nos colgamos de algún objeto, y eso es el alma de fe. ¡Oh pobre corazón! si todavía no conoces todo lo que desearías conocer acerca del Evangelio, apégate a lo que ya conoces. Si hasta ahora te asemejas solamente a la oveja que penetra un poco dentro del río de la vida, y no llegas a imitar al leviatán, que hace revolver las aguas del hondo mar hasta sus profundidades, no por eso dejes de beber. Porque el beber, más que el sumergirse, es lo que te salvará. Afíanzate, pues de Cristo; únete a él; abrázate a él, que esto es el alma de la fe. Imita a la madre selva.

y llevados a la destrucción; pero siendo uno con Cristo somos participantes de su naturaleza y dotados de su vida inmortal. Nuestro destino está unido con el de Cristo, y entre tanto que él no quede destruido, no es posible que perezcamos nosotros.

Medita mucho en esta participación con el Hijo de Dios, ha la cual has sido llamado; porque en ella está toda tu esperanza. Nunca podrás ser pobre mientras que Jesús sea rico, ya que eres partícipe de los suyos. ¿Qué te podrá faltar si eres copropietario con el Amo del cielo y de la tierra? Mediante tal participación te hallas por encima de toda depresión del tiempo, de los cambios futuros y del descalabro del fin de todas las cosas. El Señor te ha llamado a la participación de su Hijo Jesucristo y por este hecho y obra te ha colocado en posición infaliblemente segura.

Si eres de verdad creyente, eres uno con Jesús y por tanto puesto en seguridad. ¿No ves que esto es así? Necesariamente debes ser verdadero hasta el fin, hasta el día de su manifestación, si de cierto has sido hecho uno con él por un hecho irrevocable de Dios. Cristo y el creyente se hallan en el mismo barco; a no ser que Jesús se hunda, el creyente no se ahogará. Jesús ha admitido a sus redimidos en relación íntima consigo mismo que primero será herido, deshonrado y vencido antes de que sea dañado el más pequeño de sus rescatados. Su nombre consta en el encabezamiento del establecimiento, y hasta que pierda él su crédito, estamos asegurados contra todo temor de quiebra.

Así que, vayamos adelante, con la mayor confianza, al futuro desconocido, eternamente unidos con Jesús. Así gritaran los hombres del desierto: «¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?» (Cant. 8:5), confesaremos gustosamente que nos recostamos en Jesús y que pensamos apoyarnos en él cada vez más. Nuestro fiel Dios es una

justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó» (Ro. 8:30). Esta es la regla invariable en el proceder divino. Hay un llamamiento general, del cual se dice: «*Muchos son llamados, y pocos escogidos*» (Mat. 22:14); pero el llamamiento del cual ahora hablamos es diferente, distinguido por amor especial, solicitando la posesión de aquello a que somos llamados. En este caso el llamado se halla en la condición de la simiente de Abraham, de la cual dijo el Señor. «*Te tomé de los confines de la tierra y de tierras lejanas te llamé, y te dije: mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché*» (Isa. 41:9).

En lo que ha hecho el Señor vemos una razón poderosa para nuestra protección y gloria futuras, ya que nos ha llamado a la participación de su Hijo Jesucristo. Participación equivale a tener alguna parte en común con Jesucristo, y desearía que pensaras bien en el significado de esto. Si en verdad has sido llamado por la gracia divina, has entrado en comunión con el Señor Jesucristo y por esta razón en conjunto posees todas las cosas. Así que a la vista del Altísimo eres uno con él. El Señor Jesús llevó tus pecados en su cuerpo sobre el madero, hecho maldición por ti, y al mismo tiempo él ha llegado a ser tu justicia, de modo que estás justificado en él. Tú eres de Cristo, y Cristo es tuyo.

Como Adán representa a todos sus descendientes, así Jesús, a todos los que están en él. Como el marido y la esposa son uno, así Jesús es uno con todos los que se hallan unidos con él por la fe; uno por una unión espiritual legítima e inquebrantable. Más aún, los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, y así son uno con él por una unión de amor, viva y permanente. Dios nos ha llamado a esta participación, esta comunión, esta unión, y por este mismo hecho nos ha dado señal y garantía de ser confirmados hasta el fin. Si nos considerase Dios aparte de Cristo, resultaríamos unidades pobres, perecederos, pronto disueltos

2. Otra forma de la fe es, cuando un Individuo se asocia con otro en virtud del conocimiento que tiene de la superioridad de su compañero, y consiente en seguir bajo su mando. Este grado de la fe requiere mayores conocimientos que el anterior.

Un ciego tiene confianza en su guía, porque sabe que ve. Anda confiadamente por donde le conduzca su guía. Es tal vez ciego de nacimiento, y desconoce lo que es la vista, pero sabe que existe, y si su amigo la posee. De consiguiente estrecha con toda espontaneidad la mano del guía y sigue su dirección.

Esta representación o imagen de la fe, es la más exacta que podemos idear. Sabemos que Jesús tiene en sí méritos, poderes y bendiciones no poseídos por nosotros. Por lo tanto, nos entregamos gozosamente a El y nos ponemos bajo su dirección.

El niño que concurre a la escuela está obligado a tener fe en la ilustración de su maestro. Este le enseña, por ejemplo, la Geografía, instruyéndole sobre los continentes, los océanos, los diversos países, ciudades y gobiernos. El niño no puede saber por sí mismo que estos datos sean exactos, pero confía en su preceptor y en los libros puestos en sus manos.

Eso es precisamente lo que tendréis que hacer con relación a Cristo, si es que deseáis ser salvos. Habéis de saber, porque él lo ha dicho; y habéis de creer, porque él lo ha asegurado; y habéis de confiar, porque él os promete la salvación. Casi todo lo que vosotros y yo sabemos, lo hemos adquirido mediante la fe.

Acaba de obtenerse un descubrimiento científico, y confiamos en su verdad. ¿Y en qué basamos nuestra confianza? En la autoridad de ciertos sabios bien conocidos, y cuya reputación está bien establecida. No hemos presenciado, ni hemos practicado los experimentos de estos señores; no obstante, creemos su testimonio.

Así habéis de obrar con respecto a Cristo. Puesto que él os enseña ciertas verdades, habéis de ser sus discípulos, creer sus

palabras y confiar en su persona. El os supera infinitamente y se presenta a vuestra aceptación como maestro y Señor. Si le aceptáis a él y sus dichos, seréis salvos.

3. Otro grado de fe, todavía superior es, el que nace del amor. ¿Por qué confía el niño en su padre? Puede ser que yo o vosotros sepamos más acerca de aquel padre que el Hijo y no obstante, confiamos menos implícitamente en él. La razón por que el hijo confía en su padre, se encuentra en el amor que el primero tiene al segundo.

Bienaventurados y felices los que poseen una dulce fe en Jesús, mezcla con un amor profundo.

Quedan encantados con su carácter, satisfechos con su misión, y arrobados por la benignidad que siempre ha manifestado. No pueden dejar de confiar en él, puesto que tanto le admiran, tanto le reverencian y tanto le aman.

Difícil es que alguien nos haga dudar de la persona a quien amamos. Si en último caso nos vemos obligados a ello, entonces surge la terrible pasión de los celos, que es fuerte como la muerte y cruel como el sepulcro. Pero antes que venga el quebrantamiento de corazón, el amor es pura confianza, completa seguridad.

4. La fe realiza la presencia del Dios viviente y del Salvador. Cría en el alma cierta tranquilidad y reposo parecidos a los que se hallaban en el alma de una niña durante una tormenta. Su madre se alarmaba, pero la amable niña estaba muy contenta y palmoteaba en el momento en que el cielo relampagueaba más vivamente, y gritaba con acentos infantiles:

-¡Mira, mamá! ¡Qué bonito! ¡Qué bonito! su madre contestó: - Niña, quítate de ahí, me espanta el relámpago. Mas la muchacha pedía que se le permitiera asomarse y contemplar la luz tan preciosa que Dios producía en todo el cielo. Era que estaba segura de que Dios no haría ningún mal a la que era su hija.

sin terminar. Es fiel en sus relaciones como Padre, no negará a sus hijos, como amigo no faltará a su pueblo, como Creador no abandonará la obra de sus manos.. Es fiel a sus promesas, y ni una de ellas dejará de cumplir. Es fiel a su pacto que ha establecido con nosotros en Cristo Jesús, ratificándolo con la sangre de su sacrificio. Es fiel a su Hijo y no permitirá que en vano haya derramado su sangre. Es fiel para con su pueblo, al cual ha prometido vida eterna y al cual no dejará, ni abandonará.

Esta fidelidad de Dios es el fundamento y piedra angular de nuestra esperanza de perseverar hasta el fin. Los santos perseverarán en la santidad, porque Dios persevera en la gracia. Él persevera en bendecir, y por lo mismo los creyentes perseveran en ser bendecidos. El continúa guardando a su pueblo, y por tanto este continúa guardando sus mandamientos. Este es fundamento sólido y bueno en que descansar y conculca perfectamente con el título de esta obra; Solamente por Gracia. Así es que la gracia inmerecida y la misericordia infinita anuncian la aurora de la salvación y resuena la misma «buena nueva» melodiosamente por todo el día de la gracia.

Ves, pues, que las únicas razones que tenemos para esperar que seamos guardados hasta el fin y hallados irreprochables en el día de Cristo, se hallan en nuestro Dios; pero en él estas razones son de gran manera abundantes.

Consisten primero, *en lo que Dios ha hecho*, Hasta tal punto nos ha bendecido que le es imposible volver atrás. Pablo nos recuerda del hecho que «*nos ha llamado a la participación de su Hijo Jesucristo*» (1Cor. 1:9). ¿Nos ha llamado? Pues, el llamamiento no puede ser revocado; «*porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*» (Ro. 11:29). El Señor nunca se retrae de su vocación positiva de la gracia. «*A los que llamó, a estos también*

¿Quién me condenará?

¡Qué bienaventuranza será disfrutar de ese valor, fundado en la redención de la maldición del pecado por la sangre del Cordero, cuando el cielo y la tierra huyan de la faz del Juez de todos! Esta bienaventuranza será el destino de todos cuantos fijen la vista de la fe exclusivamente en la gracia de Dios en Cristo Jesús y en ese poder sagrado, libren batalla continua contra todo pecado.

¿POR QUÉ PERSEVERAN LOS SANTOS?

Ya hemos visto que la esperanza que llenaba el corazón de Pablo respecto a los hermanos de Corinto, llena de consuelo a los que temen tropezar y caer en lo futuro. Pero, ¿por qué creía que los hermanos serían sostenidos hasta el fin.

Deseo que notes como especifica sus razones. Aquí están: «*Fiel es Dios por el cual sois llamados a la participación de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*» (1Cor. 1:9).

El apóstol no dice: «Vosotros sois fieles.» La fidelidad del hombre es de poco peso, es vanidad. Tampoco dice: «Tienen ministros fieles para guiarles, y por tanto confío en que serán guardados.» No, no, Si somos guardados por el hombre, seremos mal guardados. El dice: «*Dios es fiel*» Si nosotros somos fieles, es porque Dios es fiel. Todo el peso de nuestra salvación debe descansar en la fidelidad de nuestro Dios del pacto. Sobre este glorioso atributo de Dios descansa todo. Nosotros somos cambiados como el viento, frágiles como la telaraña, inestables como el agua. No podemos depender de nuestras cualidades naturales, ni de nuestros conocimientos espirituales, pero Dios permanece Fiel. Él es fiel en su amor; no conoce variación, ni sombra de cambio. Es fiel en sus propósitos; no comienza una cosa dejándola

-¡Pero escucha los truenos tan terribles! -contestó la madre.-
¿No dijiste mamá, que Dios habla en el trueno? Si, -respondió la madre temblando.

-¡Oh! dijo la niña- ¡qué bonito es oírle!, habla muy serio, pero yo creo que es porque él quiere que la gente sorda le oiga. ¿No es así, mamá?

Y así seguía charlando, alegre como un pajarito, porque Dios existía para ella, y ella confiaba en Dios. Para ella el rayo era la luz preciosa de Dios, y el trueno la voz maravillosa de él, y esto la ponía contenta.

Me arriesgo a decir que su mamá conocía mucho más acerca de las leyes naturales y de las fuerzas eléctricas que su hija, mas estos conocimientos le traían poco consuelo. Los conocimientos de la madre serian pretenciosos; en cambio eran mucho más acertados y consoladores los de la hija.

Por mi parte preferiría ser otra vez un niño, que llegar a pervertirme con la sabiduría. La fe nos hace portarnos como niños para con Cristo, creyendo en él como en una Persona real y presente, que está muy inmediata a nosotros y pronta a bendecimos.

Quizá esto sea un sueño infantil; pero nos conviene llegar a semejante simplicidad, si deseamos ser felices en el Señor. "De cierto os digo que si no os convirtiereis y os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18:3). La fe acepta la palabra de Cristo, así como el niño confía en su padre y con toda simplicidad le fía el pasado, el presente y el porvenir. ¡Que Dios nos conceda tal fe!

5. Otro grado de la fe proviene de los conocimientos ya comprobados. A esta clase de fe acompaña el crecimiento en gracia: cree en Cristo puesto que le conoce, y tiene confianza en él, puesto que Cristo se ha mostrado infaliblemente fiel. Esta fe no busca ni señales ni notas, sino cree con atrevimiento.

Contemplad la fe del marinero en su jefe. Me causa admiración. El marinero suelta el cable, y a impulso del vapor el barco se aleja del muelle. Pasan días, semanas y aun meses, sin que se divise otra embarcación o alguna tierra. Sin embargo, sigue de día y de noche impávido hasta que cierta mañana se halla frente al puerto deseado, y hacia el cual ha venido navegando. ¿Cómo ha descubierto la ruta sobre el Océano, en el que se borra todo rastro? Ha confiado en su brújula, su carta marina, su anteojo y en los cuerpos celestes. Obedeciendo las indicaciones de estos auxiliares y sin ver la tierra, navega con sumo acierto. Al terminarse el viaje, no necesita variar un punto para entrar al puerto. ¡ Cosa maravillosa eso de navegar sin vista!

Hablando ahora espiritualmente, consideramos bienaventurado a aquel que, abandonando las costas de la vista, dice un adiós a las emociones interiores, a las providencias consoladoras, a las señales y a todo eso. Cree en Dios, y desde luego se dirige hacia el cielo. "Bienaventurados los que no han visto, y sin embargo han creído" (Juan 20:29). A ellos les será ministrada al fin una entrada abundante al cielo, y les será concedido un viaje próspero en el camino.

III. Concluiremos con el tercer punto. "¿COMO PODEMOS OBTENER Y AUMENTAR LA FE?"

Esta pregunta es para muchos muy seria. Dicen que desean creer, pero que no pueden. Nos conviene, pues, tratarlo de una manera práctica y no suscitar cuestiones absurdas. En vez de preguntar, ¿qué he de hacer para creer?, correspondía creer de una vez, y no fijarse en pequeñeces. Pronto sabremos lo que es la fe, si desde luego creemos lo que aceptamos como cierto. Si el Espíritu Santo inspira en vosotros franqueza y candor creeréis la verdad en el Instante en que esta os sea presentada. Tenéis el mandamiento de creer en Cristo, y sabiendo que él es seguro, os conviene confiar en él de una vez. De todas maneras el mandato es firme y claro: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo."

pura y del todo genuina que nadie les ha podido, en justicia, reprender. El Señor podrá decir de muchos creyentes como dijo a Job, al aparecer Satanás en su presencia: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job. 1:8). Esto es lo que debe anhelar y tener por objeto el lector, confiando que, Dios mediante, lo alcanzará. Tal es el triunfo de los santos, continuar «siguiendo al cordero por dondequiera que va» (Apoc. 14:4), manteniendo la integridad como delante del Dios viviente.

No entremos jamás en caminos torcidos, dando lugar a que blasfeme el adversario. Está escrito respecto al verdadero creyente «Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» (1Juan 5:18). ¡Quiera Dios que así se escriba de nosotros!

Amigo que ahora empiezas a vivir la vida divina, el Señor puede comunicarte un carácter irreprochable. Aun cuando en lo pasado hayas cometido pecado grave. El Señor es poderoso para librarte del todo del poder de antiguos vicios y hábitos haciéndote un ejemplo de virtud. No solamente puede hacerte hombre moral, sino puede hacerte aborrecer todo camino de falsedad y seguir en pos de todo lo que es santo. No dudes de esto. El primero de los pecadores no necesita quedar atrás del más puro de los santos. Cree esto y según tu fe te será hecho.

¡Cuánta bienaventuranza será el hallarnos irreprochables en el día del juicio! No cantamos en falso al prorrumpir:

Sereno miro ese día:

¡Quién me acusará?

En el Señor mi ser confía.

falta.» Esta condición sin falta es una parte preciosa de la gracia de ser guardados. El ser guardado *santo* es más que ser guardado *salvo*. Es muy triste ver gente religiosa tropezar y caer de una falta en otra peor; nunca han creído en el poder de Dios para guardarles sin falta. La vida de algunos que profesan ser cristianos, consiste en una serie de tropiezos que no parece dejarles bien tendidos, pero tampoco nunca dejarlos firmes. Tal vida no viene al creyente; su vocación es andar con Dios, y por la fe puede llegar a perseverar firme en la santidad, lo que urge que haga. El Señor es poderoso no solo para salvarnos del infierno, sino para guardarnos de caída. No hay necesidad de ceder a la tentación. ¿No está escrito? *«El pecado no se enseñoreará de vosotros»* El Señor es poderoso para guardar los pies de sus santos, y lo hará si nos entregamos a él, confiados en que lo hará. No hay necesidad de manchar el vestido; por su gracia podemos ser guardados sin mancha del mundo, esto es nuestro deber, porque *«sin santidad nadie verá al Señor»* (Heb. 12:14).

El apóstol profetizaba prediciendo para los creyentes de Corinto, lo que debiéramos nosotros buscar, a saber que seamos guardados *«irreprensibles hasta el día del Señor Jesucristo»*. Quiera Dios que en ese gran día nos veamos libres de toda represión, y que nadie en el universo entero se atreva a disputarnos la declaración de que somos los redimidos del Señor. Tenemos faltas y flaquezas, de las cuales nos lamentamos, pero no son de la naturaleza que demuestra que vivamos separados de Cristo, viviremos ajenos a la hipocresía, al engaño, al odio, al placer en el pecado, porque tales cosas serían acusaciones fatales. A pesar de nuestros fracasos involuntarios el Espíritu Santo puede actuar en nosotros produciendo un carácter sin falta a la vista humana, de manera que como Daniel no demos ocasión a las lenguas acusadoras, excepto en los asuntos de nuestra fe religiosa. Multitud de hombres piadosos, como también de mujeres piadosas, han dado pruebas de vida tan

1. Si tropezáis con alguna dificultad, presentadla a Dios en la oración. Comunicad con el Padre vuestra perplejidad, y rogadle que por su Espíritu Santo resuelva la duda. Si no puedo aceptar alguna afirmación contenida en un libro, me permito interrogar al autor sobre el sentido de sus palabras. Con mayor razón, la explicación del Autor divino satisfará al investigador sincero. El Señor está pronto para hacerse conocer. Acudid a él y veréis si no es cierto.

2. Después si la fe os parece difícil, se os hará fácil oyendo con frecuencia y con atención las cosas que se os manda creer. Creemos una multitud de cosas por haberlas oído tantas veces. ¿No habéis notado que en la vida común, si oís una cosa afirmada cincuenta veces al día, al fin llegáis a creerla? Algunos por este método han llegado a creer hasta lo falso. Dios empleará este método para obrar fe en vosotros acerca de lo que es cierto: "La fe es por el oír" (Romanos 10:17).

3. En caso de que dichos consejos parezcan inadecuados, agregaré el siguiente: "Oíd el testimonio de otros." Los samaritanos creyeron a causa de lo que la mujer les dijo acerca de Jesús. Muchas de nuestras creencias estriban en el testimonio de otros. Creo, por ejemplo, que hay un país llamado el Japón. Nunca lo he visto, y sin embargo, creo que existe, pues otros han estado allí. También creo que moriré. Jamás he tenido esa experiencia; pero muchos de sus conocidos han muerto, y tengo la convicción de que yo también moriré.

El testimonio de muchos convence de la verdad. Escucha, pues, a aquellos que te cuentan la manera de su salvación, de cómo fueron perdonados, y de cómo tuvieron un cambio en su carácter. Escuchando descubriréis que otros semejantes a vosotros han alcanzado la salvación.

Si alguno ha sido ladrón, sepa que un ladrón se regocijó al lavar sus pecados en la fuente de la sangre de Cristo. El que ha sido deshonesto en su vida, encontrará a otros que habiendo caído

de un modo semejante al suyo, llegaron a purificarse y transformarse.

Si estáis desesperados, conversad un poco con el pueblo de Dios, inquirid sobre esto, y comprenderéis que varios que también estuvieron desesperados, podrán deciros cómo él los salvó. Y al escuchar a varios de aquellos que han puesto a prueba la Palabra de Dios, el Espíritu Divino os persuadirá a creer.

Quizá habéis oído del africano que oyó a un misionero que, en algunos países, el agua suele hacerse tan firme y maciza, que un hombre puede andar sobre ella. El africano declaró que aceptaba muchas cosas que el misionero les había dicho, pero que jamás podría creer semejante absurdo. Después llegó a visitar a Inglaterra y sucedió, un día de gran frío, que el río estaba helado; más El africano no se arriesgó a entrar en él. Pero se dejaba persuadir. Entonces su amigo anduvo sobre él, y el africano le imitó, y entró donde otros se habían arriesgado.

Así es que, al ver a otros creer, y al notar el gozo y la paz de que disfrutan, nosotros mismos seréis persuadidos suavemente a confiar en Cristo. Este es uno de los métodos empleados por Dios para ayudarnos en la fe por su buen Espíritu.

4. Otro plan todavía mejor es el siguiente: fijaos en la autoridad que os ordena creer. Esto os ayudará mucho. La autoridad no es mía; en tal caso podríais con razón rechazarla. Ni es la del Papa, porque podríais rechazarla también. La fe es mandada por Dios mismo. El os manda creer en Cristo y no podéis negar obediencia a vuestro Creador.

El capataz de cierta fábrica en el norte de Inglaterra había oído muchas veces el evangelio, pero estaba acosado de temor de que no podría acudir a Cristo. Su jefe un día le envió una tarjeta en la que decía:

tan grande; pero espérala como don de gracia y no como salario por obra o producto de tu fatiga.

El apóstol Pablo inspirado, habla de estas personas como confirmadas hasta el fin. Esperaba Pablo que la gracia de Dios les guardara personalmente hasta el fin de su vida, o hasta la venida del Señor Jesús. En realidad esperaba que toda la iglesia de Dios en todo lugar y en todo tiempo fuera guardada hasta el fin de la dispensación, hasta la venida del Señor Jesús, como el esposo a celebrar las bodas con su esposa perfeccionada. Todos los que están en Cristo serán confirmados en él, hasta ese día glorioso. ¿No ha dicho? *«Porque yo vivo también vosotros viviréis?»* (Juan 14:19) También dijo: *«yo les doy vida eterna; y no perecerán para siempre, ni nadie les arrebatará de mi mano»* (Juan 10:28). *«El que ha empezado la buena obra en vosotros, la perfeccionará hasta el día de Cristo»* (Fil. 1:6). La obra de la gracia en el alma no es una reforma superficial. La vida infundida en el nacimiento nuevo viene de simiente incorruptible que vive y permanece eternamente. Y las promesas de Dios a los creyentes no son de naturaleza transitoria sino abarcan para su cumplimiento toda la carrera del creyente hasta que llegue a la gloria sin fin. Somos guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para la salvación eterna. *«Proseguirá el justo su camino»* (Job. 17:9). No como resultado de su propio mérito o fuerza, sino como favor inmerecido «son guardados los creyentes en Cristo Jesús. « Jesús no perderá ninguna de las ovejas de su rebaño; no morirá ningún miembro de su cuerpo; no faltará ninguna joya de su tesoro cuando venga a juntarlas. La salvación por fe recibida no es cosa de meses o de años; porque nuestro Señor Jesús nos ha conseguido «salvación eterna» y lo eterno no tiene fin.

Pablo declaraba también que su esperanza respecto a los santos de Corinto es que fueran *«confirmados hasta el fin sin*

hábitos establecidos y emociones santas, en condiciones permanentes. Por la experiencia y práctica confirma nuestra fe y nuestros propósitos. Así como nuestras alegrías y nuestras penas, nuestros éxitos como nuestros fracasos quedan santificados para el mismo fin; precisamente como el árbol queda arraigado y robusto tanto por la lluvia como por el viento tempestuoso. La mente queda instruida y por el aumento del saber acumula razones para perseverar en el buen camino. Queda consolado el corazón, y así se apega más y más a la verdad consoladora. El creyente resulta más sólido y robusto.

No se trata aquí de un crecimiento simplemente natural, sino de una obra tan claramente del Espíritu como la conversión misma. El Señor lo concederá con toda seguridad a los que confían en él para la vida eterna. Por su operación en nuestro interior nos libraré de ser «inestables,» haciéndonos firmes y arraigados. Esto es parte de la obra de la salvación, esta edificación en Cristo Jesús, haciéndonos permanecer en él. Diariamente puedes esperar esta gracia y tu esperanza no quedara defraudada. El Señor en quien confías te hará como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, tan bien guardado que ni su hoja se marchitará.

¡Que fuerza para la Iglesia es el cristiano cimentado! El es consuelo para los afligidos y apoyo para los débiles. ¿No quisieras tú ser así? Los creyentes cimentados son columnas en la casa de Dios. Estos no son llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, ni quedan confundidos por la tentación repentina. Son un gran apoyo para otros, anclas en el tiempo de dificultad en la Iglesia. Tú que estás comenzando la vida espiritual apenas puedes esperar a que llegues a ser como ellos. Pero no debes temer, pues el Señor actuará en ti como en ellos. Algún día, tú que hoy eres un niño en Cristo, serás un apoyo en la iglesia. Espera un cosa

Ven a mi casa luego que acabes el trabajo. El capataz se presentó a la puerta de la casa de su jefe. Saliendo éste, dijo bruscamente:

-¿Qué quieres, Juan? ¿Por qué me molestas a estas horas? El trabajo está terminado. ¿Qué haces aquí? Señor dijo su Inferior - recibí una tarjeta de usted avisándome que viniera después de concluido el trabajo.

-¿Quieres decir que, simplemente porque recibiste de mi una tarjeta, por eso has de venir a mi casa y venir a molestarme después de las horas de despacho?

-Pues señor -contestó el capataz- no lo entiendo. Más me parece que al mandar por mi, yo tenía obligación de venir.

-Entiendo Juan, dijo su jefe -tengo otro recado que deseo leerte. Y luego se sentó, y leyó las palabras siguientes:

"Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." -¿Crees que después de recibir semejante mensaje de Jesús, sería una imprudencia acogerte a tal?

El pobre capataz comprendió de un golpe todo el negocio, y creyó. Entendió que tenía buena autoridad y facultades suficientes para hacerlo.

5. Si todas estas sugerencias no os afirman en la fe, pensad en lo que habéis de creer: que el Señor Jesús sufrió en lugar de los hombres, y puede salvar a todos los que confían en El. Pues este es el hecho, el más precioso, el que se les pide a los hombres que crean; la verdad más consoladora y divina que jamás se ha puesto a la vista de los hombres. Yo os aconsejo que meditéis mucho sobre ello, y que escudriñéis el amor y gracia que contiene.

6. Si al fin no bastan las indicaciones ya hechas, pensad en la persona de Cristo. Pensad en lo que es, en lo que hizo, en el lugar en que habita, y en la gloria de su estado exaltado. Pensad mucho

y profundamente acerca del Hijo de Dios, y el Espíritu Santo engendrará la fe en vuestro corazón.

Tarea lección 2 Sola Fe

1. ¿Tiene el hombre libre albedrío? Explique
2. ¿Es el hombre responsable en su salvación? ¿Por qué?
3. ¿Es responsable en su santificación? ¿Por qué?
4. ¿Qué es la fe?
5. ¿Cómo se puede aclarar la fe?
6. ¿Por qué nos salvamos por la fe?
7. ¿Qué puedo hacer para tener fe?
8. ¿Cómo se aumenta la fe?
9. ¿Cómo se consigue la fe?
10. ¿Cuándo fue tomada la decisión de salvarnos?
Sustente bíblicamente.
11. ¿Es por causa de la fe, o de la gracia que somos salvos?
12. ¿Qué es la fe, de qué se compone según Spurgeon?
13. ¿Por qué Dios salva por medio de la fe?
14. ¿Puede Dios aceptar una persona que saque menos de diez en su cumplimiento a los mandamientos? ¿Qué persona puede tener un diez frente al cumplimiento de la ley de Dios?
15. ¿Es la justificación en forma estricta, simplemente el perdón de pecados?
16. ¿Cuál es el papel de cada persona de la trinidad en la obra de salvación?
17. ¿Cuál es la base de nuestra justificación?
18. ¿Cuándo fue tomada la decisión de justificarnos?

amarga. ¡Oh Dios, ayúdanos y confírmalos hasta el fin! Si no ¿dónde nos detendremos?

La verdadera religión es sobrenatural en su principio, es sobrenatural en su continuación y es sobrenatural en su consumación. Es obra de Dios desde el principio hasta el fin. Hay una gran necesidad de que la mano de Dios sea extendida todavía. Esta necesidad siente mi lector ahora, de lo que se alegra; porque ahora espera del Señor la perseverancia, quien solo es poderoso para guardarnos de caída y glorificarnos en su Hijo.

CONFIRMACIÓN

Deseo llamar tu atención a la seguridad que Pablo confiadamente esperaba como beneficio de todos los santos. Dice: *«El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo»* (1Cor. 1:8). Esta es la clase de confirmación que ante toda otra cosa debemos desear. Como ves, presupone el texto que las personas están en lo recto, en la verdad, y propone que sean afirmadas en ello. Terrible fuera confirmar a una persona en sus caminos de pecado y error.

Pensemos en un borracho confirmado, un ladrón confirmado o un embustero confirmado. Sería cosa deplorable confirmar a una persona en su incredulidad y en su impiedad. Solamente podrán disfrutar de la confirmación divina los que ya han visto la gracia de Dios manifestada en sus vidas. Esta confirmación es obra del Espíritu santo.

El que da la fe, la fortalece y confirma; el que enciende la llama del amor divino en nosotros la preserva y aumenta; es lo que el buen Espíritu en su primera instrucción, nos hace saber con más claridad y certeza mediante enseñanza repetida. Además confirma los hechos santos volviéndolos

«¡Oh mundo de maravillas, no puedo decir menos!» Los días de la vida del cristiano son como otras tantas perlas de misericordia ensartadas en el hilo de oro de la felicidad divina. En el cielo manifestaremos a los ángeles, a los principados y poderes las inescrutables riquezas de Cristo que se empleó en nosotros y que disfrutamos aquí abajo. Nos ha mantenido vivos en las garras de la muerte. Nuestra vida espiritual ha sido una llama ardiendo en medio del mar, una piedra suspendida en el aire. Será el asombro del universo el vernos pasar por la puerta de perlas sin tacha el día de nuestro Señor Jesucristo. Debemos sentirnos llenos de grata admiración por ser guardados una hora siquiera. Espero que así nos sintamos.

Si esto fuera todo, habría razón suficiente para temer pero hay mucho más. Es preciso que nos acordemos del lugar en que vivimos. Este mundo es un desierto espantoso para muchos del pueblo de Dios. Algunos de nosotros hallamos gusto especial en la providencia de Dios, pero para otros es una pena terrible. Nosotros empezamos el día con la oración a Dios y oímos el canto de alabanza frecuentemente en nuestros hogares; pero apenas se han levantado de sus rodillas por la mañana muchos de nuestros semejantes, cuando se les saluda con blasfemias. Salen al trabajo y todo el día se les aflige con vergonzosas conversaciones como al justo Lot en Sodoma. ¿Puedes andar siquiera por una ancha calle en estos días sin que sean acosados tus oídos por el lenguaje más soez? El mundo no es amigo de la gracia. Lo mejor que podemos hacer con este mundo es terminar con él cuanto antes, porque moramos en campo enemigo. En cada matorral se esconde algún ladrón. En cualquier parte es preciso andar con la espada desenvainada, o al menos con la espada llamada oración, constantemente a nuestro lado; porque hemos de luchar por cada pulgada del camino. No te equivoques en este punto, si quieres evitar la desilusión más

19. La justificación oficial de parte de Dios, ¿cuántas veces se puede dar?

Estimado estudiante, tenga en cuenta que su respuesta debe ser dada de acuerdo a los principios estudiados en el texto. Eso no significa que todas las respuestas están dadas directamente en el libro, pero sí que la mayoría se pueden inferir de él. De no estar la respuesta en el libro, de la suya, justificándola bíblicamente.

LECCIÓN III

SOLA ESCRITURA (*Sola Scriptura*)

SOLA ESCRITURA – MINTS – 28 DE FEBRERO, 2003

Eugenio Line

Las Escrituras son solas en el sentido de ser autoridad absoluta. Hay otras autoridades, pero son secundarias, sujetas también a las Escrituras inspiradas, la Palabra escrita de Dios. Entre las autoridades secundarias tenemos a los padres de familia con su hijos, los pastores con los otros miembros de su iglesia, los dirigentes civiles con los otros ciudadanos, etc. También son "autoridad" en cierto sentido real todos los cristianos los unos para con los otros, Hebreos 10.25. Los credos o confesiones de fe de las iglesias, especialmente las del pasado, deben ejercer influencia significativa sobre la fe y la conducta del pueblo de Dios, pues son el fruto de una reflexión profunda, erudita, piadosa y comunitaria eclesial. Pero, tengamos muy presente que las autoridades secundarias son secundarias, sujetas a la Biblia. Al no hacerlo, corremos el riesgo gravísimo de apartarnos en pos de vanidades novedosas.

La Confesión Bautista de Fe de 1689 en su primer capítulo comienza así: "La Santa Escritura es la única regla suficiente, segura e infalible de todo conocimiento, fe y obediencia salvadores."

La Confesión de Westminster, en el artículo VI del primer capítulo, igualmente como La Confesión Bautista, declara: "El consejo completo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su propia gloria y para la salvación, fe y vida del hombre, o está expresamente expuesto en las Escrituras, o se puede deducir de ellas por buena y necesaria consecuencia, y a esta revelación de su

debilidad, si somos vivificados por Cristo. Estimado lector, ¿no hallas lo suficiente en un solo día para hacerte tropezar? Tu que deseas vivir santamente, como pienso es el caso; tu que tienes un alto ideal de lo que debe ser la vida cristiana, ¿no hallas que antes de haberse limpiado la mesa después del almuerzo, ya has dado prueba de bastante torpeza para sentirte avergonzado de ti mismo? Si nos encerráramos en la celda de un ermitaño, nos acompañaría la tentación porque entre tanto que no podemos escapar de nosotros mismos, no podemos escapar de la tentación. Hay un algo dentro de nuestro corazón que nos debe mantener alertas y humillados delante de Dios. Si él no nos confirma, somos tan débiles que fácilmente tropezamos y caemos, no necesariamente vencidos por el enemigo sino por nuestro propio descuido. Señor, se tu nuestra fuerza. Nosotros somos la misma debilidad.

Además de esto, notaremos el cansancio que produce una vida larga. Al comenzar nuestra carrera espiritual subimos con alas de águila, después corremos cansados, pero en nuestros días mejores andamos sin desmayar. Nuestra marcha parece más pausada, pero es más útil y mejor sostenida. Pido a Dios que la energía de la juventud nos acompañe mientras que sea la energía del Espíritu y no simplemente el fervor de la carne altiva. El que hace tiempo anda por el camino del cielo, encuentra que por razón buena se prometió que los zapatos serían de hierro y bronce, porque el camino es áspero. El tal ha descubierto que existen Montes de Dificultad y Valles de Humildad; que existe un valle de Sombra de Muerte, y peor todavía la Feria de Vanidad, todo lo cual se debe atravesar. Si hay Montes de Delicias (y gracias a Dios que los haya), hay también Castillos de Desesperación, cuyo interior los peregrinos han visto con mucha frecuencia. Todo considerado, los que perseveran hasta el fin en el camino de la santidad, serán «objeto de admiración.»

Este es el caso tratándose de los más entregados de los santos, de los de Corinto enriquecidos de todo don de conocimiento y sabiduría. Necesitaban ser confirmados hasta el fin, y a no ser así, resultarían en ruina sus dones y conocimientos. Si hablásemos lenguas humanas y angélicas, y no recibiéramos gracia nueva día en día, ¿dónde estaríamos ahora; si tuviéramos toda experiencia y fuéramos enseñados por Dios hasta comprender todo misterio, no podríamos vivir un solo día sin que la vida divina se nos comunicara desde el origen del Pacto. ¿Cómo podríamos esperar, perseverar por una hora siquiera, para no decir por una vida entera, a no ser que el Señor nos llevara adelante? El que ha empezado la buena obra en nosotros, es el único que puede perfeccionarla hasta el día de Cristo, si no resultaría en un triste fracaso.

Esta necesidad se debe en gran parte a nuestra propia condición. Algunos sufren bajo el temor de no poder perseverar en la gracia, porque conocen su carácter caprichoso. Algunas personas son por naturaleza inestables. Otras son naturalmente obstinadas y otras igualmente volubles y ligeras. Semejantes mariposas vuelan de flor en flor, visitando todas las hermosuras del jardín, sin hacerse morada fija en ninguna parte. Nunca paran en punto fijo bastante para hacer bien alguno, ni siquiera en su negocio, ni en sus estudios intelectuales. Tales personas temen con razón que diez, veinte, treinta o cuarenta años de vigilancia les resulte demasiado, tarea imposible. Vemos a gente afiliarse a una iglesia tras otra. Son todo, todo por turno, pero nada, nada duradero. Estos tales tienen doble motivo de pedir a Dios no solo que les haga firmes sino inmovibles; de otra manera no serán hallados «*constantemente creciendo siempre en la obra de Señor.*»

Todos aun los que no tengamos inclinación natural a la inconstancia, no podemos por menos de sentir nuestra

voluntad, nada ha de añadirse, ni por nuevas revelaciones del Espíritu, ni por las tradiciones de los hombres".

La Confesión Belga aporta al tema con las siguientes palabras (Artículo 7): "Creemos, que esta Santa Escritura contiene de un modo completo la voluntad de Dios... así no les es permitido a los hombres... enseñar de otra manera que como ahora se nos enseña por la Sagrada Escritura... Porque, como está vedado añadir algo a la Palabra de Dios, o disminuir algo de ella (Dt. 4.2; 12.32; 30.6; Ap 22.19), así de ahí se evidencia realmente, que su doctrina es perfectísima y completa en todas sus formas... Por tanto, rechazamos de todo corazón todo lo que no concuerda con esta regla infalible, según nos enseñaron los Apóstoles..."

¿Para qué los credos si la Biblia es absoluta? ¿Para qué las autoridades secundarias si Dios es absoluto? La respuesta a estas preguntas es que así Dios mismo ha querido ordenar las cosas. Por ejemplo, Dios podría educar a los hijos de una familia directamente, pero ha resuelto hacerlo mediante sus padres. En el mismo sentido, Dios podría edificar directamente a los creyentes en Cristo, pero le ha placido, según su infinita sabiduría, valerse de hermanos y pastores-maestros para enseñar y exhortar.

Esto de *Sola Escritura* es una causa de mucho regocijo. ¡Qué maravilloso el hecho de tener la Biblia como autoridad absoluta única en todo asunto de creencia y conducta!. Así nos guía la palabra infalible, completa y suficiente del Dios único, sabio y bueno.

FÍJESE EN LAS SIGUIENTES RAZONES PARA FUNDAMENTARNOS EN *SOLA ESCRITURA*:

1. La primera razón: la Biblia es la Palabra de Dios, revelada e inspirada por Él. (Mire las pruebas bíblicas para la inspiración divina de las Sagradas Escrituras en la páginas 23,24 de MANUAL DE DOCTRINA, Berkhof). Como palabra de Dios, las Escrituras son perfectas (Véase L. Berkhof, MANUAL DE DOCTRINA CRISTIANA, el

capítulo sobre "Las Sagradas Escrituras", especialmente la sección sobre "Las perfecciones", y S. Waldrom, EXPOSICIÓN DE LA CONFESIÓN BAUTISTA DE FE DE 1689, PP. 28-57.

Entendemos y aceptamos el carácter divino de las Escrituras por razón del testimonio que Dios mismo da en ellas y con ellas. Ellas, pues, son su propia autoridad por razón de lo que son. No nos es permitido colocar otra autoridad como juez sobre ellas. Hacerlo sería colocar una autoridad humana sobre la divina. Más alta que Dios, no puede haber. Querer que su palabra sea confirmada por otra es dudar de la palabra de quien no puede mentir y dar más crédito a quien, sí, puede.

¿No es razonar en círculos comprobar la autoridad de la Biblia valiéndonos de la Biblia misma? Claro que así es, pero en últimas no es posible razonar de otra forma. Todo el mundo comienza aceptando como verídica alguna autoridad, sea o no consciente de estar haciendo así, y, luego, razona desde ese punto de partida para afirmar que hacer así era correcto, que esa autoridad era válida. Fíjese en LA VOZ DE AUTORIDAD, G. Marston, pp. 51-55.

Siendo la Biblia la Palabra de Dios, observamos sus perfecciones:

- Su autoridad. Debe ser obvio que si la Biblia es Palabra de Dios, luego sus criaturas tienen que someterse incuestionable y absolutamente a todo lo que enseña o manda. El hombre con su intelecto debe entenderla, pero no tiene derecho a juzgarla. Debe recibir como cierto todo lo que dice porque es Dios que así lo dice. Claro, deben ser correctamente interpretadas, interpretadas por ellas mismas.
 - Los profetas esperaban acatamiento de los oyentes porque hablaban bajo la fórmula "Así

«... nuestro Señor Jesucristo:... os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1Cor. 1:7-9).

Estas palabras admiten silenciosamente una gran necesidad al decirnos como se ha tenido en cuenta llenarla. Siempre que el Señor hace provisiones, podemos estar seguros que hay necesidad para ello, ya que el pacto de gracia no se distingue por cosas superfluas. En el palacio de Salomón se colgaron escudos de oro que nunca se usaron, pero en el arsenal de Dios no hay tales cosas. Necesitaremos por cierto, todo cuanto Dios ha provisto. Desde hoy hasta la consumación de todas las cosas será requerida toda promesa de Dios y toda provisión del pacto de gracia. La necesidad urgente del alma que cree es el fortalecimiento, la continuación, la perseverancia hasta el fin, el ser guardado para siempre. Tal es la necesidad del creyente más adelantado, porque Pablo escribía a los santos de Corinto, personas de prominencia, de las cuales podía decir: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús (1Cor. 1:4). Tales personas son precisamente las que sienten de verdad que diariamente necesitan gracia nueva para continuar el camino, perseverar y salir vencedoras al fin. Si no fueran santos, no tendrían necesidad de la gracia; pero por ser hombres de Dios, sienten diariamente las necesidades de la vida espiritual. La estatua de mármol no siente necesidad de alimento; pero el hombre vivo siente hambre y sed, y se alegra de que el pan y el agua no le falten, porque si le faltasen, moriría en el camino. Las necesidades personales del creyente le hacen imprescindible que diariamente acuda a la gran fuente de todo tesoro espiritual, pues ¿qué haría si no pudiera dirigirse a su Dios?

Creo que este temor es frecuentemente el padre del hecho; y que algunos que han tenido miedo de confiar en Cristo para todo el tiempo y toda la eternidad, han fracasado, porque su fe era temporal no siendo lo suficientemente sincera para salvarles. Principiaron confiando en Jesús hasta cierto punto, pero confiaron en sí mismos respecto a la continuación y perseverancia en el camino del cielo; así es que ese comienzo fue erróneo, y resultó la cosa más natural que no tardaran en volverse atrás. Si confiamos en nosotros mismos, es cierto que no perseveraremos. Aun cuando confiamos en Jesús esperando de él buena parte de la salvación, no dejaremos de fracasar, si confiamos en nosotros mismos respecto a algo. No hay cadena más fuerte que el más débil de sus eslabones; si de Jesús esperamos todo excepto algo, fracasaremos sin remedio, porque en esa cosa tropezaremos sin duda alguna.

No me cabe duda de que el error respecto a la perseverancia de los santos ha impedido la perseverancia de muchos que un día marchaban bien. ¿Cuál fue el tropiezo? Confiaban en sí mismos respecto a su carrera, y en consecuencia fracasaron. Cuidado con revolver algo del yo, en el cemento con que edificas, porque tu mezcla quedará descompuesta y las piedras no quedarán pegadas. Si miras a Cristo respecto al principio, ten cuidado de mirar a ti mismo respecto al fin. Él es el Alfa. Mira que te sea Omega también (principio y fin). Si comienzas en el Espíritu, no esperes perfeccionarte por la carne. Empieza como piensas y continúa como empezaste, que sea el Señor el todo en todo. Pidamos que Dios el Santo Espíritu, nos de una idea clara respecto a la fuente de toda fuerza necesaria para la perseverancia y para ser guardados hasta el día de la aparición del Señor.

Aquí sigue lo que dijo Pablo sobre este asunto al escribir a los corintios:

dice el Señor". Por ejemplo, Ezequiel 1.3; 3.16; 5.8; 6.1; 7.1,5; 11.14; 12.1; 13.1; 14.2, etc., etc., etc.

- El uso que hicieron Jesucristo y los apóstoles para confirmar con absoluta seguridad y autoridad la verdad de la enseñanza que presentaban. Fíjese por ejemplo en Jn. 10. 34,35; Luc. 24.27 y Hc. 15.16-18.
- Su claridad.
 - Los autores bíblicos escribían con la seguridad de ser entendidos. 2 Ti 2.7; 2 Co 1.13.
 - El carácter de Dios precluye una literatura confusa, sobre todo cuando el propósito de Dios era y es instruir para vida y como norma de juicio. Tito 1.2; Ro 2.12,13
 - Otros textos que indican la claridad de las Escrituras. Sal 19.7; 119.105; 2 Ti 3.14-17; Pr 6.23; Jn 8.31,32
- Su suficiencia. 2 Ti 3.14-17. Son suficientes para asuntos de fe y práctica delante de Dios, pero obviamente no son suficientes para aprender matemática, etc. Sin embargo, si bien no son suficientes para enseñarnos todas las áreas del saber humano, sí lo son para enseñarnos el uso de las mismas. Piense, por ejemplo, en cómo el conocimiento de la Biblia lleva a un matemático a entender y usar mejor su matemática.

Fíjese en los siguientes textos que Pablo confiaba en que los lectores mediante las Escrituras tendrían comprensión para hacer toda la voluntad de Dios. 1 Ti 5.10; 2 Ti 2.21; Tito 2.7; 3.1.

Dos casos que ilustran la suficiencia de las Escrituras:

- a. Lucas 24, la entrevista de Jesús con los dos en camino a Emaús
 - b. Hechos 15, el concilio de Jerusalén
- **Su finalidad.** Esto es un corolario o conclusión del hecho de la suficiencia de las Escrituras.
 - Son finales porque su tema es Jesucristo. Lc 24:27,44; Jn 5.39. Cristo es la culminación de la revelación y de aquella redención que es el tema básico de la revelación, y por razón de la cual básicamente la revelación fue dada. Ef 1.10; Gá 4.4,5; Col 2.1-3,9,10; Hc 2.16ss; 3.18-26; Heb 1.1-3. Es decir, el día de JC, el día de Dios, ya llegó al llegar Él. 2 Co 6.2; Mt 13.11,16,17; 1 Pe 1.20; Heb 9.26,28; 1 Co 10.11; Col 1.16-20. Después de Cristo, Dios no tiene más que decirnos, Jn 17.3-8, sino lo que ya nos dice con su Palabra, las Sagradas Escrituras. Las revelaciones directas eran mediante ciertos hombres escogidos y para cierto tiempo mientras Dios completara el proceso de la revelación progresiva.
 - Son finales porque ha sido la costumbre de Dios colocar en forma escrita la palabra entregada. La ley de Moisés, por ejemplo, Dt 4.1,2; 5.22; 9.10; 10.2,4; Es 7.10; 3.2; Neh 8.1; 9:13,14; 10.34; 13.1. Los salmos 1,19,119 elogian esta metodología divina. En los profetas, encontramos lo mismo: Is 5.24; 8.20; 58.2. Las revelaciones directas fuera de la Escritura fueron la excepción, no la regla.
 - Son finales por razón del fundamento apostólico. Apóstol, un personaje singular, Ef 2.20, Hc 1.21,22 (Sí, la palabra es usada en la Biblia con un sentido más amplio, Ro 16.7, pero esto no anula el sentido técnico que generalmente se da al

naturaleza. Suponer que tu puedes por fuerza colocar tu alma en ese estado de gracia, es contrario a las leyes de la mente humana. Lleva tu corazón en oración al que lo comprende, diciendo: «Límpialo, Señor. Señor renuévalo. Señor realiza tu el arrepentimiento en él.» Cuanto más procures tu mismo producir emociones de arrepentimiento en ti mismo, tanto más fracasarás; pero si con fe piensas en Jesús que muere por ti, nacerá en ti el arrepentimiento. Medita pues, en el Señor que de puro amor derrama la sangre de su corazón por ti. Fija la vista de tu mente en la agonía y sudor de sangre, en la cruz y pasión; y al hacerlo así el afligido de tanto dolor te mirará a ti y mediante esa mirada hará para contigo lo que hizo con Pedro, de modo que tu también salgas para llorar amargamente. El que murió por ti puede hacer que tu mueras al pecado mediante su Espíritu de gracia; y el que ha entrado en la gloria para tu bien, puede conducir tu alma en pos de sí, hacia la santidad, dejando atrás el pecado.

Estaré contento de dejarte este pensamiento; no busques fuego debajo del hielo, ni esperes hallar arrepentimiento en tu corazón natural. Miro al Vivo para hallar la vida. Mira a Jesús por todo cuanto necesites entre la puerta del infierno y la puerta de cielo. No busques en otra parte algo de lo que Jesús desea concederte, acuérdate de que Cristo es todo.

EL TEMOR DE CAER

Cierto temor se apodera a veces, de muchos que buscan la salvación: *temen que no podrán perseverar hasta el fin*. He oído decir, «Si yo tuviera que entregar mi alma al Señor Jesús, tal vez volvería atrás perdiéndome al fin. Antes he tenido sentimientos buenos y los he perdido. Mi bondad ha sido como la nube de la mañana y como el rocío temprano. De repente ha venido, ha durado poco, ha prometido mucho y luego ha desaparecido.»

pasados. Con verdad dijo el Señor: «Israel no me quiso a mi» (Salmo 81:11). Jesús «vino a los suyos, y los suyos no le recibieron» (Juan 1:11). No obstante, para bien de Israel fue nuestro Señor Jesús ensalzado para dar arrepentimiento y remisión de pecados. El lector es probablemente gentil; pero a pesar de ello puedes tener un corazón muy terco que por muchos años ha resistido al Señor Jesús. Y, no obstante, en ti puede nuestro Señor efectuar el arrepentimiento. Bien puede ser que todavía tendrás que escribir, afligido por el amor divino, como el autor de la interesante obra, *Libro de cada día*, quien en cierta época de su vida era un incrédulo obstinado. Vencido por la gracia soberana escribió:

El corazón más altanero

Has quebrantado, Dios, en mí;

El yo más terco y más fiero

Has bien domado para ti.

Tu voluntad cual mía quede:

Tu ley, la regla de mi ser;

Mi corazón, tu Santa sede,

Mi lucha, siempre obedecer.

El Señor puede dar arrepentimiento al menos digno, volviendo en ovejas a los leones, en palomas a los cuervos. Volvamos a él para que cambio tan grande se opere en nosotros. Sin duda alguna la contemplación de la muerte de Cristo es uno de los modos más seguros y efectivos para alcanzar el arrepentimiento. No te sientes, procurando el arrepentimiento de la fuente seca y corrompida de la

término en Hechos. 1.1,25,26; 2.37,42,43; 4.33,35; 5.2,12,18,40; 6.2; 8.1,14,18; 9.27; 11.1; 15.6,23. Mire también Ap 21.14 y 22.18,19.

1. La segunda razón porque insistir en *Sola Escritura* es la realidad del ser humano.
 - a. Es criatura. Sal 103.14,15; Eclesiastés; Job; Ro 11.33-36. Las Escrituras revelan verdades que la mente humana no es capaz ni de descubrir ni de comprender. El hombre es finito. Había necesidad de revelación desde el puro principio para que el hombre supiera vivir rectamente.
 - b. Es pecador. (La corrupción total del hombre)
 - o La mente del hombre caído es de tal manera desviada que no le corresponde juzgar ni de la doctrina ni de la práctica. Ro 1. 28; Col 1.21; 1Co 1.20,21; 2.14.
 - o La voluntad esclava del hombre no puede ni querer ni apreciar lo bueno. Toda la Biblia relata el fracaso constante, repetido, y total del hombre.
1. La tercera razón por confesar la norma *Sola Escritura* es por lo que pasa cuando esta norma no es respetada.
 - a. El catolicismo – la tradición
 - b. El pentecostalismo – la experiencia
 - c. El liberalismo – la razón

El desafío que lo anterior implica: la atención cuidadosa, abundante y constante, el estudio diligente y asiduo de la Escritura. La inconsistencia de defender la Biblia y después no escucharla, no entenderla y no obedecerla. Mt 7.24-29; Deuteronomio; Jeremías 6.10,19; 7.13,24,26,28; 11.7,8; 13,10,11,17; 16.11,12; 17.23; 18.10; 19.15; 22.21; 25.3,4,7,8; 26.4,5; 29.19; 32.33; 34.14; 35.14,15,17; 44.4,5.

LA AUTORIDAD DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Todos lo sabemos. El mundo moderno ha lanzado un desafío a la fe cristiana. Si recogemos el guante, una de las primeras tareas consistirá en definir nuestra actitud con respecto a la Biblia.

Ciertamente, el problema de la autoridad de las Sagradas Escrituras no es nuevo. Desde los tiempos más antiguos, el cristianismo ha sabido defender la autoridad de la Biblia contra quienes la criticaban o la negaban. Ha debido defenderla también contra el descrédito en que llegó a tenerla el catolicismo romano en favor de la tradición. Pero en los siglos xix y xx la oposición contra la autoridad de la Escritura no ha cesado de aumentar; y, al cabo de los años, la Iglesia -y muy particularmente las iglesias de confesión reformada- debe enfrentarse a una corriente muy poderosa de crítica. Cuando la Iglesia cristiana invoca la infalibilidad de la Biblia, sabe que tiene que hacer frente a una oposición cuasi-unánime; y no se trata simplemente de la oposición de los librepensadores declarados o la del modernismo tal como lo conocemos en Europa y en América.

En el siglo xix, el célebre teólogo alemán Wilhelm Herrmann afirmó con energía que la antigua teoría de la inspiración que confiesa que la Escritura es divinamente inspirada ya no encuentra aceptación entre los teólogos. Actualmente, un poco en todas partes, tanto en la iglesia como entre ciertos teólogos, se tiene como evidente que es imposible conservar la antigua doctrina de la inspiración y de la infalibilidad de la Biblia. Y la forma particular que reviste por lo general, hoy, esta actitud crítica en relación con la Escritura puede resumirse en la siguiente afirmación: *No existe identidad entre la Escritura y la Palabra de Dios*. Identificarlas -dicen ciertos teólogos contemporáneos- es simplificar el problema.

Esta crítica debe conmover no sólo la teología reformada, sino sobre todo a la Iglesia entera. En nuestros pulpitos, en nuestras cátedras, en nuestros cursos de instrucción religiosa, en nuestros hogares, la Biblia ocupa un lugar prominente: el que merece el

ablandarte y, cuando menos pienses, causar que un sentimiento de santidad invada tu alma. Puedes estar seguro de eso, que Aquel que ha entrado en la gloria, ensalzando hasta el esplendor y majestad de Dios, tiene abundancia de medios para efectuar arrepentimiento en los que tendrán perdón. En este mismo momento está esperando darte arrepentimiento. Recíbelo inmediatamente.

Fíjate en el hecho, para consuelo tuyo. Que el Señor Jesucristo da este arrepentimiento a los menos dignos de la humanidad. Fue ensalzado para dar arrepentimiento a Israel. ¡A Israel! En los días que habló el apóstol así, era Israel la nación que más había pecado contra la luz y contra el amor, coronando su obra de infamia por la crucifixión del Señor, atreviéndose a decir. «*Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*» (Mat. 27:25). Ciertamente, estos israelitas eran los asesinos de Jesús; y no obstante fue ensalzado para darles el arrepentimiento. ¡Qué maravilla de gracia! Escucha pues; si tu has sido criado a la luz cristiana más resplandeciente y a pesar de ello lo has rechazado, hay todavía esperanzas para ti. Aun cuando hayas pecado contra la conciencia, contra el Espíritu Santo, contra el amor de Jesús, todavía hay lugar para el arrepentimiento. Aunque te hallaras endurecido como Israel incrédulo de antaño, todavía es posible tu ablandamiento, ya que Jesús se haya ensalzado para dar arrepentimiento a los que llegaron al colmo de la iniquidad, agravando de un modo especial su pecado. ¡Dichoso quien, como yo, tiene un evangelio tan pleno para proclamar! ¡Dichoso tú que tienes el privilegio de escucharlo!

Los corazones de Israel se habían endurecido como una roca de pedernal. Martín Lutero creía imposible la conversión de un judío. Sin estar de acuerdo con él, es preciso admitir que la simiente de Israel ha sido terriblemente terca rechazando al Señor todos estos siglos

sinceramente me arrepienta del mismo.» Y él oírás tu clamor y te responderá.

Acuérdate también de que cuando el Señor Jesús fue ensalzado, no solamente nos dio el arrepentimiento enviando al Espíritu Santo, sino consagrando todas las obras de la naturaleza y la providencia para el gran fin de nuestra salvación, providencialmente cualquiera de ellas puede llamarnos al arrepentimiento, ya sea que cante, como el gallo que oyó Pedro, o retumbe, como el terremoto que espantó al carcelero de Filipos. Desde la diestra de Dios, nuestro Señor Jesús gobierna las cosas de la tierra haciéndolas cooperar para la salvación de sus redimidos. Se vale tanto de lo amargo como de lo dulce, de las penas como de las alegrías para producir en los pecadores algún cambio de mente hacia Dios. Se agradecido por algún acto de la providencia que te ha hecho pobre, enfermo o afligido; porque mediante tales cosas Jesús actúa en tu vida llamándote hacia sí mismo. La misericordia del Señor frecuentemente viene cabalgando hacia nuestra puerta sobre el jinete negro de la aflicción. Jesús se vale de toda la capacidad de nuestra experiencia para separarnos del mundo y atraernos al cielo. Cristo ha sido ensalzado hasta el trono del cielo y de la tierra para que mediante los procedimientos de la providencia someta todos los corazones endurecidos hasta sentir el bendito quebranto del arrepentimiento.

Además, ahora mismo está actuando por sus juicios en el escenario de las conciencias por su Libro inspirado (La Biblia), mediante nosotros que hablamos según el Libro y por las oraciones de los amigos y de los corazones sinceros. Él te puede enviar una palabra que hiera tu corazón de piedra, como la vara de Moisés, y haga brotar ríos de arrepentimiento. Él puede llevar a tu mente algún texto de las Sagradas Escrituras que quebrante tu corazón y te cautive en un momento. Misteriosamente puede

Libro que nos ha sido dado para la vida y para la muerte. La Iglesia -y especialmente la Iglesia surgida, renovada, de la Reforma-, ¿concedió acaso antaño una autoridad demasiado grande a las Escrituras? He ahí una de las cuestiones más importantes a la que todo miembro de iglesia debe responder en la actualidad. Tenemos que examinar, pues, esta problemática antes que nada.

Los argumentos de la "tradicón crítica"

Los críticos contemporáneos desarrollan sin cesar dos argumentos en contra de la identificación cristiana tradicional -y reformada, sobre todo- de la Biblia y la Palabra de Dios.

En *primer lugar*, según algunos, nuestra doctrina de la inspiración de las Escrituras se encontraría en notorio conflicto con las conclusiones de la investigación histórica y crítica de los últimos siglos. El análisis de los textos se ofrece como prueba de la insuficiencia de la tesis reformada en cuanto a la inspiración de la Biblia.

En *segundo lugar*, se afirma que la identificación de la Escritura Santa con la Palabra de Dios excluye la posibilidad de una fe cristiana entendida como confianza viva y personal. Una fe que tuviera por objeto a la totalidad de la Biblia -pretenden nuestros críticos- no puede ser ya una convicción real y personal; la fe y la confianza no pueden entregarse sino a una Persona viva; poner la fe en la Biblia, en lugar de ponerla en Dios, sería contrario a la esencia de la fe cristiana.

De estos dos argumentos, el uno pretende ser científico a inspirado en las investigaciones históricas; el otro es de carácter religioso. Ignoro cuál de los dos, históricamente, ha tenido más influencia; pero el efecto de ambos argumentos combinados ha sido considerable y las repercusiones se sienten todavía hoy. Forman parte de un conjunto que se ha convertido a su vez en una nueva tradición, la "tradicón crítica", y parecen tan evidentes a un número tan considerable de personas -teólogos y no teólogos que

el punto de vista reformado es tenido por una tentativa aislada para salvar un conservadurismo estéril y para mantener una tradición yuxtapuesta que en la actualidad es rigurosamente indefendible. Cualquiera que rechaza esta nueva y reciente tradición -la “tradición crítica”- recibe inmediatamente el apodo de “fundamentalista”, de ciego voluntario que rehúsa de tomar en consideración hechos simples e irrefutables.

Los representantes contemporáneos de esta “tradición crítica” tienen que admitir, sin embargo, que la Escritura tiene un valor particular para la Iglesia y para el individuo, para la vida y para la muerte, aunque no la acepten como Palabra divina infalible. Para ellos, la Escritura da testimonio de la Palabra, de la verdadera Palabra de Dios. No es más que esto: un testimonio de la Revelación divina; pero no puede ser, no puede haber sido jamás, la Palabra misma, la mismísima Revelación. Se admite que la antigua doctrina de la infalibilidad contenía un elemento religioso: el ardiente deseo de todo hombre en cuanto a la certidumbre en materia de salvación. Se le reconoce así su valor, puesto que la certidumbre es un elemento esencial en la fe cristiana. Pero -añaden- nuestros padres y la ortodoxia se equivocaron al buscar la certeza allí donde no se encontraba y por medios equivocados. Así como el catolicismo romano se extravió -argumentan estos críticos- al buscar la certidumbre en la infalibilidad del Papa, así también la Reforma se descarrió al buscarla en la infalibilidad de la Biblia. Buscar la certeza religiosa en una Biblia infalible constituye -nos dicen- un enojoso contrasentido, sobre todo en nuestra época, en donde todo es movimiento, todo es riesgo, todo equivale al “salto en el vacío, hacia lo desconocido”. En un mundo como el nuestro, en el que la ciencia es la única autoridad, se nos previene caritativamente que el persistir en la defensa de la doctrina reformada de la infalibilidad de la Escritura no puede conducir más que a resultados catastróficos, ya que son muchos los que, delante de la imposibilidad científica de semejante doctrina, rechazarán no sólo la doctrina, sino también lo que, sin duda, estaban prestos a reconocer: el valor religioso de una Biblia humana, de un testigo falible.

ley no habla de arrepentimiento, sino dice sencillamente «*El alma que pecare, esa morirá*» (Eze. 18:20). Si el Señor Jesús no hubiera muerto, resucitado y ascendido al Padre, ¿para que serviría tu arrepentimiento o el mío? Podríamos sentir remordimiento de conciencia con todos sus horrores, pero no el verdadero arrepentimiento con sus esperanzas. Arrepentimiento en sentido de sentimiento natural es un deber común que no merece alabanza; en verdad, es un sentimiento tan comúnmente mezclado con temor egoísta al castigo que su mejor aprecio es de poco valor. Si no hubiera intervenido Jesús, acumulando una riqueza de mérito, nuestras lágrimas de arrepentimiento no valdrían más que otras tantas gotas de agua derramada en tierra.. Se haya ensalzado Jesús para que en virtud de su intercesión tenga valor ante Dios nuestro arrepentimiento. En este sentido nos da arrepentimiento, puesto que pone el arrepentimiento en condición aceptable, lo que de otro modo no sería.

Cuando Jesús fue ensalzado, fue derramado el Espíritu de Dios para producir en nosotros todo don de gracia necesario. El Espíritu Santo crea en nosotros el arrepentimiento renovándonos de un modo sobrenatural quitando el corazón de piedra de nuestra carne. No te sientes apretándote los ojos para sacarte algunas lágrimas imposibles; el arrepentimiento no sale de una naturaleza rebelde, sino de la gracia libre y soberana. No entres en tu recámara pegándote en el pecho para producir en un corazón de piedra sentimientos que no existen en él. En cambio, acude en espíritu al Calvario y contempla la pasión y muerte de Jesús. Mira arriba de donde viene tu socorro. El Espíritu Santo ha venido expresamente para hacer sombra a los espíritus de los hombres y engendrar en ellos el arrepentimiento como antes se movía sobre la tierra desordenada para producir orden. Eleva tu ruego a él. «Bendito Espíritu de Dios, apodérate de mí. Hazme sencillo y humilde de corazón para que odie el pecado y

arrepiente. ¿De que se arrepentiría? Nosotros somos los que nos debemos arrepentir con el pleno conocimiento de toda facultad de nuestra mente. La voluntad, las afecciones, las emociones, todo coopera cordialmente en el acto bendito del arrepentimiento del pecado; y no obstante detrás de todo lo que sea acto personal nuestro, está una influencia santa actuando en secreto, ablandando nuestro corazón, causando arrepentimiento y produciendo un cambio completo. El Espíritu de Dios nos ilumina para que veamos lo que es el pecado haciéndolo repugnante a la vista. Además, el Espíritu de Dios nos vuelve a la santidad, haciéndonos apreciarla de corazón, amarla, desearla, y así nos comunica un impulso, por el cual somos llevados adelante paso a paso por el camino de la santidad. El Espíritu de Dios actúa en nosotros tanto el querer como el hacer según el beneplácito de Dios. Sometámonos a este buen Espíritu ahora mismo para que nos guíe a Jesús, quien abundantemente nos dará la doble bendición del arrepentimiento y del perdón, según las riquezas de su gracia. «*Por gracia sois salvos*».

CÓMO SE DA EL ARREPENTIMIENTO

Volvamos al gran texto «*A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador. Para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados*» (Hech. 5:31). Nuestro Señor Jesucristo ha subido para que la gracia baje. Él emplea su gloria para que propagar mejor su gracia. El Señor no ha dado un solo paso hacia arriba sino con el objeto de llevar consigo a los creyentes arriba. Ha sido ensalzado para dar arrepentimiento, lo que veremos adelante, nos recordará de unas cuantas grandes verdades.

La obra que nuestro Señor ha llevado a cabo, ha hecho el arrepentimiento posible, de utilidad y aceptable. La

Hemos, pues, prevenidos de las consecuencias posibles y de los peligros que implica la posición reformada con respecto a la autoridad de las Escrituras. La Biblia no es más que un testigo humano de la verdadera revelación: tal es la actitud más generalmente adoptada por los críticos contemporáneos. Para ellos, la Biblia es un -testigo falible, pero, no obstante, es un testigo que nos pone en contacto con la revelación. Es lo que afirmaba Emil Brunner en Las conferencias que pronunció en América allá por el año 1928, cuando comparaba la Biblia a un aparato de radio que, a pesar de Las interferencias y dificultades, nos pone *en contacto* con la belleza de un concierto ejecutado lejos de nosotros.

Cuando comparamos el contenido de Las Confesiones de fe reformadas relativas a la autoridad de Las Sagradas Escrituras y el mundo del relativismo en el que nos ha tocado vivir, es indispensable que sepamos cómo hablar y cómo testificar de la autoridad de la Escritura Sagrada. Ya que no se trata de ningún problema abstracto. Es imposible, en efecto, desligar nuestra confesión de fe en la autoridad de la Palabra de Dios del contenido Salvador de esta misma Palabra. El cristianismo es la religión de un libro, pero no en un sentido puramente formal. Es menester conocer con certeza el valor de nuestro testimonio, dado que este testimonio viene cargado de riquezas y de responsabilidades. En Las tinieblas que nos rodean, ¿cómo podremos ser de bendición para todos aquellos que han perdido sus seguridades bajo el asalto de una crítica radical?

Barth y la Biblia

Sabemos que no será nunca posible probar la autoridad de Las Sagradas Escrituras por medio de una apologética racionalista. Con Calvino, con la “Confesión de Fe de Los Países Bajos” (*Confesión Belgica*), sabemos que únicamente el testimonio del Espíritu Santo puede convencernos de la autoridad verdadera de Las Escrituras. Pero frente al ataque persistente y duro que se libra contra la Biblia es necesario poder, y osar, dar un testimonio honesto, sincero y convincente del hecho de que la Escritura es verdaderamente una lámpara a nuestros pies y una lumbrera que

brilla en las tinieblas. Un testimonio honesto, ciertamente; no simplemente un testimonio “conservador” sin más, que tiembla delante de los hechos, sino una verdadera convicción de fe, y de fe cristiana, de la que el mundo actual, hoy más que nunca, tiene necesidad.

En este primer estudio desearía llamar vuestra atención sobre el concepto de Karl Barth y la manera como se expresa en relación con la Escritura. El interés que tenemos en ello no es simplemente teórico, sino práctico y religioso también. Numerosas cuestiones planteadas por Barth deben ser analizadas por la teología reformada, ya que su influencia es tan profunda como lo fue la de Schleiermacher en el siglo xix, y esta influencia se deja sentir todavía hoy. A lo largo de los años en que Barth ha desarrollado su teología, ha criticado algunos puntos de su propio sistema; pero hay una doctrina que jamás ha retocado, una doctrina a la que no ha cambiado nada: es su doctrina de la Escritura, igual hoy que en 1926, cuando por primera vez escribía sobre la doctrina reformada de la Sagrada Escritura. Podemos afirmar que la postura de todos los teólogos dialécticos es, sobre este punto, idéntica. No ignoráis, por ejemplo, que Brunner y Bultmann reconocen sin ambages que ellos aceptan una forma bastante radical de crítica escrituraria. ¿Sobre qué, pues, se funda esencialmente la posición de Karl Barth, el jefe de la teología dialéctica, en esta nueva forma de pensamiento teológico?

Desde 1926, Barth criticaba la posición ortodoxa del siglo xvi, que hacia de la Biblia el resultado de un dictado celeste. En 1947 expresó la misma crítica en un folleto titulado *La Escritura y la Iglesia*, en el que se levantaba contra el “error” de la Iglesia que considera que la Palabra de Dios se halla realmente contenida en el libro de las Sagradas Escrituras. Allí expresó su convicción de que dicho “error” había sido un fruto del naturalismo. Imposible, según él, que la Palabra de Dios, de Dios vivo y personal, pudiese ser contenida en un libro, ya que la Palabra de Dios es el Espíritu de Dios, el Señor mismo en su majestad, su soberanía y su realidad. De ahí que Barth rechace enérgicamente toda identificación entre la Palabra de Dios y la Biblia. Admite, sin em-

una con la otra. Son como el Jaquín y Boaz (1Rey. 7:21), en la experiencia de la salvación; quiero decir que se pueden comparar a las altas columnas del templo de Salomón, colocadas al frente de la casa del Señor, formando una entrada majestuosa al lugar santo. Nadie viene del modo debido a Dios, a no ser que pase entre las columnas del arrepentimiento y de la remisión. El arco iris del pacto de gracia ha sido desplegado en toda su hermosura sobre tu corazón, cuando sobre las lágrimas del arrepentimiento haya brillado la luz del pleno perdón. El arrepentimiento del pecado y la fe en el perdón de parte de Dios son el tema y argumento de la verdadera conversión. Por estas señales conocerás «un verdadero israelita.»

Volvamos al texto que estamos meditando; tanto el arrepentimiento como el perdón brotan de la misma fuente, siendo dones del mismo Salvador. El Señor Jesús desde su gloria concede las dos cosas a las mismas personas. No debes buscar la fuente del arrepentimiento, ni del perdón, en otro punto. Ambas cosas están listas y el Señor está preparado para concederlas gratuitamente ahora mismo a toda persona que de su mano las quiera recibir. No debe olvidarse nunca que Jesús da todo lo necesario para la salvación. De la mayor importancia es que todos cuantos buscan la salvación comprendan esto. La fe es tanto un regalo de Dios como el objeto en que la fe se funda. El arrepentimiento es tan manifiesta obra de la gracia como la expiación por la cual se borra el pecado. La salvación es obra de la gracia sola desde el principio hasta el fin.

No me comprendas mal aquí. Por supuesto, no es el Espíritu Santo el que se arrepiente. Nada ha hecho de lo que se deba arrepentir. Y si pudiera arrepentirse, de nada nos valdría; es preciso que nos arrepintamos cada uno de nosotros de nuestro propio pecado, y si no, no quedaremos salvos del poder del pecado. NO es el Señor Jesucristo quien se

sientes arrepentido; y tampoco eres capaz de arrepentimiento más profundo antes de haber sido perdonado. Sorprendente puede parecer, pero es cierto, que la amargura del arrepentimiento y la dulzura del perdón, se mezclan en el olor suave de toda vida de gracia, resultando en dicha sin par.

Estos dos regalos del pacto, constituyen la seguridad mutua la una de la otra. Si se que me arrepiento, se también que Dios me ha perdonado. ¿Cómo sabré que me ha perdonado sino conociendo también que me ha librado de mis malos caminos? El ser creyente, es ser arrepentido. La fe y el arrepentimiento son dos rayos de la misma rueda, dos mangos del mismo arado. Se ha dicho bien que el arrepentimiento es el corazón quebrantado a causa del pecado y separado del pecado. De igual forma bien se puede decir que es un cambio y complemento. Es un cambio de mente de la clase más radical y profunda, acompañado de dolor a causa del pecado cometido en el pasado, y del compromiso de transformación para el futuro. Dejar el mal que antes yo amaba; amar el bien que antes odiaba, demuestra así la sinceridad del dolor.

Siendo esto un hecho positivo, podemos estar seguros del perdón, porque el Señor nunca lleva el corazón al quebranto a causa del pecado, separándolo del mismo, sin perdonarlo. Por otra parte, si disfrutamos el perdón mediante la sangre de Jesús, siendo justificados por la fe y teniendo paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo, sabemos que nuestro arrepentimiento y nuestra fe son de la clase legítima.

No considera tu arrepentimiento cual mérito que le proporciona el perdón, ni esperes capacidad natural para arrepentirte hasta que veas la gracia de nuestro Señor Jesús y su prontitud de borrar tus pecados. Guarda estas cosas cada una en su lugar y contéplalas en la relación que tienen la

bargo, que se da una cierta identidad, pero una identidad que no puede ser más que *indirecta*.

Tengo la seguridad de que podemos comprender la clave de la teología de Barth si captamos lo que él entiende por *identidad directa*. Es extraordinario que Barth persista en hablar de la autoridad de la Biblia. Es así que él escribe, por ejemplo, al hablar de la Sagrada Escritura: allí donde hay autoridad, allí existe obediencia. Y es la autoridad de Jesucristo. ¿No fue ésta la antigua doctrina de la inspiración de la Biblia? Sin embargo, no olvidemos jamás que un buen número de teólogos hablan de la autoridad de las Escrituras y aceptan, al mismo tiempo, la crítica moderna de la Biblia; recordemos, asimismo, que la mayoría de críticos radicales da la impresión de tener un gran respeto por la Biblia. Reconocen que el Señor pronuncia la Palabra de Dios y que esta Palabra tiene autoridad; hemos de escucharla y obedecerla. Brunner acepta, de un lado, cierta forma radical de crítica y, por ejemplo, rechaza el nacimiento virginal de Jesucristo, así como otras enseñanzas de la Biblia; mas, por otro lado, presenta la Escritura como la norma de la doctrina. Ahora bien, cuando afirma su autoridad, critica seguidamente la que él llama “falsa doctrina” de una inspiración infalible. De este modo, proclama la autoridad de la Escritura y critica al propio tiempo la identificación de la Escritura con la Palabra de Dios. Encontramos una actitud idéntica en la teología de Barth. ¿Qué significa todo esto?

Debo repetirlo: este problema afecta directamente a cada miembro de iglesia cuando escucha la Palabra de Dios o una predicación basada en esta Palabra soberana. Durante siglos, la Iglesia ha vivido confesando que la Biblia es la Palabra de Dios, pero ahora no entiende -no puede ciertamente comprender nada- de esta diferencia entre la identidad directas y la identidad indirecta de la Escritura y la Palabra de Dios. No obstante, tiene derecho a saber si su fe descansa sobre un sólido fundamento y si puede hablar de la Biblia como de la verdadera Palabra de Dios. Esta confesión de fe no es, de ningún modo, propiedad exclusiva de los teólogos: es propiedad de toda la Iglesia. De ahí que la cuestión de la autoridad de la Biblia sea un problema que compromete a la Iglesia por entero.

No es posible ninguna vacilación en cuanto al punto de vista de Karl Barth: es categórico sobre el particular. Niega la inspiración de la Biblia en el sentido de que la Palabra de Dios estuviera contenida en este libro que se halla sobre la mesa. Esta concepción de la revelación que precisa la inspiración del texto bíblico viola, según él, el misterio de la Escritura y la soberanía de Dios, del Dios que nos habla. La Escritura no puede ser identificada con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios es un milagro. Decid: "Palabra de Dios" y, en realidad, estáis diciendo: "¡milagro!". Y es precisamente este milagro -en el decir de Barth- aquello a lo cual la teoría ortodoxa de la inspiración no hace el menor caso. Para él, en la doctrina ortodoxa, la inspiración se convierte en el atributo de un libro, una especie de calidad permanente. La Palabra de Dios se hace estática. Pero la revelación es siempre un acto de Dios; no puede ser fosilizada. En una revelación estática no queda lugar para el Dios vivo de la revelación bíblica, lo que conduce a la Iglesia a no tener ya más Palabra de Dios que le sea dirigida hoy. No tendría otra cosa que una palabra, pronunciada en tiempos antiguos, hace mucho tiempo, pero no una Palabra que le hablase hoy, en presente. En oposición a esta doctrina, Barth insiste en el hecho de que la Iglesia debe decir siempre: "Habla, Señor, que tu siervo escucha." Y es entonces que el Señor habla realmente a través del testimonio bíblico, humano y falible. El gran error de la doctrina ortodoxa sería el impedir al Señor que hablase hoy, el de atentar a su libertad; ¡el Dios Todopoderoso quedaría encerrado en un libro!

Según Barth, la Biblia es para nosotros un testigo, humano y falible, de la revelación original de Dios, el Dios manifestado en carne a lo largo de los años 1 al 30 de nuestra era. Tal es la única revelación y no hay otra. En 1947, Camfield y otros teólogos ingleses hicieron un homenaje a Karl Barth, y Hedry, por ejemplo, escribió que esta actitud entrañaba un verdadero re-descubrimiento de la Biblia que nos liberaba de todas las falsas antítesis que había levantado tanto la ortodoxia como el liberalismo, y que tenía el mérito de hacernos descubrir -o mejor dicho: re-descubrir- el carácter humano de la Palabra, como testimonio humano de la revelación; humano y falible

Estas dos cosas actúan mutuamente. El hombre arrepentido es perdonado, y el perdonado se arrepiente más profundamente después de perdonado. Así es que podemos decir que el arrepentimiento conduce al perdón y el perdón al arrepentimiento.

«La ley y los terrores,» dice el poeta, sólo endurecen al hombre, mientras actúan a solas; pero un sentimiento de perdón, adquirido mediante la sangre ablanda el corazón de piedra.»

Convencidos del perdón, aborrecemos la iniquidad. Y supongo que cuando la fe se haya aumentado hasta la seguridad plena, de modo que estemos muy seguros sin sombra de duda que la sangre de Jesús nos ha emblanquecido más que la nieve, entonces el arrepentimiento ha llegado a la perfección.

La capacidad de arrepentirse crece a la medida de que la fe crece. No haya equivocación en este caso, el arrepentimiento no es cosa de días o semanas, como la penitencia impuesta, que se desea terminar cuanto antes. No, se trata de una gracia para la vida entera como la fe misma. Los hijos de Dios se arrepienten, así los jóvenes y los ancianos.

El arrepentimiento y la fe son compañeros inseparables. Mientras tanto que andamos por fe estamos en condición de arrepentirnos. No es verdadero el arrepentimiento que no venga de la fe en Jesús, y nos es verdadera la fe en Jesús que no capacita para el arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento, como los gemelos siameses, viven unidos. A medida que creemos en el amor perdonador de Jesús, podemos arrepentirnos. Y a medida que nos arrepentimos del pecado y odiamos el mal, nos regocijamos en la plenitud del perdón que Jesús ha sido ensalzando para conceder al necesitado. No podrás jamás apreciar el perdón, si no te

que nos limpia de las manchas del pecado, nos salva de los caminos sucios del presente y nos guarda de caer en el porvenir. Es preciso que recibamos agradecidos tanto la palabra del arrepentimiento como la de la remisión del pecado. Son dos cosas inseparables. La heredad del pacto es una e indivisible y no se divide en partes. Dividir la obra de la gracia, sería partir una criatura por la mitad, y quien tal permitiera, demostraría que no tiene interés alguno en el asunto.

Pregunto a los que buscan al Señor, ¿Estarías contento con que Dios te perdonara tus pecados, dejándote luego vivir como un malvado y mundano como antes? Ciertamente que no; el espíritu vivificado tiene más miedo del pecado mismo que de los castigos que resultan del mismo. El grito de tu corazón no es: ¿Quién me libraré del castigo? Sino «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?» (Ro. 7:24). ¿Quién me hará capaz de vencer la tentación y ser santo como Dios es santo? Ya que la unidad del arrepentimiento y el perdón concuerdan con el deseo realizado por la gracia, y ya que es necesaria esa unidad para la perfección de la salvación, como a causa de la santidad, descansa seguro de que permanecerá esa unidad.

El arrepentimiento y la remisión del pecado son inseparables en *la experiencia de todos los creyentes*. Jamás hubo persona que de verdad se arrepintiera de sus pecados, confesándolos a Dios en el nombre de Jesús, que Dios no perdonara; por otra parte, jamás hubo persona que Dios perdonara sin arrepentimiento del pecado. No vacilo en afirmar que bajo las bóvedas del cielo jamás hubo, ni hay, ni habrá caso de pecado limpiado, a no ser que al mismo tiempo hubiera arrepentimiento y fe en Cristo Jesús. El odio al pecado y el sentimiento de perdón entran juntos en el alma y permanecen juntos mientras vivamos.

ciertamente, pero que, no obstante, nos pone en contacto con el Dios vivo. De esta manera, es posible aceptar la crítica histórica y hablar al mismo tiempo de la autoridad del texto bíblico y la obediencia que le debemos.

Barth afirma que no hay más que una sola revelación. No hay, pues, revelación general en la creación, como lo afirma el artículo 2 de la “Confesión de los Países Bajos”, que Barth critica como siendo exponente de la teología natural¹.

Y Barth va todavía más lejos: tampoco habría, propiamente hablando, ninguna revelación en el Antiguo Testamento, el cual no aportaría más que un testimonio a la única verdadera revelación que había de venir más tarde. No hay ningún límite a la humanidad de la Biblia, afirma Barth. Negarlo, equivale a hundirnos en el docetismo y no querer comprender que esta completa humanidad pertenece a la esencia misma de la revelación, al “*incógnito*” de la Palabra en el mundo, al carácter escondido de la Revelación de Dios. El Señor no se revela nunca directamente, más lo hace siempre “*incógnito*”. Este tema de la teología dialéctica muestra la fuerte influencia de Kierkegaard. Dicha afirmación de que Dios se halla escondido en la carne ha tenido una influencia considerable. Es la que condujo a Brunner a la negación del nacimiento virginal de Cristo, ya que si Jesús hubiese nacido de la Virgen María, esto habría sido un acontecimiento milagroso que hubiera irrumpido en la realidad de este mundo.

“*Incógnito*”; he ahí una palabra nueva y moderna en el mundo teológico y en la teoría de la revelación. Y esta idea domina igualmente el concepto dialéctico de las Sagradas Escrituras. El Señor puede servirse de documentos humanos como medios para hacer escuchar su propia Palabra, la Palabra que pronuncia libremente y también gratuitamente en su soberanía y en su majestad. Pero, en ellos mismos, los documentos son una

¹ Sobre la revelación general, la teología natural y la posición de Barth, véase también Introducción a la Teología Evangélica (Revelación, Palabra y Autoridad), por José Grau. Edit. CLIE, Tarrasa, 1973, pp. 67-93.

revelación “*incógnito*” y disimulan a nuestros ojos la auténtica Palabra de Dios.

Para mí tengo que la teología se ha lanzado a una falsa pista al apoyarse en esta idea de “*incógnito*”. Se ha llegado hasta al empleo de este término en la predicación para señalar el hecho de que los hombres no pueden reconocer, sin la iluminación del Espíritu Santo, que Jesús es el Salvador y el Hijo de Dios. Si esta idea ocupa un lugar tan importante en la nueva teología, ello se debe a que en primer lugar se ha afirmado que toda revelación es una revelación escondida, en tanto que es una revelación indirecta.

La esencia de la Revelación

Los artífices de la nueva teología olvidan que el objetivo de la Revelación no ha sido jamás el de ocultarse y permanecer escondida. Cuando un rey viaja de incógnito, su objetivo es el de permanecer escondido. Mas, al tratarse de revelación, la finalidad es reveladora y, por consiguiente, la meta de una tal revelación es siempre la de comunicarnos una revelación verdadera. Por supuesto, cierto número de cosas permanecerán ocultas al hombre natural, el cual, como afirma Pablo, no recibe las cosas del Espíritu de Dios; el entendimiento de los hombres puede seguir en la ceguera y puede continuar sobre sus corazones el velo que les impide descubrir la verdad revelada; es lo que les ocurre a los Judíos en su lectura del Antiguo Testamento, según afirmación de Pablo (2ª Cor. 3:14-15). Pero la esencia de la revelación no es el quedar oculta. Es imposible salvar la distancia que media entre el hombre natural y el hombre espiritual, cierto. Pero no es válido este ejemplo soteriológico para trasplantarlo, por analogía, a la relación que existiría -en el decir de la teología dialéctica- entre la revelación escondida y la revelación revelada. ¿Por qué? Por la simple razón que la idea de un “incógnito” se halla en flagrante contradicción con la idea de revelación. Barth se encuentra en la total imposibilidad de fundar su doctrina sobre el testimonio de la Escritura. Por supuesto, la Escritura es un documento humano, escrito por hombres “santos” (apartados por Dios y para Dios). La Biblia no es una “*coebestis*”, una voz del cielo, en el sentido

reconocer sus transgresiones. Ciertamente no hay rebelde que pueda esperar que su Rey le perdone mientras que prosiga en rebeldía manifiesta. Nadie puede ser tan loco que se imagine que el Juez de toda la tierra borre nuestros pecados, si rehusamos arrepentirnos y confesarlos nosotros mismos.

Además, esto es así a causa de la *Perfección de la Misericordia Divina*. Una misericordia que perdona el pecado, dejando al pecador viviendo en el pecado, sería insuficiente y superficial, en verdad. Sería una misericordia deforme. ¿Cuál de los dos privilegios piensas que es el mayor: borrar la culpa del pecado o librar del poder del pecado? No trataré de pesar en una balanza dos misericordias sin igual. Ninguna de ellas nos alcanzaría sino mediante la sangre preciosa de Cristo. Pero me parece que la salvación del poder del pecado, al ser santificado, al ser hecho semejante a Dios, debe considerarse la mayor de las dos, si alguna comparación tuviéramos que hacer. Favor inculcable es el perdón.

En el Salmo 103:3; hacemos esta, la nota primera: «*Él es quien perdona todas tus iniquidades.*» Pero si pudiéramos alcanzar el perdón, y luego tener permiso de amar el pecado, practicar la iniquidad y revolcarnos en el fango de los vicios, ¿para que nos serviría tal perdón? ¿No resultaría un dulce venenoso que del modo más eficaz nos arruinaría? El ser lavado y, sin embargo, quedar en el fango; el ser declarado limpio y, no obstante, llevar la lepra blanca en la frente, sería la burla más pesada que se hiciera de la misericordia, ¿Para que serviría sacar el cadáver del sepulcro, sin poder devolverle la vida? ¿Para que llevarlo a la luz, sino puede ya mirarla?

Nosotros damos gracias a Dios, porque Aquel que perdona nuestras iniquidades, también sana nuestras dolencias. El

SIN ARREPENTIMIENTO, SIN PERDÓN

Resulta claro en el libro de los Hechos 5:30,31, que el arrepentimiento acompaña al perdón. Leemos en el versículo 31, que Jesús fue ensalzado para dar «*arrepentimiento y perdón de pecados.*» Estas dos bendiciones se desprenden de las manos sagradas una vez clavadas al madero, de las manos de Aquel que ahora está en la gloria. Arrepentimiento y perdón están entrelazados por el propósito eterno de Dios. Lo que Dios ha juntado, no lo separe el hombre.

El arrepentimiento debe ser compañero del perdón, y verás que así es, pensando un poco sobre el caso. No es posible que se conceda el perdón a un pecador no arrepentido. Tal cosa le aprobaría sus malos caminos y le haría pensar poco en la culpa del pecado. Si el Señor dijera: «Tu amas el pecado, vives en él y vas de mal en peor, pero no importa, yo te perdono.» esto equivaldría a la proclamación de una infame libertad de pecar. Equivaldría a poner en duda los fundamentos de todo orden social, resultando de ello el desorden moral. No podría yo explicar los escándalos innumerables que resultarían ineludiblemente, si se pudieran separar el arrepentimiento y el perdón quitándose el pecado mientras que el pecador lo amara como siempre.

Es del todo natural que si creemos en *La Santidad de Dios*, es positivo que si continuamos en el pecado no queriendo arrepentimos del mismo, no podemos esperar que Dios nos perdone, pero si, recogeremos las consecuencias de nuestra terquedad. Según la bondad infinita de Dios se nos promete que, si abandonamos nuestro pecado confesándolo, aceptando por fe la gracia que esta en Cristo Jesús, Dios «*es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1Juan 1:9). Pero mientras tanto que Dios viva, no puede haber promesa de misericordia para los que continúan en sus malos caminos negándose a

de que los hombres no hubieran tenido nada que ver con ella. No obstante, la Biblia es la Palabra de Dios, escrita por hombres² Empleamos las expresiones de “*inspiración orgánica*”, ya que no queremos caer en el docetismo y porque reconocemos algo de la sabiduría del Señor en el hecho de que él pronuncie su Palabra en el seno de nuestra misma historia y en un lenguaje humano. Los hombres de Dios hablaron y escribieron como el Espíritu les guiaba a ello. La Palabra de Dios penetra en el mundo y lo hace según un proceso histórico. He ahí el milagro. Oímos la voz de un hombre; y, a través de esta voz humana, es la misma voz de Dios la que escuchamos. He aquí lo que Pablo escribe a los tesalonicenses: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios de que cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad la Palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1ª Tes. 2:13).

Esta Palabra se abre camino a través de la vida humana, de la historia, del pecado y de las dudas, a través de la rebeldía y de la conversión. A través de la historia de Israel y de las naciones. Jamás minimiza la Sagrada Escritura la actividad de los hombres, en tanto que agentes del Espíritu Santo. Pero Barth ensaya, no obstante, de fundamentar su doctrina de la Escritura y cree encontrar en los milagros de Cristo otra analogía de su propia teoría. Los enfermos que se acercaban a Jesús eran verdaderos enfermos, pero un milagro los sanó. Asimismo, el milagro de la revelación colma el abismo entre el error humano y la Palabra de Dios. Ahora bien, la Escritura no justifica en absoluto esta comparación. La Biblia, por el contrario, se refiere al poder del Espíritu Santo, que se revela poderosamente por la Palabra escrita.

El argumento más impresionante de Barth en contra de la doctrina ortodoxa de la inspiración es el de afirmar que no podemos encerrar a Dios en un libro, y que dicha *doctrina atenta contra su libertad*. Pero esta objeción no resiste el examen.

² Cf. *op. cit.*, pp. 159-201.

¿Dónde está, pues, “el cuidado singular que nuestro Dios tiene de nosotros y de nuestra salvación de que habla la “Confesión de los Países Bajos” en su artículo “de la Palabra de Dios”?” (Art. 3.) ¿Sería una negación de la libertad y la soberanía divinas? No olvidemos que fue en tanto que impulsados por el Espíritu de Dios que los santos hombres hablaron de parte del Señor (2ª Ped. 1:21), como lo subraya el mismo Art. 3 de la citada confesión reformada. Tenemos que contar con la inspiración del Espíritu Santo. Lejos de atentar contra la libertad de Dios, comprobamos, por el contrario, *la manera* y el *método* mediante los cuales el Señor ejercita su divina libertad; al darnos precisamente las Escrituras. El Señor soberano obra libremente al darnos su Palabra, de la manera que El quiere. He ahí cómo se acerca a nosotros por su Palabra y cómo se halla cerca de nosotros.

La actualidad de la Palabra

¿Por qué, pues, Barth protesta contra la afirmación de que Dios *esté* presente en la Palabra? Dice que no podemos tomar entre las manos el libro Santo y declarar: ¡Tenemos la Palabra de Dios! No podemos -insinúa-, porque es imposible disponer a nuestro antojo de la auténtica Palabra de Dios; el cristianismo no es la religión de un libro; la Palabra de Dios no se halla contenida en la Biblia. Esta actitud parece muy religiosa y tiene todas las apariencias del más profundo respeto por la soberanía y la trascendencia divina. Pero Barth no comprende en absoluto la doctrina reformada; no comprende que es precisamente porque la Palabra de Dios se halla en medio de nosotros, a nuestra disposición, que tenemos una tan grande responsabilidad. Ciertamente, podemos cerrar los ojos, los oídos y los corazones a la revelación, como hicieron los fariseos y los saduceos. Mas, entonces, Cristo declare: “Erráis ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mat. 22:29). El que los hombres no vean la revelación y rechacen la Palabra de Dios, no nos permite a nosotros deducir que no hay verdadera revelación. En el Antiguo Testamento fue escrito del Mesías: “No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles” (Is. 42:2). La revelación en Cristo, tanto como la Palabra de Dios en la Biblia que da testimonio de él, no es nunca la obra de la propaganda humane

ejerer la una sin la otra; y manifiesta su glorificación como teniendo por objeto producir bendiciones para la humanidad como si esto fuera la flor y corona de su gloria. ¿Puede haber algo mejor combinado para infundir esperanza en los pecadores arrepentidos que empiezan a dirigir su mirada hacia Cristo Jesús?

Muy grande fue la humillación que sufrió Jesús, y por lo mismo hubo lugar para su ensalzamiento. Por esa humillación cumplió toda la voluntad del Padre, y por tanto recibió la recompensa de ser elevado a la gloria. Esta glorificación la usa para bien de su pueblo. Levante el lector su mirada hacia esas elevaciones de gloria, de donde debe esperar ayuda. Contempla las glorias celestes de tu Príncipe y Salvador. ¿No es esta la mayor esperanza para los hombres que «*el Hijo del hombre*» ocupa el trono del universo? ¿No es glorioso de verdad, que el Señor de todo es el Salvador de los pecadores? Tenemos un amigo en el tribunal, sí, un amigo sobre el trono. Pondrá este toda su influencia a favor de los que entreguen sus asuntos en sus manos. Bien dice uno de nuestros himnos:

Para siempre vive ensalzado

Ante el trono Príncipe y Salvador,

Cristo, quien es hoy mi abogado,

¿Cómo puede para mí haber temor?

Ven, amigo, y entrega tu causa en esas manos, una vez con llagas, pero hoy adornadas con las insignias del poder real y soberano. Jamás se perdió causa alguna confiada a tan poderoso Abogado.

glorioso, llevando a cabo su obra de gracia. Escucha bien lo que Pedro y los otros apóstoles testifican acerca de él ante el sumo sacerdote y todo el concilio:

El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados (Hech. 5:30,31).

La gloria que rodea al Señor ascendido debiera inspirar esperanza en todo corazón creyente. Jesús no es persona de categoría oscura; es un Salvador grande y glorioso. Es el Redentor ensalzado por Príncipe coronado como tal. La gracia soberana sobre la vida y la muerte se le ha confiado; el Padre ha puesto a todos los hombres bajo el gobierno mediador de su Hijo, así que puede dar vida a quien quiera. El abre y nadie cierra. El alma sujeta por las cuerdas del pecado y de la condenación puede quedar libre inmediatamente por el poder de su palabra. Extiende su cetro real, y cualquiera que lo toque, vivirá.

Providencia para nosotros que como vive el pecado, y vive la carne y vive el diablo, vive también Jesús; y por esta misma también cualquiera que fuese el poder de esos para arruinarnos, infinitamente mayor es el poder de Jesús para salvarnos.

Toda su glorificación y habilidad están actuando a nuestro favor. Se le ha «ensalzado para ser» y ensalzado «para dar». Ha sido ensalzado para ser Príncipe y Salvador y para dar todo lo necesario para llevar a cabo la salvación de todos cuantos entren bajo su gobierno. Nada tiene Jesús que no esté dispuesto a usar para la salvación de los pecadores y nada es que no esté dispuesto a desplegar en la dispensación abundante de su gracia. Cooperan a una su función de Príncipe y su función de Salvador, como si no quisiera

simplemente. Es la revelación de Dios en su soberanía, desbordante de realidad y de actualidad³. En presencia de la Palabra de Dios, en mi hogar, en la iglesia y en el mundo, no hay por nuestra parte más que responsabilidad. No encarcelamos a Dios en un libro -¡qué argumento extraño!-; por el contrario, se trata de *la suprema actualidad*: “Pero estas cosas se han escrito pare que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y pare que, creyendo, tengáis vide en su nombre (Jn. 20:31).

No existe la más mínima contradicción entre la actualidad de la Palabra y la Palabra que en otro tiempo nos fue dada. ¡Imposible para nosotros huir lejos de la presencia de la Palabra! No hay evasión posible: “Cerca de ti está la palabra, en lo boca y en lo corazón” (Ro. 10:8; Deut. 30:14). Podemos abrir el libro, y el Señor se halla con nosotros en toda circunstancia. Podemos comprender la Palabra; Dios no nos deja nunca solos en un mundo de tinieblas: “Escudriñad las Escrituras: ellas son las que dan testimonio de mí”, dice Cristo (Jn. 5:39). Indudablemente, tenemos necesidad de que nuestros corazones sean iluminados por el Espíritu Santo, a causa de nuestras propias tinieblas. Pero del hecho de que nuestros corazones sean tinieblas no podemos deducir una teoría de la oscuridad de la revelación.

No podemos afirmar que la Biblia es oscura porque nuestros corazones se han oscurecido. La Biblia es una luz, y si nosotros la juzgamos según las tinieblas de nuestro corazón, no somos más que subjetivistas tratando de hacer depender de nuestros corazones la luz radiante de la Escritura. Si mi juicio vale algo, un tal subjetivismo me parece que, si bien viene arropado con las galas del respeto verbal a la Palabra de Dios, no es más que una manera de sustraerse a la responsabilidad que entraña la proximidad de la Palabra.

Ya va por los doscientos años que las Escrituras son objeto de ataque. Mas en todos estos ataques descubrimos la voluntad de huir lejos de esta proximidad en la cual la gracia de Dios busca

³ Empleamos, naturalmente, esta expresión en el sentido de presencia active, presenta en acto, y que no tiene necesidad de una actualización cualquiera.

encontrarnos. Cuando la teología moderna subraya el carácter humano de la Biblia, la teología reformada no se opone a ello; al contrario, se entrega a su tarea por medio de una exégesis seria y por la escucha resuelta de la Palabra de Dios. Pero la concepción nueva de la Biblia es algo muy distinto que el poner de relieve su carácter humano a instrumental. Se llega hasta el extremo de hablar de humillación del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras. Se establece una comparación entre la encarnación y la iluminación, entre Navidad y Pentecostés, entre la carne y el Espíritu. ¡Comparaciones equivocadas! Equivocadas, ya que cuando vemos de qué cuidados el Espíritu rodea la Escritura no podemos más que admirar la obra de su majestad y no estamos en absoluto autorizados para hablar de su humillación. Por esta solicitud y por su majestad el Espíritu Santo coloca a todo hombre en la imposibilidad de poder decir: “La revelación, la Palabra, está lejos de nosotros; no podemos discernir a nuestro Señor.”

Hasta que Cristo vuelva, veremos desplegarse las riquezas de la Palabra de Dios, del Dios vivo y personal. He ahí por qué debemos oponernos a la devaluación de la Palabra escrita, que en estos últimos siglos ha estado a la orden del día. Esta solicitud del Espíritu Santo se halla en estrecha conexión con el misterio de la encarnación y de la Cruz. El carácter humano de la Biblia se ha convertido para muchos en una piedra de tropiezo. Pero nosotros contemplamos en él la gracia y la sabiduría de Dios que, por este medio y al mismo tiempo, circunscribe la exacta responsabilidad del mundo, tal como nos ha sido definida en la parábola de Lázaro y el rico: “¡Tienen a Moisés y a los profetas; escúchenlos!”, exclama Abraham. Y cuando el rico objeta: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán”, escucha esta respuesta: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque resucitara alguno de los muertos” (Luc. 16:29-31).

La tentación de la apostasía

Un día en que Abraham Kuyper era atacado por causa de su

peligro sus almas. Nadie rehusaría entrar en un bote salvavidas por no conocer el peso, preciso de los cuerpos; ni el hambriento rehusaría comer por no conocer todo el proceso de la nutrición. Si tú, no quieres creer hasta que comprendas todos los misterios, nunca te salvarás; y si permites dificultades de invención propia te impidan aceptar el perdón mediante la fe en tu Señor y Salvador, perecerás por una condenación bien merecida. No cometas suicidio espiritual entregándote apasionadamente a la discusión de sutilezas metafísicas.

MI REDENTOR VIVE

He hablado continuamente acerca del Cristo crucificado, quien es la gran esperanza del culpable; pero es sabio que nos acordemos de que nuestro Señor resucitó de entre los muertos y vive eternamente.

No se te pide que creas en un Cristo muerto, sino en un Redentor que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Así es que puedes acudir a Jesús en seguida como a un amigo vivo y presente. No se trata de un simple recuerdo, sino de una persona continuamente existente quien desea oír tus oraciones y contestarlas. Él vive a propósito para continuar la obra, por la cual sacrificó su vida. Está intercediendo por los pecadores a la diestra del Padre, y por lo mismo es poderoso *«para salvar eternamente a los que por él se acercan a Dios»* (Heb. 9:25). Acude a él y entrégate a este Salvador vivo, si antes no lo has hecho.

Este Jesús vivo está ensalzado hasta la eminencia de gloria y poder. Hoy no sufre como *«el humillado ante sus enemigos»*, no sufre trabajos como *«el hijo del carpintero»*, sino que está elevado muy por encima de los principados y las potencias y todo nombre. El Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra y está ejecutando este encargo

aquel que es nacido del Espíritu.» (Juan 3:8). Tanto sabemos, sin embargo, que la obra misteriosa del Espíritu Santo no puede constituir razón alguna para que rehusemos creer en Jesús, de quien este mismo Espíritu da testimonio.

Si se diera a una persona el encargo de sembrar un campo, no podría excusarse de su negligencia diciendo que no valdría la pena sembrar, a menos que Dios hiciera brotar la semilla. No quedaría justificada su negligencia de no labrar la tierra por la razón de que la energía secreta de Dios tan solo puede producir una cosecha. Nadie queda impedido o parado en las tareas ordinarias de la vida por la razón de que *«si el Señor no edificaré la casa, en vano trabajan los que la edifican»* (Salmo 127:1). Es cierto que quien cree en Jesús, jamás hallará que el Espíritu Santo se niegue a actuar en él; el hecho es que su fe es prueba de que el Espíritu ya está actuando en su corazón.

Dios actúa providencialmente, pero no queda inactiva por eso la humanidad. No se podrían mover los hombres sin el poder divino, concediéndoles vida y fuerza, y no obstante proceden en sus tareas sin pensar, recibiendo fuerza de día en día de parte de Aquel en cuyas manos está su aliento y todos sus caminos. Así sucede en la condición espiritual. Nos arrepentimos y creemos, aunque no podríamos hacer lo uno ni lo otro, si el Señor no nos capacitara para ello. Volvemos la espalda al pecado confiando en Jesús, y luego percibimos que el Señor ha actuado en nosotros tanto el querer como el hacer, según su beneplácito. Inútilmente pretendemos que en este asunto haya dificultad.

Algunas verdades que es difícil explicar por palabra, son muy sencillas en la experiencia. No hay contradicción entre la verdad que el pecador cree y que su fe es obra del Espíritu Santo. Sólo la insensatez puede llevar al hombre a atascarse en misterios respecto a cosas sencillas, cuando se hallan en

elevado concepto de la Escritura y de su autoridad, respondió: “Es mi a priori; y Dios mismo me lo ha dado.” Cuando Snouck Hurgronje, el amigo de Bavinck, le escribió que no podía entender su obediencia a la Biblia, Bavinck contestó: “Cuanto más vivo y más reflexiono, menos puedo sustraerme a la autoridad de la Escritura, exactamente como todos los cristianos ordinarios.” Era la misma actitud de Warfield, quien declaraba que las Escrituras sacaban su origen de una actividad de Dios mismo, de su Santo Espíritu, y que son así, en el sentido más elevado, su creación.

Desearía también llamar vuestra atención muy particularmente sobre el comportamiento de nuestro Señor mismo cuando fue tentado en el desierto. En tres ocasiones, fue mediante una Palabra de la Escritura que hizo frente a las artimañas del Diablo. Cada vez respondió: “Está escrito.” Al colocarse él mismo al amparo de la Palabra escrita de su Padre celeste, Jesús resiste una terrible tentación. Ciertamente, es posible una falsa interpretación de la Palabra; el Diablo mismo cita la Palabra -en aquella ocasión los versículos 11 y 12 del Salmo 19 –torciendo su sentido. Pero Jesús desenmascara el empleo ilegítimo de la Palabra, proclamando su verdadero significado y su sabiduría. Y he aquí lo que resulta admirable: cuando el Diablo se aleja, vemos el cumplimiento del Salmo 91: los ángeles acuden para servir al Señor

No sintamos vergüenza de seguir en los pasos del Maestro. Indudablemente, se nos plantearán multitud de cuestiones; existe una relación entre lo que es humano y lo que es divino en la Biblia; nuestra tarea exegética es inmensa y estamos lejos de haberla realizado completamente, ya que nosotros no somos docetistas; estamos lejos de la meta tanto en el plano teológico como en el de nuestra persona. Ya que la Palabra se dirige a todos los siglos y a todas las naciones. Guardémonos de tratar de esquivar las dificultades y los problemas, dando así la impresión de que tenemos miedo, muy particularmente cuando comprobamos que, como consecuencia de los ataques llevados a cabo en contra de la autoridad de la Escritura, la incertidumbre crece en el mundo y la razón humana y su autonomía dominan más y más la Palabra de Dios.

Pero hoy, más que nunca, estemos en guardia cuando comprobemos que se quiere combatir la autoridad verdadera de la Palabra escrita, mediante argumentos religiosos. En todo tiempo los argumentos religiosos y piadosos han sido los más peligrosos para la Iglesia. ¿No dan acaso una impresión de seriedad y de respeto? Se nos dice que el Señor no puede ser metido dentro de la cárcel y los límites de la Palabra; que no podemos disponer de la voz de Dios, ya que el Señor es libre. Tales son los argumentos, los argumentos religiosos, del día de hoy. Mas en estos argumentos tenemos que ver la continuación de un proceso que se halla en acción desde hace dos siglos: el proceso que conduce a la crisis de obediencia de la Palabra de Dios. Esta crisis es una evasión, lejos de la presencia de Dios, en razón misma de su proximidad y de la responsabilidad que comporta para nosotros esta proximidad de Dios. En verdad que es una situación trágica, consecuencia de toda devaluación de la Palabra escrita. Cuando perdemos la Palabra, perdemos al mismo tiempo todo acceso a la misma y la auténtica imagen de Cristo. Tal es la ley espiritual de la historia. Es la ley de la apostasía que, siempre y durante todos los siglos, ha amenazado a la Iglesia. ¿En qué consiste esta tentación de apostasía? El mundo sin la Palabra, el mundo entregado a su propia libertad y no escuchando ya más la voz de Dios, sino solamente su propia voz.

Ciertamente, comprendemos la historia de los ataques llevados a cabo contra la Palabra escrita. ¿Cómo? En razón misma, y en función, de su excepcional y suprema importancia. Y también sabemos bien cómo, personalmente, nosotros nos resistimos cede día a la influencia de esta Palabra. He aquí por qué debemos entender nuestra tarea en el mundo: no se trata simplemente de defender una doctrina teológica determinada, nuestra propia doctrina, sino de hacer frente a todos los ataques que sufre la Sagrada Escritura y testificar al mismo tiempo de la gracia y de la bendición de la Palabra que se halla muy cercana a nosotros, y de la responsabilidad que nos atañe como consecuencia de este hecho. Hemos de precavernos, pues, y al mismo tiempo escuchar las palabras de Pablo, cuando de manera admirable nos dice: “refutando argumentos, y toda altivez que se levanta contra el

Es evidente a toda luz que estas dos afirmaciones deben estar en perfecto acuerdo, ya que salieron de los mismos labios y constan en una misma página inspirada. ¿Por qué nos creamos nosotros una dificultad donde no es posible que la haya? Si una afirmación nos asegura que para la salvación se requiere una cosa que solo Dios puede proporcionarnos, y si otra afirmación nos asegura que el Señor nos salvará mediante nuestra fe en Jesús, podemos sacar en consecuencia sin equivocación alguna que el Señor concederá a todos cuantos creen todo cuanto declara necesario para la salvación. De hecho, el Señor produce el nacimiento nuevo en todos cuantos creen en Jesús; y su fe es la manifestación más palpable de que hayan nacido de arriba.

Confiamos en Jesús, que hará lo que no somos capaces de hacer nosotros; si estuviera el asunto en nuestro poder, ¿por qué acudir a él? A nosotros nos toca creer, la parte del Señor es crear la vida nueva en nosotros. El no quiere creer por nosotros, ni debemos nosotros hacer las obras de la regeneración por él. Basta para nosotros obedecer el mandamiento creyendo; al Señor corresponde realizar el nacimiento nuevo en nosotros. El que pudo bajar hasta el extremo de morir en la cruz por nosotros, puede y quiere concedernos todas las cosas necesarias para nuestra seguridad eterna.

«Pero un cambio de corazón que salva es obra del Espíritu Santo.» Esta es una gran verdad y lejos de nosotros esté el dudarle u olvidarlo. Pero la obra del Espíritu Santo, es una obra secreta y misteriosa, y sólo se puede conocer por los resultados. Hay misterios en nuestro nacimiento natural que sería curiosidad profana intentar penetrar; con mayor razón es tratándose de las operaciones sagradas del Espíritu de Dios. *«El viento de donde quiera sopla, y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene, ni a dónde vaya; así es todo*

LA REGENERACIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO

«Os es necesario nacer otra vez» (Juan 3:7). Esta palabra de nuestro Señor parece haber sido en el camino de muchos la espada encendida, como la que se movía de un lado a otro a la puerta del Paraíso. Han caído en la desesperación, porque este cambio está más allá de todos sus esfuerzos. El nuevo nacimiento es de arriba y, por lo tanto, no es cosa que esté en el poder humano efectuarlo. Lejos esté de mí negar o encubrir aquí una verdad que podría inspirar un consuelo falso. Admito claramente que el nuevo nacimiento es sobrenatural y que no es obra que el pecador pueda llevar a cabo por sí mismo. Sería para el lector de poca utilidad, si fuera yo bastante malo para animarle, tratando de convencerle de rechazar u olvidar lo que es una verdad indiscutible.

Pero ¿no es digno de notarse que este mismo capítulo, en que el Señor declara que el nuevo nacimiento es de arriba y obra divina, contiene también la afirmación más poderosa que la salvación es por fe? Lee el capítulo entero, Juan 3, y detente en los primeros versículos. Es verdad que el versículo 3 dice: *«Respondió Jesús, y le dijo: De cierto, de cierto, te digo que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.»*

Pero luego los versículos 14 y 15 hablan como sigue: *«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en él tenga vida eterna.»* El versículo 18 repite la misma doctrina en los términos más amplios, diciendo: *«El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.»*

conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2ª Cor. 10:5).

¿Puedo, finalmente, traer a memoria la palabra de este otro apóstol a quien la desobediencia estuvo a punto de perderle y quien estuvo presente en el Monte de la Transfiguración? Fue una profunda experiencia la que tuvo de parte del Señor. Una experiencia personal. Y es, no obstante, él quien más tarde escribe a la iglesia que si bien sus miembros no tienen su misma experiencia personal del Cristo encarnado y resucitado, ella (la Iglesia) no por ello tiene un fundamento menos real pare su fe, un fundamento del que puede estar segura y del que puede dar testimonio en el mundo: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2ª Pedro 1:19).

REFORMA Y NEOPROTESTANTISMO

Abordamos ahora un tema que, desde hace algunos siglos, plantea un grave problema: el de la relación entre el protestantismo de la reforma, tal como lo mantienen todavía las iglesias de confesión reformada, y esta forma de protestantismo que surgió en los siglos XVIII y XIX, al que comúnmente se designa con el nombre de *Modernismo* o de *Neoprottestantismo*. Aunque el desarrollo histórico de la relación que existe entre estas dos clases de protestantismo sea del más alto interés, no podemos pensar en abordarlo ahora por causa de su extrema complejidad. Me limitaré, pues, a discutir este problema tal como se nos presenta a nosotros hoy.

A pesar de algunas divergencias de opinión, es un hecho que generalmente hay unanimidad en reconocer que existe una diferencia radical entre el protestantismo de la Reforma y el neoprottestantismo. Los protestantes ortodoxos, por ejemplo, se dan perfectamente cuenta, por ejemplo, de la distancia que separa

a la Reforma del siglo xvi de todas las formas posibles de neoprottestantismo. Pero, igualmente, pensadores no ortodoxos, tales como E. Troeltsch, subrayan esta diferencia. Troeltsch está convencido de que el antiguo protestantismo era un concepto animado por el sobrenaturalismo a la boga entonces. Mientras que el neoprottestantismo bajo la influencia de las “luces” del siglo xviii es la expresión de un pensamiento moderno. Modernistas y liberales⁴, sin excepción, consideran la ortodoxia de la Reforma como una posición inaceptable, incompatible con los conceptos de nuestra época, y que no tiene en cuenta los resultados de la ciencia moderna y de la concepción moderna del mundo. El neoprottestantismo se opone, pues, al antiguo protestantismo.

Dos formas de protestantismo

Reconozcamos, de entrada, que la aparición de estas dos formas de protestantismo constituye un fenómeno extraño y sorprendente. Tomamos conciencia del mismo cuando el catolicismo romano nos pide con insistencia una aclaración: “¿Cuál de los dos es, pues, el verdadero protestantismo?” Roma subraya enérgicamente que la existencia de estas dos formas de protestantismo delata su debilidad congénita, en comparación con la unidad de la Iglesia católica romana.

El punto de vista romano es muy claro: el protestantismo moderno es la inevitable consecuencia del primitivo. La evolución hacia el neoprottestantismo, el modernismo y el liberalismo (teológicos) era algo inherente a la esencia misma de la Reforma. En efecto -afirma Roma-, el protestantismo, desde su origen mismo, prescindió de la única autoridad que puede mantener la vida y la sana doctrina: los dos pilares del puente, la Iglesia y la Biblia. El antiguo protestantismo minó el primero de estos pilares. Fue la catástrofe irremediable, aunque al principio no se viera como inmediata. Cuando la autoridad absoluta de la Iglesia es rechazada, la revolución acaba con el resto. Los autores católicos

⁴ Por “modernista” y “liberal” debe entenderse aquí el modernismo y el liberalismo teológicos. - (Note. *del Tr.*)

en sobrios, los mentirosos en veraces, los burladores en personas sensatas celosas por la causa del Señor. Dondequiera que la gracia de Dios se haya manifestado, ha enseñado al hombre a renunciar a la impiedad y los deseos mundanos, y a vivir templado, justo y santamente en esta época mala; y estimado lector, *lo mismo hará la gracia para ti.*

«Yo no puedo efectuar este cambio,» me dirás. ¿Quién ha dicho que puedes? Las Escrituras que hemos citado, no hablan de lo que hará el hombre, sino de lo que hará Dios, y a él corresponde cumplir su Palabra en ti, y ciertamente lo hará.

¿Pero como se hará? ¿Para que lo quieres saber? ¿Será necesario que Dios explique su modo de actuar antes de que creas en él? Su proceder en este caso es un gran misterio, el Espíritu Santo lo lleva a cabo. El que ha hecho la promesa es el responsable de su cumplimiento, y su capacidad corresponde perfectamente al caso. Dios que promete efectuar tan asombrosa operación, lo llevará a cabo, sin duda alguna, en todos cuantos por fe reciban a Jesús, porque leemos que «*a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*» (Juan 1:11).

¡Qué Dios haga que lo creas! ¡Ojalá que dieras al Señor de gracia el honor merecido de creer que él puede y quiere hacer esto en ti, por gran milagro que fuera! ¡Ojalá que creyeras que Dios no puede mentir! ¡Ojalá que confiaras en él, a fin de que te diera un corazón nuevo y un espíritu recto, ya que él es poderoso para hacerlo! ¡Que el Señor te conceda fe en sus promesas, fe en su Hijo, fe en el Espíritu Santo, fe en él mismo! Así sea. Y a él serán dadas alabanza, honra y gloria para siempre. Amen

¡Cuán grande bendición es obtener esta naturaleza nueva! Únicamente el Espíritu Santo te lo puede infundir.

¿Te has fijado alguna vez en lo maravilloso del caso cuando el Señor imparte un corazón nuevo y espíritu recto al hombre perdido? Has visto, quizá una langosta que, peleándose con otra, ha perdido una pata, habiéndole crecido después una nueva. Cosa admirable es esto, pero muchísimo más maravilloso es que al hombre se le de un corazón nuevo. Esto, sí que es un milagro, un hecho que sobrepasa todo poder de la naturaleza. Allí está un árbol. Si cortas una de sus ramas, otra podrá crecer en su lugar; pero ¿puedes cambiar su naturaleza, puedes volver dulce la savia amarga, puedes hacer que el espino produzca higos? Podrás injertarle algo mejor, siendo esta la semejanza que la naturaleza nos ofrece de la obra de la gracia; pero el cambiar en absoluto la savia vital del árbol, esto sería un milagro de verdad. Tal prodigio y misterio de poder actúa en Dios en todos los que creen en Cristo Jesús.

Si te sometes a su operación Divina, el Señor transformará tu ser. Él someterá la naturaleza vieja, y te infundirá vida nueva. Confía en el Señor Jesús y él quitará de tu carne el corazón duro de piedra, dándote corazón blando como de carne. Todo lo duro será blando, todo lo vicioso, virtuoso; toda inclinación hacia abajo se elevará con fuerza viva hacia arriba. El león furioso dará lugar al cordero manso; el cuervo inmundo huirá de la paloma blanca; la serpiente engañosa quedará aplastada bajo el pie de la verdad.

Con mis propios ojos he visto tales cambios admirables del carácter moral y espiritual que no desespero de la maldad de nadie. Si no fuera indecoroso, indicaría a mujeres impuras, hoy puras como la blanca nieve, y a hombres blasfemos que actualmente alegran a todos por su conducta y devoción. Los ladrones se transforman en personas honradas, los borrachos

describen las consecuencias fatales de la Reforma en el mundo moderno. Al escucharles, se tiene la impresión de que cada dominio de la vida humana se aleja más y más de la fuente de la vida, a pesar de los esfuerzos del protestantismo ortodoxo para defender y mantener la autoridad de Dios y un concepto religioso de la vida. El origen de la revolución se considera como algo inherente a la misma Reforma.

Incluso en el siglo xx a los reformadores se les trata de revolucionarios, en términos muy explícitos que encontramos en una encíclica de 1910, en donde se les acusa de todos los males. Este documento suscitó un torrente de indignación en el mundo protestante de aquel entonces. La acusación de que la Reforma fue una revolución será el tema de nuestro tercer estudio. Pero, desde ahora, desearía subrayar el hecho de que el catolicismo está íntimamente persuadido de que el mundo moderno, el mundo del modernismo, del liberalismo y de muchos más “ismos”, es la consecuencia directa del orgullo religioso, de la desobediencia y de la rebelión de los reformadores. Para los autores católicos la relación entre estas dos clases de protestantismo es de lo más íntimo.

En la evolución posterior del protestantismo estos autores ven el cumplimiento de la advertencia del apóstol Pablo: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál. 6:7). Para ellos, el rasgo característico del protestantismo es que la Reforma se sublevó contra la *autoridad*, que no fue más que negativa, una protesta pura y simple. Se nos dice que los reformadores no previeron todas las consecuencias de su actitud primera; pero, en el desarrollo ulterior de la Reforma, los males se han ido revelando más y más manifiestamente; quierase o no, la Reforma tenía que conducir al neoprotestantismo con su célebre protesta contra toda autoridad, su sed de libertad, su rechazo de la autoridad y la infalibilidad de la Escritura, y de la realidad de los milagros y del mundo sobrenatural. La Reforma tenía que conducir a un neoprotestantismo militante por una iglesia sin dogmas y sin confesión de fe, rechazando la doctrina de la iglesia, la divinidad de Cristo, su nacimiento virginal, su santidad, su muerte

expiatoria, su resurrección, su ascensión, su segunda venida. Para ellos, la Reforma es la responsable -tremenda responsabilidad- de este mundo secularizado, de este mundo sin Dios.

Yo pienso, sin embargo, que la acusación es muy grave y que hay que probar esta pretensión de que existe una ligazón estrecha entre Lutero y Nietzsche, entre Calvino y el mundo secularizado de nuestros días. La expresión “*Después de la Reforma, ¿podría llegar a ser sinónimo de esta otra: “Por causa de la Reforma”?*” Estoy convencido de que una teoría semejante es insostenible, incluso desde el punto de vista histórico, ya que simplifica en demasía la evolución de la historia y desprecia otros hechos, entre ellos la influencia considerable del humanismo después de la Reforma. Desde el siglo xvi el humanismo ha planteado cuestiones álgidas a la Iglesia romana. Acordémonos de la controversia entre Lutero y Erasmo, quien, católico romano, alababa el valor de la naturaleza y sus aptitudes y defendía el libre arbitrio del hombre. ¡Pensemos con qué violencia Erasmo se oponía a la doctrina de la total corrupción de la naturaleza humana! Y no era solamente Erasmo quien defendía el libre arbitrio y la bondad natural del hombre, convirtiéndose así en el apóstol del antiguo semipelagianismo, sino el mismo Papa en persona fue quien atacó a Lutero debido a su doctrina de la gracia y del *servo arbitrio*. La Iglesia romana proclama que Agustín es uno de los Padres de la Iglesia; sin embargo, le contradice, al menos, en este punto de la doctrina de la gracia soberana que el doctor de Hipona defendió en sus días tanto como Lutero en el siglo xvi. ¿No constituye un problema capital para la teología de la Iglesia romana su concepto de la humanidad, de la bondad del ser humano y de la razón que no ha sufrido las consecuencias del pecado?

Se trata, exactamente, del mismo problema que hallamos de nuevo en el llamado “siglo de las luces”, cuando se desató la guerra contra lo que se consideraba el pesimismo de la doctrina del pecado y de la corrupción originales. Así como el catolicismo romano rechaza a Agustín y a la Reforma, así el neo-protestantismo acusa a la Reforma de pesimismo. Todavía en nuestros días escuchamos a católicos romanos que denuncian la

debemos regocijarnos para siempre, entendiendo lo que crea Dios en su reino de gracia.

Para aclarar este asunto de un modo sencillo, ¿has oído la comparación del señor Rowland Hill, acerca del gato y el puerco? Te lo contaré al estilo propio para ilustrar las palabras gráficas del Salvador: «*Os es necesario nacer otra vez*» (Juan 3:17). ¿Ves ese gato? ¡Cuán limpio es! ¿Ves cómo hábilmente se lava con la lengua y las patas? De verdad, ofrece una vista bonita. ¿Has visto alguna vez a un puerco hacer lo mismo? ¡Claro que no! Tal cosa sería contra la naturaleza del puerco. Este prefiere revolcarse en el lodo. Enseña al puerco a lavarse, y verás cuán poco éxito tendrás. Sería mejora sanitaria, de gran valor si los puercos aprendieran limpieza y aseo. Enséñales a lavarse y limpiarse como hacen los gatos. ¡Trabajo inútil! Puedes limpiar al puerco a la fuerza, pero en seguida volverá a enlodarse, quedando tan sucio como antes. El único modo de hacer que se lave el puerco, como el gato, consiste en transformarlo en gato. Solo así, entonces se lavará y se limpiará, pero no antes.

Supongamos realizada la transformación; lo que antes era imposible o difícil, ahora es fácil, muy fácil, el puerco será de ahora en adelante capaz para entrar a la sala y dormir sobre la alfombra al lado de la chimenea. Así sucede con el impío; ni le puedes forzar a hacer lo que el hombre renovado hace de muy buena voluntad. Puedes enseñar al impío, proporcionándole buenos ejemplos, pero es incapaz de aprender el arte de la santidad, por cuanto carece de facultad y mente para ello; su naturaleza le lleva por otro camino. Cuando Dios le transforma en hombre nuevo, todo cambia de aspecto. Tan marcado es tal cambio que oí a un convertido decir «O todo el mundo ha cambiado o he cambiado yo.» La nueva naturaleza sigue en pos del bien tan naturalmente como la vieja naturaleza anda en pos del mal.

sobre el cual hoy se lanza con poder fantástico. Únicamente el omnipotente poder de Dios podía hacer tal milagro; sin embargo, ese no sería más que un paralelo adecuado a lo que sucedería, si se hiciera retroceder del todo el curso de la naturaleza. Para Dios todo es posible. Él es poderoso para volver atrás el curso de tus deseos, la corriente de tu vida, de modo que en lugar de bajar alejándote de Dios, tengas la tendencia de subir acercándote a Dios. Esto es en realidad lo que el Señor ha prometido hacer con todos los incluidos en el pacto, y sabemos por las Escrituras que todos los creyentes están incluidos en él. Leamos de nuevo sus palabras en Ezequiel 36:26.

Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne.

Cuán maravillosa es esta promesa! Y en Cristo es «el sí» y «el amen» para la gloria de Dios por nosotros. Hagámosla nuestra, aceptándola como verdadera, apropiándonosla bien. Así se cumplirá, y en días y años venideros tendremos que cantar del cambio maravilloso que ha obrado la soberana gracia en nosotros.

Muy digno de consideración es el hecho de que, quitando el Señor el corazón de piedra, queda quitado, y cuando esto una vez sea hecho, ningún poder conocido podría jamás quitarnos ese corazón nuevo que nos da y ese espíritu recto que nos infunde. «*Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*» (Ro. 11:29), es decir, sin arrepentimiento, o cambio de parecer, de parte de Dios, no quitando lo que una vez ha dado. Permite que te renueve y quedarás renovado. Las reformas y limpiezas que emprende el hombre, pronto terminan, porque el perro vuelve a su vómito; pero cuando Dios nos da corazón nuevo, este nos queda para siempre, ni se volverá piedra otra vez. En esto

“doctrina pesimista del hombre” de la ortodoxia protestante. De ahí que, a nuestro juicio, la acusación romana según la cual el neoprottestantismo no sería más que la consecuencia directa de la Reforma es una simplificación excesiva. Se trata de saber si la Reforma ha sido o no consecuente con ella misma. Tal es el problema que se nos plantea. Se nos planteó a partir del siglo xvi y conserva todavía hoy toda su importancia. Yo conozco los antecedentes y los datos de este problema en mi propio país y vosotros los conocéis en el vuestro; pero, bien sea en Holanda o en Estados Unidos, no podemos olvidar que la cuestión se plantea igualmente en todas partes. Se trata del mismo problema sustancialmente.

El protestantismo moderno afirma con énfasis que la ortodoxia no es consecuente con ella misma y que solamente el neoprottestantismo ha sabido aceptar todas las consecuencias de la revolución del siglo xvi; nuestros contradictores apuntan especialmente a la sumisión prestada por la Reforma a una revelación sobrenatural y a la Sagrada Escritura. Se nos acusa de no haber tenido en cuenta la evolución del concepto moderno del mundo en nuestra manera de considerar los milagros, la providencia y el determinismo. El neoprottestantismo pretende haber sobrepasado el antiguo concepto del mundo, este concepto mítico y pasado de moda, lo que le impide tomar la misma postura que la Reforma. Este conflicto ha surgido en todos los países; es el problema del modernismo.

En los Países Bajos, algunos teólogos modernistas quisieron reconocer sinceramente que su modernismo era incompatible con el cristianismo de la Iglesia. Quisieron ser honestos y ofrecieron su dimisión de los cargos que ocupaban como ministros de la Iglesia. Si, por ejemplo, somos deterministas -declararon al abdicar de sus funciones- nos resultará imposible defender por más tiempo el verdadero significado de la oración en términos cristianos. ¡No adornemos, pues, nuestras ideas con nombres tornados de los conceptos y de la doctrina de esta venerable madre que es la Iglesia! ¡Hagamos un juego limpio! Pero la opinión de la mayoría de teólogos y de predicadores modernistas era muy diferente. Afirmaron que su modernismo, que su

neoprottestantismo, no era otra cosa que el verdadero cristianismo, auténtico y consecuente, el verdadero protestantismo, es decir: el cristianismo aplicado a las necesidades de la inteligencia moderna y dando respuesta a las exigencias de la ciencia moderna. En Leyde, por ejemplo, en el siglo pasado, un profesor holandés enseñaba a sus estudiantes de teología que (desde el punto de vista de la ciencia moderna) era absolutamente imposible que Jesús resucitara de los muertos. Y todos los estudiantes aplaudieron y prestaron su conformidad a tal afirmación. Esta fue la pasión del siglo XIX: el protestantismo moderno levantado en contra del de la Reforma, en contra de la Confesión de Fe de la Iglesia reformada, en contra del Símbolo de los apóstoles. Se trató, pues, de un conflicto *en el seno mismo* de la Iglesia. Y cuando ciertos pastores presentaron su dimisión, oyeron cómo muchos de sus colegas les dijeron que no era necesario en absoluto el abandonar la Iglesia establecida. Según ellos, nada impedía la predicación de este nuevo protestantismo, este nuevo cristianismo, dentro de la Iglesia antigua. Así fue la crisis, como la que se plantea todo clérigo comunista al serle preguntado si se considera verdaderamente un *ministro de la Iglesia de Jesucristo*, y responde: “Tengo esta convicción..., pero en tanto que comunista.”

Pero he aquí que entre los estudiantes que aplaudían, y admitían, la negación de la resurrección de Cristo se encontraba Abraham Kuyper, entonces bajo la influencia del modernismo. Mucho tiempo después hablaba todavía con pesar de estos aplausos y del deshonor que había infligido a su Señor. ¡Un simple ejemplo entre otros muchos! Mas útil para revelarnos el fondo de un conflicto trágico que vivimos desde hace más de un siglo y que hallamos de nuevo, constantemente, en numerosos problemas de las iglesias y de la teología.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la síntesis del *Credo* y el espíritu moderno. De todas partes viene el afán por recortar el contenido de la fe y de la doctrina cristianas con objeto de hacer posible esa síntesis. Aparece una oposición cada vez más vigorosa en contra del contenido del *Símbolo de los Apóstoles* (y no solamente contra las *Confesiones de Fe* de la Reforma), en contra del nacimiento virginal, en contra de la resurrección, en contra de

fuerza. Acuérdate que el Señor Jesús vino a quitar el pecado de tres maneras; vino a salvar de la culpa del pecado, del poder del pecado, y de la presencia del pecado. En seguida te es posible llegar a la segunda parte: el poder del pecado se puede quebrantar inmediatamente; y así estarás en el camino a la tercera parte, la salvación de la presencia del El ángel dijo del Señor. «Llamarás su nombre Jesús, porque el salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat.1:21). Nuestro Señor Jesús vino para destruir en nosotros las obras del diablo. Lo que se dijo en el nacimiento de nuestro Señor, se declaró también en su muerte; porque al abrirse su costado, salió sangre y agua para significar la doble cura por la cual quedamos salvos de la culpa y la contaminación del pecado.

Si no obstante te apenan el poder del pecado y las inclinaciones de tu naturaleza, como bien puede ser el caso, aquí hay para ti una promesa. Confía en ella, porque forma parte de ese pacto de gracia que está en todo ordenado y firme. Dios que no puede mentir ha declarado en el libro de Ezequiel 36:26; «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne.»

Como ves, en todo entra el Yo Divino: Yo -daré -pondré -quitaré -daré. Tal es el modo real de actuar del Rey de reyes, siempre poderoso para ejecutar al punto su soberana voluntad. Ninguna de sus palabras quedará sin cumplir.

Bien sabe el Señor que tu no puedes cambiar tu propio corazón, ni limpiar tu propia naturaleza, pero también sabe que el él es poderoso para hacer ambas cosas. Dios puede cambiar la piel del Etopo y extraer las manchas del leopardo. Oye esto, cree y admíralo, él te puede crear de nuevo, hacer que nazcas de nuevo. Esto es un milagro estar al pie de las cascadas del Niágara, y con una palabra manda a la corriente volver atrás y subir arriba el gran precipicio

corazón es tan duro, la voluntad tan rebelde, la pasión tan ardiente, los pensamientos tan ligeros, la imaginación tan indomable, los deseos tan incultos que el hombre despierto siente que lleva en su interior una cueva de bestias salvajes que acabarán por devorarlo antes que él logre ejercer dominio sobre ellas. Respecto a nuestra naturaleza caída podemos decir nosotros lo que dijo el Señor a Job, del monstruo marino: «¿Jugarás tu con él como con un pájaro, o lo atarás para tus niñas?» (Job.41:5). Más fácil sería para el hombre poder detener con la mano el viento que refrenar por su propia fuerza los poderes tempestuosos que moran en su naturaleza caída. Esta es una empresa mayor que cualquiera de las fabulosas de Hércules; aquí se necesita a Dios, el Todopoderoso.

«Yo podría creer que Jesús me perdonara el pecado,» dice alguien, pero lo que me molesta es que vuelvo a pecar y que existen inclinaciones terribles al mal en mi ser. Tan cierto como la piedra arrojada al aire, pronto vuelve a caer, así yo; aunque por la predicación poderosa sea elevado al cielo, vuelvo a caer de nuevo en mi estado de insensibilidad. Fácilmente quedo encantado por los ojos de basilisco del pecado permaneciendo bajo el encanto, solo la providencia me hace escapar de mi propia locura.

Estimado amigo, si la salvación no se ocupara de esta parte de nuestro pecado de ruina, resultaría una cosa por demás tristemente defectuosa. Como deseamos ser perdonados, deseamos también ser purificados. La justificación sin la santificación no sería salvación de ningún modo. Tal salvación llamaría al leproso limpio, dejándole morir de lepra; perdonaría la rebelión, dejando al rebelde permanecer enemigo del soberano. Alejaría las consecuencias descuidando y sin fin. Impediría por un momento el curso del río, dejando abierta la fuente de contaminación, de modo que más o menos pronto se abriría una salida con mayor

la expiación por la cruz de Jesucristo. El siglo xix fue un siglo decisivo en las relaciones entre el antiguo y el nuevo protestantismo. La Iglesia no se hallaba frente a una franca negación de la fe cristiana; se la acusaba, simplemente, de conservar una forma anacrónica de cristianismo que no servía sino para ser arrumbada. Numerosos teólogos resolvieron el problema al aceptar los términos de nuestros *símbolos* y de la doctrina de la Iglesia, pero dándoles otra interpretación. Apareció de esta manera el inmenso peligro para la Iglesia de que cada cual pudiese interpretar a su manera la *Confesión de Fe*.

Esta posibilidad de interpretación, en lugar del rechazo puro y simple de la doctrina, ha creado una situación extremadamente peligrosa para la Iglesia de nuestro tiempo. Tengo la firme convicción de que constituye una de las amenazas más serias que se cierne sobre la Iglesia. Cuando alguien rechaza abiertamente los términos del *Credo* ya sabemos, al menos, a qué atenernos. Pero la situación es mucho más peligrosa cuando los términos del *Credo* permanecen intangibles, siendo sometidos al mismo tiempo a una interpretación diferente del sentido original. Recuerdo a un teólogo que consideraba el artículo: “nacido de la Virgen María” como un mito; no obstante, no deseaba que fuera quitado del *Símbolo de los Apóstoles*. Y cuando leemos todavía que Cristo fue “concebido del Espíritu Santo, según la opinión del citado teólogo, ello quiere decir que, siendo independiente del Espíritu Santo, la originalidad de Cristo estribó en poder decir “no a la naturaleza y al pecado. Salta a la vista que los términos del *Credo* quedan así desvalorizados totalmente por semejante exégesis y que si la Iglesia se aventura en esta dirección, manteniendo el antiguo lenguaje, hace ofensa al mundo; pues deja de anunciar la verdad y se convierte más y más en algo ambiguo a hipócrita. Tales licencias arrebatan toda claridad a las declaraciones de la Iglesia, justamente en un momento en que el mundo no aspira a nada más sino a claridad; claridad en una época de tinieblas y de extrema confusión.

El neoprottestantismo y la autonomía de la razón

Más la situación se ha ido haciendo cada vez peor. Más y más crítica. El protestantismo moderno, el neoprottestantismo, ejerció una influencia considerable. El, al menos, sabía pronunciar estos vocablos mágicos y encantadores: ciencia, evolución, progreso, personalidad, espíritu moderno, libertad, autonomía, etc. Para muchos, el protestantismo de la Reforma parecía ¡lógico y muy por debajo de las exigencias de la ciencia y de los conceptos modernos del mundo. ¡Grave problema! No sólo para los teólogos, sino para muchos otros, especialmente para los jóvenes. Les daba la sensación de pertenecer a una familia ortodoxa que no representaba ya más que un movimiento moribundo, un protestantismo agonizante. El neoprottestantismo penetró en nuestras comunidades y la iglesia que se le oponía era, rápidamente, tildada de vetusta y arcaica, defensora de un conservadurismo disecado y temerosa delante de los resultados infalibles de la ciencia moderna.

Se acercaba el momento en que muchos tenían que tomar, inevitablemente, una decisión radical. Pero al considerar esta lucha creciente entre el protestantismo de la Reforma y este nuevo protestantismo debemos comprender que el problema es tan grave que resulta imposible hacerle frente mediante un simple conservadurismo muerto, repitiendo viejas fórmulas, sin una fe viva y sin asumir la tarea que nos incumbe hoy. Estos peligros no pueden ser superados más que por una fe viva y a la escucha constante del Espíritu Santo. Cuando el catolicismo romano acusa a la Reforma de haber rechazado toda autoridad auténtica, nosotros sabemos bien que ello se debe a un malentendido. No fue en nombre de la razón y de la autonomía humanas que la Reforma combatió ciertas autoridades; por el contrario, la Reforma aspiraba a *una autoridad más grande* que la que conocía desde hacía siglos la Iglesia romana, anhelaba *una autoridad real y efectiva*.

Tenemos que conocer las fuentes vivas de la Reforma. Para ser calvinistas o reformados no es suficiente poseer un sistema majestuoso de doctrina del cual podamos sentirnos orgullosos; no

condenará? Cristo es el que murió. ¿Quién acusará a los escogidos de Dios. Dios es el que justifica» (Ro. 8:33,34).

Ahora bien, pobre alma, ¿quieres entrar en este refugio tal cual eres? Aquí estarás con perfecta seguridad. Acepta esta salvación cierta y segura. Acaso dirás: «Nada hay en mí que me recomiende.» No se te pide tal cosa. Los que escapan por la vida, dejan la ropa detrás de sí. Refúgiate apresurado tal cual eres.

Te diré algo de mí mismo para animarte. Mi única esperanza de entrar en la gloria descansa en la plena redención de Cristo realizada en la cruz del Calvario por los impíos. En esto descanso firmemente, ni sombra de esperanza tengo en alguna otra cosa. Tu te hallas en la misma condición que yo, pues ninguno de nosotros tiene mérito alguno digno de consideración cual base de confianza. Juntemos, pues, las manos, colocándonos juntos al pie de la cruz, y entreguemos nuestras almas de una vez para siempre al que derramó su sangre por los culpables. Nos salvaremos ambos por un mismo Salvador. Si tu pereces confiando en él, pereceré yo también. ¿Qué más puedo hacer para probarte mi propia confianza en el evangelio que te proclamo?

SALVACIÓN DE PECAR

Quisiera decir unas cuantas palabras sencillas a los que comprenden la idea de la justificación por la fe en Cristo Jesús, pero cuya dificultad consiste en no poder dejar de pecar. No es posible que nos sintamos felices, descansados y espiritualmente sanos hasta que llegamos a ser santificados. Es preciso que seamos librados del dominio del pecado. Pero, ¿cómo se realiza esto? Es este un asunto de vida o muerte para muchos. La naturaleza vieja es muy fuerte y la han procurado refrenar y domar; pero no quiere ceder, y aunque deseosos de mejorarse, se hallan peor que antes. El

en Jesús, y esto es lo esencial, entonces debes saber que tus pecados fueron alejados de ti por Aquel que representaba al macho cabrío expiatorio en el culto profético de Israel.

¿Qué es el creer en él? No simplemente decir «Es Dios y Salvador,» sino confiar en él del todo y enteramente, recibéndole para toda la obra de la salvación desde hoy y para siempre, recibéndola cual Salvador único, cual Señor, Maestro, todo. Si tu quieres a Jesús, él te ha aceptado ya. Si crees de verdad en él te aseguro que ya no irás al infierno; porque eso haría nulo el sacrificio de Cristo. No es posible que un sacrificio se acepte, y que a pesar de ello muera el alma por la cual se haya aceptado el sacrificio. Si el alma del creyente se pudiera condenar, ¿para qué tal sacrificio? Si Jesús murió en mi lugar, ¿por qué debo morir yo también?

Todo creyente puede afirmar que un sacrificio expiatorio se ha hecho por él; por fe ha colocado su mano sobre el mismo, haciéndole suyo, y por lo mismo puede descansar seguro de que nunca perecerá. El Señor Dios no recibirá este sacrificio hecho por nosotros para luego condenarnos a morir. Dios no puede leer nuestro perdón escrito en la sangre de su propio Hijo y luego herirnos de muerte. Tal cosa es imposible. ¡Dios te conceda la gracia ahora mismo para mirar sólo a Jesús, empezando por el principio, por Jesús mismo, quien es el origen de la fuente de misericordia para el hombre culpable.

«Él justifica al impío.» «Dios es el que justifica,» por tanto y por esa misma razón se puede hacer, y lo hace mediante el sacrificio expiatorio de su Divino Hijo. Por esa razón puede hacerse en justicia, y tan justamente que nadie podrá ponerlo en duda, tan equitativamente que ni en el último y temible día, cuando pasen los cielos y la tierra, habrá quien niegue la validez de esa justificación. *«¿Quién es el que*

basta con saber que tenemos un concepto armónico y sistemático del mundo.

Una originalidad según el mundo no puede ser nuestra originalidad. Tenemos que saber -y es lo único que puede darnos mordiente- que la originalidad de la fe reformada y del calvinismo consiste precisamente en su *rechazo de toda originalidad en relación con el Evangelio*. Solamente así podremos resolver los problemas que plantea el neoprotestantismo, ya que solamente entonces nos será posible discernir de qué se trata.

El protestantismo moderno -el neoprotestantismo- ha afirmado siempre que el valor del progreso científico venía de que la ciencia moderna no *tenía prejuicios*, no tenía *a priori*, que era puramente racional, la única concepción válida del mundo. Como lo declara Russell en su libro *Science and Religion*: no hay más que un solo método verdadero: la ciencia. Desde hace algunos siglos Europa occidental no cree ya más en la posibilidad de una ciencia cristiana y esto explica por qué no hay interés ni se presta ninguna consideración a la idea de una universidad cristiana. Pero hoy la oposición a una ciencia cristiana y a una universidad cristiana no parte solamente de los incrédulos, sino de los mismos creyentes; de quienes se declaran cristianos verdaderos, pero que se hallan influidos por la secularización de la ciencia y de la filosofía, como si el mundo pudiese ser explicado sin la revelación de Dios. ¿Cuál es, pues, el resultado de esta llamada “ciencia sin *a priori*”?

Helo aquí: la dominación de toda la esfera científica por un método único, el triunfo de la razón, y ello a un tal grado que incluso los incrédulos y los ateos comienzan a rebelarse contra dicha dominación. Es posible, creo, discernir el verdadero *a priori* que se esconde detrás del protestantismo moderno: es el principio de la autonomía, de la supremacía de la razón humana y de su síntesis con los deshechos que sobran de la fe cristiana. La *Teología sistemática* de P. Tillich⁵ es un ejemplo elocuente de lo

⁵ Paul Tillich, *Teología sistemática*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1973.

que decimos. La imposibilidad de encontrar un denominador común a los dos protestantismos se hace cada vez más evidente.

Para concretar mi pensamiento hablaré de uno de los aspectos más cruciales del neoprottestantismo. En Alemania, R. Bulmann, teólogo de la escuela dialéctica, ha llevado a cabo una violenta campaña contra lo que él llama los elementos míticos del Nuevo Testamento, los aspectos míticos de los Evangelios. Trata de demostrar que, en nuestros tiempos modernos, es indispensable que saquemos del Evangelio todos estos elementos “míticos”. En este mundo de nuestros días es necesario *desmitificar* el Nuevo Testamento, ya que poseemos ahora un concepto más científico del mundo. Si nuestro lenguaje permanece en la forma de la enseñanza mitológica del Nuevo Testamento, llegaremos simplemente al punto en que un gran número, al rechazar su forma mítica, rechazarán también toda la fe cristiana. Bultmann considera su obra teológica como una obra pastoral, un testimonio de compasión en favor del pueblo que se mueve con otros conceptos del mundo distintos del que aparece en la Biblia. La antigua concepción reformada, fundada sobre la Biblia, se aferra aún a los acontecimientos sobrenaturales tales como la venida del Hijo de Dios en carne, el nacimiento virginal, la resurrección, la ascensión, el retorno de Cristo. Pero, según Bultmann, hoy es ya imposible vivir en semejante perspectiva. Si aceptamos la electricidad y las técnicas de la medicina moderna, ello implica necesariamente un concepto moderno del mundo en el cual el mensaje del Nuevo Testamento no puede ser manejado de la misma manera que antaño. En un nuevo protestantismo, tendremos, pues, que transferir el Evangelio mitológico a formas nuevas de pensamiento, más modernas. El programa de Bultmann ha sido vivamente discutido en Alemania y en todas partes. Mas resulta interesante observar que lo esencial de este nuevo protestantismo sea rigurosamente idéntico a lo esencial de la antigua postura liberal del siglo XIX, bien que Bultmann da la impresión de que su teología comporta algo nuevo. De hecho nada ha cambiado. Sigue siendo la servidumbre de la fe cristiana a un método científico que se proclama neutro.

contemplo los sufrimientos del Hijo de Dios, tanto más cierto estoy de que corresponden a mi caso de criminalidad. ¿Por qué sufrió sino para librarnos de la pena merecida? Habiéndola pues, expiado por su muerte, los creyentes en él no necesitan temerla. Así es, y así debe ser, que siendo hecha la expiación, Dios puede perdonar sin alterarse las bases de su tribunal, ni en lo más mínimo cambiar sus estatutos del código. La conciencia halla respuesta plena a su pregunta tremenda. La ira de Dios contra la iniquidad debe ser terrible, más allá de toda concepción humana. Bien dijo Moisés; «¿Quién conoce el poder de tu ira?» (Salmo 90:11). No obstante al oír al Señor de gloria gritar. «¿Por qué me has desamparado?» (Mat.27:46) y al verle exhalar el último aliento, sentimos que la Justicia Divina ha recibido abundante satisfacción por la obediencia tan perfecta y muerte tan espantosa de parte de persona tan Divina. Si Dios mismo se inclina ante su propia ley, ¿que más se quiere? Hay mucho más en la expiación en sentido de mérito que en todo pecado humano en sentido de demérito.

El vasto mar del sacrificio propio del amor de Jesús es tan profundo que pueden hundirse en él todas las montañas de nuestros pecados. A causa del valor infinito de nuestro Representante, bien puede Dios mirar favorable a los demás seres humanos por indignos que fuesen en sí mismos. Ciertamente fue el milagro de los milagros que el Señor Jesús tomara mi lugar.

Sufriendo por mi la fatal condena,

Librando mi alma de eterna pena.

Pero así lo hizo. «Consumado es» (Juan 19:30). Dios perdonará al pecador, porque no perdonó a su propio Hijo. Dios puede perdonar tus transgresiones, porque cargó en su Hijo unigénito esas transgresiones hace 2000 años. Si crees

haber pecado en realidad, había caído por el pecado de mi primer padre; y me regocijo, ya que, por tanto, me fue posible, en sentido jurídico, ser levantado mediante esa segunda Cabeza representativa. La caída de Adán dejó una escapatoria: otro Adán puede deshacer la ruina hecha por el primero.

Cuando me inquietaba respecto a la posibilidad de que un Dios justo me perdonara, comprendí y vi por fe, que él, que es el Hijo de Dios, se hizo hombre y en su propia bendita persona llevó mi pecado en su cuerpo sobre el madero. Vi el castigo (precio) de mi paz sobre él y que por su llaga fui curado (Isa.53:4,5). Querido amigo, *¿has visto tú esto?* ¿Has comprendido como Dios puede quedar del todo justo, no remitiendo la culpa ni quitando el filo de la espada, y como él, sin embargo, puede ser infinitamente misericordioso y justificador del impío que acude a él? La razón es que el Hijo de Dios, eternamente glorioso en su persona inmaculada se encarga de satisfacer a la ley sometándose a la condena que me correspondía a mi, en consecuencia de lo cual Dios puede quitar mi pecado. Más satisfacción resulta para la ley por la muerte de Cristo que hubiera resultado enviando a todos los transgresores al infierno. El establecimiento más glorioso del gobierno equitativo de Dios resultó sufriendo el Hijo de Dios por el pecado, que sufriendo toda la raza humana.

Jesús ha soportado por nosotros toda la penalidad de la muerte. ¡Contempla esta maravilla! Allí está colgado de la cruz. Esta es la vista más solemne que jamás has contemplado. El Hijo de Dios y el Hijo del hombre, allí elevado en el vil madero, sufriendo penas indecibles, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Maravillosísima es tal vista; ¡el Inocente castigado! ¡El eternamente bendito hecho maldición! ¡El infinitamente glorioso sufriendo la muerte ignominiosa! Cuanto más

En esta trágica situación preguntémosnos ahora y busquemos el significado exacto del término *Protestantismo*. El peligro crucial en el protestantismo moderno estriba en que este término, si no me equivoco, no reciba más que una acepción negativa. Cada vez más, ya no sirve sino para la simple protesta contra la confesión de fe de la Iglesia. Mas cuando el neoprotestantismo apela a la Reforma y pretende ser el protestantismo auténtico, lo que hace no es sino falsificar la historia y no temo en afirmar que este protestantismo moderno no podrá jamás oponer la más mínima resistencia válida y significativa al catolicismo mismo. El protestantismo moderno -el neoprotestantismo- carece de la más mínima *calidad* para oponérsele, ya que no es más que antipapismo evanescente. Quiere ser llamado “protestante” cuando no es más que protesta contra la autoridad, contra la autoridad de las Santas Escrituras, y desde hace años se ha entregado a una lucha feroz en contra de la ortodoxia. Sólo tenemos una manera de salir de este atolladero: que los espíritus disciplinados, más y más, el origen y las fuentes bíblicas de la auténtica Reforma.

Bajo la influencia y los ataques del protestantismo moderno muchas gentes comienzan a sentirse cansadas, pues se las ha obligado a estar a la defensiva; se les ha repetido hasta la saciedad que no eran de su época, que estaban completamente pasadas de moda. El carácter deletéreo de esta acusación nos permite comprender por qué hay quien capitula. Mas justamente entonces es cuando olvidan que su tarea en el mundo en que vivimos no es la de buscar su propio placer. En otras épocas los ataques contra el Evangelio levantaban la indignación más apasionada. Los gnósticos, por motivos religiosos, negaron la encarnación; también por motivos religiosos negaron otros la divinidad de Cristo: los unos y los otros se hacían los campeones del monoteísmo. Se negó la humanidad de Cristo en nombre del carácter divino de la redención. Se trataba de motivos religiosos. En cada caso la vigilancia de la Iglesia estaba atenta á los motivos profundos que inspiraban cada error. La misma Palabra de Dios se hacía el eco de su indignación: “Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe” (1ª Cor. 15:14). Es así porque los apóstoles fueron también vigilantes y

supieron discernir los motivos y las consecuencias de cada extravío. El apóstol del amor, por ejemplo, el apóstol Juan, ¿qué dice contra todos los motivos “religiosos” de su tiempo? “Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1ª Jn. 4:2-4). ¿No tenemos necesidad también nosotros de comprender una vez más, como lo comprendió Juan, que existe una maravillosa posibilidad de armonía entre la ortodoxia y el amor? El modernismo ha acusado siempre a la ortodoxia de ser conservadora, pasada de moda, intelectualista. Y, a veces, la misma ortodoxia protestante se ha esforzado en dar una impresión mejor y más matizada. Pero entonces se colocaba en la defensiva y dejaba de dar un auténtico testimonio. Lo que nos hace falta hoy es una ortodoxia unida íntimamente al amor, y también a la indignación, no a una indignación personal, sino a la indignación del amor que nos enseña el Evangelio.

Ortodoxia y amor

Por desgracia, es de otra clase de matrimonio que se oye hablar: el de la ortodoxia con el fariseísmo. ¿Podemos contestar a esta acusación general? Yo preferiría recordar las palabras de Pablo, pesadas incluso para los teólogos: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy (1ª Cor. 13:1-2).

Tal es la advertencia del Evangelio. Pero esta advertencia conlleva la promesa de que sólo el amor es de bendición en el mundo. Cuando contemplamos las consecuencias lastimosas de los ataques del protestantismo moderno, cuando vemos la pobreza espiritual y todos los falsos problemas de este neoprottestantismo, ¿cómo no vamos a sentir piedad por él? Leemos, en alguna ocasión, que el protestantismo liberal y el neoprottestantismo

Para mí la doctrina de la expiación por la substitución es una de las pruebas más poderosas de la inspiración divina de la Sagrada Escritura. ¿Quién podría haber ideado el plan de que el Rey justo muriera por el súbdito injusto y rebelde? Esta no es doctrina de mitología humana, ni sueño de la imaginación de un poeta. Este método de expiación se conoce por la humanidad únicamente por ser un hecho positivo. La imaginación humana no podría haberlo inventado. Es arreglo, plan y estatuto de Dios mismo; no es cosa del cerebro humano.

Desde la infancia había oído hablar de la salvación por el sacrificio de Jesús; pero en lo profundo de mi alma nada más sabía de ello, estaba en una completa ignorancia. La luz existía, pero yo vivía ciego; de pura necesidad el Señor mismo tuvo que aclararme el asunto. La luz vino como revelación nueva, tan nueva como si nunca hubiese leído en las Escrituras la declaración de que Jesús era la propiciación por el pecado para que Dios fuese justo y justificador del impío. Creo que esto ha de venir como revelación nueva para todo hombre al nacer de arriba, a saber la gloriosa doctrina de la substitución por el Señor Jesús.

Así llegué a comprender la posibilidad de la salvación mediante el sacrificio de substitución, y que todo se había provisto para tal substitución, y que todo se había provisto para la misma. Me fue dado ver que el Hijo de Dios, igual al Padre e igualmente eterno, desde la eternidad había sido constituido cabeza del pacto de un pueblo escogido, para que en esa capacidad sufriera por el mismo para salvarle. En cuanto nuestra caída, en primer término, no fue caída individual, ya que caímos en nuestro representante federal, en «el primer Adán», fue posible para nosotros el levantamiento por un segundo representante, a saber por Aquel que se encargó de ser la cabeza del pacto de su pueblo, a fin de ser su «segundo Adán.» Vi que, antes de

alcanzan la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Como demostración de su justicia, Dios le ha puesto a él como expiación por la fe en su sangre, a causa del perdón de los pecados pasados, en la paciencia de Dios, con el propósito de manifestar su justicia en el tiempo presente; para que él sea justo y a la vez justificador del que tiene fe en Jesús.

Permítaseme rendir un poco de testimonio personal aquí. Hallándome bajo el poder del Espíritu Santo, bajo la convicción del pecado, sentía pesar sobre mi, clara y fuertemente la justicia de Dios. El peso del pecado me abrumaba de manera insoportable. No que tanto temiera yo al infierno, como temía al pecado. Me veía tan terriblemente culpable que recuerdo haber sentido que si Dios no me castigaba por el pecado, faltaría a su deber al no hacerlo. Sentía que el Juez de toda la tierra debía condenar a un pecador como yo. Estaba yo sentado en el tribunal condenándome a mi mismo a la perdición; porque admitía que si yo fuera Dios, no podría hacer otra cosa que enviar a una criatura tan culpable a lo más profundo del infierno.

Todo ese tiempo me preocupaba profundamente de la honra del nombre de Dios y de la equidad de su gobierno moral. Sentía que no estaría satisfecha mi conciencia, si consiguiera yo perdón injustamente. El pecado que había cometido, merecía castigo y debía castigarse. Luego me venía la pregunta: «¿Cómo podría ser Dios justo y no obstante justificar a persona tan culpable como yo?» ¿Cómo puede ser justo y, sin embargo, justificador de los pecadores? Me molestaba y cansaba esta pregunta, y no hallaba contestación a la misma. Imposible para mi inventar respuesta alguna que diera satisfacción a mi conciencia.

volverán a la ortodoxia. Mas seamos extremadamente circunspectos sobre este punto; pensemos en el peligro inherente en las palabras, incluso en las palabras muy ortodoxas pero vaciadas de su contenido verdadero: el mensaje del Evangelio.

Cuando intentamos analizar el mundo de la teología contemporánea no debemos subestimar ni la ciencia ni la teología. Ambas influyen una sobre la otra y, recíprocamente, sobre la Iglesia. Dicha influencia no queda limitada a las aulas de estudio, sino que penetra la Iglesia y la comunidad de los santos. No podemos afrontar el protestantismo moderno más que con amor y situados en una posición de escucha perenne de la Escritura. La respuesta, la única respuesta posible, sin el más mínimo espíritu de conservadurismo, es la del apóstol Juan: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome lo corona” (Apocalipsis 3:11). Esta corona no es la de nuestros méritos ni la de nuestras propias obras. Nos hace pensar en estas coronas de que nos habla el Apocalipsis cuando nos muestra el futuro con los veinticuatro ancianos que se postran delante del que está sentado en el trono y que adoran al que vive por los siglos de los siglos y echan sus coronas delante del trono (Apocalipsis 4:10-11). Tal es la única manera que se nos ofrece de no guardar la corona. Pero no hay la más mínima contradicción entre esta visión del porvenir y el mandamiento que se nos da de guardar lo que tenemos.

Dios quiere que nadie pueda arrebatararnos la corona. Esto significa que debemos velar celosamente sobre los dones de nuestro Señor y sobre nuestra responsabilidad en el mundo. Guardémonos de dejarnos abatir en este período extraño y peligroso de nuestra historia, cuando innumerables problemas nos asedian por todas partes. El Señor bendecirá nuestra tarea. Y esta tarea no consiste en ser protestantes en un sentido negativo, ya que el mundo actual está sucumbiendo debajo de las protestas en contra de la Palabra de Dios, contra la autoridad, contra el Evangelio.

El neoprottestantismo es un ensayo de síntesis entre el Evangelio y la autonomía de la razón, que obliga a sus partidarios a levantarse en contra de la ortodoxia. Mas no tenemos nada que

temer si sabemos obedecer a Jesucristo, ya que entonces sabremos lo que el mundo necesita: le hace falta un testimonio, una afirmación positiva, una certeza.

Para la Iglesia, como para la teología, la Palabra de nuestro Señor es siempre viva: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33).

Tarea lección 3 Sola Escritura

1. ¿Qué significa que la Biblia es clara?
2. ¿Qué significa que la Biblia es suficiente?
3. ¿Por qué podemos decir con toda seguridad que la Biblia es nuestra última autoridad de fe y vida?
4. ¿Cuáles son los dos argumentos de la tradición crítica que se esgrimen para no creer que la Biblia es la palabra de Dios?
5. ¿Cuál es la posición más generalmente admitida por los críticos contemporáneos acerca de la Biblia?
6. Si nunca se podrá probar con una apologética racionalista que la Biblia es la Palabra de Dios, ¿cómo es que se llega a ese convencimiento?
7. Cuales son los tres elementos básicos constitutivos del “Edificio espiritual”.
8. ¿Quién establece que los libros del canon son realmente la Palabra de Dios?
9. ¿Es la autoridad de un libro de la Escritura la que le da su canonicidad, o es la canonicidad la que le da su autoridad?
10. ¿Qué tres cosas recibieron como privilegio único los apóstoles para ser el fundamento o las columnas de la iglesia?

era justo.. Así es que tengo el testimonio del Espíritu Santo y el de la conciencia, testificando ambos a una la misma cosa. ¡Cuánto deseo que el lector reciba el testimonio de Dios en este asunto, y muy pronto tendría también el testimonio en sí mismo!

Me atrevo a decir que un pecador justificado por Dios se halla sobre fundamento más firme que el hombre justificado por sus obras, si tal hombre existiera. Pues nunca tendríamos la seguridad de haber hecho bastantes obras buenas; la conciencia quedaría siempre inquieta en si, después de todo, faltaría algo y solamente descansaríamos sobre la sentencia falible de un juicio dudoso. En cambio, cuando Dios mismo justifica, y el Espíritu Santo le rinde testimonio, dándonos paz con Dios, entonces sentimos que el hecho es firme y muy sólido, y el alma entra en descanso. No hay palabras para explicar la calma profunda que se apodera del alma que recibe esa paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Amigo, búscala en este mismo momento.

JUSTO Y JUSTIFICADOR

Acabamos de ver a los impíos justificados y hemos contemplado la gran verdad de que solo Dios puede justificar al hombre. Ahora daremos un paso adelante, preguntando: *¿Cómo puede un Dios justo justificar a los culpables?* Contestación plena la hallamos en las palabras del apóstol Pablo, en Ro. 3:21-26. Leeremos seis versículos del capítulo indicado con el objeto de conseguir la idea total del pasaje.

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas. Esta es la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todo los que creen. Pues no hay distinción; porque todos pecaron y no

diciendo: «*Yo quiero, se limpio.*» El Señor Dios es gran perdonador. «Yo creo en el perdón de los pecados.» *¿Crees tú?* Aun en este mismo momento, el juez puede pronunciar sentencia sobre ti, diciendo: «*Tus pecados te son perdonados: vete en paz.*» Y si así lo hace, no hay poder en el cielo, en la tierra, ni debajo de la tierra que te pueda acusar, ni mucho menos condenar. No dudes del amor del Todopoderoso. Tu no podrías perdonar al prójimo, si te hubiera ofendido como tu has ofendido a Dios. Pero no debes medir la gracia de Dios con la medida de tu estrecho criterio. Sus pensamientos y caminos están por encima de los tuyos tan altos como el cielo está sobre la tierra Bien, dirás tal vez, gran milagro sería que Dios me perdonara a mi. ¡Justo! Sería un milagro grandísimo, y por lo tanto es muy probable que lo haga, porque él hace «*grandes cosas e inescrutables*» (Job 5:44) para nosotros inesperadas En cuanto a mi, quedé afectado bajo un terrible sentimiento de culpa que me hacía la vida insoportable; pero al oír la exhortación: «*¡Mirad a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra! Porque yo soy Dios, y no hay otro.*» (Isa. 45:22), entonces miré, y en un momento me justificó el Señor. Jesucristo, hecho pecado en mi lugar, fue lo que vi, y esa vista me dio reposo al alma. Cuando los hombres mordidos por las serpientes venenosas en el desierto miraron a la serpiente de metal, quedaron sanos inmediatamente, y así yo al mirar con los ojos de la fe al Salvador crucificado por mí. El Espíritu Santo, quien me dio la facultad de creer, me comunicó la paz mediante la fe. Tan cierto me sentí perdonado, como antes me había sentido condenado. Había sentido realmente la condenación, porque la Palabra de Dios me lo había declarado, dándome testimonio de ello la conciencia. Pero cuando el Señor me declaró justo, quedé igualmente seguro por los mismos testimonios. Pues la Palabra de Dios dice: «*El que en él cree, no es condenado*» (Juan 3:18), y mi conciencia me daba testimonio de que creía y de que Dios al perdonarme

11. ¿La elección de Matías como uno de los doce, demuestra que, es sustitución, o sucesión? A la muerte de Santiago, ¿hubo también sucesión?
12. La Palabra transmitida de la época de Cristo, ¿por quienes fue establecido que se llevara a cabo? ¿Quién mandó que fuere así y les eligió?
13. ¿Por qué Cristo por una parte critica la tradición de los judíos y por otra parte funda una tradición con los apóstoles al escogerles para transmitir sus enseñanzas?
14. ¿Cual es la razón por la que ya no podemos ni debemos tener más revelación?
15. ¿Es la revelación un documento póstumo a la obra de salvación, o es parte fundamental dentro de la misma salvación. Cambia. Puede ser obviada? Es parte fundamental, de tal manera que no puede cambiar y mucho menos no estar presente en la salvación y vida de los creyentes.
16. ¿Qué se pregunta la iglesia para aceptar un libro como canónico?
17. ¿Qué significa apostólico?

Estimado estudiante, tenga en cuenta que su respuesta debe ser dada de acuerdo a los principios estudiados en el texto. Eso no significa que todas las respuestas están dadas directamente en el libro, pero sí que la mayoría se pueden inferir de él. De no estar la respuesta en el libro, de la suya, justificándola bíblicamente.

LECCIÓN IV

SOLO CRISTO

El Gran Salvador

"Grande para salvar" (Isaías 63:1).

Sabido es que esto se refiere a nuestro amado Señor Jesucristo, a quien se describe como "viniendo de Edom, de Bosra, con vestidos bermejos," y el que preguntado quién es, contesta:

"Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar." Con esto, será bien que desde el principio del discurso notemos una o dos cosas tocante a la persona, incomprensible en su naturaleza, del hombre y Dios a quien damos el título de Redentor nuestro, a saber, Jesucristo nuestro Salvador. Este es uno de los misterios de la religión cristiana: nos enseña que hemos de creer que Cristo es Dios, no obstante que es hombre. Siguiendo las Escrituras, sostenemos que es Dios mismo, igual al Padre, y coeterno con éste, poseyendo al igual del Padre todos los atributos divinos en grado infinito. Tomó parte con el Padre en todos los actos de su omnipotencia; tuvo que ver en el decreto, en la creación de los ángeles, en la del mundo cuando éste rodó del caos al espacio, y también en el orden del bello mecanismo natural. Con anterioridad a cualquiera de tales hechos era el Divino Redentor Hijo Eterno de Dios. No dejó de ser Dios cuando se hizo hombre. Siendo "varón de dolores, experimentado en flaqueza," era también "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos," tan ciertamente como antes de su encarnación. De ello tenemos pruebas abundantes en las continuas afirmaciones de las Escrituras y en los milagros que obró. Las resurrecciones de muertos, las caminatas sobre las olas del mar, los apaciguamientos del viento, y el hendimiento de las rocas, con otros hechos maravillosos suyos que nos falta tiempo

pecado se puede alejar de los hombres. No creemos nosotros en teorías; proclamamos un hecho. El hecho más glorioso debajo del cielo es este, que Cristo por su preciosa sangre real positivamente aleja el pecado y que Dios por amor de Cristo, tratando a los hombres en términos de misericordia divina, perdona a los culpables y los justifica, no según algo que vea en ellos o prevé que habrá en ellos, sino según la riqueza de la misericordia que habita en su propio corazón. Esto es lo que hemos predicado, lo que predicaremos en tanto que vivamos. «*Dios es el que justifica,*» el que justifica a los impíos. El no se avergüenza de hacerlo, ni nosotros de predicarlo. En la justificación hecha por Dios mismo no cabe duda alguna. Si el Juez me declara justo, ¿quién me condenará? Si el tribunal supremo de todo el universo me ha pronunciado justo, ¿quién me acusará? La justificación de parte de Dios es respuesta suficiente para la conciencia despierta. El Espíritu Santo mediante la misma sopla la paz sobre nuestro ser entero y no vivimos ya atemorizados. Mediante tal justificación podemos responder a todos los rugidos y a todas las murmuraciones de Satanás y de los hombres. Esta justificación nos prepara a bien morir, a resucitar y enfrentar el último juicio.

Sereno miro ese día:

¿Quién me acusará?

En el Señor mi ser confía;

¿Quién me condenará?

Amigo, el Señor puede borrar todos tus pecados. «Todos los pecados serán borrados a los hijos de los hombres» (Mat.12:31). Aunque te hallaras hundido hasta lo máximo en la miseria, él puede con una palabra limpiarte de la lepra,

Dios hay como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No ha guardado para siempre su enojo, porque él se complace en la misericordia. (Miq. 7:18).

No hablamos aquí de justicia, ni del trato de Dios con los hombres, según sus merecimientos. Si piensas entrar en relación con Dios, justo sobre la base de la ley, la ira eterna te aguarda amenazadora por cuanto esto es lo que mereces. Bendito sea su nombre, porque, no nos ha tratado según nuestros pecados; y hoy nos trata en términos de gracia inmerecida y compasión infinita, diciendo: «Les recibiré misericordioso y les amaré de voluntad.» Créelo, porque ciertamente es la verdad que el gran Dios trata al culpable con misericordia abundante. Sí, puede tratar al impío como si siempre hubiera sido piadoso. Lee atentamente la parábola del «hijo pródigo,» y verás como el padre perdonador recibe al hijo errante con tanto amor como si nunca se hubiera extraviado y nunca contaminado con el mundo. Hasta tal punto el padre demostraba su cariño, que el hermano mayor halló en ello motivo para murmurar, no por eso el padre dejó de amarle. Por culpable que fueras, con tal que quieras volver a Dios, te tratará como si nunca hubieras hecho mal alguno. Te considerará justo y te tratará complacido. ¿Qué dices a esto?

Deseo aclarar bien lo glorioso de este caso. Ya que nadie sino Dios pensaría en justificar al impío, y nadie sino él lo podría hacer, ¿no ves como Dios, bien lo puede hacer? Fíjate en como el apóstol extiende el reto: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Ro. 8:33). Habiendo Dios justificado a una persona, está bien hecho, rectamente hecho, justamente hecho, y para siempre perfectamente hecho. El otro día leí un impreso lleno de veneno contra el evangelio y los que lo predicaban. Decía que creemos en una teoría por la cual nos imaginamos que el

para especificar, todos son pruebas inconcusas de su divinidad, que ciertamente era Dios al mismo tiempo que condescendió a ser hombre.

También las Escrituras Indudablemente nos enseñan que es Dios ahora, que comparte el trono con el Padre, sentado en alto sobre "todo principado, potestad, potencia y señorío, y todo nombre que se nombra," y que el objeto verdadero, legítimo, de la veneración y homenaje y culto de los mundos todos. Asimismo nos enseña a creer que es hombre. Nos dicen que, llegado el día señalado, vino del cielo y se hizo hombre sin dejar de ser Dios, apropiándose la naturaleza infantil en el pesebre de Belén; que de tal estado creció a la estatura de varón, hecho "carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso," en todo menos en nuestro pecado. Son fuertes pruebas de su humanidad verdadera sus padecimientos, hambre, muerte y sepultura, exigiéndonos, no obstante, la religión cristiana que creamos en su verdadera divinidad. Se nos enseña que fue "niño nacido, hijo dado," siendo al mismo tiempo "Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno." Para tener ideas claras y rectas respecto a Jesús no hay que confundir una con otra sus dos naturalezas. No hemos de tenerlo por un Dios rebajado hasta la humanidad deificada, ni por nombre común oficialmente elevado hasta la deidad, sino por una persona con dos naturalezas distintas, no es Dios convertido en hombre, ni hombre hecho Dios, sino hombre y Dios a la vez formando unidad. Es por esto que confiamos en él, en calidad de Interventor, Medianero, Hijo de Dios, Hijo del hombre. He aquí nuestro salvador, el ser gloriosísimo, pero misterioso, indicado en el texto al decir que es grande, "grande para salvar."

De su poder no hay necesidad de hablar; sois lectores de las Escrituras, y creéis en la potencia y majestad del que encarnó Hijo de Dios. Lo creéis Árbitro de la providencia, Rey de la muerte, Vencedor del Infierno. Señor de los ángeles, Dueño de las tempestades, y Dios de las batallas; luego prueba de su poder no necesitáis. Parte de su potencia es asunto para hoy: es "Grande, o poderoso, para salvar." Dénos el Santo Espíritu su auxilio para tratarlo brevemente, sirviéndonos de él para la salvación de nuestras almas.

Primero, trataremos del significado: de la palabra "salvar." Segundo, de cómo demostraremos que efectivamente es "grande para salvar." Tercero, de las razones por que es "grande para salvar." Cuarto, dé las inferencias que deben deducirse de la doctrina de la grandeza de Cristo para salvar.

1. "¿Qué debemos entender por la palabra "salvar?"

Comúnmente los hombres en su mayor parte, leyendo esta palabra, juzgan que significa salvar del Infierno. En parte tienen razón, pero su idea es muy defectuosa. Verdad es que el Señor salva a los hombres de la pena merecida de su delito; efectivamente lleva al cielo los que han merecido la eterna displicencia del Altísimo; si borra "iniquidades, transgresiones y pecados," y disimula las maldades del residuo de su pueblo a causa de su sangre y su expiación. No es ésta, empero, toda la significación de la palabra "salvar." Explicación tan insuficiente ha ocasionado los errores de algunos teólogos, errores que cual brumas han envuelto sus sistemas teológicos. Han dicho éstos que salvar es arrebatar almas como tizones de la lumbre, salvarlos de la destrucción si se arrepienten. La verdad es que significa muchísimo más que librar del infierno a los penitentes. Expresa el todo de la grande obra de la salvación, desde el primer deseo santo, la primera convicción espiritual, continuada hasta la santificación completa. Todo lo hace Dios por medio de Jesucristo. Este es grande, no sólo para salvar los arrepentidos, sino para darles arrepentimiento; no sólo se compromete a llevar los que creen al cielo, tiene poder para dar nuevos corazones, y para comunicar la fe; no sólo puede dar al cielo al que lo quiera, sino que puede hacer amante de la santidad al que la aborrezca, adorador suyo al menospreciador de su nombre, y prófugo de sus malos caminos al réprobo declarado.

Por "salvar" no entiendo lo que algunos. Según la teología de éstos, vino el Señor al mundo para poner todos en estado salvable, a hacer posible la salvación de todos mediante sus propios esfuerzos. No en estado salvable, sino en estado de salvación creo que vino a ponernos; no donde podremos salvarnos ha querido ponernos, sino a llevar a cabo la obra en nosotros y a nuestro

ella misma. Si alguien te ha ofendido gravemente, tú puedes perdonarle, y espero que así lo harás; pero una tercera persona fuera de ti no puede perdonarle. Sólo de ti debe proceder el perdón. Si ha Dios hemos ofendido, está en el poder de Dios mismo perdonar, ya que contra él mismo se ha pecado. Esta es la razón porque David dice en el Salmo 51:4 «A ti, a ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos,» pues así Dios contra quien se ha cometido la ofensa, puede perdonarla. Lo que debemos a Dios, nuestro gran Creador puede perdonar, si así le place; y si lo perdona, perdonado queda.

Nadie más que el Gran Dios contra quien hemos pecado, puede borrar nuestro delito. Por consiguiente, acudamos a él en busca de misericordia. Y cuidado que nos dejemos desviar por los hombres, que desean que acudamos a ellos en busca de lo que solo Dios puede concedernos; careciendo de todo fundamento en la Palabra de Dios sus pretensiones. Y aun cuando fuesen ordenados para pronunciar palabras de absolución en nombre de Dios, será siempre mejor que acudamos nosotros mismos en busca de perdón al Señor nuestro Dios, en nombre de Jesucristo, Mediador único entre Dios y los hombres, ya que sabemos de cierto que éste es el camino verdadero. La religión por encargo es asunto peligroso. Infinitamente mejor y más seguro es que te ocupes personalmente de los asuntos de tu alma y no los encargues a otro. Solo Dios puede justificar a los impíos, y *puede hacerlo a perfección*. El echa nuestros pecados sobre sus espaldas, los borra, diciendo que aunque se busquen, no se hallarán. Sin otra razón que su bondad infinita ha preparado un camino glorioso mediante el cual puede hacer que los pecados que son rojos como escarlata sean más blancos que la nieve y alejar de nosotros las transgresiones tan lejos como el oriente está del occidente. Dios dice: «*No me acordaré de tus pecados,*» llegando hasta el punto de aniquilarlos. Uno de los antiguos dijo maravillado: *¿Qué*

personas que han vuelto al mal aun después de ser castigadas, siendo forzadas a dejar de cometer el mal por algún tiempo. Han quebrantado la ley y pisado el evangelio bajo sus pies. Han rechazado la proclamación de misericordia y persistido en la iniquidad. ¿Cómo podrán tales personas alcanzar el perdón y justificación? Sus conocidos desesperan de ellos, diciendo: «Son casos sin remedio.» Aun los cristianos les miran más bien con tristeza que con esperanza. Rodeado del esplendor de la Gracia de su elección, habiendo Dios escogido a algunos desde antes de la fundación del mundo, no reposará hasta haberles justificado y hechos aceptos en el Amado. ¿No está escrito: «A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó»? (Ro. 8:30). Así es que puedes ver que el Señor ha resuelto justificar a algunos y ¿por qué no estaríamos incluidos tú y yo en este número? Nadie más que Dios pensaría jamás en justificarme a *mi*. Resultó para mí esto una maravilla. No dudo que la gracia Divina sea igualmente manifiesta en otros. Contemplo a Saulo de Tarso «respirando amenazas y muerte» contra los siervos del Señor. Como lobo rapaz espantaba a las ovejas del Señor por todas partes, no obstante Dios le detuvo en el camino de Damasco y cambió su corazón justificándole del todo, tan plenamente, que muy pronto este perseguidor resultó el más grande predicador de la justificación por la fe que haya vivido sobre la faz de la tierra. Con frecuencia debe de haberse maravillado de haber sido justificado por la fe en Cristo Jesús, ya que antes era un tenaz defensor de la salvación mediante las obras de la ley. Nadie más que Dios podía haber pensado en justificar a un hombre como el perseguidor Saulo. Pero el Señor Dios es glorioso en gracia.

Pero, por si alguien pensara en justificar a los impíos, *nadie más que Dios podría hacerlo*. Es imposible que persona alguna perdone las ofensas que hayan sido cometidas contra

favor, desde el principio hasta el fin. SI yo creyese que vino el Señor con el solo fin de condición tal que solos pudiésemos salvarnos, dejarla desde luego de predicar, porque conozco algo de la maldad del corazón, conociendo algo del mío propio, conociendo el aborrecimiento humano natural hacia la religión cristiana, ninguna esperanza de éxito abrigaría, pidiendo sólo explicarla y ofrecerla, aguardando el efecto que dependiese de que quisiesen aceptarla sin ser renovados y regenerados. Ya no podría gloriarme en la cruz de Cristo creyendo que no acompaña la palabra del Señor poder que dispone en el día de su poder, apartándonos del error de nuestros caminos, la fuerza de una atracción irresistible, de una influencia divina misteriosa. Repito que el Señor es grande, no sólo para ponernos en condición de ser salvos, sino grande para salvarnos absolutamente. Esto para mí es una de las pruebas magnificas del carácter divino de la revelación bíblica. Frecuentemente he dudado y temido, como tantos otros; ¿en dónde se halla el fiel robusto que jamás ha dudado? Héme preguntado, ¿será verídica esta religión que diariamente predico? ¿Será cierto que ejerce influencia sobre la voluntad y el entendimiento? He aquí como me cercioré de ello. He contemplado las centenas, no, millares de que me rodean, en otro tiempo, viles como ningunos, beodos, juradores, etc., y ahora "vestidos, y en seso," caminando en santidad y temor de Dios, y me he dicho: Verídica es; la comprueban sus efectos maravillosos; es cierta, puesto que es eficaz para los fines que jamás ha logrado el error. Su influencia está manifiesta aún entre la ínfima clase de los mortales y los abominables de nuestra raza. Siendo agente del bien de poder irresistible, ¿quién podrá negarle el carácter de verídica? Para mí la prueba más conveniente de la grandeza de Cristo no es su oferta de salvación, ni que nos diga que tomemos la salvación si nos place, sino que rechazándola nosotros, aborreciéndola, menospreciándola, tiene poder que nos hace cambiar de propósito, pensar muy de otra manera, y abandonar nuestros caminos tan errados. Juzgo ser ésta la significación del texto "grande para salvar."

Aun no es ésta, empero, toda su significación. No sólo es grande nuestro Señor para hacer que nos arrepintamos, para vivificar los muertos en pecado, para apartarlos de su insensatez e

Iniquidad; sino que ha sido ensalzado con otro fin más allá: es grande para cuidar su cristianismo después de habérselo dado, grande para mantenerlos en su temor y amor en tanto que acabe de perfeccionar la existencia espiritual de aquellos en el cielo. La grandeza del Señor no consiste en hacer a uno creyente, dejando luego a éste manejarse como pueda; empieza la buena obra, y la lleva adelante; el mismo que comunica el primer germen de vida que da vida al alma muerta, después da y sigue dando lo divino que prolonga la existencia, hasta ejercer en nosotros aquel gran poder que rompe toda liga de pecado, y finalmente hace tomar puerto en la gloria al alma ya Idónea para ello. Creemos, sostenemos y enseñamos, basados en la Biblia, que cuantos han recibido del Señor el arrepentimiento Infalliblemente perseverarán en el camino; que el Señor jamás da principio a una buena obra sin llevarla a cabo; que nunca ha vivificado realmente para lo espiritual sin concluir la obra dando al sujeto lugar en medio de los coros de santificados. No somos de parecer que la grandeza del Señor estriba en conducirme al estado de gracia; encomendándome luego a mí propio cuidado, sino en ponerme en tal estado de gracia, y darme tal vida interna, ejercer tal poder en mí; que tan imposible me sería volver atrás como al sol detenerse en su carrera, o dejar de resplandecer. Para nosotros, amados, esto significa "grande para salvar." Esta doctrina comúnmente se titula calvinista; no es sino cristiana, doctrina de la Santa Biblia; calvinista no podría llamarse en días de Agustín, porque en las obras de éste hallamos esta doctrina; agustinianismo no puede llamarse tampoco; porque se halla en los escritos de Pablo apóstol, no pudiendo llamarse paulinismo tampoco, por ser sencillamente desarrollo, plenitud del evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

Repetimos, sostenemos y con firmeza enseñamos, no sólo que Jesucristo tiene poder para salvar al que consiente en ser salvo, sino hacerlo consentir, hacer que el ebrio renuncie el vicio, y vaya a buscar el bien, hacer que el escarnecedor se postre, y ablandar su corazón con su amor.

Señor los justifique como a otros impíos. ¿Por qué no lo haría? Acudan, porque esta gran misericordia de Dios esta destinada para personas como ustedes. Lo digo en las palabras del texto, por no poderse expresar en términos más vigorosos: El Señor Dios mismo asume este título bendito: *«El que justifica al impío.»* Este hace justos, y que se traten como justos, a los que por naturaleza son impíos. ¿No les parece este mensaje maravilloso *a ustedes?* Estimado lector, no te levantes del asiento hasta haber meditado bien este asunto.

DIOS ES EL QUE JUSTIFICA

Cosa maravillosa es ésta, el ser justificado o declarado justo. Si nunca hubiésemos quebrantado la Ley de Dios, no habría necesidad de tal justificación, siendo naturalmente justos. Quien toda su vida haya hecho lo que debiera hacer, y nunca hubiera hecho nada prohibido, éste es de por sí justificado ante la ley. Pero estoy seguro de que tú, estimado lector, no te hallas en ese estado de inocencia. Eres demasiado honrado para pretender estar limpio de todo pecado, y, por lo tanto, necesitas ser justificado. Pues bien, si te justificas a ti mismo, te engañas miserablemente. Por lo mismo, no comiences tal cosa. No valdrá la pena. Si pides a otro mortal que te justifique, ¿qué podrá hacer? Alguien te alabaría por cuatro cuartos, otro te calumniaría por menos. Bien poco vale el juicio del hombre.

Romanos 8:33, dice: *«Dios es el que justifica.»* y esto, sí que va al grano. Este hecho es asombroso, es un hecho que debemos considerar detenidamente. ¡Ven y ve!

En primer lugar, nadie más que Dios, podría haber pensado en justificar a personas culpables. Se trata de personas que han vivido manifiestamente rebeldes actuando mal con ambas manos; de personas que han ido de mal en peor; de

más impías? Sí, a la misma Sodoma bañaba el sol, y caía el rocío sobre Gomorra. Amigo, la gracia inmensa de Dios sobrepasa mi entendimiento y tu entendimiento, y desearía que lo apreciaras de un modo digno. Tan alto como el cielo sobre la tierra son los pensamientos de Dios sobre nuestros pensamientos. Abunda en perdones. Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores: el perdón corresponde al culpable.

No emprendas la obra legalista de presentarte diferente a lo que en el fondo eres; pero acude tal cual eres al que justifica al impío. Cierta famoso pintor había pintado parte de la corporación municipal de su población y deseaba incluir en el cuadro ciertas personas características bien conocidas de todos en la ciudad. Cierta barrendero rústico, andrajoso y sucio se encontraba entre esta clase de personas, y en el cuadro había un lugar adecuado para él. «Venga usted a mi taller y permítame retratarle, pagándole yo la molestia,» dijo el pintor a este hombre. Al día siguiente por la mañana se presentó en el taller, pero pronto fue despedido, porque se presentó bañado, peinado y decentemente vestido. El pintor lo necesitaba en su estado ordinario con el aspecto de mendigo y no en otra forma. Así el evangelio te recibirá, si acudes al Señor como pecador, pero no de otro modo. No procures reformarte; permite a Jesús salvarte inmediatamente. Dios justifica a los impíos, lo que equivale a decir que te recoge donde estés en este momento y te favorece en el estado más deplorable.

Ven degradado, quiero decir: acude a tu Padre Celestial en tu estado de pecado y miseria. Acude a Jesús tal como eres, espiritualmente leproso, sucio desnudo, ni apto para vivir, ni apto para morir tampoco. Acudan ustedes que son como escoria de la creación, aun cuando no se atrevan a esperar más que la muerte. Acudan aun cuando la desesperación les oprima el pecho cual pesadilla horrible, pidiendo que el

II. ¿Cómo se prueba que Cristo es grande para salvar?

Presentaré primero el argumento más fuerte; con uno hay. Este es, que lo ha hecho ya. A fin de poner en claro que efectivamente lo hace, me referiré a los casos más marcados. Se dirá que es fácil comprender que, predicado el evangelio a las almas virtuosas, criadas en el temor de Dios, éstas lo reciban. Por lo mismo, no me referiré a ellas. Ahí tenéis al australiano; acaba de despachar su almuerzo diabólico de carne humana; es caníbal o antropófago; de su cinturón están colgadas las cabelleras de las víctimas de su coraje, matanza de que él se gloria. Si desembarcareis, en su costa, os comerá irremisiblemente, a no poner cuidado en evitarlo. Es un pobre ser bajo, ignorante, degradado, que muy poco aventaja a las fieras. ¿Tendrá el evangelio de Cristo poder para amansarlo, para quitar de su cinto las cabelleras, de su pensamiento los hábitos de sangre, de su corazón los ídolos horribles que adora, y para volverlo civilizado y cristiano? Citáis el poder de la educación en pro del hombre, natural pero no espiritualmente; pero ¿en pro de aquel salvaje qué hará?, Id a hacer la prueba; enviadle el mejor maestro de escuela; se lo come antes del anochecer, y ¡Viva la filantropía! Pero, ¿el misionero y el evangelio? Veces innumerables ha sido la vanguardia de la civilización, y en la providencia divina ha escapado de la muerte más cruel. Va y habla con el salvaje con miradas y obras de amor. Estos son hechos bien conocidos; no son sueños. Suelta el salvaje su hacha de guerra; dice que aquello es maravilloso, que escuchará más, las lágrimas corren por sus mejillas; encendiéndosele en el alma un amor humanitario que jamás habla conocido. Cree en el Señor Jesucristo; pronto se le ve "con ropa y en seso," hombre en fin, tal como quisiéramos que todos lo fuesen. Esto prueba que no viene el evangelio a la inteligencia preparada para admitirlo, sino que el mismo prepara la inteligencia; que no se contenta el Señor con depositar la semilla en el terreno que de antemano se le ha preparado, sino que mete el arado, si, y desterrona, y lo hace todo. Tiene poder para hacerlo. Preguntádselo a nuestros misioneros que trabajan en Africa, entre los peores bárbaros del mundo; preguntadles si tiene poder para salvar el evangelio, y os señalarán el jacal del hotentote y la casa del kuramán y preguntará a su vez:

-¿De dónde ha provenido la diferencia entre ésta y aquél, sino de la palabra del evangelio? SI, amados hermanos; sobran las pruebas en los países paganos; ¿a qué añadir más que esto? ¿No sobran pruebas también de ello en nuestro país? Se predica un evangelio bueno para instruir en la moral, pero Inútil para salvar, útil para impedir tal vez que se embriaguen los que no tienen el vicio, pero Inútil para quitarles el vicio cuando lo tienen; útil para dar una especie de vida y salvación al alma, porque desahucía aquellos cuya salvación es el objeto más marcado del evangelio verdadero de Cristo. Yo podría citar casos en que ha habido pecado el más enorme, que nos horrorizaríamos de oír. Podría contar de algunos que vinieron a la casa de Dios muy resueltos a no escuchar al predicador excepto para burlarse de lo que dijera. Se detuvieron momentáneamente; les llamó la atención alguna palabra, se dijeron ¿será verdad eso? Penetró en el alma alguna palabra expresiva, innegable. Sin saber cómo se fue, se hallaron como encantados, bajo la influencia de algún hechizo, por decirlo así; escucharon aún, rodaron las lágrimas involuntarias, se retiraron sintiendo algo extraño, misterioso, hasta sus recámaras; cayeron de rodillas, pasó por sus mentes su propia historia que confesaron delante de Dios; éste les dio la paz mediante la sangre del Cordero, y volvieron a la casa de Dios para decir muchos de ellos:

-Venid a escuchar lo que el Señor ha hecho en favor de mi alma, y saber del caro Salvador que me he hallado.

¡Ejemplos del poder divino transformador del corazón y dador de paz al corazón ya transformado! Amados oyentes, frecuentemente me digo:

-¡He aquí la prueba más convincente del poder del Salvador! Predíquese otra doctrina; ¿surtirá el mismo efecto? Si lo surte, junte cualquiera oyentes, y convierta gentes con su predicación.

Efectivamente; ¿no será reo de la sangre de las almas el que no predique doctrina que surta tal efecto? El que cree que su evangelio salva, y predica todo el año sin ver un solo arrepentido

barrería una mujer su casa buscando monedas que hubiera guardado en su bolsa? No, no, la medicina es para los enfermos; la resurrección para los muertos; el perdón para los culpables; la libertad para los cautivos; la vista para los ciegos y la salvación para los pecadores. ¿Cómo se explica la venida del Salvador, su muerte en la cruz y el evangelio del perdón sin admitir de una vez que el hombre es un ser culpable y digno de condenación? El pecador es la razón de la existencia del evangelio. Y tú, amigo mío, objeto de estas palabras, si te sientes merecedor, no de la gracia, sino de la maldición y la condenación, tú eres precisamente el género de hombre para quien fue ordenado, arreglado y destinado el evangelio. Dios justifica al impío.

Desearía hacer esto tan claro y patente como el día. Espero haberlo hecho ya; pero, a pesar de todo, únicamente el Señor puede hacerlo comprender al hombre. Al principio no puede menos que parecer asombroso al hombre de conciencia despierta que la salvación le venga de pura gracia al perdido y culpable. Piensa el tal que la salvación le viene por estar arrepentido, olvidando que su estado de arrepentimiento es parte de su salvación. «Debo de ser esto y lo otro,» dice. Todo lo cual es verdad, porque, sí, será esto y lo otro; pero es resultado de la salvación, y la salvación le viene primero antes de verse alguno de sus resultados. De hecho, la salvación le viene mientras no merezca otra cosa que lo contenido en la descripción fea y abominable de:

Esto y nada más es el hombre cuando le viene el *evangelio* de Dios para justificarle. Crean firmemente que nuestro misericordioso Dios es tan capaz como dispuesto a recibirles, sin nada que les recomiende, para perdonarles espontáneamente, no porque sean buenos sino porque *él* es bueno. ¿No hace brillar al sol sobre malos y buenos? ¿No es él, el que da los tiempos fructíferos, y a su tiempo envía lluvia del cielo y hace que salga el sol sobre las naciones

pecador. Sería absurdo hablar de perdonar al inocente, perdonar al que nunca ha faltado.

¿Crees acaso que te condenarás por ser pecador? Esta es la razón porque te podrás salvar. Por la misma razón de que te reconoces pecador, desearía animarte a creer que precisamente para personas como tu está destinada la gracia. Es positivamente cierto que Jesús busca y salva al perdido. Murió e hizo la expiación de verdad por pecadores de verdad. Si encuentro pecadores que admiten sin excusas que son pecadores, me es un verdadero placer hablar con ellos. Gustosamente platicaría toda la noche con pecadores de *buena fe*. Las puertas de misericordia no se cierran ni de día ni de noche para los tales y están abiertas todos los días de la semana. Nuestro Señor Jesús no murió por pecados imaginarios, sino la sangre de su corazón se derramó para limpiar las manchas carmesí que nada más que ella puede quitar.

El pecador que se sienta negro de pecado, es la persona que ha venido Jesucristo a blanquear. En cierta ocasión predicó un evangelista sobre el texto: «*Ahora, ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles*» (Luc.3:9), y lo hizo de modo que le dijo uno de los oyentes: «Nos trató usted como si fuéramos criminales. Ese sermón debiera usted haberlo predicado en el presidio de la ciudad y no aquí.» No, no, contestó el evangelista: «*En el presidio no hablaría sobre este texto, sino sobre este: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos; que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores»* (1Tim.1:15). ¡Correctamente! La Ley es para los que se rodean de la justicia propia para derribar su orgullo; el evangelio, es para los perdidos para remover su desesperación.

Si no estás perdido, ¿para que quieres al Salvador? ¿Iría el pastor en busca de los que nunca se extraviaron? ¿Por qué

en calidad de fruto de su predicación contra el vicio, ¿cómo lo explica? La razón es que proclama un pobre cristianismo bien diluido y sin fuerza, y no el de la Biblia, amplio, firme y eficaz, el evangelio del Señor, poderoso para salvar. Si cree aquel que suyo es, predíquelo luchando enérgicamente por salvar las almas del pecado tan funesto. Positivamente está probado que el Señor es "grande para salvar" los peores, arrebatándolos de la Insensatez que tiempo ha los esclaviza, y duda no sabe que el mismo evangelio produciría los mismos resultados dondequiera.

Para mis caros oyentes la prueba de su grandeza para salvar fuera que a ellos los salvase.

-Tú, ¿qué dices? Como libre pensador, tu religión no me merece sino desprecio y aborrecimiento.

-Y ¿si la grandeza de esta religión algún día te obligase a creer? ¿Qué dirías entonces? ¡Ah! yo sé que sería Intenso tu amor y perdurable, porque te dirías.

-El más rebelde fui yo, y sin saber cómo, lo he llegado a amar.

Hombre semejante, creyendo porque no tuvo remedio, seré predicador de los más elocuentes. Allí está otro que dice:

-Yo no respeto el día llamado de descanso. Me es antipático todo lo que huele a religión. Pues, no te puedo probar la religión si ésta no se apodera de ti para renovarte, obligándote a confesar que es realidad. "Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificaremos" (Juan 3:11). Hablando de la mudanza que efectuó en nosotros mismos, presentamos hechos efectivos, no ensueños ni fantasías, y lo decimos sin vacilar; si; lo afirmamos de nuevo: "es Grande para Salvar."

III. Ahora, empero, se pregunta, LA RAZON DE SER CRISTO "GRANDE PARA SALVAR." A esto se responde de varias maneras.

Primero, dando a la palabra "salvar" su acepción popular, la cual, aunque correcta, no lo dice todo, esto es, si entendemos por salvación el pecado perdonado y el infierno evitado, Cristo es grande para salvar a causa de la eficacia infinita de su sangre expiatoria. Pecador ennegrecido, Cristo tiene poder hoy mismo de emblanquecerte más que la nieve. ¿Preguntas cómo? Te lo voy a decir. Puede perdonar por que ha sido castigado por culpa tuya. Si te reconoces pecador, si otra esperanza o abrigo que Cristo no tienes delante de Dios, sabe que Cristo tiene poder para perdonar, porque una vez fue castigado a causa del pecado que cometiste, razón por la cual puede dar remisión de él gratuita. La manera más sencilla de poner en claro la fe que tengo en la expiación de Cristo es referir cierta historia. Una vez se me presentó un pobre Irlandés. Dijo que me quería hacer una pregunta. Yo le pregunté por qué no se la hacia al padre. Dijo que se la habla hecho, pero que no le había contestado muy satisfactoriamente, y que si yo resolvía su dificultad quedaría agradecido porque no estaba en paz. Que me habla oído a mí y a otros decir que Dios puede perdonar el pecado, pero que él no comprendía cómo Dios puede perdonar pecados tan grandes como los suyos, que reconocía que si Dios le perdonaba sin castigarlo como debía no obraría al parecer con justicia. Perdonar y ser justo, no lo entendía. Le dije que esto era mediante la sangre y los méritos de Jesucristo. Dijo que no entendía aquello, que así poco más o menos le había dicho el sacerdote, pero que no le había explicado cómo la sangre de Cristo hacia justo a Dios, y quería que yo se lo explicase.

Entonces le dije:

-La expiación, suma, sustancia, raíz, médula y esencia del evangelio es así: Suponga que ha matado usted. Por asesino le condenan a muerte. ¿La merecía? Pues bien, se desea salvar su vida, pero la equidad se opone a que quede sin satisfacción la justicia que exige vida por vida. Dificultad muy grande, ¿verdad? Ahora suponga que yo fuese al Ejecutivo diciendo que la

Las únicas personas que necesitan justificación son las que reconocen que no son justas. Ellas sienten la necesidad de que se haga algo para que sean justas ante el tribunal de Dios. Podemos tener la seguridad de que Dios no hace nada fuera de lo necesario. La Sabiduría infinita nunca hace lo inútil. Jesús nunca emprende lo superfluo. Hacer justo a quien ya es justo no es obra de Dios, tal cosa es una insensatez. Justificar al impío es un milagro digno de Dios. Ciertamente así es.

Escuchen ahora. Si en alguna parte del mundo un médico descubre remedios eficaces y preciosos, ¿a quién a de servir el médico? ¿A gente de buena salud? Claro que no, colóquesele en un lugar sin enfermos, y se sentirá fuera de lugar. Allí sobra su presencia. «*Los sanos no necesitan médico sino los enfermos*» (Marc.2:17), dice el Señor. ¿No es igualmente cierto que los grandes remedios de gracia y redención son para las almas enfermas? No sirven para las almas sanas, porque les son remedios innecesarios. Si tu, querido amigo, te sientes espiritualmente enfermo, para ti ha venido el gran Médico al mundo. Si a causa del pecado te sientes completamente perdido, eres la misma persona comprendida en el plan de salvación por gracia. Afirmando que el Señor del amor eterno tuvo a la vista personas como tu al armonizar el sistema de la salvación por pura gracia. Supongamos que una persona generosa resolviera entre si que perdonaría a todos sus deudores; claro que esto solo podría hacerse respecto a los que realmente le fueran deudores. Uno le debe mil pesos; otro le debe cincuenta pesos; a cada cual tocaría tan solo conseguir la firma que cancelara las cuentas. Pero la persona más generosa del mundo no podría perdonar las deudas de personas que nada deben a nadie. Está fuera del poder del mismo Omnipotente perdonar a quien no tenga nada para perdonar. El perdón presupone alguien que sea culpable. El perdón es para el

Maravilloso es y felizmente te sirve al caso. Te cuadra perfectamente. ¿Verdad que sí? ¡Cuánto deseo que lo aceptaras! Si eres persona de sentido común, notarás lo maravilloso de la gracia Divina anticipándose a las necesidades de personas como tú, y dirás entre ti: «¿Justificar al impío! Pues entonces, ¿por qué no seré yo justificado, y justificado ahora mismo?»

Toma nota, por otra parte, del hecho de que esto debe ser así: a saber, que la salvación de Dios debe ser cosa para los que no la merecen ni estén preparados para recibirla. Es natural que conste la afirmación del texto en la Biblia; porque, apreciado amigo, sólo necesita ser justificado quien carezca de justicia propia. Si alguno de mis lectores fuese persona absolutamente justa, no necesitaría ser justificada. Pues tú que sientes que cumples bien todo deber y por poco haces al cielo deudor a ti por tanta bondad, ¿para qué necesitas tú misericordia, ni Salvador alguno? ¿Para qué necesitas tú justificación? Estarás ya cansado de esta lectura, pues no te interesa el asunto.

Si alguno de ustedes se rodea de aires tan legalistas, escúcheme un momento. Tan cierto como que vives, te encaminas hacia la perdición. Ustedes, justos, rodeados de justicia propia, o viven engañados o son engañadores; porque dice la Sagrada Escritura que no puede mentir, y lo dice claramente: «*No hay justo, ni aun uno.*» De todos modos, no tengo evangelio alguno, ni una palabra para los rodeados de justicia propia, Jesucristo mismo declaraba que no había venido para llamar a los justos, y no voy a hacer lo que él no hacía. Pues si les llamara, no vendrían; y por lo mismo no los llamaré bajo este punto de vista. Al contrario, les suplico que contemplen su justicia propia hasta descubrir lo falsa que es. Ni la mitad de la fuerza de una telaraña tiene. ¡Deséchela! ¡Aléjense de la misma!

sentencia de usted era justa, que no me oponía a ella, pero que amaba tanto a usted que voluntariamente me dejaba ahorcar en su lugar. Suponga también que lo admite. ¿Habrá justicia en soltar a usted, muerto yo en su lugar?

Dijo que le parecía que sí. No habían de morir dos por la culpa de uno solo. Que seguramente podría retirarse sin que se le dijera una palabra. Le dije que así es como salva Jesucristo. Pidió sufrir en lugar de los pecadores por el amor que les tiene. Murió pues en el madero, padeciendo lo que sus escogidos debían padecer, razón por la cual éstos no pueden ser castigados, con tal que tengan fe en él, y así prueben que son escogidos suyos. Me dijo:

-Lo comprendo; pero si Cristo murió por todos, ¿cómo es que algunos otros también son castigados? Eso no es justo. Le contesté:

-No fue eso lo que dije. Murió por todos los que creen en él, esto es, por todos los arrepentidos, tan cierta y absolutamente que ninguno de éstos será castigado así. Dijo aquél, aplaudiendo con las manos:

-Por cierto esto es el evangelio, o yo nada entiendo del asunto. Nadie puede haber inventado tal cosa. ¡Cuán maravilloso! Ya soy salvo; con todos mis pecados confiaré en el hombre que murió por mí, y seré salvo.

Hermanos, Cristo es grande para salvar porque Dios no apartó la espada del corazón de su propio Hijo; ni soltó la deuda, porque ésta se pagó con sangre sin precio; el gran recibo clavóse en la cruz con nuestros pecados, y libres somos si tenemos fe. En el sentido exacto de la expresión, por esto es "grande para salvar."

IV. El Cuarto punto fue: ¿Que debemos inferir sabiendo que Jesucristo es grande para salvar?

Primero, hay una gran verdad que deberían tener presente los ministros, a saber, que han de predicar esforzándose a tener fe, dejando la vacilación. Se postran luego confesando su debilidad, lamentando, llorando y gimiendo por la dureza de corazón de los que les oyen predicar, sus corazones de piedra, sin inquietud a causa de sus pecados, sin querer amar al Salvador. Parece ver a su lado a un ángel que les dice:

-Tú eres débil, pero él fuerte. Nada puedes hacer tú, pero él es grande para salvar.

Tenlo presente. La eficacia no es del instrumento. Es de Dios. La pluma del autor no será la alabada por la erudición o talento que haya en el volumen, sino el cerebro que impulsó la mano que movió la pluma. En la salvación también, no es el predicador el que idea la salvación, sino que el Señor la idea, y se sirve del ministro u otro para exponerla. Pobre predicador desconsolado, sí poco fruto has visto de tu ministerio, prosigue con fe, que, como lo sabes, fue escrito: "Mi palabra no volverá a mi vacía, mas hará lo que quiero, y será prosperada en aquello para que la envía." (Isaías 55:11.) Prosigue: ten valor; el Señor te auxiliará al amanecer. (Sal. 46:5.)

También hay aquí estímulo para los que oran rogando a Dios por sus deudos. Madre que años ha gimes por tu hijo, creció éste, desamparó el techo paterno, y tus oraciones han quedado sin respuesta. Así lo crees. Te ocasiona pesares con su alegría no santa, y temes llevar tus canas con dolor al sepulcro por su causa. Ayer dijiste: "Es por demás orar; ¿para qué lo hago?" Detente, madre; no lo vuelvas a decir. Empieza de nuevo. Por él hasorado. Sobre su cuna encorvada lloraste. Le diste instrucción cuando tuvo edad para recibirla, y le has amonestado frecuentemente después; pero de nada ha servido. No ceses de orar, empero, acuérdate que Cristo es grande para salvar. Espera su hora, quizá, y a ti te hace esperar a fin de que reconozcas más claramente su gracia cuando te otorgare el bien. Prosigue, ahora aún. De madres he tenido noticia que oraron por sus hijos veinte años, muriendo algunas sin ver su conversión, y su muerte fue el medio de salvarlos, induciéndolos a reflexionar. Cierta padre de familia había sido

tratado como si fuera digno. Se me ama con tanto amor como si siempre hubiera sido piadoso, siendo así que antes era un pecador. ¿Quién no se maravilla de esto? La gratitud por tal favor se reviste de admiración indecible.

Siendo esto tan admirable, deseo que tomes nota de cuán accesible esto hace el evangelio para ti y para mí. Si Dios justifica al impío, entonces, querido amigo, te puede justificar a ti. ¿No es esta precisamente la persona que eres? Si hasta hoy vives inconverso, te cuadra perfectamente la palabra; pues has vivido sin Dios, siendo lo contrario a piadoso o temeroso de Dios; en una palabra, has sido y eres impío. Acaso ni has frecuentado los cultos en el día domingo, has vivido sin respetar el día del Señor, ni su iglesia, ni su Palabra, lo que prueba que has sido impío. Peor todavía, quizá has procurado poner en duda su existencia, y esto hasta el punto de declarar tus dudas. Habitante de esta tierra hermosa, llena de señales de la presencia de Dios, has persistido en cerrar los ojos a las pruebas palpables de su poder y Divinidad. Cierta, has vivido como si no existiera Dios. Y gran placer te hubiera proporcionado el poder probar para ti mismo satisfactoriamente la idea de que no hay Dios. Tal vez has vivido ya muchos años en este estado de ánimo, de manera que ya estás bien afirmado en tus caminos, y sin embargo, Dios no está en ninguno de ellos. Si te llamaran «impío» te cuadraría este nombre tan bien como si al mar se le llamara agua salada, ¿verdad? Acaso eres persona de otra categoría, pues has cumplido con todas las exterioridades de la religión. Sin embargo, de corazón nada has hecho, y así en realidad has vivido impío. Te has relacionado con el pueblo de Dios, pero nunca te has encontrado a él mismo. Has cantado en el coro, pero no has alabado al Señor en el alma. Has vivido sin amar, de corazón, a Dios y sin respetar sus mandamientos. Sea como fuere, tú eres precisamente la persona, a la cual este evangelio se proclama: esta buena nueva que nos asegura que Dios justifica al impío.

declara que «no hay justo ni aun uno» (Rom.3:10). El sabe que «todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia» (Isa.64:6); y por lo mismo el Señor Jesús no vino al mundo para buscar bondad y justicia para entregárselas a las personas que carecían de ellas. No vino porque éramos justos, sino para hacernos justos, justificando al impío.

Presentándose el abogado ante el tribunal, si es persona honrada, desea defender al inocente, justificándole de todo lo que falsamente se le imputa. El objeto del defensor debe ser la justificación del inocente y no encubrir al culpable. Tal milagro está reservado para el Señor únicamente. Dios, el Soberano infinitamente justo, sabe que en toda la tierra no hay un justo alguien que haga bien y no peque; y por lo mismo en la Soberanía infinita de su naturaleza divina y en el esplendor de su amor maravilloso. El emprende la obra, no tanto de justificar al justo cuanto de justificar al impío. Dios ha ideado maneras y medios de presentar delante de sí al impío justamente aceptable; ha concebido un plan mediante el cual puede, en justicia perfecta, tratar al culpable, como si siempre hubiera vivido libre de ofensa; sí, tratarle como si fuera del todo libre de pecado. El justifica al impío.

Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Esto es cosa sorprendente; cosa maravillosa especialmente para los que disfrutan de ella. Se que para mi, hasta el día de hoy, ésta es la maravilla más grande que he conocido, a saber que me justificase a mi. Aparte de su amor inmenso, me siento indigno, corrompido, un conjunto de miseria y pecado. No obstante, se por certeza plena que por fe soy justificado mediante los méritos de Cristo, y tratado como si fuera perfectamente justo, hecho heredero de Dios y coheredero de Cristo, todo a pesar de corresponderme, por naturaleza, el lugar del primero de los pecadores. Yo, del todo indigno, soy

piadoso muchos años, sin tener la dicha de ver convertido a uno solo de sus hijos. Moribundo ya, llamó a sus hijos, y les dijo:

-Hijos míos, moriría tranquilo si pudiese creer que vosotros me seguiréis al cielo; pero esto es lo que más me apesadumbra, no el morir, sino esta separación eterna. -Lo contemplaron sin llorar, sin ocuparse de sus hechos. El se vio envuelto de repente de gran tormenta y angustia mental; en vez de morir pacífico y tranquilo, murió atribulado, pero confiando sólo en Cristo, diciendo:

-Ojalá hubiera muerto feliz, porque esto habría sido testimonio para mis hijos; pero, Señor, estas tinieblas nublan tanto mi mente, que me privan de atestiguar la verdad de tu religión.

Al otro día de sepultarlo, dijo uno de ellos a otro:

-Hermano, me ocurre que nuestro padre siempre fue piadoso, y si murió tan triste, ¿cómo moriremos nosotros, sin Dios, sin Cristo?

-Ay, si; también me ocurrió eso, dijo éste. Se encaminaron a la casa de Dios, oyeron la palabra, volvieron a su casa, supieron con sorpresa, después de orar, que la demás familia habla hecho lo mismo, y que, muerto su padre, le habla otorgado el Señor lo que no otorgó estando aquel vivo, valiéndose de la misma muerte, y muerte que uno creería la menos propia para producir tal efecto. Sigue, pues, orando, hermano mío, hermana mía; el Señor hará que vengan el hijo y la hija a amarle y temerle, y os gozaréis con ellos en el cielo, aunque en la tierra no os fuese concedido.

Finalmente, amados oyentes, muchos hasta hoy no habéis amado al Señor, pero deseáis amarle. Preguntáis si os podrá salvar, tan pecadores; si vuestro canto se oirá algún día con el de los santos en las alturas; si borrará vuestros pecados la sangre divina. SI, pecadores, es "grande para salvar." Consolaos. ¿Te miras como el peor de los hombres? ¿Te hiere la conciencia como con mazo de herrero, diciéndote que todo está perdido, que te condenarás, que tus clamores no serán oídos, que acabó la

esperanza? No lo creas; es grande para salvar; si tú no puedes orar, él te ayudará; si no puedes arrepentirte, él te dará arrepentimiento; si te es difícil creer, él puede ayudarte a hacerlo, porque ensalzando ha sido para dar arrepentimiento como también remisión de pecados. Pobre pecador, con fía en Jesús; abrázate de él. Clama, y el Señor te ayude a hacerlo ahora. Hoy mismo te auxilie para que confíes tu alma al que la compró, y sea este el día supremo de toda tu vida. "Volveos, volveos, ¿por qué queréis morir, oh casa de Israel?" Convertíos a Jesús, almas fatigadas; acudid a su llamada. "El Espíritu y la esposa dicen, Ven; también el que oye diga, Ven; también el que tenga sed venga, y el que quiera tome del agua de vida, de balde." Se os anuncia, y se os franquea; la tenéis todos los que estáis dispuestos a admitirla.

La gracia del Señor os haga anuentes a tomarla, salvando vuestras almas por Jesucristo nuestro Señor y Salvador. Amén.

DIOS JUSTIFICA A LOS IMPIOS

Atención a este breve discurso. Hallarás el texto en la Epístola a los Romanos 4:5: «*Al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia*».

Te llamo la atención a las palabras: «*Aquel que justifica al impío.*» Estas palabras me parecen muy maravillosas. ¿No te sorprende el que haya tal expresión en la Sagrada Biblia como esta: «*Aquel que justifica al impío*»? He oído que los que odian las doctrinas de la cruz, acusan de injusto a Dios por salvar a los impíos y recibir al más vil de los pecadores. Mas he aquí, como la misma Escritura acepta la acusación y lo declara francamente. Por boca del apóstol Pablo, por la inspiración del Espíritu Santo, consta el calificativo de «*Aquel que justifica al impío*» El justifica a los injustos, perdona a los que merecen castigo y favorece a los que no merecen favor alguno. ¿No habías pensado siempre que la salvación era para los buenos, y que la gracia de Dios era para los justos y santos, libres del pecado? Te había caído bien en la mente, sin duda, que si fueras bueno, Dios te recompensaría, y has pensado que no siendo digno, nunca podrías disfrutar de sus favores. Por tanto te debe sorprender la lectura de un texto como este: «*Aquel que justifica al impío.*»

No me extraña que te sorprendas, pues con toda mi familiaridad con la gracia divina no ceso de maravillarme de este texto. ¿Suena muy sorprendente, verdad, el que fuera posible de que todo un Dios Santo, justificara a una persona impía? Según la natural lealtad de nuestro corazón, estamos hablando siempre de nuestra propia bondad y nuestros méritos, tenazmente apegados a la idea de que debe haber algo bueno en nosotros para merecer que Dios se ocupe de nuestras personas. Pero Dios que bien conoce todos nuestros engaños, sabe que no hay bondad ninguna en nosotros y

APÉNDICE A

Solamente Por Gracia

C. H. SPURGEON

1. **DIOS JUSTIFICA A LOS IMPIOS**
2. **DIOS ES EL QUE JUSTIFICA**
3. **JUSTO Y JUSTIFICADOR**
4. **SALVACIÓN DE PECAR**
5. **POR GRACIA MEDIANTE LA FE**
6. **¿QUE ES LA FE?**
7. **¿CÓMO SE PUEDE ACLARAR LA FE?**
8. **¿POR QUÉ NOS SALVAMOS POR LA FE?**
9. **¿HAY DE MI NADA PUEDO HACER**
10. **AUMENTO DE FE**
11. **LA REGENERACIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO**
12. **MI REDENTOR VIVE**
13. **SIN ARREPENTIMIENTO, SIN PERDÓN**
14. **CÓMO SE DA EL ARREPENTIMIENTO**
15. **EL TEMOR DE CAER**
16. **CONFIRMACIÓN**
17. **¿POR QUÉ PERSEVERAN LOS SANTOS?**
18. **CONCLUSIÓN**

LA CRUZ DE CRISTO

DE (LA VINDICACION DE) LA CAUSA DE DIOS)

*Iglesia Bautista de la Gracia*AR
INDEPENDIENTE Y PARTICULAR
 Calle Alamos No.351
 Colonia Ampliación Vicente Villada
 CD. Netzahualcóyotl, Estado de México
 CP 57710
 Telefono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...

D. M Lloyd Jones

Traducción realizada por Omar Ibáñez Negrete y Thomas R. Montgomery.

Este sermón fue tomado del tomo #3 de la famosa serie de D. M Lloyd Jones sobre Romanos, – publicado por El Estandarte de la Verdad. © Copyright, Derechos Reservados para la traducción al español. IMPRESO EN MEXICO 2000.

“Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo: para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.” Romanos 3:25-26

Con el fin de dirigir su atención a las grandes palabras que se encuentran en el capítulo 3, versículo 25 y 26, de la epístola de Pablo a los Romanos, quiero recordarle nuevamente que en muchos sentidos, no hay versículos más importante en todo el alcance y esfera de las Escrituras, que estos dos versículos. En ellos tenemos la afirmación clásica de la gran doctrina central

de la Expiación. Este es el porqué los consideraremos muy cuidadosa y detalladamente. Algunos han descrito esto como “El acrópolis de la fe cristiana”.

Podemos estar seguros de que no hay nada que la mente humana pudiera jamás considerar, que sea en alguna manera tan importante como estos dos versículos. La historia de la iglesia muestra muy claramente, que estos versículos han sido el medio que Dios El Espíritu Santo ha usado para traer muchas almas de las tinieblas a la luz, y para dar a muchos pobres pecadores, el primer conocimiento salvador y su primera certidumbre de salvación.

Déjeme darle un bien conocido y notable ejemplo e ilustración fuera de la historia. Me estoy refiriendo al poeta William Cowper. El nos dice que se encontraba en su cuarto, en gran agonía de su alma, y bajo una profunda y terrible convicción. El no podía encontrar la paz, y estuvo caminando de un lado a otro, casi al punto de la desesperación, sintiéndose completamente sin esperanza, no sabiendo qué hacer consigo mismo. Repentinamente, en completa desesperación, se sentó en una silla frente a la ventana del cuarto.

Había una Biblia allí, así que él la tomó y la abrió, y así vino a este pasaje y esto es lo que él nos dice: “El pasaje que encontraron mis ojos fue el versículo 25 del tercer capítulo de Romanos. Al leerlo, de inmediato recibí poder para creer. Los rayos del Sol de Justicia cayeron sobre mí en toda su plenitud. Yo vi la completa suficiencia de la expiación, en la cual Cristo ha forjado para mí, perdón y entera justificación. En un instante yo creí y recibí la paz del evangelio. Si el brazo del Dios Todopoderoso no me hubiera sustentado, yo creo que habría sido aplastado de gratitud y gozo. Mis ojos estaban llenos de lágrimas; este arrobamiento ahogó mis palabras. Yo solamente podía mirar hacia el cielo en silencioso temor, sobrecogido con amor y asombro”. Esto fue lo que este versículo 25 del capítulo tres de la epístola a los Romanos, hizo por el famoso poeta William Cowper y ha hecho la misma cosa por muchos otros.

3. ¿Cuál es la tarea de cada persona de la Trinidad en la salvación del creyente?
4. ¿Qué le sucede al que se convierte a sí mismo?
5. ¿A quienes salva el Señor, a los buenos y agradecidos?
6. Si Cristo salva grandes pecadores, ¿Se alienta con eso a que sigan en pecado? Explique.
7. ¿Qué tan bueno debes ser para que Jesús te salve? Explique.
8. Explique qué significa que Dios salva por amor a Su nombre.
9. ¿Qué manifestó Dios en la Salvación? ¿Cómo eso cumple lo que usted explicó en la pregunta anterior?
10. ¿Cómo iguala Dios a todos los salvos cuando los salva por amor a Su nombre?
11. Recuente en sus palabras la historia del pecador frente a “Misericordia” “Justicia” “Conciencia” y Satanás.

decirse, sino atraer la atención de mis oyentes, para lo cual éste es un buen medio, cuando no hay otro. "Empero"; ¡he ahí el impedimento eliminado! Pecador, cualquiera que sea el "empero", no empañará lo más mínimo el amor del Salvador, ni nunca lo disminuirá, sino que este amor permanecerá para siempre inalterable.

"Acude, corre a Cristo, alma culpable;

Ven a sanar tus múltiples heridas;

La libre gracia abunda, saludable.

En este día glorioso de la Vida.

Ven a Jesús, oh pecador culpable!"

Llora de rodillas tu confesión llena de dolor; mira a Su cruz y contempla al Sustituto; cree y vive. A vosotros, los que sois casi demonios, a los que habéis ido más lejos en el pecado, Jesús os dirá ahora: "Si conocéis vuestra necesidad de Mí, volved a Mí, y Yo tendré misericordia de vosotros; y al Dios nuestro el cual será amplio en perdonar"

Tarea lección 5 Solo para la Gloria de Dios

1. ¿De qué dos preguntas se desprende toda ciencia y filosofía de lo creado? ¿Quién hizo todas las cosas? Y ¿Con qué propósito fueron creadas?
2. ¿Por qué salva Dios hombres?

Déjeme recordarle otra vez lo que el pasaje dice. Es la continuación de lo que el apóstol ha estado diciendo en el versículo 24. Es la gran buena nueva de que ahora es posible para nosotros, ser "justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús". En otras palabras, ahora hay un camino de salvación aparte de la ley, el cual no depende de nuestra observancia a la misma. Este es el camino gratuito que es en Cristo.

Dios nos ha rescatado en Cristo, y estos versículos 25 y 26 explican cómo este rescate ha tenido lugar. Pero, ¿Por qué tuvo que pasar algo como esto? ¿Cómo ocurrió algo así? En este capítulo, el apóstol ya ha considerado dos de las grandes palabras que explican esto. Ellas son las palabras "propiciación" y "sangre". Ya nos ha dicho que la redención adquirida en esta manera, viene a nosotros a través de la instrumentalidad de la fe. Pero el apóstol no se detiene en esto, él dice algo más. Veamos nuevamente la afirmación: "Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo: para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:25-26). ¿Por qué el apóstol continuó hasta decir todo esto? ¿Por qué no lo dejó en su primera afirmación? ¿Cuál es el significado de esta afirmación adicional?

Para descubrir la respuesta debemos considerar una vez más estos términos. El primero es el término "ha propuesto". Esto significa 'manifestar', 'hacer claro'. Aquí está, obviamente, algo que es de vital interés para nosotros, nos lo dice de una vez; que la muerte del Señor Jesucristo en el calvario no fue un accidente, sino que fue la obra de Dios. Fue Dios quien "propuso a Cristo" allí. Cuán a menudo la gloria completa de la cruz es perdida cuando los hombres la sentimentalizan de alguna manera y dicen: "Oh, El fue tan bueno con el mundo, El era tan puro. Sus enseñanzas fueron tan maravillosas; y los crueles hombres le crucificaron". El resultado de esto es que las personas comienzan a sentir lástima por El, olvidándose de que El mismo se volvió a las hijas de Jerusalén, quienes comenzaban a sentir lástima por El para

decirles: "...no me lloréis a mí, mas llorad por vosotras mismas" (Luc. 23:28). Si nuestra opinión de la cruz de Cristo es tal que nos hace sentir lástima por El, esto significa que nunca la hemos visto verdaderamente.

Es Dios quien le "ha propuesto". No fue un accidente, sino algo deliberado. De hecho, el apóstol Pedro predicando en el día de Pentecostés, dijo que todo había pasado por el "determinado consejo y providencia de Dios" (Hch.2:23). Dios le "ha propuesto".

Este término también enfatiza el carácter público de la acción. Es un gran acto público de Dios. Dios ha hecho aquí algo en público, en la escena de la historia del mundo, con la finalidad de que esto pudiera ser visto, que pudiera mirarse y ser recordado de una vez y para siempre. Esta fue la acción más pública que jamás hubiera tenido lugar. De este modo Dios ha propuesto a Jesucristo públicamente, como una propiciación por la fe en su sangre.

Esto nos conduce a una pregunta vital: ¿Por qué hizo Dios esto? ¿Por qué ocurrió? ¿Qué fue (si se me permite preguntar con reverencia) lo que condujo a Dios a hacer esto? ¿Acaso tuvo algún propósito en hacerlo? La mejor respuesta puede encontrarse viendo los términos uno por uno. Luego los consideraremos como un todo y veremos exactamente, porque el apóstol sintió que era vital y esencial agregar esto a lo que ya había dicho.

En primer lugar aparece el término "manifestar", "para manifestación de su justicia". Esto significa: 'mostrar', 'enseñar', 'dar una muestra evidente', 'probar', 'demostrar'. Dios ha hecho esto, dice Pablo, con el fin de que Cristo de este modo pudiera rescatarnos, a través de dar una ofrenda propiciatoria. Sí, pero en adición a esto, Dios está "manifestando" algo aquí, está mostrando algo, está enseñando y dando una muestra evidente de algo. ¿De qué? "De su justicia". Debemos tener cuidado con esta expresión, porque este término está usado también en el versículo 21.

Es un tanto desafortunado que el mismo término sea usado para referirse a dos ideas ligeramente diferentes. En el versículo 21 esta palabra significa simplemente, "un camino de justicia". "Mas

traspasándole con su oscura mirada. "¡Ah!, pero", continuó Misericordia, "este hombre no tiene ningún derecho a firmar esta escritura, puesto que nadie puede disponer de las propiedades ajenas. Esta criatura ha sido comprada y pagada de antemano, así pues, no se pertenece; la alianza con la muerte se anula, y el pacto con el infierno se hace pedazos. Márchate, Satanás." "Nada de eso", replicó el diablo dando alaridos, "tengo algo más que decir; ese hombre fue siempre mi amigo, nunca dejó de oír mis insinuaciones, se mofó del Evangelio, despreció la majestad del cielo; ¿va a ser él perdonado mientras que yo he de permanecer encerrado en mi cueva infernal, soportando eternamente la pena por mi delito?" "¡Fuera demonio!", contestó Misericordia. "Estas cosas las hizo en tiempos anteriores a su regeneración; mas esta sola palabra, "empero", las ha borrado todas. Márchate a tu infierno, y considera esto como otro trallazo contra ti: el pecador será perdonado, pero tú, ¡nunca, diablo traidor!" Al llegar aquí, Misericordia dijo volviéndose sonriente hacia el pecador: "Pecador, ¡la trompeta va a sonar por última vez!" Y así, las notas hieren nuevamente el espacio sin que nadie responda. Entonces, el pecador se puso en pie, y Misericordias le dijo: "Ahora, tú mismo, pecador, pregunta al cielo, a la tierra y al infierno, si alguno puede condenarte". Y aquel hombre, irguiéndose, con voz fuerte y osada dijo: "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?" Y miró al infierno, y allí estaba Satanás, mordiéndose sus ligaduras de hierro; miró a la tierra, y todo en ella era silencio; y en la majestuosidad de la fe, el pecador ascendió al mismo cielo, y dijo "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?" "¿Dios?" Y se oyó la respuesta: "No; Él es el que justifica". "¿Cristo?" Dulcemente se oye como en un susurro: "No; Cristo es el que murió". Entonces el pecador, volviéndose, exclamó alegremente: "¿Quién me separará del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro?" Y aquel que una vez estuviera condenado, volvió ante el trono de Misericordia y, postrándose a sus pies, afirmó solemnemente que en adelante sería suyo para siempre, si quería guardarle hasta el fin y hacer de él cuanto ella quisiera que fuese. No volvió a sonar la trompeta; los ángeles se regocijaron, y el cielo se alegró porque el pecador era salvo.

De esta forma, según habéis visto, he dramatizado, como se suele decir, la cuestión; mas lo que me importa no es lo que suele

él?" "Ni uno. Jesús, el sustituto, los ha guardado todos; Él ha satisfecho la pena por la desobediencia de este pecador, y ahora, en vez de su condenación, solícito, como un deber de justicia, su absolución." "Quédate aquí", dice Misericordia, "siéntate en mi trono, y ahora los dos juntos publicaremos otra citación." Nuevamente suena la trompeta. "¡Venid todos los que tengáis que decir algo contra este pecador que se oponga a su absolución!" Ya se acerca otro -uno que frecuentemente afligía al pecador, uno cuya voz, aunque no tan fuerte como la Ley, era igualmente aguda y espeluznante, una voz cuyos susurros eran cortantes como el filo de una daga-. "¿Quién eres tú?", pregunta Misericordia. "Yo soy Conciencia; este pecador debe ser castigado, ha, quebrantado tanto la ley de Dios que debe ser condenado. Esa es mi demanda, y no le daré reposo hasta que sea cumplido el castigo; y ni aun después lo dejaré, porque le seguiré hasta el sepulcro y le perseguiré hasta después de la muerte con remordimientos indecibles." "Escúchame un momento", dijo Misericordia, y haciendo una pequeña pausa, tomó un manojito de hisopo, y roció con sangre a Conciencia, diciendo: "Óyeme, te digo: 'La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado'. ¿Tienes ahora algo que decir?" "Nada", replicó Conciencia, "absolutamente nada."

"Su justicia cubierta ya quedó

Libre es de la condena el pecador."

De ahora en adelante no le atormentaré más; seré para él una buena conciencia, por la sangre de nuestro Señor Jesucristo." La trompeta volvió a sonar por tercera vez, y, rugiendo extrañamente, surgió de las cavernas más profundas un negro y horrendo engendro demoníaco con la mirada preñada de odio, y con expresión de infernal majestad. El nuevo personaje es interrogado: "¿Tienes tú algo en contra de este pecador?" "Sí", responde, "esta criatura ha hecho un pacto con el infierno y una alianza con el abismo; helo aquí firmado de su puño y letra. En una de sus borracheras pidió a Dios que destruyera su alma y juró que nunca volvería a Él. Mirad, ¡aquí está su pacto con el infierno!" "Veámoslo", dijo Misericordia; y le fue entregado el documento mientras el siniestro espíritu maligno contemplaba al pecador,

ahora, (dice) se ha manifestado la justicia de Dios sin la ley" (Ro. 3:21). En otras palabras, lo que esto significa es, que se ha manifestado el camino de Dios para hacer justos a los hombres, el camino de Dios para dar a los hombres justicia.

Pero en el versículo 25 no significa esto. En este versículo dice que Dios ha hecho algo a través de lo cual, El manifiesta su justicia; no la justicia que El nos da a nosotros, sino más bien la justicia como uno de sus atributos gloriosos. Esta significa la equidad de Dios, significa la rectitud judicial de Dios, significa la esencia moral, santa, justa y recta del carácter de Dios. El dice nuevamente en el siguiente versículo (vers.26): "... para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe (al que cree) de Jesús". Es decir, en la cruz Dios está declarando su propia rectitud, su propio carácter justo, su propia esencial e inherente rectitud y justicia.

La siguiente frase es "atento a haber pasado por alto". Dios está declarando su justicia "con respecto a", "a cuenta de" la remisión de los pecados pasados. (Nota del Traductor: En la Versión en inglés aparecen en el vers. 25 las palabras "for" y "remission" 'To declare his righteousness for the remission of sins that are past', que se traduciría como: 'para manifestar su justicia por la remisión de los pecados pasados'. Este es el motivo por el cual el autor hace los comentarios respecto a tales palabras, y éstas no coinciden con las versiones en español; las cuales traducen "atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados".) Vea la palabra "remisión" en su Versión Autorizada y encontrará que esta palabra es usada varias veces; pero si usted se toma la molestia de buscar la palabra usada en el griego, usted hará un muy interesante descubrimiento acerca de la palabra que el apóstol usó aquí (la cual es traducida como "remisión" en la versión en inglés), descubrirá que este es el único lugar donde fue usada en todo el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo no la usó en ningún otro lugar y nadie más la usó del todo. Hay otra palabra que es traducida también como "remisión", y en sus varias formas, usted puede encontrarla 17 veces en el Nuevo Testamento; pero esta palabra la cual tenemos aquí en el vers. 25, es usada solamente una vez y en realidad no significa "remisión", sino que significa "pretermisión".

Esta es una palabra importante y debemos examinarla. ¿Qué significa “pretermisión”? ¿Qué significa “premitir pecados” en distinción de “remitir pecados”? Esta es una palabra que fue usada en la Ley Romana. Cuando uno la encuentra en la Ley Romana, generalmente es usada en este sentido: Se refiere a una persona que ha hecho un testamento y ha dejado a alguien fuera de su testamento. Imagine a un hombre haciendo un testamento y dejando algo a varios de sus amigos. Pero hay un amigo al cual no le dejó nada, esto es “pretermisión”. El dejó a su amigo fuera de su testamento; no lo consideró.

Esto significa, si usted quiere, “pasar por alto”. Aquel hombre dio algo a todos sus parientes y amigos, pero pasó por alto a uno, esto es premitir. Esta es la palabra que es usada aquí en el vers.25, “pasar por alto”, “excusar”, “no hacer caso de”, “permitir que pase sin notarlo”, “ignorar intencionalmente”. Estos son los significados que fueron dados a esta importante palabra la cual el apóstol deliberadamente escogió en este versículo.

(Nota del Traductor: El diccionario Larousse por Ramón García-Pelayo y Gross define la palabra ‘pretermisión’ como: Omitir, pasar en silencio alguna cosa.)

Ahora, cuando el apóstol hace una cosa como ésta, él debe haber tenido una buena razón para hacerlo, no hizo tal clase de cosa accidentalmente. ¿Por qué no usó la palabra que había usado en otras partes? ¿Por qué esta palabra aquí y solo aquí? Y ¿Por qué esta palabra particular que significa “pasar por alto”? Claro, debido a que obviamente el significado expresa la idea “pasar por alto”. Así que, en lugar de traducir “por la remisión de los pecados pasados”, deberíamos leer: “atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”, “por no haber hecho caso intencionalmente, en su paciencia, de los pecados pasados”. Podemos decirlo de otra manera. La diferencia entre “remisión” y “pretermisión” es la diferencia entre “perdonar” y “no castigar”. Usted puede decir que esto es una exageración, que esta es una distinción sin diferencia. Pero esto no es así. Por supuesto, al final viene a ser la misma cosa. Si yo no castigo a un hombre, en un sentido lo he perdonado y sin embargo, todavía no he hecho eso

salvar. El heraldo tocó la trompeta y, después de tres clarinadas, dijo con voz potente: "¡Oh, cielos, tierra e infiernos, yo os convoco en este día para que vengáis ante el trono de Misericordia a deponer por qué no habría de ser salvo este pecador!" Allí en medio, temblando de miedo, se hallaba el pecador; él sabía que montones de adversarios se aglomerarían en la sala de Misericordia y dirían con ojos llenos de ira: "No debe ser salvo; no escapará; ¡ha de ser condenado!" Sonó la trompeta, y Misericordia se sentó plácidamente en su trono, permaneciendo allí hasta que entró alguien de ígneo semblante; su cabeza estaba rodeada de luz, hablaba con voz de trueno, y sus ojos despedían rayos de fuego. "¿Quién eres tú?", preguntó Misericordia. "Yo soy Ley, la ley de Dios", contestó el recién llegado. "¿Y qué es lo que tienes que decir?" "He aquí mis cargos", habló levantando una tabla de piedra escrita por ambos lados: "estos diez mandamientos han sido quebrantados por este miserable. Mi demanda es sangre; porque está escrito: 'El alma que pecare, esa morirá'. Así pues, muera él, o habrá de perecer la justicia." El desdichado se estremece, sus piernas tiemblan, y su espíritu se agita por la ansiedad y el temor. Ya le parecía ver el rayo dirigido contra él, y en su imaginación veía el fuego penetrar en su alma; contemplaba cómo se abrían a sus pies las fauces del infierno, y se sintió arrojado allí para siempre. Pero Misericordia sonrió, y dijo: "Voy a responderte, Ley. Este desdichado merece morir, y la justicia exige que sea condenado; pues bien, se acepta la demanda." ¡Oh, cómo tiembla el pecador! "Pero hay aquí uno que ha venido hoy conmigo, mi Señor y mi Rey; su nombre es Jesús; Él te dirá cómo puede ser satisfecha la deuda, de forma que el pecador quede en libertad." Habló Jesús entonces, y dijo: "Bien, Misericordia, haré lo que me pides. Tómame Ley, llévame al huerto y hazme sudar gotas de sangre, clávame en un madero, azota mi espalda antes de darme muerte, suspéndeme de la cruz, deja que la sangre brote de mis pies y manos, desciéndeme al sepulcro. Déjame pagar todo lo que debía el pecador; moriré en su lugar". Y Ley azotó al Salvador y lo clavó en la cruz. Cuando hubo terminado, volvió ante el trono de Misericordia con el semblante resplandeciente por la satisfacción, y Misericordia le dijo: "Ley ¿qué tienes que decir ahora?" "Nada, hermoso ángel", respondió Ley, "absolutamente nada". "¡Cómo!, ¿ni uno solo de estos mandamientos está contra

los hombres para hacerlos suyos. Un antiguo escritor dice: "Todas las entalladuras del cielo fueron hechas de madera nudosa; el templo de Dios, el rey del cielo, es de cedro; pero los cedros estaban llenos de nudos cuando Él los taló". Escogió a los peores para hacerse un nombre al poner de manifiesto su habilidad y su arte; como está escrito: "Y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída". Así, pues, mis queridos oyentes, cualquiera que sea vuestra condición, tengo algo que deciros digno de vuestra consideración, es a saber: que si somos salvos, lo somos por el amor de Dios, por amor de su nombre, y no por nosotros mismos.

Ahora bien, esto sitúa a todos los hombres a un mismo nivel en el plan de la salvación. Imaginaos que para entrar en este parque se os hubiera exigido como requisito el que hubieseis mencionado mi nombre; la regla es que nadie sea admitido por su título o condición, sino solamente por decir cierto nombre. Se acerca un noble, lo pronuncia, y entra; llega un mendigo cubierto de harapos, se sirve del nombre y -como la regla dice que con sólo nombrarlo es suficiente-, al servirse de él, es admitido. De este modo, señora mía, si viene, a pesar de toda su moralidad, deberá pronunciar Su nombre; y vosotros, pobres y sucios habitantes de barracas y buhardillas, si venís y hacéis uso de Su nombre, la puerta se abrirá inmediatamente de par en par; porque para ningún otro hay salvación sino para todos aquellos que mencionen el nombre de Cristo. Esto abate el orgullo del moralista, degrada la propia exaltación del farisaico, y nos coloca a todos, como pecadores culpables, en igualdad de condiciones ante Dios para recibir la misericordia de sus manos "por amor de su nombre", y sólo por esta razón.

IV. Os he entretenido demasiado; termino, pues, con la consideración del IMPEDIMENTO SUPERADO que se encierra en la palabra "empero". Os hablaré en forma amena, a modo de parábola.

Hubo un tiempo en que Misericordia se sentó en su trono de blanca nieve rodeada por las huestes del amor. Un día fue llevado a su presencia un pecador al que Misericordia se había propuesto

completamente. Si yo perdono, ciertamente no he castigado; pero perdonar significa más que no castigar. Entonces, este término "pretermisión", "pasar por alto", queda corto con la palabra "remisión"; y este es el porqué es una pena que la Versión Autorizada tenga "remisión" aquí, debiendo ser "pasar por alto" o "no hacer caso intencionalmente".

La siguiente frase que veremos es "los pecados pasados". "Atento a haber pasado por alto los pecados pasados". Otra vez la Versión Autorizada no es tan buena como debería.

Tomando la Versión autorizada usted podría llegar a la conclusión que el apóstol está diciendo, que Dios pasa por alto los pecados "pasados", los pecados pasados de cualquiera; por ejemplo: mis pecados pasados, sus pecados pasados, "los pecados pasados" en general. Pero esto no es lo que el apóstol estaba diciendo, esto no es lo que él quería decir. Una mejor traducción aquí podría ser: "pecados que fueron cometidos antiguamente". El se está refiriendo a un tiempo muy definido. Este es el tiempo que él contrasta en el siguiente versículo, con "en este tiempo" (vers. 26). Hubo aquel tiempo, luego este tiempo. El dice: 'Dios ha propuesto a Cristo, en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados que fueron cometidos antiguamente, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo...'

¿Qué es lo que él está viendo atrás? El está viendo atrás hacia la Antigua Dispensación. El está diciendo que Dios pasó por alto pecados bajo la antigua dispensación, bajo el pacto antiguo, en los tiempos del Antiguo Testamento. Su punto es que Dios ha hecho esto, y ahora ha propuesto a Cristo para hacer algo, acerca de lo que El hizo en aquel entonces.

Esto nos trae a la última palabra que tenemos que considerar, la cual es la palabra "paciencia" o "indulgencia". ¿Qué es la paciencia o indulgencia? Paciencia significa 'autorefrenamiento' (autocontrol), significa 'discrepancia permitida', 'tolerancia'. ¿Qué es lo que exactamente está diciendo aquí el apóstol? Dice: "A quien Dios ha propuesto, en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su autorefrenamiento o paciencia, los pecados que fueron cometidos antiguamente..." ¿Qué quiere decir esto? Lo que

Pablo está diciéndonos es que este acto público que Dios decretó y consumó en el calvario, tiene relación también con las acciones de Dios bajo la dispensación del Antiguo Testamento, cuando Dios intencionalmente no hizo caso, cuando Dios pasó por alto, por su autorenacimiento y paciencia, los pecados de su pueblo de aquel tiempo.

Pero ¿Qué es lo que todo esto significa? Podemos responder en una manera muy interesante a esta pregunta, viendo la misma clase de afirmación en otros dos lugares en el Nuevo Testamento. ¿Recuerda usted cómo habló el apóstol Pablo a la congregación de los estoicos, los epicúreos y otros en Atenas? El informe nos es dado en el capítulo 17 del libro de Los Hechos de los Apóstoles, comenzando particularmente en el versículo 30. El apóstol elaborando su argumento dice: “Empero Dios, habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan” (Hech.17:30).

Observe como él elabora su gran argumento. El dice, Dios no se ha dejado a sí mismo sin testimonio a través de todas estas generaciones y siglos. Dios ha dejado sus evidencias y señales. Y el propósito fue que la gente pudiera buscar al Señor, “si en alguna manera, palpando, le hallen; aunque cierto no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en el vivimos y nos movemos y somos; como también algunos de vuestros poetas dijeron, porque linaje de este somos también. Siendo pues linaje de Dios, no hemos de estimar que la divinidad sea semejante a oro, o a plata, o a piedra, escultura de artificio o de imaginación de hombres. Empero Dios, habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan. Por cuanto ha establecido un día, en el cual ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Vea Hech.17:27-31).

El otro pasaje es el versículo 15 del capítulo nueve de la Epístola a los Hebreos: “Así que, por eso es mediador (Cristo) del nuevo testamento, para que interviniendo muerte para la remisión de las

en Cristo; Él nos salva por amor de Cristo, que es el nombre de Dios. Y ¿qué significa esto? Creo que quiere decir lo que exponemos a continuación.

Él los salvó, en primer lugar, para manifestación de Su naturaleza. Dios era todo amor y quería manifestarlo. Él demostró su amor cuando hizo el sol, la luna y las estrellas, y cuando esparció las flores sobre la verde y sonriente tierra. Manifestó el amor cuando hizo el aire, bálsamo para el cuerpo, y los rayos solares que alegran la vista. Nos calienta en invierno con las ropas y con el combustible que había almacenado en las entrañas de la tierra. Empero quería revelarse más manifestamente. “¿Cómo podré demostrarles que los amó con todo mi infinito corazón? Daré a mi Hijo para que, con Su muerte, salve a los peores, y manifestaré así mi naturaleza.” Así lo ha hecho Dios, patentizando con ello su poder, su justicia, su amor, su fidelidad y su verdad. Dios se ha manifestado en toda su plenitud en el gran plan de la salvación. Éste ha sido, por decirlo así, el balcón donde Dios se ha asomado para mostrarse a los hombres, el balcón de la salvación. De esta forma se revela Dios, salvando las almas de los hombres.

Además, lo hizo para vindicar Su nombre. Algunos dicen que Dios es cruel, e limpiamente le llaman tirano. “¡Ah!”, dice El, “Yo salvaré a los pecadores más perversos y vindicaré mi nombre; borraré el estigma, haré desaparecer la detracción; no podrán llamarme más de esa forma, a me nos que sean unos sucios embusteros, porque seré misericordioso en abundancia. Yo quitaré esta mancha y verán que mi excelso nombre es un nombre de amor.” “Haré esto por amor de mi nombre”, continua el Señor, “es decir, para hacer que esta gente ame mi nombre. Sé que si escojo a los mejores y los salvo, amarán mi nombre; pero si elijo a los peores, ¡oh, cuánto me amarán! Si los escojo de entre la basura de la tierra para hacerlos mis hijos, ¡cómo me amarán! Entonces serán fieles a mi nombre, les sonará más melodioso que la música, será para ellos más precioso que el nardo para los mercaderes orientales; lo valorarán como al oro, sí, como al oro más fino. El hombre que más ama es aquel a quien más pecados le han sido perdonados: debe mucho y por ello amaré mucho.” Ésta es la razón por la que Dios escoge frecuentemente a los peores de entre

las hemos blanqueado en la sangre del Cordero." Así pues, pecador; si ellos estaban manchados y fueron salvos, ¿por qué no puedes serlo tú también?

"¿No son sus dones gratis y preciados?"

Di pues, alma, ¿por qué no para ti?"

Nuestro Jesús murió crucificado;

Dime, alma mía, ¿por qué no por ti?"

Animaos, penitentes, Dios tendrá misericordia de vosotros. "Salvólos empero por amor de Su nombre."

III. Llegados al tercer punto, consideraremos LA RAZÓN DE LA SALVACIÓN: "Salvólos empero por amor de Su nombre." No hay ninguna otra razón para que Dios salve al hombre, aparte del amor de Su nombre; no hay en el pecador nada que le de derecho a ser salvo, o que pueda hacerle estimable ante la misericordia; ha de ser el propio corazón de Dios el que dicte el motivo por el cual los hombres han de ser salvos. Algunos dicen: "Dios me salvará porque soy muy inteligente". No señor, no lo hará. ¡Tu *talento!* ¡Necio! Tu talento, bobo engreído, nada es comparado al que tenían los ángeles que una vez estuvieron ante el trono de Dios y pecaron, y que fueron arrojados para siempre en el insondable abismo. Si los hombres hubieran de ser salvos por su inteligencia, Satanás ya lo habría sido, porque era mucho su conocimiento. Y por lo que respecta a tu moralidad y bondad, no son más que sucios harapos, y Dios nunca te salvará por lo que tú hagas. Jamás seríamos salvos si Él esperara algo de nosotros; debemos serlo única y exclusivamente por razones que atañen a su persona, y que proceden de su misma esencia. Bendito sea su nombre porque nos salva "por amor de su nombre". ¿Qué quiere decir esto? Creo que significa que el nombre de Dios es su persona, sus atributos y su naturaleza. Por amor de Su naturaleza, por amor de Sus atributos, Él salvó a los hombres; y tal vez hayamos de añadir esto también: "Mi nombre está en Él", es decir,

rebeliones que había bajo del primer testamento, los que son llamados reciban la promesa de la herencia eterna". Ahora, esto es precisamente la misma cosa. Hebreos 9:15 dice exactamente la misma cosa que el apóstol está mencionando en Romanos 3. Entonces, el verdadero comentario de nuestro versículo se encuentra en la afirmación de Hebreos, donde vemos que el autor estaba ansioso de que sus lectores pudieran entender claramente acerca del antiguo pacto y de los sacrificios y ofrendas que las personas ofrecían a Dios bajo este antiguo pacto. Ellos deberían entender y tener muy claro en sus mentes, que estos sacrificios nunca fueron capaces de producir un perdón completo de pecados; y que no podían expiar el pecado. Estos sacrificios podían hacer algo, dice el apóstol, ellos fueron de valor para "la purificación de la carne". "...la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la becerra, rociada a los inmundos, santifica para la purificación de la carne" (Heb.9:13).

Pero estos sacrificios no podían hacer nada más. Ellos no podían tratar con la conciencia. Esta era la dificultad, y todavía todo el problema es con respecto a la conciencia. Pero, si la sangre de los toros y de los machos cabríos podía purificar la carne, "¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirváis al Dios vivo?" (Heb.9:14). Lo cual "era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios que no podían hacer perfecto, cuanto a la conciencia, al que servía con ellos; consistiendo solo en viandas y en bebidas, y en diversos lavamientos, y en ordenanzas acerca de la carne, impuestas HASTA el tiempo de la corrección. Mas (ahora) estando ya presente Cristo, pontífice de los bienes que habían de venir..." (Heb.9:9-11) y así sigue.

¿Entiende el argumento? Lo que el apóstol está diciendo es que bajo el antiguo pacto, bajo la antigua dispensación, no hubo provisión para tratar con los pecados en un sentido radical. Eran simplemente medios pasajeros, como lo fueron, que duraron hasta el tiempo señalado. Estos antiguos sacrificios y ofrendas daban cierta clase de purificación de la carne, proporcionaban una purificación ceremonial, hacían apta a la persona para acudir a

Dios en oración. Pero no había sacrificio bajo el Antiguo Testamento que tratara realmente con el pecado. Todo lo que estos sacrificios hacían era señalar hacia adelante, al sacrificio que había de venir, el cual realmente trataría con el pecado, limpiando las conciencias de las obras muertas y reconciliando verdaderamente al hombre con Dios.

Lo que usted quiere decir con esto, preguntaría alguno, es: ¿Acaso, que los santos del Antiguo Testamento no eran perdonados? Por supuesto que no quiero decir eso. Ellos eran obviamente perdonados y ellos agradecieron a Dios su perdón. Usted no puede decir ni por un momento que personas como Abraham, David, Isaac y Jacob no fueron perdonados. Sin embargo, ellos no fueron perdonados debido a estos sacrificios que fueron ofrecidos en aquel entonces. Ellos fueron perdonados debido a que ellos miraban hacia Cristo. Ellos no vieron esto claramente, no obstante, creyeron la enseñanza, y ellos hicieron estas ofrendas movidos por la fe. Ellos creyeron en las promesas de Dios, que un día El iba a proveer un sacrificio y por medio de la fe, ellos se sostuvieron en esto. Pero fue su fe en Cristo lo que les salvó, igualmente como es la fe en Cristo lo que nos salva ahora. Este es el argumento.

Pero, en un sentido esto nos deja con un problema. Dios siempre se ha revelado a sí mismo como un Dios que aborrece el pecado. El ha anunciado que castigaría el pecado, y que el castigo del pecado era la muerte. El ha anunciado que el derramaría su ira sobre el pecado y sobre los pecadores. Y sin embargo, aquí estaba Dios por siglos, aparentemente, y de toda apariencia, yendo atrás acerca de Sus propias afirmaciones y de acerca de Su propia Palabra. El parecía no estar castigando el pecado. El estaba pasándolo por alto del todo.

¿Acaso Dios ha cesado de estar preocupado por estas cosas? ¿Acaso Dios ha venido a ser indiferente hacia el mal moral? ¿Cómo puede Dios pasar por alto el pecado de esta manera? Este fue el problema. Y fue un verdadero problema. Es claro que la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra no podían realmente perdonar el pecado. Y sin embargo, Dios pasaba por alto estos pecados. ¿Cómo podía El hacer esto?

te dé arrepentimiento y remisión de pecados, porque Él salvó a los rebeldes por amor de Su nombre. Oigo decir a alguno de mis oyentes: "Lo que este hombre hace es dar pábulo al pecado con creces". ¿De veras, amigo? Sí, ya sé; porque me dirijo a los más depravados, y no obstante les digo que pueden ser salvos, ¿verdad? Pero, contésteme por favor; cuando yo hablo a las criaturas más depravadas, ¿me dirijo a usted o no? No, claro, usted es una de las personas más buenas y respetables que existen. Así pues, no es necesario predicar para usted, porque está convencido de que no necesita misericordia. "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Pero esta pobre gente a quien usted dice que yo animo a pecar, necesitan que se les hable. Le dejo, señor, buenos días. Siga con su propio evangelio, pero dudo de que encuentre en el camino del cielo. Mejor dicho, no lo dudo, sino que sé ciertamente que no lo hallará, a menos que sea traído como un pobre pecador a recibir a Cristo en su Palabra y sea salvado por amor de Su nombre. Así, me despido de usted y continúo mi camino. Pero, ¿por qué decía que yo animo a los hombres al pecado? Yo les aliento a que se conviertan de él. Yo no he dicho que Él salvará a los rebeldes y que luego les permitiera volver a rebelarse; ni tampoco he dicho que salvará a los impíos para permitirles que pequen como hacían antes. Ya conocéis el significado de la palabra "salvo"; lo expliqué la otra mañana. La palabra "salvo" no quiere decir simplemente llevar a los hombres al cielo, sino mucho más que eso; significa salvarlos de su pecado, significa que les es dado un corazón, un espíritu y una vida nuevos; significa que son hechos nuevas criaturas. ¿Hay algo licencioso en decir que Cristo toma a los hombres más perversos para convertirlos en santos? Si lo hay, yo no lo veo. Sólo deseo que tomara a los peores de esta congregación para convertirlos en santos del Dios viviente, y habría entonces mucho menos libertinaje. Pecador, yo te aliento, no en tu pecado, sino en tu arrepentimiento. Pecador, los santos del cielo fueron una vez tan malos como tú has sido. ¿Eres tú un borracho, un blasfemo, un lascivo? "Esto eran algunos; mas ya han sido lavados, ya han sido santificados." ¿Están negras tus ropas? Pregúntales a ellos si las tuyas lo estuvieron alguna vez. Te contestarán: "Sí, hemos lavado nuestras ropas". Si no hubiesen estado manchadas no hubieran tenido necesidad de ser lavadas. "Hemos lavado nuestras ropas y

obró para ellos poderosos milagros; pero continuaban rebelándose. ¡Ah!, igual que vosotros, amados oyentes; también habéis sido rescatados muchas veces del borde del sepulcro; Dios os ha dado casa y comida día tras día, ha cuidado de vosotros y os ha guardado hasta la hora presente; pero ¡qué ingratos habéis sido! Como dijo Isaías: "El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento". Cuántos hay de esta condición que en un año no tendrían tiempo suficiente para contar la historia de los favores que han recibido de Dios, y sin embargo, ¿qué han hecho ellos por Él? No serían capaces de mantener a un caballo que no trabajará, ni a un perro que no los reconociera; pero Dios los ha alimentado cotidianamente, y ellos han pagado con su ingratitud; han hecho mucho contra El, y nada para El. Ha puesto el pan en sus mismas bocas, los ha sustentado y conservado sus fuerzas, pero ellos las han empleado en desafiarle, en maldecir Su nombre, y en profanar el día de reposo. A pesar de todo, los salvó. Muchos de esta condición han sido salvados. Confío en que haya aquí también quienes sean salvos por la gracia victoriosa, y hechos nuevos hombres por el poder eficaz del Espíritu de Dios. "Salvólos empero." Cuando nada hablaba en favor de aquellas criaturas, cuando todo parecía indicar que debían ser desechados por su ingratitud, El los salvó.

Además, *era un pueblo rebelde*: "Se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo". ¡Ah!, cuántos hay en este mundo que se enfrentan a Dios. Y si Él fuera como los hombres, ¿quién de nosotros estaría hoy aquí? Si alguien nos provoca un par de veces, ello es suficiente para irse en seguida a las manos. En algunos hombres su cólera estalla ante la más mínima ofensa; otros, que son un poco más pacientes, aguantan una tras otra, hasta que al final dicen: "Todo tiene un límite; no puedo aguantar más; ¡deténgase o seré yo quien le detenga!" ¡Ah!, ¿dónde estaríamos nosotros si Dios tuviera ese temperamento? Bien podría decir: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; porque Yo Jehová no me mudo; y así, vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos." Eran unos rebeldes, pero Él los salvó. ¿Te has rebelado tú contra Dios? Ten ánimo, si estás arrepentido, porque Él ha prometido salvarte; y, lo que es más, puede que esta mañana

¿Qué es lo que justifica esta "paciencia de Dios"?

Ahora, dice el apóstol, Dios nos ha realmente explicado lo que El hizo en público delante del mundo entero, en la escena y teatro del mundo entero, con Cristo en el calvario. El retuvo su ira a través de siglos y no la reveló completamente entonces; pero ahora, El la ha revelado completamente. El lo ha declarado ahora. Pablo dice, "con la mira de manifestar" (Rom.3:26), y repetiré que, ésta era una de las cosas que estaban ocurriendo en la cruz.

En la cruz, en el monte calvario, Dios estaba dando una explicación pública de lo que El había estado haciendo a través de los siglos. Y a través de ello, al mismo tiempo, El estaba vindicando su propio eternal carácter de justicia y santidad.

¿Cómo hizo Dios exactamente esto? ¿Cómo ha hecho Dios esto en el calvario? ¿Cómo ha vindicado El su carácter? ¿Cómo ha dado Dios una explicación de su "haber pasado por alto" los pecados en el tiempo antiguo, de su autorefrenamiento y tolerancia? Hay una sola manera en la cual El podría hacer esto. Dios ha afirmado que aborrece el pecado, que El castigará el pecado, que el derramará su ira sobre el pecado, y sobre todos aquellos culpables de pecado. Por lo tanto, a menos que Dios pueda probar que ha hecho esto, entonces El no es justo. Y lo que el apóstol está diciendo es que, precisamente en el calvario Dios ha hecho esto. El ha mostrado que aún aborrece el pecado, que El lo va a castigar, que El debe castigarlo, que El derramará su ira sobre El. ¿Cómo mostró esto en el calvario? Lo que Dios hizo en el calvario fue derramar sobre su unigénito y amado Hijo, su ira contra el pecado. La ira de Dios que debería haber venido sobre usted y sobre mí debido a que nuestros pecados eran sobre El.

Dios siempre supo que El iba a hacer esto. Leemos en las Escrituras acerca del "cordero que fue inmolado antes de la fundación del mundo" (Apo.13:8). Fue un plan que tuvo su origen en la eternidad. Fue debido a que Dios sabía lo que iba a hacer, que El fue capaz de pasar por alto el pecado durante todos esos siglos que han transcurrido. De esta manera, usted puede ver, dice el apóstol, que Dios es al mismo tiempo el Justo y El que justifica al impío que cree en Cristo. Este era un tremendo problema,

¿Cómo podía Dios permanecer como Santo y Justo, y tratar con el pecado tal como El dijo que lo iba a hacer y todavía perdonar al pecador? La respuesta solo puede ser encontrada en la cruz del calvario. Esto es una parte esencial de lo que es declarado a través de la cruz.

Dios tenía que vindicar lo que El había estado haciendo en el pasado bajo el antiguo pacto. Pero El tenía algo más que hacer, nos dice en el versículo 26: “Con la mira de manifestar su justicia en ESTE TIEMPO”. El ya nos ha explicado cómo es que Dios pudo pasar por alto todos esos pecados en el pasado. Pero, ¿Cómo trata con el pecado ahora? ¿Cómo tratará con los pecados en el futuro?

La respuesta está también allí en la cruz del monte calvario. La enseñanza en otras palabras es esta: La cruz en el calvario, la muerte del Señor Jesucristo, tal como el apóstol Juan señala en su Primera Epístola (1Jn.2:2), “es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. (Nota del Traductor: En este versículo la palabra mundo significa que Cristo murió por los pecados no solo de los judíos, sino también de los gentiles. Como dijo la samaritana, El es “el Salvador del mundo” y no solo del pueblo israelita. Note el paralelo del versículo en la Primera Epístola de Juan y el pasaje de (Jn.11:51-52). Note también el uso paralelo de la palabra gentiles y mundo hecho por el apóstol Pablo en Rom.11:11-12. Este uso fue muy necesario debido al recalcitrante prejuicio judío hacia los gentiles, el cual era tanto, que el solo oír la palabra “gentil” les molestaba grandemente (vea Hech.22:21-22). Este es el significado de la palabra mundo aquí; de otro modo, si se argumentara que la muerte de Cristo abarcó a todos y cada uno de los miembros de la raza humana, entonces, estaríamos diciendo que los incrédulos se van al infierno “con la cuenta pagada” o que Dios castiga doble el pecado, es decir, en su propio Hijo y en el pecador. Además, es necesario tomar en mente que Cristo no sufrió por los pecados de ninguna persona que ya estaba en el infierno cuando El murió. Si el lector está interesado en comprender el propósito y alcance de la expiación de Cristo, le

Las maravillas de su cruz de amor”.

No creáis, amigos míos, que porque seáis iletrados y apenas sepáis leer, que porque os hayáis criado en extrema ignorancia y escasamente podáis escribir vuestros nombres, no podéis ser salvos. La gracia de Dios puede salvaros y después abriros el entendimiento. Un hermano ministro me contaba la historia de un hombre que, en cierto pueblo, era tenido por tonto, y considerado como retrasado mental; nadie pensaba que jamás pudiera entender nada. Pero un día asistió a la predicación del Evangelio. Hasta entonces había sido un borracho con entendimiento suficiente para ser impío (clase de entendimiento que se da con mucha frecuencia). El Señor se agradó en bendecir su Palabra en aquella alma de tal forma que nuestro hombre cambió por completo; y lo más maravilloso de todo fue que la fe puso en él algo que comenzó a desarrollar sus facultades dormidas. Se dio cuenta de que tenía un motivo para vivir, y empezó a meditar en lo que debía hacer. En primer lugar, deseó poder leer la Biblia para gozarse leyendo el nombre de su Salvador, y después de mucho insistir en sus delectos, pudo leer capítulos enteros. Más adelante se le rogó que orara en un culto de oración; era este un ejercicio de su capacidad vocal. Cinco o seis palabras fueron toda su oración, y se sentó lleno de azoramiento. Pero, orando continuamente entre su familia, llegó a hacerlo como los demás hermanos, y siguió progresando hasta convertirse en predicador, y muy bueno por cierto; tenía una fluidez, una profundidad de entendimiento y un poder mental poco comunes en los ministros que ocupan el púlpito ocasionalmente. Fue singular el hecho de que la gracia contribuyera incluso a desarrollar sus poderes naturales, dándole un objetivo, animándole a vivirlo firme y devotamente, y sacando a la luz todos sus recursos, los cuales se manifestaron en toda su plenitud. ¡Ah!, ignorantes, no tenéis por qué desesperar. El los salvó, no por los méritos de ellos, pues no había nada por lo que pudieran ser salvados. El los salvó, no por causa de su sabiduría, sino que aun a pesar de ser ignorantes y no entender el significado de sus milagros, "salvólos por amor de Su nombre".

Observad ahora que los salvó a pesar de que *eran unos desagradecidos*. Dios los rescató incontable número de veces y

nacido del Espíritu, espíritu es", y será por ello congregado al fin en el reino espiritual, donde únicamente lo que es del Espíritu se hallará ante el trono del Altísimo. Esta prerrogativa debemos reservarla totalmente para Dios. Si alguien sostuviera que Él no es el Creador, le llamaríamos incrédulo; pero si negara la doctrina de que Dios es el Hacedor absoluto de todas las cosas, sería objeto de nuestra más firme repulsa, y su incredulidad tendría el sello de la peor especie; porque es más pérfido el que, en vez de destituir a Dios del trono de la creación, le arranca del de la misericordia, y dice a los hombres que pueden convertirse por su propio deseo y poder. Dios es quien lo hace todo. Únicamente *El*, el gran *Jehová* -Padre, Hijo y Espíritu Santo- "salvólos por amor de Su nombre". De esta forma he procurado exponer claramente la primera verdad sobre el divino y glorioso Salvador.

II. Ahora, y en segundo lugar, trataremos sobre LAS PERSONAS FAVORECIDAS. «Salvólos.» ¿Quiénes son ellos? Responderéis: "La gente más respetable que pudiera encontrarse en el mundo; un pueblo de oración, amante, santo y digno, y por tanto, porque eran buenos, El los salvó." Muy bien, esa es vuestra opinión, pero os diré lo que dice Moisés: "Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas; no se acordaron de las muchedumbres de tus misericordias, sino que se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo. Salvólos empero." Leed el versículo séptimo, y en él encontraréis reflejado el carácter de aquella gente. En primer lugar eran necios: "Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas." Además eran desagradecidos: "No se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias". Y en tercer lugar eran rebeldes: "Sino que se rebelaron junto a la mar, en el Mar Bermejo". ¡Ah!, ésta es la gente a la que salva la gracia soberana; éstos son los hombres y mujeres que el Dios de toda merced se place en cobijar en su seno, creándolos de nuevo.

Notad primeramente que eran unos necios. Frecuentemente Dios envía su Evangelio, no al prudente ni al sabio, sino al ignorante:

"Él toma al necio y le hace conocer"

recomendamos la lectura del libro de "Vida por su Muerte" del Dr. John Owen).

Los pecados fueron tratados de una vez por todas en la cruz. Es en la cruz que fueron provistos los medios para que todos los pecados bajo la antigua dispensación, los pecados que El había perdonado a Abraham, Isaac, Jacob y todos los creyentes del Antiguo Testamento, pudieran ser de este modo 'pasados por alto'. Sus pecados estaban incluidos en el monte calvario. Sí, dice Pablo, y los pecados que están siendo perdonados ahora, también fueron tratados allí. Y todos los pecados que serán cometidos también fueron tratados allí. Este es el asombroso asunto acerca del Cristo del calvario, El murió 'de una vez por todas' este es el gran argumento de la Epístola a los Hebreos, usted lo recuerda. Los otros sacrificios tenían que ser ofrecidos día tras día. Había una sucesión de sacerdotes y ellos tenían que ofrecer sus sacrificios frescos cada vez. Pero este hombre (Jesucristo) ha ofrecido por los pecados "un solo sacrificio para siempre" (Heb.10:12). El ha tratado con todos los pecados de su pueblo allí. No se necesita ninguno más. No se necesita otro nuevo sacrificio, este ha sido hecho una sola vez y para siempre (vea Heb.7:27). Dios los puso todos sobre El allí en la cruz; los pecados que usted aún no ha cometido ya han sido tratados allí.

Este es el significado del perdón y solamente esto. Tiempo pasado, pecados cometidos antes, pecados cometidos ahora y en todo tiempo; ésta es la justificación provista por Dios para perdonar cualquier pecado donde quiera que se haya cometido. Esto es lo que el apóstol está diciendo aquí. Todo pecado es perdonado sobre éstas bases y solo sobre éstas. La cruz declara que Dios es "el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Rom.3:26). Déjeme ponerlo de esta manera. La cruz del calvario no manifiesta meramente que Dios nos perdona. Hace esto, pero gracias a Dios, esto no para allí.

Si la cruz solamente pusiera de manifiesto esto, el apóstol podría haber terminado el versículo con la palabra "sangre" (vers.26) y no habría necesidad de más. Pero él no se detiene allí, sino que sigue adelante. Continúa en el versículo 25 y además añade el

versículo 26. ¿Por qué? Porque la cruz no es solamente la manifestación de que Dios está listo para perdonarnos.

Otra manera en que puedo explicarlo es lo siguiente: La cruz no fue puesta meramente para influirnos. Aunque esto es lo que la enseñanza popular nos dice. Nos dice que el problema con la raza humana es que ellos no conocen el amor de Dios, no conocen que Dios ya está listo para perdonar a todo el mundo. ¿Cuál es entonces el significado de la cruz? Bien, ellos nos dicen que es Dios diciéndonos que El nos ha perdonado; y luego, cuando vemos a Cristo muriendo en la cruz, esto quebrantará nuestros corazones y nos conducirá a ver esto. La cruz, de acuerdo con ellos, es dirigida solamente a nosotros y nos está hablando a nosotros. Pero, la cruz tiene un propósito mayor que éste y logra esta otra cosa también.

Nuestro perdón es solo una cosa; pero hay algo que es infinitamente más importante. ¿Cuál es? Es el carácter de Dios. Entonces, la cruz, además de decirnos que éste es el camino de Dios para hacer posible el perdón, nos dice que el perdón no es una cosa fácil para Dios. Hablo con reverencia. ¿Por qué el perdón no es una cosa fácil para Dios? Sencillamente porque Dios no es solamente amor, Dios también es justo y recto y santo. El es luz, y en él no hay ningunas tinieblas (1Jn.1:5). El es tanto recto y justo, como también amor. No estoy poniendo estos atributos uno contra otro. Estoy diciendo que Dios es todas estas cosas juntas, y usted no debe dejar fuera una por otra. Entonces, la cruz no nos dice solamente que Dios perdona, nos dice que esta es la manera de en que Dios hace posible el perdón. Esta es la manera en la cual comprendemos el cómo Dios perdona. Iré más lejos: ¿Cómo puede Dios perdonar y permanecer aún como Dios? (Nota del traductor: Es decir como un Dios justo y santo que no tendrá por inocente al malvado.)

Esta es la cuestión, y la respuesta es que la cruz es la vindicación de Dios. La cruz es la vindicación del carácter de Dios. La cruz no solamente nos muestra el amor de Dios más gloriosamente que ninguna otra cosa, también nos muestra su rectitud, su justicia, su santidad, y toda la gloria de sus eternos atributos. Todos ellos pueden verse brillando juntos allí en la cruz. Si usted no los ve allí

los redimidos del Señor. ¡Oh!, es muy poco convertir a un hombre a nuestra propia opinión, pero es mucho ser el medio de convertirle al Señor nuestro Dios. Hace algún tiempo recibí una carta de un buen hermano ministro bautista de Irlanda, el cual deseaba que yo fuese allá para, como él decía, representar al grupo bautista, porque éste era allí muy escaso, y tal vez así la gente tuviese mejor opinión de nuestra denominación. Le contesté que si era sólo para hacer eso, no me molestaría ni en cruzar la calle, y mucho menos en atravesar el mar de Irlanda. Jamás pensaría ir allí por ese motivo. Si lo hiciera sería como instrumento de Dios para hacer cristianos, y como medio para traer los hombres a Cristo. La denominación a la que habrían de pertenecer después la dejaría a su elección, confiando al Santo Espíritu de Dios que los dirigiera y guiará hacia la que ellos considerarán más cerca de Su verdad. Hermanos, yo podría, tal vez, hacerlos a todos bautistas y, sin embargo, no por ello seríais mejores; si yo os convirtiera de esa forma, tal conversión os arrastraría a la mayor deshonra, pues habríais sido convertidos en hipócritas y no en santos. He visto algunas de esas conversiones al por mayor. Han surgido predicadores que han pronunciado sermones atronadores, y han hecho temblar a los hombres. ¡"Qué hombre tan maravilloso!", ha dicho la gente. "En un sermón ha convertido a tantos más cuantos." Pero buscad a sus conversos dentro de un mes. ¿Qué es de ellos? Veréis a algunos en la taberna, oiréis blasfemar a otros, y hallaréis que muchos siguen siendo bribones y timadores, porque no fueron convertidos de Dios, sino del hombre. Hermanos, si la obra ha de ser realizada de alguna manera, ha de ser hecha por Dios, porque si no es El quien convierte, nada de lo que se haga durará, ni tendrá provecho para la eternidad.

Empero algunos objetan: "Bueno, pero los hombres se convierten a sí mismos". Así es, en efecto, y por cierto que es ésta una conversión estupenda. Con mucha frecuencia se convierten por ellos mismos. Pero lo que el hombre hace, el hombre lo deshace. El que un día se convierte a sí mismo, vuelve a su vómito al siguiente. Hace un nudo que puede desatar con sus propios dedos. Recordad esto: Podéis convertirlos por vuestro propio poder tantas veces como queráis, pero "lo que es nacido de la carne, carne es", y "no puede ver el reino de Dios". Sólo "lo que es

prescindiendo del Padre, como tampoco por el Padre sin el Hijo, ni por el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo. Sino que, del mismo modo que son uno en la creación, así lo son también en la salvación, operando unidos en un solo Dios, a quien sea gloria eterna por los siglos de los siglos, amén.

Notemos ahora, cómo este ser divino exige para sí mismo la plenitud de la salvación. "Salvólos." Pero, ¿dónde estás tú, Moisés? ¿No fuiste tú quien los salvó?; tú extendiste tu vara sobre el mar, y las aguas quedaron divididas; tú elevaste al cielo tu plegaria, y aparecieron las ranas, las moscas llegaron en enjambre, el agua se convirtió en sangre, y el granizo asoló la tierra de Egipto. ¿No fuiste tú, Moisés, su salvador? Y tú, Aarón; tú ofreciste el buey que fue aceptado por Dios; tú los condujiste junto con Moisés a través del desierto. ¿No fuiste tú su salvador? Ellos nos contestan: "No, nosotros fuimos simplemente los instrumentos; fue *El* quien los salvó. Dios hizo uso de nosotros, mas toda la gloria sea dada a su nombre, y ninguna al nuestro". Y vosotros, pueblo de Israel; vosotros erais fuertes y poderosos, ¿no os salvasteis a vosotros mismos? Tal vez fue por vuestra propia santidad por lo que el Mar Rojo se secó; tal vez los líquidos muros estaban asustados ante la piedad de los santos que caminaban entre sus márgenes; tal vez Israel se liberó a sí mismo. No nada de eso, dice la Palabra de Dios; El los salvó; ni ellos se salvaron a sí mismos, ni fueron redimidos por sus semejantes. Y fijaos que, a pesar de todo, hay quien discute este punto, creyendo que los hombres se salvan a sí mismos, o que los sacerdotes y predicadores pueden ayudarles a hacerlo. Pero el predicador sólo es el instrumento que, en la mano de Dios, sirve para llamar la atención de los hombres, para alentarlos y despertarlos; por lo demás, no es nada; Dios lo es todo. La elocuencia más poderosa que jamás haya salido de los labios del más sublime predicador, nada es sin el Santo Espíritu de Dios. Ni Pablo, ni Apolos, ni Cefas, son nada: Dios da el crecimiento, y de El ha de ser toda la gloria. Por doquier encontramos algunos que dicen: "Yo he sido convertido por fulano de tal; soy uno de los convertidos por el Reverendo Doctor zutano o mengano". Bien, si es así, no puedo daros muchas esperanzas de ir al cielo, porque allí sólo van los que son convertidos por Dios; no los prosélitos del hombre, sino

a todos ellos, usted no ha visto la cruz. Este es el porque debemos rechazar totalmente la así llamada "teoría de la influencia moral" de la expiación, la cual he estado describiendo. Esa teoría la cual nos dice que todo lo que la cruz tiene que hacer, es quebrantar nuestros corazones y luego conducimos a ver el amor de Dios.

Por encima y más allá de esto, dice Pablo, Dios está manifestando su "justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados". Si la cruz no es más que la manifestación de su amor, entonces ¿por qué dice esto? No, dice Pablo, la cruz es más que esto. Si la cruz está proclamando solamente Su perdón, entonces nosotros tendríamos derecho a preguntar, si todavía podemos depender de la Palabra de Dios, y si el es justo y recto. Esta sería una buena pregunta debido a que, repetidamente en el Antiguo Testamento, Dios ha afirmado que El aborrece el pecado, y que El lo castigará, y que el salario del pecado es la muerte. El carácter de Dios está involucrado en todo esto, Dios no es un hombre. Algunas veces nosotros pensamos que es algo maravilloso para las personas decir una cosa, y luego hacer otra. Los padres dicen a sus hijos, 'Si tú haces tal cosa, no te daré dinero para que compres tus dulces'. Entonces el niño hace aquello, pero el padre dice, 'Bueno, está bien', y enseguida le da dinero para gastar. Esto, llegamos a pensar, es amor y perdón verdaderos. Pero Dios no se conduce de esta manera. Dios, si quizás puedo decirlo de este modo, es eternamente consistente consigo mismo. No hay contradicción en El. El es el "Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg.1:17).

Todos estos atributos están y deben ser vistos brillando como diamantes en su carácter eternal, y todos deben ser mostrados. En la cruz todos ellos son manifestados. ¿Cómo puede Dios ser justo y justificar al impío? La respuesta es que El puede, debido a que en la cruz ha castigado los pecados de los pecadores impíos en su propio Hijo. El ha derramado Su ira sobre El, "...el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa.53:5). Dios ha hecho lo que dijo que El haría; El ha castigado el pecado. El proclamó esto por todas partes a través de todo el Antiguo Testamento, y El ha hecho lo que dijo que El haría. El ha

mostrado que El es justo y recto. El ha hecho en la cruz una declaración pública de esto. El es justo y puede justificar, debido a que habiendo castigado a otro en nuestro lugar, El puede perdonarnos gratuitamente. Y El lo hace así.

Este es el mensaje del versículo 24: “Siendo justificados (considerados, declarados, pronunciados ‘justos’) gratuitamente por su gracia, por la redención (el rescate) que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre” (Rom.3:24-25). De este modo el declara su justicia por haber pasado por alto estos pecados en su tiempo de autorenunciación. “Con la mira de manifestar” su justicia entonces, y ahora, y siempre al perdonar pecados. De esta manera El es, el único y al mismo tiempo, el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús.

Tal es la grande, gloriosa y maravillosa afirmación. Asegúrese de que éste sea su punto de vista, y de que su entendimiento de la cruz, incluya la totalidad de ella. Examine su punto de vista acerca de la cruz. Donde está la afirmación acerca de “manifestar su justicia” y siga adelante, póngalo en su pensamiento: ¿Es esto algo que usted simplemente se salta y dice: ‘Bien, no sé qué es lo que esto quiere decir; todo lo que yo sé es que Dios es amor y que El perdona’? Pero, usted debería saber el significado de esto, porque esta es una parte esencial del glorioso Evangelio.

En el calvario Dios estaba haciendo un camino de salvación para que usted y yo pudiéramos ser perdonados. Pero El tuvo que hacerlo de tal manera que su carácter quedara inviolable, que su eterna consistencia permaneciera absoluta e inquebrantable. Una vez que uno comienza a contemplar un asunto como éste, se da cuenta que ésta es la más tremenda, la más gloriosa, la más asombrosa cosa en el universo y en toda la historia humana. Dios está declarando en la cruz lo que El ha hecho por nosotros. Y al mismo tiempo está mostrando su propia grandeza eternal y gloria, declarando que El “...es luz, y en él no hay ningunas tinieblas” (1Jn.1:5). “Cuando contemplo la maravillosa cruz...” dice Isaac Watts, pero usted no podrá ver lo maravilloso de ella, hasta que usted la contemple realmente a la luz de esta gran afirmación del apóstol. Dios estaba mostrando públicamente en la cruz de una

Esta mañana, procuraré penetrar en este tema. Quiera Dios hacerlo provechoso para cada uno de nosotros, y que seamos hallados entre el número de los que han de ser salvos "por amor de Su nombre". Considerando el texto de forma literal -y de esa forma lo entenderá la mayoría- encontramos lo siguiente: Primero, *un glorioso Salvador*: "Él los salvó"; segundo, *un pueblo favorecido*: "Él los salvó"; tercero, *una razón divina por la que fueron salvados*: "Por amor de Su nombre"; y cuarto, *un impedimento superado* en la palabra "empero", la cual indica que había una dificultad que fue superada: «Salvólos empero por amor de su nombre”. Un Salvador, los salvados, la razón y el impedimento superado.

1. En primer lugar, pues, nos hallamos ante UN GLORIOSO SALVADOR -"Salvólos"- . ¿Quién fue el que los salvó? Posiblemente muchos de mis oyentes contestarán: "Está claro, el Señor Jesucristo, que es el Salvador de los hombres." Muy bien, amigos míos, pero no es esa toda la verdad. Jesucristo es, en efecto, el Salvador, pero no lo es más que Dios el Padre, o que Dios Espíritu Santo. Muchas personas que desconocen el sistema de la divina verdad, tienen a Dios Padre por un ser lleno de ira, cólera y justicia, pero carente de amor; y tal vez piensan en Dios Espíritu Santo considerándolo como una mera influencia que emana del Padre y del Hijo. Pues bien, nada puede ser más incorrecto que esta opinión. Es verdad que el Hijo me ha redimido, pero el Padre dio a su Hijo para que muriese por mí, y fue también el Padre quien me escogió en la eterna elección de su gracia. El Padre borra mi pecado, y el Padre me acepta y me adopta haciéndome miembro de su familia por medio de Cristo. El Hijo sin el Padre no podría salvar, como tampoco el Padre sin el Hijo. Y respecto al Espíritu Santo, si el Hijo redime, ¿no sabéis que es el Espíritu Santo el que regenera? Él es quien nos hace nuevas criaturas en Cristo, el que nos engendra de nuevo en una esperanza viva, quien purifica nuestra alma, el que santifica nuestro espíritu, y el que, finalmente, nos presenta sin culpa ni mancha ante el trono del Altísimo, aceptos en el Amado. Cuando digas: "Salvador", recuerda que hay una Trinidad en esa palabra: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, siendo este Salvador tres personas en un mismo nombre. No puedes ser salvado por el Hijo

El siguiente interrogante, correspondiente al objeto de lo creado -¿para qué han sido hechas estas cosas?- no es tan fácil de contestar, si prescindimos de la Escritura; pero al leer la Biblia descubrimos que, si la respuesta a la primera pregunta es Dios, la réplica a la segunda es la misma. Estas cosas fueron hechas para gloria de Dios, para su gozo y honor. No hay otra contestación que sea compatible con la razón. Cualquier otra argumentación que propongan los hombres no podrá ser realmente acertada. Si durante un momento consideraran que hubo un tiempo en que Dios no había creado nada cuando moraba solo, el poderoso Hacedor de las edades, glorioso en su increada soledad, divino en su desierta eternidad ("Yo soy y aparte de mí no hay otro") nadie podría responder a la pregunta: ¿con qué objeto hizo Dios la creación?, de otra forma que no fuera la siguiente: "La creó para su propio gozo y gloria". Alguno podrá decir que Dios formó el universo para sus criaturas; pero el que así habla ha de tener en cuenta que entonces no había criaturas, y esa respuesta sólo sería acertada *ahora*. Dios nos da las cosechas; cuelga el sol en el firmamento para que nos bendiga con su luz y calor; coloca la luna en su órbita nocturna para atenuar la oscuridad reinante en la tierra; Dios hace todo esto por y para sus criaturas. Pero la primera contestación, volviendo al origen de todas las cosas, no puede ser otra que ésta: "Fueron y son creadas para su gozo". "Él hizo todas las cosas por y para Sí mismo."

Ahora bien, cuanto hemos dicho sobre las obras de la creación, es igualmente válido para las obras de salvación. Elevad vuestros ojos a las alturas, más allá de aquellas estrellas que titilan en los comienzos del cielo; mirad allí donde los espíritus vestidos de blanco, con resplandor más puro que la luz, brillan como astros en su magnificencia; mirad allá, donde los redimidos con sus sinfonías corales "rodean con gozo el trono de Dios", y haceos la siguiente pregunta: "¿Quién salvó a esos seres gloriosos, y con qué propósito?" Os aseguramos que la respuesta ha de ser la misma que hemos dado anteriormente: Él los salvó, "salvólos por amor de Su nombre". El texto, pues, es una respuesta a las dos grandes preguntas relacionadas con la salvación: ¿quién salva a los hombres? y ¿por qué son salvados? "Salvólos por amor de Su nombre."

vez y para siempre, Su eterna justicia y Su eternal amor. Nunca debemos separar la una del otro, porque siempre permanecen juntos y pertenecen ambos atributos al glorioso carácter de Dios.

Tarea lección 4 Solo Cristo

1. ¿Por qué el tema de "Solo Cristo" fue un tema mayor durante la Reforma en la Iglesia en el siglo 16? ¿Que ideas se agitaron en contra de esto?
2. ¿A que se enfrentan las iglesias hoy que va en contra de predicar a Cristo crucificado?
3. ¿Que concepto teológico distingue más la fe cristiana de todas las otras formas de fe?
4. ¿Es la crucifixión de Cristo una imagen del Nuevo Testamento únicamente, o se puede encontrar en el Antiguo Testamento? Nombre algunos sitios.
5. Defina estos tres aspectos de la obra de Cristo en la Cruz: satisfacción, sacrificio y substitución.
6. ¿Por qué es esencial la predicación de la cruz para el mensaje del evangelio?
7. ¿Que hará la predicación de la Cruz de Cristo en las vidas de aquellos que escuchan?
8. ¿Qué se entiende por "salvar"?
9. ¿Por qué dice el autor que Cristo es grande para salvar?
10. ¿Cuál fue la experiencia del poeta William Cowper?
11. Busque en un diccionario bíblico las palabras Propiciación y Expiación. Haga una definición de cada una en sus palabras.
12. ¿Qué significa "pasar por alto o pretermisión"; es igual a decir "remisión"? Explique.
13. ¿Mediante qué fueron perdonados los pecados de los fieles del Antiguo Testamento; mediante el sacrificio de animales, o de qué manera? Explique.

14. ¿Cómo puede permanecer Dios como Santo y Justo y al mismo tiempo perdonar al pecador, siendo que ha dicho "No tendré por inocente al culpable"? Explique su respuesta.

Estimado estudiante, tenga en cuenta que su respuesta debe ser dada de acuerdo a los principios estudiados en el texto. Eso no significa que todas las respuestas están dadas directamente en el libro, pero sí que la mayoría se pueden inferir de él. De no estar la respuesta en el libro, de la suya, justificándola bíblicamente.

LECCIÓN V

SOLO PARA LA GLORIA DE DIOS

(Soli Deo Gloria)

Un sermón predicado el 1 de Febrero de 1858, por C.H. Spurgeon, En el Salón de Música de Royal Surrey Gardens, Inglaterra

¿POR QUÉ SON SALVADOS LOS HOMBRES?

"Los Salvó por Amor de Su nombre" (Salmo 106:8).

Al contemplar las obras de Dios en la creación, acuden de inmediato dos preguntas a nuestra pensativamente, que han de ser contestadas si queremos conseguir la clave de la ciencia y la filosofía de todo lo creado. La primera se refiere a su autor: ¿Quién hizo todas estas cosas? Y la segunda está relacionada con su intención: ¿Con qué propósitos fueron creadas? El primero de estos interrogantes puede ser respondido fácilmente por cualquier persona de recta conciencia y mente sana; porque cuando eleva sus ojos para leer en las lejanas estrellas, ve que estas escriben letra a letra con caracteres de oro la palabra *Dios*; y cuando mira hacia abajo, al seno de las aguas, si sus oídos están sinceramente abiertos oye en el rumor de cada ola proclamación del nombre de *Dios*. Si contempla las cimas de los montes, ellos no hablarán, pero en la noble respuesta de su silencio parecerán decir:

"Divina es la mano que nos hizo".

Si escuchamos el murmullo del arroyuelo bajando por la ladera, el rugido del torrente, el mugido del ganado, el cantar de los pájaros, y toda voz y sonido de la naturaleza, oiremos la respuesta a nuestra pregunta: "Dios es nuestro hacedor". "Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos".